

Del relato contado una y mil veces por su mamá Candelaria, Demetrio O'Higgins supo que a pesar de ser un huacho él había sido engendrado por amor. A los cincuenta años, en la hacienda de Montalván en el Perú, comprendió que la "huachedad" de su padre y la suya y la de tantos otros, estaba en el centro del origen de la

Patria chilena. Entonces se decidió a contar los entretelones de la historia de amor de Bernardo O'Higgins y Rosario Puga.

ISSN 978-956-260-537-3



9 789562 605373

Déjame que te cuente

Déjame que te cuente / Juanita Gallardo

Juanita Gallardo



Editorial Cuarto Propio / NOVELA

DÉJAME QUE TE CUENTE

© Juanita Gallardo
Inscripción N° 96.293
I.S.B.N. 978-956-260-537-3

© Editorial Cuarto Propio
Keller 1175, Providencia
Fono / fax: (56-2) 3417466
E-mail: cuartopropio@cuartopropio.cl

Producción general y diseño: Rosana Espino
Imagen de solapa posterior: intervención a pintura
de Demetrio O'Higgins
Impresión: Salesianos Impresores S.A.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE

1^{era} edición, abril de 1997, Editorial Planeta Chilena S.A.
2^a edición, junio de 1999, Editorial Planeta Chilena S.A.
3^{era} edición, junio de 1999, Editorial Planeta Argentina S.A.I.C.
4^a edición, octubre de 2010, Editorial Cuarto Propio

Queda prohibida la reproducción de este libro en Chile
y en el exterior sin autorización previa de la Editorial.

*A Klaus y Nicolás.
Por su apoyo; cada uno a su manera.*

Uno

“Si no se hubiese casado tan joven, Rosario habría sido la Madre de la Patria”, decía Candelaria en su destierro en el Perú, cuando ya habían transcurrido veinte y luego treinta años desde la boda de su niña, como siguió diciéndole siempre a Rosario.

Apenas Candelaria dejaba caer sus huesos sobre la silla de los recuerdos, la nostalgia le arrebatava los sentidos y entonces se ponía a contar la historia. La silla, su pertenencia más querida, era una mecedora con asiento de mimbre capaz de balancearla a un ritmo de vals para que ella, sin ningún esfuerzo, desarrollara el pasado. A Candelaria le gustaba sentarse en los corredores de la casa de la hacienda para oír el sonido del viento escurriéndose entre las matas de plátano y las dos palmeras que se cimbreaban con la brisa del atardecer. Cuando el sol se escondía, llegaba el olor del aire marino, señal de que se aproximaba el momento de abrir los pulmones para comenzar a hablar a solas; aunque sabía que no estaba sola. El niño tenía la costumbre de acercarse a ella para oír sus cuentos e imaginar cómo había sido su mamá. A él le habría bastado con que Rosario hubiese sido su madre y no la de tanta gente como la que vive en una patria. Creció y se hizo hombre escuchando la misma historia, contada cientos de veces, que comenzaba una

noche de lluvias torrenciales, igual a muchas otras noches de esa ciudad lejana que Candelaria describía como siempre húmeda y siempre nueva.

Aquella noche don Juan de Dios Puga había dicho que la guerra se les venía encima y había que estar preparados. Su madre, su esposa y sus tres hijos lo miraron sin inmutarse y cada cual siguió en lo suyo: las mujeres cosían, las hijas ejercitaban la letra, el hijo comía miel a cucharadas y don Juan de Dios hablaba de política.

Desde la fundación de la ciudad, la guerra —con sus batallas, capitanes, arcabuces y muertos— había sido el pan cotidiano de la gente que convivía con ella como con una presencia inmutable, por mucho que hubiesen pasado años sin que los indios los volvieran a asediar, afirmaba don Juan de Dios. Después de la cena la familia solía reunirse en la cuadra —o el salón; así preferían llamarla los afrancesados que intentaban vivir acorde a las modas extranjeras— y bajo luces difusas los habitantes de la casa se dedicaban a actividades conducentes al buen dormir. Esa era la costumbre que les había inculcado la abuela, encargada de velar por la salud de la familia. Sin embargo, el destino de aquella noche sería traer pesadillas.

Al ver que sus palabras no impactaban a nadie, don Juan de Dios golpeó la mesa y puso sobre ella dos pistolones viejos que comenzó a desarmar y limpiar, con ostentación de ruidos de fierro y resoplidos de esfuerzo. Entonces, cuando estuvo seguro de que todos estaban pendientes de él, con una voz suave dijo que podría ser que durante la guerra las mujeres necesitaran cuidar su honra, así que a partir del día siguiente les enseñaría a disparar. Su esposa se negó de inmediato, aduciendo que para algo ella tenía marido. Las demás guardaron silencio a la espera de que don Juan de Dios olvidara sus propósitos, como ocurría a menudo, pero se inquietaron al

comprobar que él seguía hablando de trincheras y cañonazos. “Todo va a ser distinto; incluso la guerra va a ser distinta de la que conocemos”, dijo don Juan de Dios, buscando el modo de entusiasmar a su familia con la nueva causa. “Es una causa confusa”, alegaron su madre y su esposa, haciendo frente común por primera vez en la vida.

La única información precisa con que las señoras contaban era que el año anterior las familias principales de la capital habían realizado un Cabildo Abierto para concederse a sí mismas el derecho a nombrar una Junta de Gobierno y que a partir de ahí, todo se había desordenado. Ellas asistieron al cabildo que meses después se realizó en su ciudad y con sus propios ojos vieron a los vecinos confirmando las decisiones de los señores de la capital. En la reunión se dijo que ese era el único modo de guardar fidelidad al rey don Fernando, prisionero de los franceses; que era la fórmula encontrada en las ciudades peninsulares y en las colonias americanas para resistir a los ejércitos napoleónicos que invadían España. Esa era la versión oficial pero, además, se rumoreaba otras cosas, como por ejemplo, que algunos pretendían aprovecharse de la situación para emanciparse de la Corona y declarar reinos autónomos a este lado de la mar. Las noticias de la península llegaban con ocho y hasta doce meses de retraso pero, así y todo, en el fin del mundo vivían colgados de un hilo, pendientes de los sucesos de Europa. Los más enterados incluso sabían que de la Junta de las Cortes peninsulares llegaban agradecimientos por las muestras de lealtad a la Corona pero que habían decidido no permitir desórdenes ni pretensiones revolucionarias y que enviarían a cientos de soldados para asegurar que en las colonias todo siguiera igual.

Esa noche don Juan de Dios opinó que las aguas se habían aclarado con demasiada rapidez y que ahora iba a ser necesario defender por las armas las pocas libertades que habían

conseguido. “Libertad ¿para qué?”, preguntaron las dos señoras y don Juan de Dios volvió a explicarles lo mismo que ya les había explicado la semana anterior y un mes atrás.

—Libertad para hacer lo que se nos venga en gana— dijo por último; cansado de tanta tozudez.

—Parecen una bolsa de gatos, peleando entre ustedes por ver quién es más radical o más cauteloso— aclaró su madre, incapacitada desde siempre para no tener la última palabra.

Don Juan de Dios prefirió callar y esconder sus pistoles. Había transcurrido todo un año desde la instalación de la Junta de Gobierno en la capital, entre tiras y aflojas para no asustar a los tibios ni provocar a las autoridades de la península, atareadas en su propia guerra contra Napoleón. Y, de todos modos, el hilo estaba a punto de cortarse. La guerra se venía, por mucho que fueran pocos los decididos a luchar hasta el fin, repetía el señor Puga para sus adentros. Esta era la certeza que tenían él y sus amigos y, por eso, se cuidaban de no decir en voz demasiado alta sus pensamientos. Hacía años que en la ciudad eran conocidos como “los duendes”, pues no había sido posible encontrar otro origen a los rayados y volantes que a menudo amanecían cubriendo las calles y muros de las casas con llamamientos fervorosos para luchar por la libertad de comercio y el derecho a designar a las autoridades. “Esto solo puede ser obra de duendes”, decían ellos mismos, apostados en alguna esquina, felices de contemplar a plena luz del día el resultado de su trabajo nocturno.

Parte importante de los preparativos de don Juan de Dios para irse a la guerra era dejar casada a Rosario, su hija mayor, que con sus quince años ya estaba en edad de merecer un marido que se hiciera cargo de ella. “En la guerra, la belleza puede ser la desgracia de una mujer”, le insistió aquella noche a su esposa, doña Isabel de Vidaurre i Ugalde de la Concha,

con fama de no dejarse convencer así no más y menos, por su marido.

—¿Y con quién tienes pensado casar a la niña, si se puede saber?—preguntó ella.

—Estoy buscándole un novio.

—¿Y si ella no lo ama?

—Es muy joven para saber de amor.

—Y, entonces ¿para qué casarla?

—Las guerras se hacen pensando en el futuro y ésta puede significar la ruina de nuestra fortuna.

—Mal la has administrado; pero ya hemos hablado de mi dote, Juan de Dios: en vez de multiplicarla, lograste que disminuya.

—No estamos hablando de tu dote, sino de la dote de nuestra hija.

Apenas Rosario escuchó que le andaban buscando un novio, dejó de lado su cuaderno de escribir y se amarró sus trenzas colorinas. Enseguida anunció que prefería irse a la guerra con su papá en vez de casarse con un desconocido. “Si insisten en buscar un novio para mí, me escapo”, dijo con su voz más serena, justo cuando su padre acababa de darle una pequeña explicación acerca del ejército y sus costumbres.

A la mañana siguiente, de un modo inusual, don Juan de Dios se presentó a tomar desayuno con su familia. Colocó sus dos pistolas en la mesa, sobre el mantel blanco, junto a los potes de miel y mermelada, el azucarero de cristal y la vajilla de porcelana. Que venía a comenzar las clases, anunció, quemándose la punta de la lengua en el apuro por tomarse el mate. Seguido de la curiosidad de sus hijos fue a probarse su antiguo uniforme de soldado. Hasta en la mesa del desayuno, en la galería de los helechos, se lo escuchó y vio que, con ojos de calentura, les decía a los niños que en el ejército revolucionario iba a mantener el grado de capitán de los ejércitos del

Rey, concedido veinte años atrás por el intendente Ambrosio O'Higgins.

El resto de los habitantes de la casa continuaba sin tomarse muy a pecho los ímpetus nuevos del capitán Puga, a sabiendas de que no había soportado más de seis años de vida militar, lejos de la ciudad y sus diversiones pero, al oír que ahora a sus hijos les estaba diciendo que por propio mérito había logrado su ascenso mientras retenía el aire para que le cupieran los pantalones de su juventud, su madre y su esposa se miraron preocupadas, comentando que cada vez que él hablaba de la guerra que ya se venía, los ojos le brillaban aún más que cuando se iba de caza o a esas parrandas que duraban tres noches con sus días. Las dos señoras habían notado que en el último tiempo don Juan de Dios había olvidado su gusto por las fiestas y que, en verdad, llevaba semanas con una idea fija en la cabeza: alistar a su hijo de trece años en el ejército que los duendes organizaban para resistir a los godos, como se solía llamar a los leales a España. "En la guerra te vas a hacer hombre, Salvador", le decía don Juan de Dios a su hijo que no disimulaba sus ganas de meterse bajo las enaguas de su madre, de su abuela o de Candelaria, la nodriza de los hijos de la familia. Doña Isabel de Vidaurre creyó llegada la hora de intervenir aunque fuese plena mañana. Que Salvador todavía era un niño y esperasen a que se afeitara por primera vez, rogó. "Se dejará crecer la barba hasta su regreso", fue la respuesta de su marido, resuelto a no permitir que lágrimas ni ruegos de mujeres lo ablandaran.

Entonces toda la familia se trasladó hasta el tercer patio, donde un mozo había instalado unos fardos de paja humedecida, "para que sus mercedes hagan puntería", les dijo. Salvador fue el primero en agarrar los pistolones. Cuando su padre le dio la orden, debió sostener la pistola a dos manos y apenas disparó, cayó sentado en la tierra, entre el griterío de las mujeres y los ladridos de los perros que lo creían

muerto y se acercaban a olisquearlo y lamerlo. Enseguida disparó la madre del capitán, dando en el blanco sobre el techo del gallinero, lo que dejó un reguero de plumas castellanas. Candelaria no paró de reírse y sentir cosquillas en las manos al momento de obedecer las indicaciones del capitán. A Rosario le faltó fuerza para sacar un tiro. "Dieta de porotos hasta que engorden todos", ordenó don Juan de Dios, sin disimular su desilusión, rascándose el bigote con una mano y con la otra, acariciando el pelo de su hija menor que, con sus ocho años, solo aspiraba a sostener la caja de balas.

Tres días después Rosario se escapó en el mejor caballo de la casa. La familia, preocupada por los preparativos para la guerra, no se dio cuenta de que había anclado un barco inglés en el puerto cercano, ni supo de las telas, té, porcelanas y otros productos que sin impuestos invadían la ciudad y a nadie le preocupó que una de esas noches la niña no llegara a comer. Recién al momento de cerrar con tranca la puerta de calle, Candelaria constató la ausencia de su niña. Lanzando alaridos corrió por patios y pasillos hasta llegar a los pies de la cama de doña Isabel para avisarle que era medianoche y Rosario no estaba en su habitación. A partir de ese minuto las mujeres de la casa rezaron a Dios Padre, imploraron a la Virgen y prendieron velas a los santos favoritos de la familia mientras los criados varones la buscaban con antorchas en el huerto, el gallinero y las caballerizas.

Por la mañana uno de los sirvientes fue al regimiento con un recado urgente para don Juan de Dios, que llegó a la casa sin demora y furioso, culpando de la desgracia a su esposa que entre tanta lágrima ni se defendió. La madre de don Juan de Dios fue quien tuvo la idea de que su hijo fuera al puerto a buscar a Rosario: "para eso puedes emplear a tus milicianos. Llévatelos al barco de los ingleses, que ahí debe estar la niña. A ella siempre le han gustado los hombres de ojos azules".

Esa misma noche el capitán Puga regresó a la ciudad sin haber tenido que recurrir a las armas de fuego, con su hija y un cargamento de té chino que lo dejaría endeudado por los próximos cinco años. “Y ahora, además, tendré que dedicarme a administrar una tienda”, dijo a modo de despedida, luego de dejar a Rosario en casa de su madre, bajo siete llaves, sin siquiera haberle hecho un regaño; “porque se me podía ir la mano y me habría acriminado”, le explicó a su esposa.

En cuanto quedaron solas, doña Isabel quiso saber si a su hija le había sucedido algo malo. Que no, contestó Rosario y su madre le creyó. Si hubiesen abusado de ella, Rosario no podría tener esa cara de mansedumbre, pensó doña Isabel de Vidaurre, convencida de que el trato con los hombres era la cruz más pesada que debían soportar las mujeres y sin atreverse a preguntar más para no despertar la imaginación de su hija.

—Pero ya no les será fácil conseguirme un novio.

—Eso está por verse. Ahora tu abuela y yo también estamos de acuerdo en que estás en edad de casarte.

Rosario se refugió en Candelaria. A ella le contó del pirata que le había robado el corazón. Con esas mismas palabras se lo dijo: “me robó el corazón, mamá”. Y volvió a repetírselas cuando Candelaria opinó que, a su parecer, el pirata le había robado otra cosa. Por el resto de su vida Candelaria siguió contando que su niña a los quince años se había enamorado de un inglés de ojos azules y voz de mando; “¡qué se podía esperar para después!”

Por exigencia de su padre, Rosario estuvo sometida al castigo de no volver a salir a la calle, ni siquiera con chaperona, hasta nuevo aviso. A lo largo y ancho del inicio de esa primavera se expuso a los primeros soles de octubre mientras se tironeaba unos pelitos del brazo para provocarse otro castigo.

Deseaba un dolor de muelas en vez de esa cerrazón de pecho que la tenía sorbiendo aire como si fuera agua y sin poder pensar en otra cosa que en lo que se le venía encima. Y lo que se le venía era peor que la guerra.

La sensación de haberse comportado como una tonta de remate la hundió en una rabia triste, unas ganas de quebrarse un hueso o, mejor aún, de morir de inmediato. Aprovechaba la siesta de los demás habitantes de la casa para sentarse en el patio a mirar las moscas y, adivinando la hora según las marcas desteñidas del reloj de sol pintado en un muro, lloraba si era temprano o se pellizcaba las mejillas si era tarde. Así estuvo durante horas y días, junto a los macizos de hortensias moradas que su abuela cuidaba más que a niñas bonitas. El resto del tiempo lo consumía en el clavicordio y en suspiros de amor y miradas a la ventana, convencida de que vería reaparecer a su novio inglés. Ella no era de las que creían en milagros pero pensaba que si él la había amado como la amó no podía haberse ido de verdad. Seguramente estaba merodeando la costa un poco más al norte mientras capeaba el temporal y ya regresaría a buscarla o, en el peor de los casos, le pediría que lo esperase un año entero, hasta que él volviera de Inglaterra con un cargamento nuevo. Que estaba segura de su regreso, le dijo varias veces a Candelaria. Que así se lo diría a su padre y que entonces don Juan de Dios la iba a perdonar porque ella, su hija mayor y favorita, contaba con el poder de vencerlo de cualquier cosa, incluso de no casarla. Y para seguir contando con los favores de su padre era la que más se esforzaba —con éxito progresivo— en las clases matinales de tiro al blanco que conmocionaban al vecindario, donde de a poco comenzó a escucharse que en otras casas hacían lo mismo. “Los duendes están concertados”, fue el comentario de la abuela Puga.

Cada vez que años más tarde contaba la historia, Candelaria repetía que si Rosario hubiese hecho algún intento para irse en el barco de los contrabandistas después habría estado más tranquila pero que se lo había tomado como vino y así se había sentido tonta: "Huéleme, mamá. Tengo olor a tonta". Candelaria comprendió que su niña tenía razón cuando le olió la tontera. Fue la mañana en que Rosario anunció su deseo de ir a la iglesia para latigarse la espalda en presencia de Dios. Por suerte, el capitán Puga le recordó que la prohibición de salir a la calle era total. Que no creyera que su falta era fácil de limpiar, "y, menos, con flagelaciones de beata, que a usted yo no la he criado para eso", le dijo entre los avemarías de su madre y de su esposa, que se tapaban las orejas para no escuchar más blasfemias. Don Juan de Dios, desde joven poco aficionado a la religión, cultivaba herejías al calor de sus conversaciones con capitanes provenientes de los Estados Unidos, Francia e Inglaterra que, cargados con ideas y mercaderías de contrabando, merodeaban de cuando en vez por aquellos lejanos dominios de Su Muy Católica Majestad. Y tan acostumbrado estaba don Juan de Dios a sentirse en demasiada confianza con los temas del alma que no se preocupaba de calibrar con quién estaba al momento de lanzar sus imprecaciones. "Deberías cuidarte la boca delante de tus hijos para no darles mal ejemplo", aconsejaba su esposa a media voz.

Durante el almuerzo de un lunes doña Isabel de Vidaurre le avisó a Rosario que don Juan de Dios deseaba verla en su despacho después de la hora de la siesta. Fue la única vez que doña Isabel le dirigió la palabra a su hija durante esa larga semana, ya que la señora tenía la costumbre de enmudecer cuando estaba furiosa. Y había quedado muda en cuanto se enteró de los chismes que corrían por la ciudad, un conglomerado tan reciente de muros y techos que sus seis iglesias

solo eran esqueletos de madera que dejaban a la imaginación los campanarios y relojes del futuro.

Candelaria recordaba que en ese entonces hacía solo cuarenta años que la ciudad había sido refundada luego de ser destruida siete veces por los indios y por los terremotos con sus respectivas salidas de mar. La última vez el Gobernador había apostado por reconstruirla unas leguas más al sur, en un sitio que creyó menos movedizo y le puso un nombre nuevo para conjurar la mala suerte: La Concepción de la Madre Santísima de la Luz.

Todas las casas, conventos y edificios públicos de Concepción eran nuevos o estaban a medio hacer, inspirados en el estilo neoclásico puesto en boga por los arquitectos italianos. La gente desconfiaba de esas construcciones con adornos y balcones que parecían incapaces de soportar temblores fuertes y aún extrañaban sus casas a la antigua, mucho más anchas que altas, con muros de adobe de diez palmos de grosor. Por siglos, habían vivido tranquilos en ellas aunque a cada rato se les cayeran las tejas o un muro y siempre hubiera que estar reconstruyéndolas pero parecían arraigadas a la tierra y no al aire, como las nuevas. Sin embargo, las casas añoradas cayeron deshechas en ese terremoto que aún estaba pegado a la memoria de los viejos, que en las noches de invierno tenían como tema recurrente el recuento de dónde habían estado en ese día aciago y qué habían hecho y a quiénes habían visto morir aplastados por los muros de sus propias casas. Los jóvenes escuchaban atentos, sabiendo que así aprendían trucos para sobrevivir al próximo terremoto que ya vendría.

Doña Isabel de Vidaurre le temía a los rumores, peleas, reconciliaciones y entrecruzamientos de todo tipo que desde la ciudad vieja a la nueva habían arrastrado sus habitantes, poco más de veinte mil almas renovadas de continuo con la llegada de soldados que habían perdido las esperanzas de encontrar

El Dorado y ahora decían estar dispuestos a guerrear y pelearle palmo a palmo la tierra a los indios. Concepción era cabeza de puente de los dominios del reino español que pujaba por avanzar hacia las tierras australes a través de selvas frías y enmarañadas para subyugar a los indios y unir el reino con la isla de Chiloé, donde los soldados y comerciantes españoles vivían una vida apacible, solo interrumpida por los piratas y las expediciones científicas. "Finis Terrae" le decían a Chile, separado del resto del mundo por el océano, el desierto más seco de América y unas montañas enormes y siempre nevadas; un fin del mundo que no se sabía exactamente dónde terminaba, pero Concepción quedaba por ahí.

El paso de soldados y capitanes había sido desde el principio escoltado por una población flotante de putas, cantantes y actrices que, según algunos, habían socavado las costumbres pero otros afirmaban que las mujeres de vida alegre protegían la decencia de las señoras de su casa; ante la imposibilidad de que ambos bandos se pusieran de acuerdo, el número de meretrices y artistas crecía cada año. De todos modos, don Juan de Dios Puga no estaba dispuesto a permitir que una tontería de Rosario echara por los suelos el honor de su familia que ya llevaba doscientos años en la ciudad, hasta donde había llegado el primer Puga escapando de las plagas de langostas que asolaban los campos de Galicia. Entonces, apenas supo que corrían rumores acerca de su hija, proclamó a los cuatro vientos y a quien quisiera oírlo que esos ingleses sin Ley ni Dios habían querido secuestrarla pero que él les echó encima sus soldados y, gracias a la Virgen, la rescató a tiempo. Nadie se atrevió a contradecirlo puesto que antes de adherir a las ideas revolucionarias don Juan de Dios Puga había sido Alguacil Mayor de la ciudad y aún conservaba el don de mando y el respeto —o el miedo; dependía de quien lo dijese— de sus vecinos.

Todo esto había sucedido ocho días atrás, tiempo suficiente para que Rosario hubiera alcanzado a arrepentirse de todo corazón y aceptara recuperar su sano juicio. Al menos, eso pensó doña Isabel de Vidaurre al momento de vigilar sus preparativos para ir al regimiento de don Juan de Dios. Frente al espejo de la casa Rosario se escobilló el pelo y lo dejó suelto para que su papá la viera linda. Después se cambió la falda azul por la amarilla que casi no usaba porque le quedaba chica pero ese color le traía suerte y eso era lo que ahora más necesitaba. Antes de salir, por si acaso, tomaría del agua de las Carmelitas que su madre guardaba al lado de su cama. Rosario sabía que el agua de valeriana era infalible para mantener a las mujeres en un estado de sonrisa perpetua o de indiferencia, como decían algunos maridos.

Su madre se había hecho adicta al tónico para los nervios en los tiempos en que de Santiago llegó una monja agustina que se ganaba el sustento ejerciendo el nuevo oficio de institutriz. La monjita se preocupó de mantener a doña Isabel tranquila y de enseñarle a las niñas de la casa a leer, escribir y sacar cuentas, además de coser de hilván, punto atrás y de corrido, a tocar el clavicordio y leer notas musicales, a urdir miriñaques, fabricar loza perfumada, vestir santos, hacer dulces y a caminar con donaire, para lo cual las obligaba a meterse garbanzos en los zapatos. Gracias a la monjita, Rosario caminaba con las rodillas y los pies apuntando hacia adelante y avanzaba como abriéndose paso entre bocanadas de aire fresco. Doña Isabel de Vidaurre se ufanaba ante sus amigas de que su hija sacara silbidos por su modo de caminar. Desde esa época también, la señora lamentaba que en Concepción no hubiese un monasterio de agustinas con una escuela para niñas o, al menos, uno de carmelitas con una fábrica de tónico para los nervios y que, en cambio, solo estuviesen las Trinitarias

Contemplativas, famosas por el noviciado y su casa de préstamos, la mayor de la ciudad.

“Ni eso te va a ayudar”, dijo doña Isabel cuando sorprendió a su hija tomándose el tónico a cucharadas. Ahí empezó una pelea a gritos y de lo único que después Rosario se pudo acordar, fue haberle dicho a su madre, vestida de negro y con su cara de mártir, que ella sí había conocido el amor verdadero, “a diferencia de usted, señora”.

Lo último estuvo de sobra. Lo reconoció apenas lo dijo pero no se disculparía de algo imperdonable. Ella se consideraba muy distinta a su madre que un año antes había consentido con santa paciencia que don Juan de Dios apartara casa para irse a vivir con su querida. “A mi no me va a pasar lo mismo que a usted”, le dijo la noche en que su padre se fue. A partir de ese momento madre e hija comenzaron a mirarse con otros ojos. En la mirada de Rosario se notaba un desafío orgulloso y en la suya, doña Isabel sentía la compasión de las mujeres mayores hacia las jóvenes.

Después del portazo de despedida Rosario caminó tres cuadras con su habitual lentitud que a ella misma exasperaba. Por un momento se detuvo en la plaza a mirar los puestos de venta de alcachofas, cebollas, zanahorias, platos de greda y lana de oveja hilada fina. La sangre de un cordero recién sacrificado le manchó la falda pero, sin considerarlo un mal presagio, la limpió con agua de la acequia y siguió su camino hacia el regimiento de los artilleros, a un costado de la plaza.

El tónico de las Carmelitas había surtido efecto cuando Rosario Puga se dio cuenta de que sonreía tranquila mientras escuchaba como desde lejos la voz de su padre dándole la noticia de que estaba todo arreglado para su boda en el mes entrante.

—Y ya que no me lo preguntas tú, te informo que el novio es José María de Soto Aguilar i Rioseco, que siempre ha tenido sus ojos puestos en ti.

—Pero si es mi tío.

—Aquí estamos todos emparentados, hija, así que si fuera por eso, nadie se podría casar. Y no somos parientes directos; él es tío de tu prima Nieves, pero no tuyo.

—Es tan viejo.

—Tiene treinta y dos años, la edad justa para que un hombre se case. Yo lo hice a los veintiocho y ya ves cómo me fue. Además, tiene campos y tiendas de abarrotes para vender el té del inglés. Casada con Soto Aguilar no te faltará ninguna cosa.

Rosario volvió a su casa demorándose lo más que pudo y por un rato se sentó en un banco de la plaza. Las vendedoras del mercado se habían ido, dejando un reguero de basura que ahora los perros se encargaban de repartir por las calles. Apenas eran las cinco de la tarde y el cielo se había puesto gris, señal de que llovería pronto. Aún resonaba en su sesera una frase que recién le había dicho su padre pero que desde niña escuchó en boca de su abuela: “cada oveja con su pareja”. Aprovechó para llorar con amargura repitiendo que ella no era ninguna oveja, en tono de rezo, como un conjuro. Cuando los mocos amenazaron con no dejarla respirar, contempló a un grupo de soldados que se empeñaban en trasladar una cureña y un cañón. Se distrajo con la idea de que la guerra con sus desórdenes tal vez le iba a traer de vuelta a su marino inglés. Había aceptado sin chistar la decisión de su padre porque, en verdad, ella no tenía nada que decir, ni siquiera prometer que no lo volvería a hacer, como era su modo de disculparse. Se consoló recordando que su prima Nieves Puga, a quien admiraba desde niña, decía que las mujeres casadas podían hacer lo que se les diera en gana. Si una no tiene la vocación de santa de mi madre, pensó sorbiendo mocos. Lloraba de rabia; o de impotencia que, según la abuela, venía a ser lo mismo. Llorar le hizo bien. Se puso de pie y

con una sonrisa le anunció al mundo que para sus adentros había decidido ser fiel al pirata y no amar jamás a José María, su futuro esposo, como de seguro lo iba a llamar su madre la próxima vez que la sermoneara.

Si hubiese hecho algo para retenerlo, ahora estaría preparando mi boda con él, que se habría quedado a vivir acá, se reprochó. En ese momento le salió un llanto desconocido: ya no eran sus ojos los que lloraban sino sus entrañas. Acababa de descubrir que el inglés no la había amado lo suficiente y que prefirió continuar su vida de contrabandista en vez de ser marido suyo, dedicado a la vida tranquila y al comercio en Concepción.

Con los pies a la rastra se encaminó hacia el río llena de pensamientos de muerte que le alborotaban la cabeza pero cuando se descubrió empapada por el aguacero de padre y señor nuestro que se dejó caer, se dijo que también de calenturas moría mucha gente y que eso era más cómodo que morir ahogada. Se sentó en la orilla del río, entre las piedras y el barro, solo para ver las aguas pasar. Siempre le había gustado que Concepción fuese una ciudad acuosa, cercana al mar y a varias lagunas, favorecida por las lluvias del invierno y del verano, acostada entre el Bío Bío, ese río ancho de nieve recién derretida, y el Andalién, de aguas también frías y traicioneras. Su mamá Candelaria le había contado que las aguas de la lluvia y de los ríos se llevaban las lágrimas al mar y que ahí se convertían en perlas. "Llore no más, mi niña", le aconsejaba cada vez que la sorprendía con cara de haberse tragado un limón.

Junto al Bío Bío, Rosario se preguntó por qué cuando más la había necesitado, su abuela primero se mantuvo en silencio y después se fue al campo, llevándose a Candelaria, para dejarla sola enfrentando las consecuencias de sus actos. "A tu edad, no puedes estar enamorada en serio", le dijo antes

de partir. Cuando ya estaba oscuro, con la falda amarilla hecha un estropajo, Rosario volvió a su casa, decidida a casarse con José María y sin poder imaginar cómo sería su futuro.

Al mes estaba casada. Aprovecharon la fiesta de Todos los Santos para realizar la ceremonia. No hubo celebraciones ni aspavientos porque "en tiempos de guerra todo es excepción", dijo don Juan de Dios, decepcionado porque adivinaba que aún tendría que esperar un año entero antes de irse al norte con el ejército patriota llevando a su hijo Salvador a la rastra.

Los esposos, con la dote de la novia, consistente en el cargamento de té chino más los consabidos manteles y sábanas bordados, partieron a la hacienda de Collipeumo, donde vivía José María de Soto Aguilar. Doña Isabel despidió a su hija en el portón de la casa diciéndole: "trate de ser feliz, hija. El destino de las mujeres no es el mejor". Pero Rosario estaba contenta desde que supo que la casa de la hacienda quedaba junto al mar, en las costas de Cauquenes.

Dos

Candelaria contaba que aquel año de 1814 fue turbulento y que después de la batalla de Rancagua la gente tenía los nervios extenuados; unos, por el miedo, la necesidad de esconder a los perseguidos y de rebuscárselas para sobrevivir; y otros, por el empeño en reponerse lo antes posible de las pérdidas que los insurgentes habían causado en sus fortunas. La guerra había durado un año y medio, con batallas en las que los dos ejércitos de miles de hombres se enfrentaban cuerpo a cuerpo hasta morir o vender su alma y, de todos modos, morir de inmediato e irse al infierno. Los sueños libertarios de los patriotas habían concluido de repente en Rancagua, pese a que algunos creyeran que cualquier día un ejército organizado en Méndozza iba a cruzar la cordillera de los Andes para proseguir la guerra.

En todo caso, a lo largo de ese diciembre los comentarios de la gente de Concepción giraban en torno al regreso de Rosario Puga, de vuelta en la ciudad luego de tres años de ausencia, justo cuando todo patriota con dos dedos de frente intentaba huir a la Argentina. Se rumoreaba que había regresado para pasar la Navidad con doña Chabelita, que en manos de los realistas acababa de perder a su único hermano varón, que murió dejando una viuda con dos muchachos por educar. Todos se admiraban que Rosario, por un objetivo así

de noble, llegara a meterse a la boca del lobo; lo decían incluso los realistas.

Al saber de tanto chisme y tantas expresiones admirativas acerca de su coraje, Rosario comprendió que los vecinos no se daban cuenta de que ella había vivido en pleno campo de batalla, a medio camino entre Santiago y Concepción. En su casa de Collipeumo había oído el rumor constante de los soldados realistas y patriotas que llegaban hasta el patio para avisar que cruzarían la hacienda, para exigir la entrega de más caballos o para pedirle que curase a los heridos. Ella a todos los trataba con gentileza pero a los realistas les escondía hasta los pozos de agua; “en estas tierras de rulo no crece nada”, era su frase habitual para iniciar una conversación con ellos. A lo largo de ese tiempo se acostumbró al retumbe de los cañonazos, a distinguir entre el ruido de un trabuco y el de una pistola de chispas y, sobre todo, a no desmayarse ante un hombre con los huesos o las tripas a la vista. Además, siguió las instrucciones de su esposo para cuidar la hacienda mientras él, por largas temporadas, exponía su vida en el ejército patriota. Y en ese lapso tuvo dos embarazos. Con el primero se resignó a su destino pero cuando el segundo niño también murió, a los días de haber nacido, una turbulencia interior se apoderó de ella. Apenas supo de la batalla de Rancagua y el término de la guerra, se decidió a vivir sin un marido al que no amaba.

A pocas leguas de Collipeumo comenzó a encontrar a miles de hambrientos que asolaban los campos y comprendió que su escolta era insuficiente o innecesaria ya que sus cinco campesinos con sables parecía un adorno de señora, al igual que la carabina que le había sacado a Soto Aguilar. Durante las cuatro jornadas que demoró en llegar a Concepción repartió comida entre las chilotas que, junto a sus hijos, iban a la siga de sus hombres que engrosaban las huestes realistas.

También alimentó a los prófugos del ejército patriota mientras los interrogaba sobre la batalla de Rancagua.

“¿Conoce al capitán Juan de Dios Puga?”, preguntó decenas de veces. Unos ojos aterrorizados y mudos la miraban hasta que un campesino de Los Ángeles le dijo que el capitán Puga había muerto. No supo por qué, pero no le creyó.

Nunca habría creído que el viaje pudiera ser así de largo, incluso sin detenerse en los tambos del camino real porque prefirió pagar el doble y cambiar los bueyes y caballos para proseguir su carrera. Tampoco le importó correr el riesgo de viajar de noche, sospechando que por ser tantos los orates, mujeres con niños, tullidos y miserables que vagaban a campo traviesa, no se encontraría con las bandas de asaltantes de siempre y que ahora habían aumentado. Y aunque su escolta era inútil por menguada, de todos modos después en Concepción dijeron que ella había llegado con una gran comitiva de servidores.

La vieron cruzar el Andalién por el puente del molino nuevo encabezando a cinco jinetes que escoltaban una carreta donde iban sus pertenencias, Candelaria y otra criada de confianza. Llegó por la mañana, cabalgando a lo hombre, con su pelo rojo suelto al viento, sin hacer nada por pasar inadvertida y saludando a todo el que encontraba para preguntar si sabían algo del capitán Puga.

Su madre y su abuela la recibieron en el portón y sin palabras la abrazaron. Juan de Dios y Salvador habían sido apresados; al menos, estaban vivos. No, aún no las habían autorizado para ir a la isla Quiriquina a visitar a Salvador y no habían recibido carta de Juan de Dios, desterrado en la isla de Juan Fernández; “como todos los patriotas importantes”, dijo doña Isabel, dándose aires de importancia. “Solo Dios sabe si sobrevivirán”, dijo la abuela con los ojos secos.

Las dos señoras se atropellaban por contarle sus desdichas

mientras recorrían los patios y pasillos hasta llegar a una galería llena de helechos, donde se acomodaron en torno a una mesa redonda de mantel con blondas y desayuno servido. Que hacía dos años la vida se había puesto esquiva, cuando en marzo del año anterior el general Parejas y sus soldados realistas habían invadido Concepción desde el mar y las guarniciones patriotas se pasaron a su lado, salvo honrosas excepciones; que la ciudad se inundó de soldados chilotos y valdivianos del ejército realista, contaba su madre. “Puros indios, miija”, dijo la abuela, sirviéndole una leche humeante y tortillas con nata y dulce de moras. Que la llegada de Parejas llevó a muchos que antes se hacían pasar por patriotas a sacarse las máscaras, como el fraile De la Torre, confesor de la familia, que ante un consejo de guerra denunció a media ciudad. “Nos quedamos huérfanas de Dios”, dijeron las dos señoras.

Aprovechando que doña Isabel no podía hablar por culpa de las lágrimas, la abuela dijo que esa época funesta duró unas pocas semanas, hasta que los patriotas volvieron a tomarse la ciudad y que entonces Villodres, el obispo siempre leal al Rey, escapó a Lima.

“La Patria Vieja”, como ya comenzaban a llamarle los derrotados al tiempo anterior al desastre en Rancagua, había durado cuatro años. En ese lapso se sucedieron varias juntas de gobierno, encaramadas al poder mediante golpes de fuerza o, las menos de las veces, como producto de votaciones a viva voz de las que en los pueblos ni se enteraban. El territorio dominado por los patriotas se extendió de Coquimbo hasta Concepción mientras todo se convulsionaba y retorció al ritmo de los bandos y decretos dictados por autoridades que experimentaban en educación, higiene, prensa, impuestos, sistema de pesos y medidas, libertad de vientre para los esclavos, creación de un cuerpo de policía y de emblemas patrios, discusiones con los curas y castigos a los vecinos realistas

además del sinnúmero de tareas de debieron enfrentar y que ni habían sospechado que se les vendrían encima cuando se propusieron crear una patria libre. Entre Santiago y Concepción todo se había estremecido con la guerra que hacía temblar la tierra con sus cañonazos y el galope de los caballos y que obligó a la gente a vivir con el alma en la boca, envalentonándose con utopías los unos o con añoranzas los otros. Las señoras Puga conocieron bien estos estremecimientos puesto que, en menos de dos años de guerra, Concepción cambió cuatro veces de bando. Las traiciones, venganzas, recelos, hambrunas, odios y mezquindades ya no les eran desconocidos.

—Y en marzo de este año, cuando los godos volvieron a reconquistar Concepción, murió tu tío Vidaurre. Lo encerraron herido en la Catedral y los otros prisioneros no pudieron hacer nada por salvarlo —siguió diciendo la abuela.

—Ojalá no haya sido yo la culpable de que mataran a mi hermano ¿No ves que De la Torre era mi confesor?

—Mamá, usted se da mucha importancia al creerse la responsable de todo.

Por supuesto, doña Isabel empezó a llorar de nuevo. Se produjo un largo silencio, roto por la señora cuando pudo volver a hablar:

Hubo un combate aquí mismo, sobre nuestro tejado. Vas a ver cómo dejaron la casa de enfrente.

—Ese día, con tanto cañonazo, creí que me iban a dejar sorda —dijo la abuela.

Rosario comprendió que su padre y su hermano solo le habían dado la mitad de las noticias en sus pasadas por Collipeumo y que su madre y su abuela habían corrido igual peligro que ella.

—La más destruida fue la casa de la viuda de Martínez de Rozas —siguió informando su madre.

—¿Murió Martínez de Rozas?

—En Mendoza. ¿No lo sabías? Dicen que murió de pena porque los Carrera lo desterraron —contestó la abuela.

Doña Isabel se apresuró a decir que el señor Martínez se había merecido el destierro por conspirar contra el gobierno patriota. Según ella, este señor, íntimo amigo de Juan de Dios e iniciador de los duendes de Concepción, estuvo a punto de precipitar una guerra civil entre los patriotas al desconocer la autoridad de los hermanos Carrera que gobernaban en Santiago. La abuela aclaró: “tu madre se volvió carrerina después que murió su hermano”. Las dos señoras se enfrascaron en una pelea que amenazó con llegar a los gritos. Hasta que doña Isabel tomó partido por el bando de los Carrera, toda la familia Puga había sido seguidora de O’Higgins, un hacendado de Los Ángeles que antes de la guerra se había caracterizado por ser cauteloso. “No podemos lanzarnos de cabeza contra un ejército con experiencia cuando nosotros no dominamos el arte de ganar guerras”, decían los o’higginistas, llamando a la moderación a los hermanos Carrera, con fama de “cabeza-calientes”, como los calificaba don Juan de Dios. “¿Acaso los godos se van a quedar tranquilos observando cómo nos rebelamos?”, respondían los carrerinos en un diálogo imposible. A partir de la derrota en Rancagua los patriotas se dedicaban a echarse unos a otros la culpa del desastre.

—De todas maneras, O’Higgins y los Carrera llegaron a enfrentarse con las armas en la mano. Y eso es grave —dijo Rosario.

—Fue una batallita; nada más —opinó su madre.

Se produjo un nuevo silencio, interrumpido por los sollozos de doña Isabel de Vidaurre.

Del desayuno pasaron directo al almuerzo, que incluía los afamados buñuelos de zapallo maduro de la abuela. Antes de irse a dormir la siesta, de sopetón, Rosario dijo que venía a quedarse. No necesitó entrar en explicaciones. Por una

visita que un año atrás había hecho Salvador a Collipeumo, las dos señoras estaban al tanto de que Soto Aguilar se había amancebado con una criada. Según la abuela, se trataba de una situación inaceptable; ciertamente sus cuatro hijos varones eran unos mujeriegos pero jamás en la historia de la familia se vio a un Puga llevándose a la concubina a vivir bajo el mismo techo de la esposa. Mucho se había demorado su nieta en dejar a ese sinvergüenza.

—Una mujer nunca debe irse de su casa pero, ante una falta tan grave de tu marido, se justifica que te quedes con nosotras hasta que él te venga a buscar —dijo doña Isabel de Vidaurre.

—Ella es la hija de la administradora, mamá, y es a ella a quien tengo que pedirle una gallina si me dan ganas de comer gallina.

Aunque a la señora aún la herían las palabras que alguna vez su hija le lanzó a la cara, convencida de que Dios castiga pero no a palos, la abrazó en silencio. “Así son los hombres y nosotras debemos aceptarlos como son”, dijo en un intento por consolar a Rosario, que lloraba de pena, creyó en un primer instante pero al palparle la espalda, dura por el esfuerzo de mantener la nuca erguida, se dio cuenta del dolor de orgullo que padecía.

A lo largo de aquella tarde Rosario recibió los saludos de los parientes que llegaban hasta la casa atraídos por la noticia de su llegada, que se esparcía por la ciudad como mantequilla por pan caliente. Candelaria los recibía en el portón y no paraba de hablar hasta dejarlos en el segundo patio, donde se encontraba su niña junto a las hortensias moradas en plena época de floración. Rosario, con su basquiña azul y la blusa de encajes, parecía una flor más.

A Candelaria le había bastado con traspasar el portón para adueñarse de nuevo de la casa. Le pareció que todo estaba venido a menos: techos y muros mostraban manchones

de humedad, el musgo y los líquenes crecían impunemente dentro de los dormitorios, de las cortinas colgaban hilachas y en la despensa solo había un saco de cebollas y otro de porotos, un barril de coliflores fermentadas y uno que otro recipiente de barro medio roto o vacío. En Collipeumo, en sus momentos de nostalgia por una vida normal, no había tomado en cuenta que en Concepción también estaban en guerra. “¿Para qué se vino, doña Candelaria, si en el campo siempre se encuentra algo que comer?”, fue el saludo de la cocinera.

Cuando estuvo oscuro, Rosario le rogó a su abuela que la acompañara en su primera noche de regreso en el hogar. Mientras se desprendía de la blusa y de los nudos y cintas del faldellín, enaguas, refajo, justillo y corpiño, aprovechó de decir que eso de cada oveja con su pareja, en su caso no había dado buenos frutos.

—Quizá no soy oveja.

—O él es un cabrón —repuso la abuela, acurrucando a su nieta hasta asegurarse de que respirara a un ritmo saludable.

Después, justo antes de dormirse, Rosario murmuró: “abuela, fui tan estúpida al creer que el pirata inglés volvería por mí”. Esa noche la señora se dispuso a juntar fuerzas para vivir lo suficiente para alcanzar a ver a su nieta feliz.

El desvelo se inició a fines del verano, cuando en las fiestas de todos los Josés de la ciudad se supo que Rosario no solo seguía en Concepción sino que se había instalado con camas y petacas en una casita prestada por doña Tomasa de Santa María, “donde incluso recibe visitas y hace de anfitriona”, se comentaba. En abril comenzaron las lluvias y recrudecieron los rumores. “Dicen que dicen”, era lo que más se decía a la hora del mate, cuando el tema de conversación favorito de las mujeres eran las andanzas de Rosario Puga. Que había puesto en venta una gran cantidad de objetos de plata labrada y alhajas pertenecientes a su marido, se decía.

La abuela opinaba que no iba a ser necesario desvivirse por las habladurías por tratarse de un atributo humano; que la gente lo hacía para sentirse parte de la comunidad, decía ella. Doña Isabel de Vidaurre no estuvo de acuerdo en ningún minuto porque, según ella, era un llamado de atención: “es mejor no darles motivo; una mujer joven y sola es siempre un peligro para las otras mujeres; yo te lo advertí, hija, debes vivir con nosotras”.

Antes de iniciar sus chismes la gente podría haber imaginado que ahora Rosario estaba convertida en una mujer de armas tomar. Al menos, eso era lo que Candelaria se encargaba de advertirle a las criadas de las otras familias importantes: “no se lo diga a su señora, pero con Rosario es mejor no meterse; la guerra la transformó”. Candelaria exageraba para hacer un círculo mágico alrededor de su nieta. Ella sabía que Rosario lo necesitaba y también sabía que su nieta nunca le perdió el miedo a la guerra ni a los terremotos y que en Collipeumo solo aprendió a dar órdenes con voz de patrona, a lidiar con su marido y a mantenerse silenciosa si era preciso. “Harto le sirvió en los años que siguieron”.

Los caballeros se reunían en el único café de la ciudad para sus juegos de naipes y comentar los sucesos del día. Con el mismo tono de voz engolada que antes usaban para hablar de política, ahora aseguraban que si un hombre apartaba casa para irse a vivir con su querida, como había sido el caso de don Juan de Dios, era digno de comentarios porque por ahí acaso un día lograsen desentrañar los misterios del alma humana; pero, si era una mujer la que lo hacía, pues entonces, con mayor razón. Algunos, amparándose en la idea de que las guerras trastocan las costumbres, aseguraban que aunque el viejo orden hubiese sido restaurado ya nunca más se podría volver a vivir como antes; pero, de todos modos, consideraban que lo de Rosario era preocupante puesto que había roto

las reglas de convivencia y su ejemplo podría ganar adeptas; “Dios no lo quiera”, susurran persignándose. Para los otros, se trataba de un desacato no solo contra los derechos del marido sino contra toda autoridad pero, defendían la opinión de que en peleas de casados era mejor no meterse. Y en las tertulias familiares todos recordaban la fuga de Rosario con el contrabandista.

Alrededor de las hogueras que se encendieron por plazas y descampados para celebrar la Cruz de Mayo ya eran escandalosos los chismes que se esparcían por casas y poblados. Fue cuando se supo que Soto Aguilar estaba en la ciudad, hospedado donde un amigo licenciado en leyes. Que iba a pasar todo el invierno en la ciudad, se decía, porque había venido a entablar una demanda contra su esposa a fin de exigirle la devolución de las especies robadas; “especies robadas”, repetían como loros. Se decía que lo había dicho y hecho después que Rosario se negara a entregarle ni siquiera un cuchillo y al comprobar que su suegra, enmudecida, le negaba la entrada a su casa. Que a don José María lo habían visto golpeando la puerta de Rosario; que también lo habían visto conversar con el Obispo y el Alguacil; que en el mercado habían oído a las criadas de los Puga diciendo que la señorita Rosario jamás de los jamases volvería a vivir con su marido.

Lo peor era que a Rosario no lograban sacarle palabra. Por mucho que sus tías y las amigas y enemigas de ellas se esforzaban por saciar su curiosidad, de Rosario solo obtenían una carcajada o una frase vaga y así, sin que ni se dieran cuenta cómo, Rosario las tenía hablando de los abusos de las autoridades realistas, del estado de salud de los presos en la isla Quiriquina o de la aparición de unos guerrilleros patriotas por los alrededores de Chillán. Cuando se iba, las señoras se encontraban diciéndose entre ellas todo lo que no se atrevieron a decir o no se les ocurrió preguntar cuando ella estaba

presente. “La Rosarito se las trae”, concluían con un dejo de envidia.

Cuando doña Gertrudis Serrano fue encerrada en la cárcel de Penco, en ruinas desde el último terremoto, la atención de los habitantes de la ciudad se centró en ella y por un rato Rosario pudo respirar tranquila. Los realistas decían que pese a estar sometida a arresto domiciliario desde el año anterior, a doña Gertrudis la habían vuelto a descubrir conspirando. Que solo habían sorprendido una carta que la doña le envió a su hijo, corregían los patriotas en voz baja, temerosos de ir en su ayuda. La viuda de Vidaurre, convencida de que ya no tenía nada que perder, fue la primera en atreverse a ir hasta Penco para llevarle comida y abrigo. Con su ejemplo otros también se envalentonaron y fueron a visitarla e incluso alguien tuvo la osadía de esconderse entre las ropas una carta de Ramón Freire, el hijo de doña Gertrudis, exiliado en Buenos Aires. “Ella es una señora conocida”, se comentaba, sin la intención de dar a entender que las brujas, putas, extranjeras y mujeres pobres pudieran ser arrestadas sin mayor trámite pero, la verdad, es que se entendía que una dama de su abo-lengo no debía sufrir ese trato. Al poco tiempo las familias más antiguas —como se calificaban ellos mismos— clamaron piedad por doña Gertrudis; lo hicieron también los realistas, porque en cosas de defensa de la gente bien, siempre hacían frente común. Al mes la doña fue conducida de vuelta a su casa con prohibición de recibir visitas y traspasar la puerta de calle.

El caso de doña Gertrudis y otros parecidos tuvieron como consecuencia que muchos tibios, temerosos o indiferentes se decidiesen por la causa patriótica y que los leales al Rey fueran cada vez menos. Los tiempos no estaban para hacer alardes de posturas ni simpatías revolucionarias pero tampoco era necesario haber leído la declaración francesa de los

Derechos del Hombre —y también de las mujeres, insistían las tozudas— para saber por cuál cauce corría la vida. La gente, obedeciendo un impulso instintivo, se cuidaba las espaldas y la boca simulando llevar una vida tranquila, de modo que de a poco cada uno volvió a su rutina y las habladurías sobre Rosario se reavivaron. En pleno mes de julio, cuando al igual que todos los años la lluvia y el barro habían aislado la ciudad, los chismes sobre Rosario competían con las noticias acerca de las crecidas de los ríos, animales ahogados, enfermedades de pobres y niños que morían de tos. A veces se dejaba escuchar con más insistencia el rumor de un asalto de los guerrilleros patriotas a algún pueblo cercano pero cada vez eran menos los que creían en esos cuentos.

A pesar del frío y la humedad, los caballeros se juntaban en una esquina de la plaza para hacer apuestas sobre la sentencia que los alcaldes darían a Rosario. Les asombraba que esta vez, de un modo inusual, las mujeres también arriesgasen su dinero para participar en el juego. Muchas señoras apostaban a favor de Rosario, convencidas de que ahora ella podía hacer lo que se le viniera en gana luego de haber logrado hacerles creer que el inglés la había secuestrado.

El asunto llegaba a tanto que el obispo Villodres, de regreso de su periplo por Lima, se vio obligado a intervenir en uno de sus sermones en la iglesia del Sagrario en el cual, y como todos los domingos, afirmó que el diablo y los insurgentes eran una misma cosa puesto que desafiaban al Rey de España, ungido por decreto divino. Enseguida, sin dar nombres, dijo que Rosario era peor que el diablo porque, además de ser una insurgente, ella desafiaba la autoridad de todo varón. “Seguramente es lectora de los herejes franceses”, se le alcanzó a escuchar al señor Obispo, que terminó su homilía igual que siempre, o sea, despotricando contra los enciclopedistas, y advirtiendo que participar en apuestas, por supuesto,

era pecado. Como hacía muchos años que se comentaba que pese a ser doctor, Villodres apenas sabía leer y escribir, pocos le hicieron caso a sus amenazas de excomuniación. En cambio, ganaban puntos quienes creían que era una vergüenza que la Catedral y la iglesia de La Merced llevaran dos años haciendo las veces de cárcel, con cientos de presos obligados a hacer del cuerpo en lugar santo. “A Villodres más le valdría ocuparse de la casa de Dios”; lo decían incluso las mujeres.

Una mañana en que no amaneció lloviendo, un grupo de soldados intentó echar abajo a patadas la puerta de calle de la casa de las señoras Puga. Un oficial de apellido Benavente dijo que obedecía órdenes superiores y que debía revisar todas las casas de esa manzana en busca de armas escondidas. Rosario, que después de misa había ido a desayunar con su madre, palideció al acordarse de los pistolones con que don Juan de Dios había intentado inculcar la defensa propia en las mujeres de su familia. La abuela amenazó a los soldados con las penas del infierno pero les permitió la entrada y a Benavente le hizo servir una taza con algo parecido a un café, hecho de higos, de su propia elaboración, le dijo mientras lo entretenía con sus preguntas sobre parentescos, heráldica y escudos de armas. Al mismo tiempo doña Isabel y Rosario acompañaban a los que revisaban debajo de las camas, sobre los roperos, detrás de la leñera y en el gallinero. Lo más atractivo que los soldados del Rey pudieron encontrar fueron los objetos de plata labrada y una cantidad escandalosa de té chino. De armas, no había ni rastro, ni siquiera cuchillos de cocina bien afilados. Después de dejar todo patas arriba y la huerta y los jardines llenos de hoyos, se fueron. Rosario, con su abuela a la siga, corrió hasta el segundo patio, donde encontró a doña Isabel de Vidurre conversando con un arbusto nevado de flores. “Son camelias. La planta me la regaló un marino inglés que daba la vuelta al mundo. Es tan desconocida y sus flores

son tan bonitas que ni los más brutos se atreven a tocarla”, le explicó a su hija. Debajo de esa planta estaban los pistolones, oxidándose desde hacía años. Al reordenar el desorden, Rosario descubrió que los muy sinvergüenzas le habían robado un incensario, tres cucharas y un rosario con los avemarías de plata y los padrenuestros de oro. De inmediato fue a la Casa de los Gobernadores a presentar una denuncia.

Así, de forma inesperada, Rosario vino a agregarle otro problema a la máxima autoridad, don Miguel María Atero, el Intendente recién nombrado por el Virrey, que padecía agobio a causa de las infinitas peticiones, ruegos y exigencias de las esposas de los prisioneros que atestaban las iglesias y la isla Quiriquina. Sobre las espaldas del señor Atero se acumulaban las solicitudes de permisos de visita, de envíos de ropa y comida, y de un médico para que los revisara e, incluso, algunas tenían el descaro de pedir la libertad de sus parientes.

Al principio el señor Intendente no tuvo tiempo ni ganas de oír los comentarios sobre Rosario Puga. Él era un ingeniero de obras civiles, amante de las construcciones neoclásicas y esa había sido la razón por la que luego de ver avanzados los trabajos del canal del Maipo en Santiago aceptó irse a Concepción, donde —desde su nuevo cargo— deseaba transformarla en un sueño neoclásico que provocara envidia incluso en México. Y para lograrlo debía terminar de una vez por todas los edificios de la cárcel, la Catedral y el hospital de San de Juan de Dios, en lugar de enredarse en peleas de gatos. Sin embargo, al cabo de unas semanas se vio obligado a prestar oídos al tema que apasionaba a la gente. Por eso, cuando supo que Rosario Puga pedía una audiencia, se la concedió. Que la había conocido de niña y era un gusto verla convertida en una hermosa mujer, fue su saludo que acompañó de miradas lujuriosas, a juicio de Rosario. Enseguida hizo

que un secretario anotara palabra por palabra lo declarado por la señora Rosario Puga de Soto Aguilar, como insistió en llamarla. Prometió investigar el percance y, a modo de disculpa, dijo:

—Usted sabe que quien roba a un ladrón, tiene mil años de perdón.

—Lo de mi marido es mío— contestó ella.

—Se equivoca, mi señora: lo suyo es de su marido.

La marcha de las apuestas continuó siendo la única entretenimiento de los habitantes de Concepción durante ese largo invierno. El Intendente se mantenía al tanto gracias a la diligente labor de sus espías del Tribunal de Vigilancia y Seguridad Pública, apostados en las tabernas, el café, la plaza y en cada esquina.

Cuando Soto Aguilar les anunció a sus partidarios, y éstos a sus contrincantes, que los dos alcaldes estaban a punto de dar su veredicto, los curiosos pasaron a reunirse a la salida del edificio del Cabildo. El juicio causaba gran interés y, para alivio del Intendente, los bandos que esta vez se formaban, no correspondían a la división entre leales al Rey e insurgentes.

Un miércoles por la noche, a la hora de la cena, doña Isabel de Vidaurre le pidió a su hija que negociara con Soto Aguilar, pero ella se negó a escuchar consejos. “Que se atreva ese tal por cual a meterme presa. Usted, mamá, nunca entendió que el matrimonio obliga a dos o a ninguno”. Doña Isabel no entendió y tampoco la abuela que, de todos modos, decidió encarar la ausencia de los varones de la familia y hacerse cargo del asunto. Con el ánimo más sereno, las señoras terminaron de tomar su sopa de huesos.

Esa tarde el Cabildo había dictaminado que María del Rosario Melchora Puga i Vidaurre, casada, de diecinueve años, natural de La Concepción de la Madre Santísima de la Luz, debía ser detenida.

El Alguacil Mayor se complicó al ver a la mañana siguiente que Rosario llegaba a presentarse ante él por propia voluntad, acompañada de una criada de nombre Candelaria y de un baúl voluminoso. “Venimos a ponernos presas”, dijo Rosario, sabiendo que las autoridades no disponían de un lugar para mantener privadas de libertad a las mujeres. El Alguacil pensó en llevárselas a su casa pero también pensó que así podría crear más habladurías y, además, ese par de mujeres eran capaces de convertir a su esposa en una insurgente. Entonces decidió instalarlas en su despacho y mandó a pedir camas prestadas al monasterio de las Trinitarias Contemplativas.

Esa misma tarde se comentaba que el Intendente había dicho que Rosario muy de familia insurgente sería, pero que de todos modos era una dama y para él significaba una deshonra tenerla presa. Lo que don Miguel María Atero no dijo fue que de Santiago había recibido la orden del gobernador Osorio de buscar la reconciliación entre los súbditos de Su Majestad y que él había encontrado la forma de tenderle la mano a la numerosa familia Puga, que lo tenía aburrido con las peticiones a favor de sus parientes presos.

Muchos se creyeron el cuento de la deshonra del Intendente cuando lo vieron beber y conversar con Soto Aguilar. Nunca supieron que la abuela Puga había visitado a su conocido de antes de la guerra, el Intendente, para informarle de la demanda que ella entablaría contra Soto Aguilar por incumplimiento del contrato matrimonial. Tampoco supieron de una mensajera que fue a advertirle al licenciado en leyes que alguien podría atestiguar que había visto a Soto Aguilar luciendo el uniforme patriota.

Rosario estuvo nueve horas detenida. Apenas fue puesta en libertad por retiro de la demanda, entró en acción el licenciado en leyes que ahora intercedía para que Rosario volviera por las buenas a su legítimo hogar. Ella, en plena Plaza de

Armas, junto a Candelaria y a su baúl, contestó a los gritos que ni muerta lo haría. El Intendente se sonrió al ver esta escena desde el balcón de su despacho. “Dura la hembrita; igual que su abuela”, lo oyeron comentar.

Los chismes continuaron porque muy pronto la gente comprendió que a Rosario le importaba más vender la plata labrada de su marido que cuidar su reputación, lo que molestó a muchos, sobre todo después de la partida de Soto Aguilar, momento en que los objetos en venta subieron de valor.

Una de las tías de Rosario —la única realista de la familia— quiso cortar por lo sano al dictaminar que la conducta de su sobrina correspondía a una tradición de familia: entregarse al amor. Entonces, toda la ciudad recordó la historia de esa señora pequeñita que ahora pasaba inadvertida pero que en su juventud había protagonizado uno de los mayores escándalos de Concepción. Así, doña María Ignacia Puga recobró la fama que se había hecho en milsetecientosnoventitantos, cuando por años mantuvo amores ilícitos con don Andrés de Alcázar, quien además de ser el casadísimo Conde de la Marquina, era el albacea de don José Puga y Gijón, padre de María Ignacia, Juan de Dios y otros seis hijos. Los viejos recordaron que los hermanos Puga no lograron impedir que María Ignacia continuara teniendo hijos con el hombre que le robaba a su padre hasta lo que no tenía, incluso después de muerto.

Cuando se trajo ese escándalo a la memoria de la ciudad, volvió la calma. Muchos prefirieron no seguir desenterrando historias que podrían complicar a medio mundo y se apresuraron en declarar que eso había sido un pecado de juventud pero que ahora doña María Ignacia, muy juiciosa, se dedicaba a la crianza de sus nietos. Para colmo, la esposa del Conde de la Marquina no había tenido hijos y ahora, con todo tan revuelto, no se sabía si el mayor de los bastardos de María

Ignacia no iba a heredar el título nobiliario. “Lo prudente es callar; por ahí el huacho de María Ignacia termina siendo un conde”, aconsejaban algunos, temerosos de pelearse con Rosario. En las cabezas de quienes se esforzaban por sobrevivir, estaba muy presente que el Conde de la Marquina acababa de ser nombrado Presidente del Tribunal de Vindicación de las Provincias del Sur y a todos —insurgentes y leales— les convenía llevarse bien con el señor que desde su nuevo cargo contaba con la potestad de decidir quién podía tener la conciencia tranquila y quién debía prepararse para lo peor.

Y eran tiempos para andarse con cuidado. Entre los comprometidos con la causa patriota cundía el pánico desde que se supo de la muerte de don Joaquín Vial, uno de los duendes. Se contaba que don Joaquín había sido apresado en Lima con cartas comprometedoras y que a pesar de que sus verdugos lo torturaron con los instrumentos del Santo Oficio, no consiguieron que delatara a sus amigos que, de todas maneras, preferían dormir con un solo ojo. El obispo Villodres negó el permiso para celebrar misa en su memoria y, para espanto de los patriotas, volvió a negarlo cuando llegó la noticia de que fray Acuña, un médico eminente y fundador del hospital de Chillán, había muerto en el destierro en la isla de Juan Fernández.

Los patriotas vivían con el miedo pegado a las espaldas y las noches eran largas. Las madrugadas traían consigo los momentos de mayor miedo y Rosario se despertaba con el ladrido de los perros y permanecía oyendo los latidos de su corazón a la espera de que vinieran a avisarle que la soldadesca había irrumpido en casa de su abuela. La señora, que se enorgullecía de no tener pelos en la lengua, no se cuidaba la boca, convencida de estar demasiado vieja para andarse con tapujos. Doña Isabel de Vidaurre consumía frascos y más frascos de su tónico para los nervios y se lo recomendó a

Rosario al notar que a su hija le crecían las ojeras con más rapidez que el pelo.

En tanto, la paz en Chile había sido restaurada. Señal de ello era que el brigadier Parejas con sus uniformes y condecoraciones militares estaba de vuelta en Lima y en su reemplazo, instalado en el sillón de terciopelo rojo del Palacio de Gobierno de Santiago, había un señor que gustaba lucir calzones de seda, medias de encaje y zapatos con hebillas de oro. Francisco Casimiro Marcó del Pont Ángel Díaz y Méndez era su nombre completo, que dejaba sin aliento a quien tuviera que pronunciarlo y que figuraba al final de un sinfín de títulos, tales como Caballero de la Orden de Santiago, de la Real y Militar Orden de San Hermenegildo, de la Orden de la Flor de Lis, Benemérito de la Patria en grado heroico y eminente, Mariscal de Campo de los Reales Ejércitos, Superintendente y Subdelegado del General de Real Hacienda y del de Correos, Postas y Estafetas, Superior Gobernador Capitán General y Vicepatrono Real del reino de Chile.

En pleno verano de 1816 las Puga comprobaron que reinaba algún tipo de paz en Concepción cuando el intendente Atero invitó a la abuela y a su distinguida nieta a participar del banquete y baile que ofrecía en el Palacio Consistorial a los miembros de la expedición rusa de los Romanoff, recién desembarcados del buque Rurik para investigar la flora, fauna y costumbres del país.

La abuela anunció que se daría el gusto de ponerse el mismo vestido que había usado treinta años atrás, cuando el intendente Ambrosio O'Higgins había ofrecido una fiesta parecida a unos científicos y dibujantes franceses que viajaban en la expedición del conde de La Pérouse. “Es una ocasión para que te codees con gente culta y aprendas a bailar como lo hacen en la corte del Zar”, dijo en el instante en que su nieta se negó a ir, aduciendo que no tenía qué ponerse. “Necesitamos

divertimentos para sobrellevar tanta adversidad”, contestó la señora apenas Rosario sacó a relucir el argumento de las diferencias políticas y las condiciones de vida de los presos.

Un par de noches más tarde el Intendente recibió a sus invitadas y pudo hacer alarde del espíritu de reconciliación que reinaba en Chile. Doña Isabel de Vidaurre también asistió a la fiesta y en honor a los rusos se sacó el luto que llevaba por su hermano. A las dos de la madrugada las señoras Puga abandonaron felices la fiesta tras haber conseguido un permiso para visitar al día siguiente a Salvador en una lancha dispuesta por el señor Atero, que resplandecía de felicidad y a todo contestaba de buen talante desde el día en que consiguió terminar la construcción del edificio del hospital.

Y así, no pasó mucho tiempo hasta que otro escándalo vino a reemplazar el nombre de Rosario en la boca de la gente y ella se pudo dedicar tranquila al sustento de su familia, cosa nada de fácil con los hombres presos o exiliados y con la comida escasa y cara por la ruina causada por la guerra en la agricultura. Al vender lo que se llevó de la casa de Soto Aguilar, Rosario pudo dar los primeros pasos en algo que le sirvió mucho en esos años, cuando a menudo se la veía haciendo cuenta, regateando en el mercado o vendiendo en la feria los animales de los campos de la familia. Nadie la escuchó pero cada vez que cabalgaba en dirección a la feria de Chillán, entre suspiros susurraba que si hubiese sabido cómo continuaría la historia, nunca se habría enamorado del pirata inglés.

Tres

En el otoño de 1817, cuando los viejos ya auguraban un invierno más cruel que de costumbre, doña Petronila de Córdoba Figueroa i Caxigal del Solar demoró una semana completa en preparar un almuerzo memorable. La ocasión no era para menos. En febrero el Ejército Libertador había cruzado la cordillera de Los Andes y cerca de Santiago propinó una derrota tal a los realistas, que las autoridades y restos del ejército del Rey escaparon, dejando la capital en manos de los patriotas. Ahora el gobernador Francisco Casimiro Marcó del Pont agregaba a sus títulos el de prisionero de guerra y los realistas que habían logrado escabullirse, se reagrupaban en el fuerte de Talcahuano.

Pero en Concepción, pese a vivir a pocas leguas de las trincheras realistas de Talcahuano, doña Petronila tenía razones para celebrar. La primera alegría del año se la proporcionó su nieto Salvador en momentos en que recién comenzaban a llegar los rumores de que un ejército poderoso se aprestaba al otro lado de la cordillera a reemprender la lucha por la libertad de Chile. En enero, envalentonado con las noticias que también llegaba al presidio, junto a cuarentitres compañeros había huido a nado desde la isla Quiriquina. Y en marzo, al mes del triunfo patriota, llegó su hijo Juan de Dios, liberado de su cautiverio en la isla de Juan Fernández. Ahora regresaría

su hijo Manuel Ignacio, quien después de tres años de exilio en Argentina, acababa de participar en la decisiva batalla de Chacabuco. Al cabo de años de padecimientos, la familia volvería a reunirse.

El encuentro merecía que se hiciera desenterrar del tercer patio los cubiertos de plata y la loza de Talavera, escondidos desde el comienzo de la guerra para salvarlos de robos y expropiaciones. A medida que aparecían los entierros, Rosario se indignaba más y más, hasta que una mañana se lo sacó en cara a doña Petronila:

—Abuela, usted se quedó tan tranquila viendo que para alimentarnos yo vendía todo lo que traje de la casa de Soto Aguilar. A estas alturas solo me quedan las joyas y por el momento a nadie le interesa comprar algo que no se come.

—Sí las compran. Yo les vendí las mías a los franceses de Talcahuano y a las monjitas contemplativas. ¿O cómo crees que ha comido el resto de la parentela?

Rosario no supo qué contestar, pero la abuela siguió:

—Y dejé que vendieras las cosas de tu marido porque él te las quiere quitar. Cuando me muera, tú mereces quedarte con una parte de lo mío. Tu madre y tías están de acuerdo.

Con su nieta de buen ánimo, la abuela tuvo paz para dedicarse a la vigilancia de las dos criadas que durante tres tardes y dos mañanas se afanaron en sacarle brillo a la plata, pulir muebles y lavar cristales. Hasta la casa llegaron dos carretas con leña y carbón y desde los campos cercanos unos cazadores trajeron aves, conejos y liebres de la hacienda de uno de los hijos de doña Petronila. Los colchones fueron asoleados en el tercer patio para sacarles el olor a moho, impregnado desde hacía años, y un hombre del servicio fue al campo con la orden de traer nalcas a como diera lugar y aunque no fuese la temporada, “porque Manuel Ignacio tiene que comer ensalada de nalcas”, repetía a cada rato la señora.

La misma mañana de la fiesta, desde temprano, hubo un desfile de postres, dulces y tortas encargados al monasterio de las Trinitarias Contemplativas.

Sin decidirse a hacer sacar los choclos que se secaban en el techo de la casa, la abuela se justificó ante Rosario, que miraba con recelo tantos preparativos.

—El almuerzo va a ser elegante y suculento pero consistirá de animalitos que normalmente andan sueltos por ahí.

—No se preocupe, abuela. Nadie notará que hace años que solo comemos porotos pero, de todas maneras, me gustaría saber cómo piensa pagar esto.

—Asumí deudas con las monjitas. Te prohíbo que lo comentes.

—Abuela, usted me enseñó que eso no se hace.

Ahora sí. Verás que nos conviene.

Candelaria participó poco de los preparativos por hallarse dedicada a la recuperación de su niño Salvador. “Está hecho un hombre tan buenmozo que tendremos que cuidarlo de las mujeres y el mal francés”, decía mientras preparaba enormes cantidades de frutas almibaradas y dulces de toda laya para darle en el gusto. Rosario opinaba que el método de Candelaria para retener a su hermano en casa lo iba a hacer engordar tanto como las aves que doña Petronila había encerrado en jaulas para que estuviesen a punto para la fiesta.

La felicidad y razones para celebrar de doña Petronila fueron aún mayores cuando aquella mañana vio aparecer a Manuel Ignacio acompañado de su hija Nieves con un embarazo de cinco meses.

Hacía cuatro años que doña Petronila no veía a su nieta. Para ser exactos, desde el momento en que Nieves se acercó en Santiago. Ella la había cuidado a partir de los dos meses, cuando la madre de la niña se la envió desde Chillán con el recado de que no tenía con qué criarla. ¿Quién iba a creer

que Isabel Riquelme de la Barrera i Meza, descendiente de los primeros encomenderos de Chile y vecina de Manuel Ignacio en la hacienda de Palpal no iba a tener cómo criar a su hija? Lo hizo por despecho. Porque Manuel Ignacio no cumplió la promesa matrimonial con que la enamoró. De eso ella estuvo segura desde el primer momento. Nadie habría tenido cara para pedirle a Manuel Ignacio que cumpliera con la palabra empeñada considerando que Isabel Riquelme era una mujer hecha y derecha, madre de tres hijos de tres padres diferentes y, en consecuencia, no era posible tratarla como a una joven burlada. Así y todo, ella se hizo cargo de su nueva nieta en un intento por reparar el error de su hijo y se esmeró por mantener una buena amistad con los Riquelme. Nieves fue su primera nieta que se casó. Lo hizo con Agustín Borne, un irlandés muy trabajador, antes que empezara la guerra y su desorden. En el año trece, en plena guerra, los realistas la tomaron prisionera junto a su madre y a su hermana, por culpa del hijo de Isabel Riquelme, un general importante que, según se rumoreaba, ahora el Director Supremo de Chile. Ojalá sea verdad, decía la señora entre suspiros. Por ser hermana del General, Nieves estuvo varios meses de rehén en Chillán, donde la negociaron como si fuese un saco de papas, para intercambiarla por las mujeres parientas de un general realista, que estaban presas en Concepción. No había vuelto a verla desde el secuestro. Estaba más rellenita y le sentaba bien. Todo esto alcanzó a recordar y calibrar mientras daba órdenes para que los sirvientes acomodaran a los viajeros.

A las doce en punto comenzaron a llegar los otros invitados y al poco rato doña Petronila estaba risueña por efecto de la chicha de maqui y por estar rodeada, por primera vez en muchos años, de sus ocho hijos y sus respectivos cónyuges, más una veintena de nietos y bisnietos. Veintiséis personas se

sentaron a la mesa de mantel largo. Los niños y los más jóvenes fueron instalados en la mesa del pellejo, en la galería de los helechos, donde la abuela acostumbraba a sentarse a tejer en su telar mapuche y a oír las lluvias del invierno y del verano.

A lo largo de tres horas fueron servidos dos jamones de Chiloé sin que nadie lograra explicarse cómo habían llegado hasta esa mesa si Chiloé estaba tan lejos y en manos realistas; cazuela de capón castellano; perdices al escabeche y tórtolas en gelatina de pata de vaca; choros de la Quiriquina, que Salvador se negó a probar por ser lo único que había comido en los últimos dos años; y después un cocido de diversos pescados. Cuando alguien se quejó porque parecía almuerzo de cuaresma, la cocinera apareció vistiendo ropas de día domingo, con una gran bandeja que lucía un escabeche de conejos y liebres adornado con cebollas cristalinas.

Salvador luchaba con el uso de tenedores y cuchillos, excusándose porque con la escasez de la guerra y el cautiverio se le habían olvidado las buenas maneras. La abundancia de comida mereció más de un brindis con el famoso vino blanco de Penco y una pausa de silencio cuando recordaban que en los últimos años no habían sufrido solo escasez, sino verdadera hambre. La pausa era rota por otro brindis y exclamaciones de alegría por estar reunidos. "Y vivos", completaba Juan de Dios.

Manuel Ignacio era el más alegre y se divirtió contando que Marcó del Pont había sido apresado en las Tablas de Tunquén porque el miedo no le permitía decidirse entre Valparaíso o San Antonio para embarcarse rumbo al Perú y que lo encontraron atisbando buques después de vagar durante días entre ambos puntos. "Tan arrogante el goda maldito y lo encontraron escondido en un bosque, empolvado por la tierra reseca de los caminos y muerto del susto", fue el comentario de Juan de Dios.

Según Manuel Ignacio, por cortesía y gratitud los santiaguinos ofrecieron el cargo de Director Supremo a San Martín y cuando él rehusó el honor, la gente deseosa de ser gobernada por un chileno, nombró a O'Higgins. Todos, excepto María Ignacia, se rieron cuando les contó que las autoridades realistas habían sido hechas prisioneras y remitidas a Mendoza para ser juzgadas. Lo más celebrado fue el apresamiento de San Bruno, el jefe de los Tribunales de Vigilancia y Seguridad Pública. Que a San Bruno, por ser el más odiado, se le hizo juicio en Santiago y lo fusilaron a la madrugada siguiente. Hasta en Concepción habían sabido del carnaval que hubo ese día en Santiago. Sacó brindis el fusilamiento del capitán San Bruno. "Y otro brindis por los argentinos, que se lucieron en Chacabuco", pidió doña Petronila.

Manuel Ignacio contó que los carrerinos seguían activos y que trataban de quitarle puntos al general O'Higgins, llamándolo Huacho Riquelme.

—¿Y por tanta estupidez pones esa cara seria? ¿O acaso le importa a alguien que O'Higgins sea huacho? —preguntó María Ignacia.

—A los carrerinos, que se creen nobles —respondió una de las cuñadas.

—¿Quién mejor que el hijo de un gobernador para ser Director Supremo? El don de mando se lleva en la sangre —opinó otra de las cuñadas.

—Dicen que es sangre impura porque el matrimonio de Isabel Riquelme con el Virrey no pasó por el cura.

—Patrañas de resentidos —dijo Juan de Dios, poniendo fin al tema.

A la hora de los postres, con el desfile de helados de bocado y canela, más las tortas de las monjitas, Manuel Ignacio contó su aventura más reciente. Nieves era la única que sabía de su último viaje, cuando en marzo, tres semanas después

de Chacabuco, de nuevo cruzó la cordillera, esta de vez de ida y vuelta en menos de una semana. Que viajó en misión especial, dijo, apenas O'Higgins fue nombrado Director Supremo, con el objetivo de traer de regreso desde su exilio en Mendoza a Isabel Riquelme —su antigua amante, madre de Nieves Puga y del Director Supremo— y a Rosa Rodríguez, la otra hija de la señora. "Ahora que somos viejos, por fin hicimos un viaje juntos".

Sus tres cuñadas tosieron en señal de molestia por la mención de amores pecaminosos en presencia de ellas. Alguien hizo el comentario de que gracias a esos amores, ahora la familia estaba muy bien relacionada con las autoridades.

—Para toda la familia es importante que el general O'Higgins sea el hermano de mi hija Nieves.

—No solo por Nieves somos cercanos al General. Mi hijo y yo combatimos dos años bajo sus órdenes —dijo Juan de Dios.

—Bernardo O'Higgins es mi sobrino —les recordó una de las cuñadas, prima de Isabel Riquelme y esposa de José Puga.

Para impedir que continuara la competencia por demostrar quién estaba más relacionado con O'Higgins, la abuela declaró que por fin les traía beneficios uno de los desvaríos de Manuel Ignacio mientras servía té de culén porque le había sido imposible conseguir té de la China. Más de alguien miró a Juan de Dios con una sonrisa. Rosario suspiró y enseguida ofreció ponche de erizos, típico de la costa de Cauquenes, según explicó, agregando que consistía de jugo de erizos, vino de misa, canela y azúcar de Cuba; "las proporciones son un secreto".

Doña Petronila contemplaba la mesa con una sonrisa tenue y la mirada perdida. No había creído que Dios le depagara la fortuna de reunir de nuevo a todos sus hijos alrededor

de esa mesa de madera de nogal de tres pulgadas de espesor, traída de la península por algún antepasado ya lejano. Contemplaba las caras y sacaba cuentas. María Ignacia y sus cinco hijos eran realistas; su nuera Isabel era carrerina, como todos los Vidaurre; el resto, o'higginistas. A pesar de eso, formaban una familia unida. "Es lo único que nos salvará. Gracias, Dios mío", dijo en un susurro. Candelaria, que servía la mesa, alcanzó a escucharla y le ofreció otro poco de vino blanco. "Gracias, niña", contestó doña Petronila, acercando su vaso a la botella de cristal tallado, otra reliquia de familia.

Salvador, el único de uniforme militar, escuchaba con interés los cuentos de su tío acerca de las luchas y triquiñuelas de Manuel Rodríguez y sus guerrilleros en las zonas cercanas a Santiago. Pensaba que algo parecido necesitaban ellos en el sur, porque de Talcahuano a Chiloé los realistas estaban bien instalados. Se daba cuenta de que para estar feliz su familia hacía como si la guerra hubiese terminado, olvidando que el territorio libre llegaba solo hasta Concepción y que de ahí al sur, era de los indios y de los realistas; pero él aún estaba lo suficientemente civilizado como para no amargarles la fiesta diciéndole que la guerra continuaba. Los veía contentos con el aguardiente y el rosalí para las damas, prometiéndose repetir el almuerzo apenas O'Higgins llegara a Concepción.

—Viene a expulsar a los sarracenos enquistados en Talcahuano. Al tal Ordoñez lo vamos a mandar a nado hasta el Perú —dijo Manuel Ignacio.

—Lo que nos faltaba: ¡la guerra de nuevo se nos viene encima!

—¿Cuándo terminará? —preguntó Rosario en un suspiro profundo.

Hacía más de dos años que había regresado de Collipeumo. En ese lapso había sido el sostén de los ánimos de su madre y de su abuela; la encargada de rebuscárselas para conseguir

dinero y, además, mantener los trueques necesarios para la sobrevivencia; la que acompañaba a su abuela en las visitas a los parientes, al Intendente y al Obispo, indispensables para mantener a la familia viva; la que estaba al tanto de los rumores políticos, las noticias y los chismes sociales, claves para moverse como pez en el agua. El tiempo pasaba lento y estaba cansada. Por las noches, para dormir, se contaba cuentos en los que no vivían en guerra y ella se dedicaba a producir frutas en huertas soleadas, a cantar y a tocar clavicordio. También quería ser feliz pero ese era un deseo que no lograba precisar ni en sueños. "De niña ya soñé demasiado con casarme y tener hijos", le decía a Candelaria, que insistía en hablarle de novios cada vez que la veía como a una flor mustia.

La sobremesa continuó con los dulces de almendra y los licores de las monjitas. Salvador seguía silencioso, abstraído en la idea de proponerle esa misma noche a su padre un plan para armar una guerrilla en la zona. Se imaginaba los argumentos de don Juan de Dios y él se los rebatía de inmediato. Pero don Juan de Dios estaba más preocupado de calibrar los daños que la guerra y el descuido habían dejado en la casa, que eran evidentes pese al desvelo de las señoras Puga por disimularlos. El hombre de la casa —en la cual no vivía— calculaba el dinero necesario para reponer las tablas podridas del piso, el blanqueo de las paredes, la reparación del techo, el arreglo de la huerta, la leñera y el gallinero.

Manuel Ignacio contó que había logrado salvar una bolsa de monedas de oro enterrada en el patio de su casa en Santiago antes de irse al destierro. Que tenía la intención de recuperar su antiguo privilegio del estanco del tabaco en Concepción, siguió diciendo. Rosario cruzó una rápida mirada con su abuela y enseguida se ofreció para reemplazarlo durante sus ausencias. La abuela se apresuró a decir que Rosario era quien había heredado la buena cabeza para los negocios que

distinguía a Manuel Ignacio. "Ahí veremos, Rosario; lo tendré en cuenta pero nada es seguro. El gobierno quiere quedarse con el monopolio del tabaco para seguir financiando la guerra".

Mientras caía una lluvia fina y mojadora, los invitados comenzaron a irse a sus casas llevando paquetes con restos de comida. Salvador anunció que se iba a dormir al cuartel. "El hogar es cosa de mujeres", le dijo a su abuela al darle un beso de despedida. "Creo que jamás me acostumbraré a vivir sin guerra", agregó mirándola fijo. Don Juan de Dios aprovechó de despedirse también, asegurando que él sí prefería los tiempos de paz. "Y de juergas", completó doña Isabel de Vidaurre.

Recién entonces Nieves y Rosario pudieron irse a un rincón para contarse sus cosas de mujeres. Al principio solo se escuchaban risas ahogadas. Estaba oscuro y llovía a cántaros cuando Rosario se atrevió a confesarle a su prima que nunca amó a José María; que a poco de estar casada se dio cuenta de que él se acostaba con todas las inquilinas jóvenes y las embarazaba como a conejas y que muy pronto se hastió de marido, casa y obligaciones de mujer casada. Que ni por un momento se le pasó por la cabeza aguantar una vida como la de su madre. Le recordó que de niñas ellas habían visto a doña Isabel escondiéndose por los rincones de la casa para que no la vieran bañada en llanto durante las ausencias de don Juan de Dios. "¿Y te acuerdas de las peleas que no nos dejaban dormir? Siempre traté de agrandar a papá, de hacer lo que mi madre era incapaz de hacer pero yo tampoco conseguí retenerlo en casa. Con José María ni pensé intentarlo. Si se quiere ir, que se vaya, me dije desde el principio". Que José María la había despreciado porque ella paría hijos muertos y le había llenado la casa con sus huachos que tenía por ahí, pretendiendo que ella se los criara. Que el hombre era un

bruto; que mandó a construir un cepo para castigar a los niños y que a ella la había amenazado con correr la misma suerte. Hablaba atropellándose en las palabras, con los labios fruncidos y la mirada fija en un punto lejano, como esperando que José María apareciese en cualquier minuto y ella estuviera lista para abalanzarse al cuello. "Al final, el imbécil de mi marido se enamoró de Josefa Cotar, la hija de la administradora, y la instaló en mi propio hogar".

Nieves le preguntó por sus embarazos y Rosario le contó que por tanto odiar al marido, los niños habían muerto al nacer. Que casi murió desangrada y ni supo cuándo enterraron a los angelitos; que no estaba segura de que los hijos de Soto Aguilar pudiesen ser angelitos. Aunque Nieves intentaba consolarla, no consiguió que Rosario soltase los hombros ni la espalda y, muchos menos, que llorara. Nieves pensó que su prima estaba hecha de piedra molida y miel. "Eres igual a la abuela", le dijo.

Cuando le tocó su turno, Nieves dijo que tampoco ella era feliz en su matrimonio; que se había casado con Borne porque así lo concertó su hermano, desde siempre amigo de los irlandeses. "Mi padre solo me dijo que el trato era conveniente. Según él, los extranjeros son trabajadores y buenos maridos". Que tenía tres hijos varones y de todo corazón deseaba ser madre de una niña; que las leyes del corazón y las del matrimonio pocas veces coincidían y que lo mejor era tomárselo como lo que era: un contrato.

—Estamos en el siglo diecinueve, Nieves. No podemos seguir igual que antes.

—Tienes razón. Ahora se dice que los matrimonios ya no son solo por conveniencia. ¿Te das cuenta que por ser huacha yo, a lo sumo, podía aspirar a casarme con un extranjero?

—Lo sé.

Se quedaron en silencio por un largo rato.

—Sería triste morirnos sin haber vivido un gran amor, como el de la tía María Ignacia. Algo tenemos que hacer para entregarnos a una pasión de verdad —dijo Rosario.

—Y para no quedarnos en amores como el de tu pirata de la niñez.

Rosario sonrió, dejando a Nieves continuar:

—En esto del amor debemos ser cuidadosas. Ya ves lo que le pasó a mi mamá por enamoradiza: tuvo a mi hermano con ese viejo irlandés que la encandiló por unas noches pero que solo aspiraba a ser virrey y, por supuesto, jamás pensó en casarse con ella. Al tiempo lograron casarla con el señor Rodríguez, que estaba enfermo y se murió al poco tiempo de nacer Rosita; después se enamoró de mi papá y me tuvo a mí.

—Dicen que tu papá era tan mujeriego que debió irse a Santiago porque aquí más de un marido cornudo lo buscaba para matarlo —le recordó Rosario.

—¿Quién te dijo eso?

—La abuela.

—¿La abuela? Ella sabe que las mujeres no podemos enamorarnos así no más porque después tenemos que hacernos cargo de los huachitos.

—¿Entonces el amor sería un sentimiento exclusivo de los hombres?

—Nos podemos enamorar pero sin irse a extremos, como tú. Tener marido es cómodo, Rosario; incluso para los otros hombres. De lo que se trata es de no pedirle tanto a uno solo.

—Lo que dices es una inmoralidad.

—Rosario, eres una romántica. Ni tú ni yo nos casamos enamoradas y no por eso vamos a ser como tu mamá. Pero tampoco como la mía.

—La abuela dice que debemos ser cuidadosas en el amor porque en cada parto miramos la muerte cara a cara.

—Es cierto. En el amor, nosotras arriesgamos la vida —afirmó Nieves.

—Yo quiero tener hijos del hombre que me ame.

—Ojalá lo encuentres y ojalá tú también lo ames.

—El amor es siempre de a dos.

En vez de responderle, Nieves le entregó un regalo que le había traído de Santiago: una caja pequeña de madera de sándalo que contenía polvos de arroz, producto escaso por culpa de la guerra y que las mujeres, deseosas de verse pálidas, sustituían por chuño, que jamás lograba dejarlas con el semblante luminoso.

—Ahora que la guerra ya termina, volverán a venir los barcos de la Compañía de las Filipinas con sus tesoros de oriente. ¿Te acuerdas cuando éramos niñas y nos llevaban hasta Talcahuano a visitarlos? —dijo Rosario.

—No será pronto. Mi hermano dice que mientras los realistas sigan en Lima, nosotros estamos en peligro. Y la guerra aún no empieza por allá.

Candelaria y Rosario llegaron empapadas a su casa. La encontraron triste, fea y con olor a pantano. “En este pueblo todo huele a podrido”, dijo Rosario justo antes de contarle la conversación con su prima. Candelaria se quedó sorprendida al descubrir toda la rabia que su niña expresaba por primera vez en años. Que ojalá a don José María no se le ocurriese aparecer uno de esos días, deseó, porque Rosario sería capaz de estrangularlo. Trató de consolarla diciéndole que se iba a enamorar de nuevo y Rosario contestó: “quiero encontrar un hombre que me ame como tú me quieres, mamá”.

Después le dijo que temía estar condenada a llevar una vida larga de mujer solitaria, blanco de burla y compasiones. Y ahí se largó a llorar sin poder parar durante horas. Recién en ese momento Candelaria se dio cuenta de que Rosario no lloraba desde los quince años, desde la noche anterior a su

boda. Se arrepintió de haberle aconsejado a lo largo de esos seis años que guardara entereza, que se mantuviese fuerte. Le masajeó la espalda, el cuello y los brazos, constatando que Rosario había seguido su consejo al pie de la letra: tenía los músculos endurecidos. Candelaria se durmió junto a su niña que; entre sueños, suspiraba, se quejaba, volvía a lloriquear y sorbía mocos.

A la mañana siguiente Rosario fue a buscar a su madre para ir juntas a negociar la compra de varios sacos de cholgas ahumadas que Manuel Ignacio llevaría a Santiago. Entonces, en medio del barro dejado por la última lluvia, vio a un grupo de soldados que se empeñaban en trasladar una cureña con un cañón. Se acordó de otra vez, años atrás, cuando había visto esa misma escena, en esa misma Plaza.

Cuatro

En cualquier momento entraría a Concepción el general Bernardo O'Higgins, Director Supremo de Chile. La ciudad se había preparado para ofrecerle un gran recibimiento, cumpliendo la orden de blanquear las fachadas y poner banderas en los frontis de las casas, en las iglesias y en las esquinas. Algunos pensaban que era una lástima que las lluvias de mayo hubiesen dejado las paredes tan desvaídas como antes y que, además, con ese clima, no hubiera ni flores para ofrecer a los soldados.

Apenas se supo de la proximidad del ejército de O'Higgins, Nieves le comentó a Rosario que entre los oficiales que iban a llegar probablemente encontraría uno a su gusto. "No te prometo nada serio, prima. Estarán solo un par de semanas pero recién tienes veintiún años y eres muy bonita para llevar una vida de monja".

Rosario estuvo de acuerdo. Tenía la certeza de no merecer esa vida, pero Concepción era una ciudad chica y los hombres que se habían quedado eran viejos, tullidos o realistas. Tampoco esperaba ilusionada a algún conocido que regresara con el ejército, puesto que los conocía a todos y también a sus esposas y sus antiguas historias galantes, o le recordaban demasiado a Soto Aguilar, con sus ocupaciones agrícolas y comerciales tan aburridas y su preferencia por las campesinas.

De solo acordarse de su marido se le ensombreció la cara y bostezó. Justamente para no ser tomada como la solterona de la familia, apta solo para cuidar sobrinos, hacerse cargo de casa ajena y vivir a expensas del hermano o el cuñado —si su hermana Josefa se casaba— su mayor preocupación era tener dinero propio y vivir aparte de su madre. Nunca se le ocurrió irse a un monasterio, la otra salida para una mujer en su situación. ¿Entonces, Rosario?, se preguntó esa noche. Si enviudara, tendría otra posibilidad, además de ser concubina o amante, alternativas que a menudo barajaba en sus noches de mal dormir, pero Soto Aguilar gozaba de buena salud y hacía tiempo que ella había desistido del propósito de envenenarlo. A veces se reprochaba su cobardía. En esos momentos pensaba en la desgracia del arquitecto Toesca, el italiano que prendió en los chilenos el gusto por el neoclásico. Creció escuchando la historia de Manuela Fernández, la doña que intentó deshacerse del marido agregándole veneno a la sopa, pero no el suficiente para matarlo y que, consecuentemente, fue sorprendida, encarcelada y perdonada por Toesca, debiendo volver a vivir con él hasta ir a parar a la cárcel por segunda vez, cuando fue descubierta con un amante en el lecho conyugal. Entre reproches y agradecimientos por no haber sucumbido a sus malos instintos, Rosario se acomodó en su cama de noches largas. Por tanto fornicar con extrañas, Dios debiera castigar a José María con una tisis galopante, deseó. Su gran desvelo continuaba siendo el conseguir dinero para alimentar a la familia, asunto que se complicaba más y más con la decisión del gobierno de acuñar monedas. Incluso el intercambio basado en el trueque —lo más usual— era inestable y ya no se podía prever el valor que las cosas tendrían a la mañana siguiente.

Aquella noche Rosario se daba vueltas y más vueltas en la cama mientras volvía a oír en un eco las palabras de Nieves,

parecidas a las que cada cierto tiempo le dedicaba su abuela: “eres una mujer joven. Te vas a enamorar de nuevo. La vida no se acaba tan pronto”. A ojos cerrados repasó las caras de los oficiales de Argentina y Santiago que inundaban las calles y tiendas, comprobando que no se entusiasmaba con ninguno. Eran los hombres del coronel Juan de Gregorio de Las Heras, del ejército de Los Andes, que a principios de mayo había conquistado la plaza de Concepción sin necesidad de hacer uso de sus cañones. Pero, a los quince días, la alegría de ese primer momento se transformó en desasosiego cuando se supo que en Talcahuano acababan de atracar cuatro buques españoles con un refuerzo numeroso. La situación de la ciudad era desesperada. Entre los vecinos cundía el pánico mientras simulaban aguardar con esperanzas la llegada del ejército chileno recién creado por O’Higgins, pero todos sabían que las lluvias dificultaban su marcha. Aunque recién estaban en mayo, los caminos ya eran un pantanal, los ríos estaban con crecida e incluso los arroyos se habían desbordado. Por fin, una tarde de vientos ululantes, el coronel Gregorio de las Heras informó que el General estaba en camino desde Chillán, a dos jornadas de distancia.

A la madrugada siguiente los habitantes de Concepción despertaron con el ruido de los cañonazos. Los realistas, temerosos de que los dos cuerpos de tropas enemigas unieran sus esfuerzos, habían atacado al Ejército de Los Andes que acampaba en las afueras de la ciudad. Nadie sabía lo que iba a suceder. La lluvia podía dejarse caer en cualquier momento, dejando en desmedro a los soldados patriotas, mal vestidos y peor calzados. La gente precavida empacaba lo imprescindible para huir hacia el norte, pero los más, sentían cansancio por tanto esfuerzo estéril y hastío ante la guerra y ni siquiera fueron a las iglesias a pedirle algo a Dios. A lo largo de todo ese día las calles estuvieron desiertas y solo a veces se divisaba

una silueta que corría a refugiarse tras una puerta. Cada uno estaba seguro de ser el habitante más mortificado de la ciudad más trastornada por la guerra y esta fama ya no les producía ningún orgullo. Esta era la sexta vez que Concepción cambiaba de bando y probablemente no sería la última. Entre los civiles siempre había muertos, presos, aportes forzados de dinero, interrogatorios y venganzas.

Los combates entre los cerros Gavilán y Chepe duraron todo el día, con retumbe de cañonazos y un ruido de terremoto que a muchos espantaba aún más que la guerra. A las cinco de la tarde se supo que O'Higgins había realizado lo imposible, alcanzando a llegar para coronar el triunfo.

Entonces, una marea de viejos y jóvenes, mujeres flacas y niños, ricos y pobres, salieron a las calles para recibir a los soldados patriotas. Rosario y sus trece primas ocupaban las ventanas de la casa de la abuela que, gracias a Dios y a su alcurnia, daba a la calle de las procesiones. Querían ver llegar a Salvador vivo y ojalá, sin heridas. Cuando se divisaban los primeros soldados cruzando el puente del molino nuevo se desencadenó un aguacero que a más de alguno hizo creer que tenía las aguas del Salto del Laja a menos de un palmo de la nariz. La gente corría de un lado para otro, buscando dónde guarecerse, y el desfile se convirtió en un desorden. La lluvia caía a raudales, como si las compuertas del cielo se hubiesen abierto y en pocos segundos las calles quedaron convertidas en un lodazal.

O'Higgins encabezaba la marcha. Todos lo admiraron y vitorearon al verlo cabalgar tan elegante pese a los cañones atascados en el lodo, la lluvia torrencial, el barro en su uniforme, los improperios que se les escapaban a los hombres y el desbande de curiosos que cruzaban de un lado a otro. Vestía una casaca azul con galones dorados, unos pantalones que debajo del barro se adivinaban del mismo azul y un penacho

de plumas mojadas. Un poco más atrás venía Salvador y las primas lo saludaban a los gritos.

Rosario no dijo nada pero ya sabía cuál era el militar que la había impresionado. Estaba segura de que por un instante sus miradas se cruzaron y eso le bastaba. Se acordó del contrabandista inglés que también tenía los ojos azules y, con la sensación de que ahora le entraba más aire que lo habitual, se sintió ligera, llena de vida.

En plena oscuridad, que de golpe se había venido encima, sin despedirse de sus primas que hacían los comentarios de rigor y sin esperar a que la lluvia escampara, se fue a su casa corriendo, haciéndole el quite, con dificultad por culpa de sus zuecos, a los hoyos, charcos, piedras, gatos muertos y otras basuras. Tenía apuro por estar a solas.

Desde su matrimonio que no tenía un vestido nuevo, pero a la noche siguiente, en el baile que le ofrecerían a O'Higgins, iba a lucir uno casi nuevo. La abuela se lo había regalado, asegurándole que en su juventud le trajo suerte. Era de seda de la China, de un tono verde muy oscuro. Según la abuela, ese color le sentaba bien a su pelo rojo y los ojos verdes heredados de ella. Solo era necesario ajustar las pinzas del talle, tarea en la cual se afanaba Candelaria. La abuela también había prometido prestarle su capa de piel de chinchilla pero a pesar de la lluvia y el frío, a Rosario no se le ocurría abrigarse para ir a la fiesta, fiel al lema de que para ser bella hay que ver estrellas.

A la mañana siguiente seguía lloviendo y Candelaria —con largos cuarenta y siete años sobre sus espaldas— se quejó de dolor de huesos. Rosario le pidió que hirviera los ollones de agua para tomar un baño. "Se va enfermar con su costumbre de mojarse cuando hace tanto frío", le recordó la mamá.

—No es bueno para la piel bañarse tan seguido —agregó.

—Mamá, a ti te duelen los huesos; no a mí.

—Cuando llegue a mi edad se va acordar de mis consejos.

—Te lo prometo pero ahora trae las hierbas para los baños de las grandes ocasiones.

Rosario, Candelaria y una criada de Collipeumo vivían a tres cuadras de la plaza, hacia el lado del Bío Bío, en una casa de paredes blanqueadas, puertas azules y una sola ventana a la calle, propiedad de doña Tomasa de Santa María que, por ser amiga de la familia, no aspiraba a recibir un pago semanal. Cuando no llovía, el primer patio era soleado y en él crecían clavelinas y una madreSelva que en los atardeceres de verano expelía un perfume dulce que mareaba a todo el vecindario. En medio del patio, como único adorno, había un floripondio de tronco viejo y enormes campanas amarillas de corazón anaranjado. La casa no tenía huerta y en el segundo patio, empedrado con huevillos de río, ellas cultivaban en macetas los ajíes, pimentones, cebollines y un sinnúmero de hierbas medicinales y de condimento, indispensables para la vida, incluso en tiempos de guerra. Junto a ese patio, en medio de la cocina, Candelaria le preparó el baño a su niña, que estaba cada vez más ensimismada en el recuerdo de una fugaz mirada azul.

Primero se dio el baño con cortezas aromáticas y hojas de salvia. Luego se lavó el pelo con una mezcla de quillay y flores de manzanilla. Repasaba lo poco que sabía de O'Higgins. Antes que nada, era su pariente: el hermano de Nieves; también era el hijo bastardo de un antiguo intendente de Concepción que después fue gobernador de Chile y más tarde, Virrey del Perú; del padre heredó una gran hacienda cerca de Los Ángeles; había sido un hombre rico pero por la guerra, perdió su fortuna; era apegado a su madre y a Rosa, su otra hermana; ya en 1813 había sido general en jefe del ejército patriota y después de Chacabuco era el Director Supremo de Chile. Por un instante creyó que se acurrucaba en un pecho amplio y era acogida como nunca. Suspiró ruborizada. El halo del poder lo hace atractivo para todas las mujeres, pensó.

Durante todo el día sufrió de envoltamientos, como llamaba ella a sus estados de ensoñación. Candelaria demoró tres horas en hacerle rizos con las tenazas que calentaba en el fogón mientras su niña tomaba tisanas de anís con azúcar quemada y preparaba una mixtura de jazmines y rosas que escondería en su pecho para exhalar sus perfumes a cada paso.

Antes de vestirse, se puso polvos de arroz en la cara y el escote y al final, un poco de carmín en los labios. Detestaba sus pecas que no se habían borrado ni con el ungüento de raspaduras de conchas de mar y jugo de limón que desde niña su mamá le untaba en la cara, el escote, las manos y los brazos. Frente al espejo comprobó que a pesar de las pecas se veía bonita y más tarde tuvo el gusto de escuchar las exclamaciones aprobatorias de su padre al verla aparecer en la sala.

El capitán Puga cuidaba las apariencias y había caminado hasta la casa de Rosario para luego ir a recoger a doña Isabel y a Josefa, su hija menor. Pese a ser vox populi su alejamiento de doña Isabel, si se trataba de aparecer en familia, don Juan de Dios se empeñaba, como ahora, cuando ya era de noche y él recorría la ciudad para que lo vieran llegar junto a su legítima esposa e hijas al Palacio Consistorial, a un costado de la Plaza de Armas.

El edificio, de estilo neoclásico —como todos en la ciudad— estrenaba este nombre nuevo y tenía una iluminación que nadie que no fuera de la capital y sus nuevas modas, hubiese sido capaz de concebir: quinientas antorchas simulaban un día nuevo. Banderas y el escudo nacional adornaban la entrada, donde dos filas de soldados de uniformes limpios recibían a las familias que llegaban a la fiesta patriótica, como se leía en la esquila enviada por el Intendente, también nuevo. O'Higgins demoró en llegar y cuando lo hizo, se oyó un revuelo de sables y voces militares.

El colorido de los uniformes de los oficiales se destacaba

entre los vestidos blancos que lucían las casaderas y el negro riguroso de las señoras, que solo se adornaban con peinetones del mejor carey de las Filipinas o de plata con incrustaciones de piedras preciosas. Los vozarrones de los hombres acostumbrados a mandar no lograban opacar el parloteo de golondrinas de las mujeres, que desplegaban abanicos en plena noche de mayo. "Tanta alegría produce soroche", le dijo doña Isabel de Vidaurre a Rosario, inmóvil y silenciosa en su empeño por encontrarse con la mirada azul. Las familias hacían una fila interminable a la espera de su turno para saludar al Director Supremo. A último minuto Nieves se sumó al grupo de los Puga con el deseo de ser ella quien presentara a los miembros de su familia que aún no se conocían.

El General abrazó con cordialidad a don Juan de Dios y a Salvador y saludó a la esposa y a las dos hijas como un verdadero caballero: con una inclinación de cabeza y sacando chispas de los tacones de sus botas.

Para Rosario el tiempo se detuvo y el resto del mundo se esfumó. Solo existían él y ella. Su corazón, con latidos de timbal, no la dejó sacar palabra hasta que en un momento de las presentaciones, O'Higgins disculpándose ante el Intendente por demorar con los Puga mucho más que con los otros, dijo:

—Somos parientes.

—Pero no consanguíneos —aclaró ella de inmediato.

Él sonrió.

Terminadas las presentaciones comenzó el banquete, menos sureño que el de doña Petronila pero también variado y abundante. A la medianoche entraron los músicos y entonces las señoras se dirigieron hacia un lado de la sala y los caballeros hacia el otro. O'Higgins parecía tener planeado bailar con todas las damas pues las invitaba a una pieza de baile a cada una. Rosario esperó su turno, primero bailando con los oficiales argentinos y luego, junto a Nieves, en una

esquina adornada con una mesa de arrimo que hacía juego con un espejo de marco de madera que simulaba racimos de uva. Se miró. Al lado de un florero con calas vio a una mujer hermosa, con un vestido verde muy oscuro, de pelo rojo peinado con un moño de rizos de dama antigua, tal como los había usado su abuela en su juventud. El espejo no delataba que las sienas le latían y el corazón estaba a punto de salirse por la boca. Aún no se despejaban de su retina los cientos de estrellas que habían escapado de los ojos de O'Higgins cuando ella dijo que no eran parientes directos. Se había puesto tonta, igual que toda mujer enamorada. Esto es lo que deseaba evitar. ¿Qué estupidez voy a hacer?, alcanzó a pensar en el instante en que él se aproximaba.

Cuando O'Higgins y Rosario bailaban una segunda pieza, se oyeron voces de advertencia: "Será mejor que el General se cuide".

Las señoras comentaban lo curioso que era ver a dos colorines juntos en un país donde escaseaban. Una de ellas dijo "hacen bonita pareja" y se tuvo que disculpar al ver los ojos de quienes no olvidaban que Rosario sin marido estaría pero, de todos modos, era una mujer casada.

Rosario hubiese querido que O'Higgins bailara solo con ella pero no se cumplió su deseo. Él siguió cambiando de pareja hasta bailar con cada una de las damas, incluso con las más ancianas, fomentando ensueños en más de alguna. Rosario bailó con diversos oficiales que se le confundían pese a vestir uniformes de distintos colores según el regimiento en que prestaban servicios; también sus relatos de hazañas y peligros se le confundieron.

Esa madrugada, por mucho que contó los goterones de lluvia que golpeaban su ventana, no podía conciliar el sueño. Aunque había bailado a lo largo de la noche, estaba llena de bríos y le parecía que dormir era una pérdida de tiempo.

Deseaba ir pronto donde Nieves para que le contara todo sobre su hermano; todo, excepto sus actuaciones militares, ya legendarias.

Llegó a casa de su abuela apenas pasada la hora de misa y de inmediato buscó a Nieves, que recién desayunaba. Por disimular, ella no planteaba el tema y Nieves no mostraba ningún interés en comentar la fiesta y por tercera vez le describía, con lujo de detalles, sus embarazos y alumbramientos. Quien puso el tema fue la abuela cuando vino a sentarse con ellas.

—Ya no estoy para fiestas pero la curiosidad no se me acaba— dijo la señora, convencida de que si Rosario no era de las que se levantan temprano, algo importante la había llevado hasta su casa.

—Rosario dejó a mi hermano prendado —dijo Nieves.

—¿Tú crees?

—Solo contigo bailó dos veces.

—Y tú ¿quedaste prendada de él? —quiso saber la abuela.

—Sí.

—Ojalá esta vez tengas mejor suerte —dijo la abuela.

—No lo creo. Bernardo está casado con la Independencia de Chile y el poco tiempo que le sobra se lo dedica a mamá —respondió Nieves.

Las tres mujeres se miraron. Enseguida Nieves se levantó, dando por terminada la conversación.

La abuela se quedó con la boca abierta. A sus años ella consideraba que la dicha en el amor era más importante que velar por las buenas costumbres y no perdía oportunidad de recomendarle a su nieta que buscara marido; “te vas a poner malgeniada”, le advertía. En esas ocasiones doña Isabel de Vidaurre guardaba silencio y Rosario oponía argumentos distintos cada vez. Ahora se quedó sentada junto a su abuela, en silencio también, mirando una gotera que caía a una olla, en medio de la galería de los helechos. Más tarde dijo:

—Abuela, a él se le escapan estrellas por los ojos.

—Por fin te enamoraste, Rosario.

Durante las semanas siguientes, al ver que O’Higgins se ocupaba de la mañana a la noche del próximo asalto a Talcahuano, Rosario volvió a odiar la guerra. En tanto, ella se había convertido en asidua de los mismos oficiales que antes rehuyó, porque el ansia de saber adónde iría él, la tenía practicando más vida social que de costumbre. Intentaba ver si se encontraban; así, de casualidad. Pero él se mantenía entretenido en inspeccionar el estado del camino a Talcahuano o se encerraba con su plana mayor a discutir estrategias y, sobre todo, conversaba con Beauchef, un ingeniero militar que había luchado junto a Napoleón y que había mandado llamar de Santiago para analizar las posibilidades de destruir una defensa casi inexpugnable a la entrada del fuerte de Talcahuano.

Solo cuando caían lluvias torrenciales Rosario estaba feliz porque entonces, por la noche, había tertulia en el Palacio Directorial. A las tertulias acudían unas veinte mujeres —“de las familias patriotas más distinguidas”, como ellas mismas se denominaban— para beber vino caliente con naranjas y especias, hacer música con guitarras y arpas, jugar naipes y, a veces, para bailar en celebración de algún triunfo al sur de Concepción.

A la tercera tertulia, en el fondo de su corazón, Rosario supo que ella era la favorita del General, pero en la cabeza no se convencía. No le bastaba con intuir; quería saberlo con palabras. Trataba de sonsacarle algo a Nieves, pero su prima, a medida que avanzaba su embarazo, se amurraba más y más. “¿No te ha dicho algo?”, preguntaba Rosario y Nieves respondía que ella hablaba de otras cosas con su hermano. Rosario la odiaba. “Nieves se apoltronó”, decía la abuela al ver a su nieta mayor sentada de la mañana a la noche, sobándose las manos, abrigada como un repollo, con capas y más capas de chales y rebozos de lana.

La timidez de O'Higgins era motivo de comentarios entre las señoras que se sentían defraudadas por no poder acercarse a él. Lo veían siempre en una actitud distante, excepto en las pocas ocasiones en que accedía a tocar el piano y tararear canciones inglesas. Su desenvoltura y el lazo de parentesco le permitían a Rosario ser la más cercana a él. A ella se acercaba el General en los momentos en que deseaba estar acompañado. Y, sin embargo, eso no era suficiente para llevarla a tomar la iniciativa. "Ese hombre es de hierro o de hielo", le contestó a su abuela cuando la señora quiso saber cómo iban las cosas. Aun así, Rosario se sentía agradecida de ese invierno que, según todos, era peor que el del año trece; "si incluso ha nevado dos noches seguidas en Chillán", se comentaba. Comprendió que estaba con su alma en otra parte al comprobar que ella se sentía mejor que nunca mientras todos tosían y se quejaban del frío y los sabañones.

La abuela escogió la noche de San Juan para celebrar la cena ofrecida por la familia Puga al General. Doña Petronila decidió aprovechar la primera visita de Juan de Dios, instalado ahora en Cauquenes por órdenes de O'Higgins para pacificar la zona, limpiándola de montoneros realistas. También estaba Salvador que, herido en una batalla de la campaña del sur, había llegado para recibir de manos de O'Higgins su ascenso a Ayudante Mayor Veterano del batallón Número Dos de Guardias Nacionales de Infantería.

Rosario se las ingenió para presentarse en casa de su abuela acompañada de "Bernardo"; así lo llamaba, en circunstancias que incluso su padre le decía "señor General". Que pasara a recogerla para ella ser su escolta, le había pedido la noche anterior, bajo una lluvia a chorros, mientras él la protegía del aguacero en el camino hasta su casa. Siempre lograba que se le hiciera tarde y, por una u otra razón, ninguno de los

otros señores pudiera acompañarla. Y, al parecer, O'Higgins también se las ingeniaba para ser él quien debiera hacerlo.

Los brindis de la cena fueron para celebrar las victorias en Carampangue y Nacimiento, importantes no solo en la conquista del sur, sino para dejar a los realistas sin retaguardia y, por tanto, sin comida. Se hablaba de los siete platos ofrecidos por doña Petronila y de las inclemencias del frío, la lluvia y el viento que, por lo visto, este año los dejaría sin el veranito de San Juan. El plato principal fue el mismo estofado que se comía en todas las casas sureñas en esa noche de tradiciones: un cocido de cinco clases de carnes distintas, adobadas en vino tinto y hojas de laurel.

A la hora de los postres, evitando el tema del que no querían hablar, O'Higgins contó anécdotas de su vida en Inglaterra y España. Nadie se atrevía a mencionar a la causante de la relación de parentesco, o sea, a doña Isabel Riquelme, porque a diferencia del encuentro anterior, esta vez estaba Agustina Valdivieso, la esposa de Manuel Ignacio, recién llegada de Santiago y famosa por detestar a la "Huacha", como llamaba a Nieves. Las cuñadas comentaban que Agustina solo había venido para conocer de cerca al "Huacho", como también llamaba a O'Higgins; "el hijo de la Isabel Riquelme, esa tonta que creyó que mi Manuel Ignacio se iba a casar con ella", había dicho Agustina con los labios fruncidos, sin ningún cuidado ante la presencia de su cuñada María Ignacia, que la odió de por vida.

Nadie se habría atrevido tampoco a insinuar siquiera un posible romance entre O'Higgins y Rosario, aún cuando todos notaban que el asunto prosperaba. Quien no mostraba ningún tapujo era ella, que le tendía a su acompañante su tenedor con trozos de codorniz, longaniza, liebre, pichón, chanco y la infinita variedad de tortas de las Trinitarias. Salvo el homenajado y Rosario, solo la abuela parecía sentirse a gusto.

Los demás conversaban en voz baja, atemorizados con la presencia de Agustina o pendientes de los devaneos de Rosario.

Doña Isabel de Vidaurre se mantenía silenciosa y apenas probó la comida. Miraba a su hija, tan dueña de sí, tan descarada, en realidad; y miraba a su suegra, la dueña de la fiesta. Por primera vez se preguntó de qué le había valido a ella ser tan discreta, pasando de perfil por la vida para no enfrentarse con nadie. También le había ido mal con ese afán de organizar a la familia en torno a la ausencia de Juan de Dios. Debí ser una matriarca como mi suegra, se reprochó. Recién entonces recordó que veinte años atrás, en el día de su boda, su madre —prima de doña Petronila— le había advertido que debía imponerse ante su futura suegra; y su padre —primo de su futuro suegro— le había dicho lo mismo. Tan enredados estaban los lazos de parentesco que la hizo olvidar los consejos de gente que se conocía desde hacía mucho.

Lo que la señora jamás iba a olvidar fue la indigestión provocada por la cena ofrecida al general O'Higgins. Esa noche vomitó hasta el alma, con unos dolores de vientre desconocidos. Según su suegra, era pura nerviosidad que se arreglaba con agüitas de hierbas, pero, doña Isabel, no tan segura, pidió que llamaran a un doctor. Más tarde contaría que deseó la visita de un cura pero que no lo dijo para no causar más preocupaciones. Candelaria le juró por la Virgen ahí presente —se refería a la imagen de Nuestra Señora del Boldo, que veía desde un rincón— que la próxima vez ella se haría cargo de hacerle traer los santos óleos.

En cuanto lo supo, Rosario llegó a visitar a su madre y se encontró con un médico que le aplicaba sanguijuelas en la espalda, sin inmutarse por los alaridos de la señora. La única explicación que lograron sonsacarle fue que tenía mala la sangre. Don Juan de Dios opinó que eso era superchería y

solo partió a buscar realistas escondidos en las bocas del Itata cuando sus hijas le prometieron hacer llamar a la yerbatera de la familia. Rosario; por supuesto, no se limitó a llamar a la yerbatera sino también al médico militar y a O'Higgins, que la acompañaba a hacerle visita a doña Isabel y como siempre se les hacía tarde, después la escoltaba hasta su casa.

Rosario ya sabía que el General estaba, por lo menos, encantado con ella. Basta tirar un poco el hilo y lo logro, pensaba en sus noches de insomnio, peores que nunca. Tal vez no se atreve porque soy casada, se decía entonces. ¿Tendrá miedo al qué dirán? Lograba dormirse al alba, convencida de haber encontrado la explicación. A la noche siguiente encontraba otra y se levantaba a prenderle velas a San Antonio para que ayudara al General a envalentonarse. El atractivo de O'Higgins le producía miedo. Por más de tres años no había besado a un hombre y de solo pensarlo, unas cosquillas la recorrían por dentro, desde la coronilla hasta la planta de los pies. Y él era un hombre tan hombre: mandón, intrépido, un jefe admirado por sus soldados y temido por sus enemigos y, además, era de corazón blando como el pan, con una mirada que convencía de cualquier cosa y mucho más falto de amor que ella.

Los días pasaban mientras la ciudad hacía agua por todos lados, hasta que el veintidós de julio, después de llover tres semanas sin pausa y cuando ya todos estaban convencidos de que ese sí era el peor invierno del siglo, amaneció con un sol tímido. O'Higgins, presionado por el aburrimiento de sus hombres y por las noticias de Santiago, ordenó el ataque a Talcahuano. Expulsar a los realistas no solo era una necesidad de la guerra sino que se había convertido en un asunto de honor y un deseo obsesivo. "No nos ganará el invierno", les dijo a sus capitanes.

El combate duró todo el día y en Concepción nuevamente se escuchaba el tronar de los cañones que al atardecer se

confundió con el ruido de un temporal de lluvia y viento, con truenos y relámpagos. El ejército regresó a la medianoche sin haber avanzado un ápice en la toma de posiciones.

A la tarde siguiente O'Higgins estaba de un humor de perros, con la certidumbre de que el invierno le estaba jugando una muy mala pasada y de que a ese paso terminaría en un desastre parecido al que sufrieron los Carrera en el sitio de Chillán en el año trece. De pronto, el recuerdo del sitio de Chillán se había transformado en un fantasma vivo que a los soldados afuerinos les impedía el sueño. Y para qué decir lo que ese recuerdo provocaba en los huesos y en las almas de los sureños. Él lo sabía muy bien. El frío, el barro y el hambre habían sido los peores enemigos en ese invierno terrible, mucho peores que el pavor provocado por la irrupción de los realistas, los combates cuerpo a cuerpo y los cañonazos que dejaban sordos a los suertudos y despaturrados a los otros. Al cabo de un mes de privaciones y enfermedades los patriotas se vieron obligados a levantar el sitio y enseguida fueron atacados en el Roble. Él recibió un disparo en una pierna y entonces pudo aprovechar de irse a las termas para recuperarse de los dolores reumáticos producidos por esas noches en las que dormía con un ojo abierto y enterrado en el lodo hasta las costillas.

Esa tarde, en su despacho del Palacio Directorial, le insistía a los hermanos Zañartu —ministro del Interior el uno; Intendente de Concepción el otro— que la reciente batalla en Los Perales había sido un fracaso rotundo y que no era prudente volver a intentar la toma de Talcahuano antes que acabara el invierno. Le pidió al ministro que informase a De La Quintana —su reemplazante a la cabeza de gobierno en Santiago— que por ahora no podía regresar con todo su ejército a la capital, menos aún, a través de caminos intransitables y ríos crecidos y dejando, además, a Concepción desprotegida. “Dígale que estoy literalmente empantanado, cercado por el invierno”.

Apenas los Zañartu lo dejaron solo, comenzó a pasarse a grandes trancos por la sala. Maldijo la lluvia, el frío, el viento, el lodazal y a los realistas y, para colmo, que todo esto sucediera en un momento político malo, con los informes de Santiago advirtiéndole que los santiaguinos detestaban a De La Quintana y que los carrerinos estaban más activos que nunca, anunciando el regreso inminente de los hermanos Carrera desde la Argentina. Justo cuando estaban a punto de expulsar a los realistas del territorio chileno, venían de nuevo los revoltosos a subvertir el orden dentro del bando patriota.

“¡Malditos Carrera!” se le escapó en voz alta al comprender que ya ni sabía cuáles eran las pretensiones de los Carrera, excepto instalarse en el sillón directorial. A Dios gracias, en Santiago aún no se enteran que dos de los Carrera están presos en Mendoza, se dijo.

A esa misma hora las damas de las familias patrióticas más distinguidas se encontraban en una tertulia en casa de Tomasa de Santa María, madre de los Zañartu. Después de las tortas de las monjitas y de tomar mate con aguardiente para espantar el frío, las señoras decidieron hacer algo para sacar a O'Higgins de su morriña, como denominaban a su actitud distante y solitaria.

Ante la expectación de sus amigas, doña Tomasa extendió una baraja de naipes sobre la mesa y escogió al rey de espadas para representar a O'Higgins. Cada una de ellas debía sacar una carta según el orden en que estaban sentadas hasta que le llegó el turno a Rosario, que sacó la carta premiada.

Se sintió segura de deberle un agradecimiento a doña Tomasa. Con el permiso de las demás mujeres, muchas de las cuales también pretendían los favores del General, se decidió a emprender el asedio. Si él no lo hace, lo haré yo, prometió.

—Voy a tener menos dificultades para conquistarlo que las que está teniendo él con Talcahuano —les dijo.

—¡Pobre hombre! Es tan tímido. No lo vayas a asustar —pidió una viuda que en sus ojos mostraba bien a las claras que también ella le tenía ganas a O'Higgins.

—José Miguel Carrera es mucho más buenmozo —comentó una señora que años antes, ya casada, tuvo amores con Carrera mientras él estuvo al mando de Concepción.

—De poco te sirvió —le respondieron.

—Por audaz y buenmozo tenía novia en cada esquina —agregó otra que había quedado con rencor.

Los días y las noches continuaron su curso y entre lluvia y lluvia, hacía rato que la gente contaba con un motivo nuevo para sus chismes. Que habían visto a Rosario Puga y al General salir de paseo al campo y que ella montaba de lado, haciéndose la dama, cuando todos sabían que a ella le gustaba cabalgar a lo hombre. “Él la acompaña todas las noches”, comentaban sus vecinas, que se pegaban a las ventanas por sentirse con el mandato de mantener a toda la ciudadanía informada de cada movimiento visto o sospechado. “¿Cómo así que O'Higgins ya va por los treinta y nueve y todavía no se casa?”, preguntaban las viejas. Las casaderas respondían: por culpa de la guerra, como todos los otros.

La noche de diluvio universal Bernardo y Rosario la pasaron juntos. Como otras veces, él la había acompañado hasta la puerta de su casa pero esta vez ella lo invitó a esperar que pasara el aguacero. Se sonrieron. Todo el mundo sabía que esa lluvia duraría, a lo menos, hasta la semana siguiente. Tirar el hilo fue un roce y enseguida un beso y otros más. Primero conversaron. Bernardo quería aclarar los sentimientos y advertirle que apenas Talcahuano se rindiera, él volvería a Santiago. Después la desnudó con una pericia que la dejó sorprendida. Bajo el sonido de la lluvia, olvidada del pasado y del futuro, Rosario había vuelto a ser una virgen, rendida a la voluntad de Dios. Ahora ella era

la tímida, pendiente de esas manos ásperas, de su boca de saliva dulce, de su cicatriz en la pierna. “De la batalla de El Roble”, informó él.

Al alba las vecinas anunciaron: anoche el General se quedó con ella.

Rosario comenzó a vivir en estado de gracia. Respiraba al unísono de Bernardo, no se enojaba ante los contratiempos y a todo le encontraba una salida. La felicidad le manaba del corazón y después de muchos años volvió a sentir que ella era un cuerpo, a saber que por sobre todo, era piel. Hasta la noche en que volvió a ser acariciada y acarició el cuerpo de Bernardo, había creído tener el sentido del tacto en la yema de los dedos pero ahora se complacía con el roce de la ropa en sus caderas, la brisa salada lamiendo sus brazos, la humedad del aire que se adhería a su cuello. Su piel abarcaba una profundidad y no solo una extensión, como había creído hasta entonces. Candelaria se alegraba de ver que su niña se ponía cada día más bonita y le daba cosquillas por todas partes cuando la ayudaba a vestirse. “La piel del hombro llega por dentro hasta el vientre, mama. Así lo siento cuando Bernardo me toca”.

Para muchos era un orgullo que una mujer de la ciudad fuese la dama del General; se sentían partícipes del romance y desde ya lamentaban su corta duración. Para otros, la tal Rosario Puga era una descarada; “no así el General, que siendo hombre, toma lo que se le ofrece”, aclaraban. El ilustre varón don Jaime Eyzaguirre incluso dejó constancia por escrito del asombro que le causaba ver que el héroe de Rancagua y Chacabuco perdía el seso por Rosario; que ese hombre, capaz de mantenerse firme ante las más tremendas acometidas realistas, se doblegaba como una caña ante los embrujos de esa pelirroja casada; que ella era una mujer con mucha experiencia en las lides del amor, opinaba. Pero la mayoría creía que el

problema no era lo que Rosario hacía, sino cómo lo hacía; “aunque ande con el pelo suelto, uno no olvida que ella es una mujer casada”.

Doña Isabel de Vidaurre seguía enferma, dedicada a tejer a bolillo por las mañanas y a hacerse la dormida el resto del tiempo. Le producía retortijones la idea de que Rosario, por ser la novia de O’Higgins, se expusiera a un peligro mayor. Pensaba en eso y de inmediato se le anudaban las tripas. Suficientes problemas tenemos por ser patriotas, pero si perdemos la guerra, se ensañarán con nosotras y quién sabe qué le pueden hacer a mi hija, reflexionaba entre quejidos. Para sus adentros se sentía parte de ese bando que criticaba a Rosario por imprudente. Entre dos eructos pensó que le gustaría hablar sobre el asunto con su confesor pero fray de la Torre era realista y un judas también y hacía años que ella no lo visitaba. Sus cavilaciones fueron interrumpidas por Candelaria que a cada momento venía a preguntarle si no quería una papilla y a cambiar los recipientes de vinagres aromáticos que escondía en las esquinas de la pieza. ¿Ya tendré olor a muerto?, se preguntaba la señora cada vez, con un susto tremendo. Para disipar sus temores optó por seguir dándole vueltas a sus ideas. Por suerte Juan de Dios está lejos, dijo entre suspiros, hundiéndose en los almohadones con encajes y bordados de la cama matrimonial. Solo hablaría si su marido pusiera el tema, a sabiendas de que era capaz de culparla a ella por los desvaríos de Rosario. Más de una vez le había reprochado ser blanda con los hijos cuando él los perseguía con una huasca y ellos encontraban un escondite entre sus faldas. Doña Isabel comprendía que nunca tuvo un lugar propio en esa casa: Juan de Dios era el hombre y su suegra, la dueña de casa. Ella, junto a sus hijos, siempre había sido tratada como una menor.

De pronto, un calambre dejó sin respiración a la pobre

señora, que intentaba succionar por la boca algo del aire que la vida le mezquinaba. No era la vida, era Rosario. Ella era la que le producía un dolor mucho más fuerte que sus males estomacales. Se lo dijo a Candelaria la siguiente vez que apareció ofreciéndole una papilla. Que si la opinión de la gente no le importaba, al menos debería preocuparse de poner su alma en paz con Dios. “Estás viviendo un amor en pecado”, le había dicho ella —le contó doña Isabel— y que Rosario, muy tranquila, había respondido que su alma pertenecía a Dios pero que el resto era suyo. Candelaria calmó a su señora con una tisana de manzanilla y la promesa de ir a la iglesia en representación de Rosario. “Dios, en su infinita misericordia, permite que una haga actos buenos en nombre de los seres queridos”, admitió la señora.

Doña Isabel permaneció en cama a lo largo de semanas, acompañada de los efluvios de los diversos vinagres aromáticos que Candelaria se empeñaba en prepararle, hasta que llegó a visitarla doña Gertrudis Serrano, la máxima heroína de Concepción. Entre preguntas sobre su estado de salud y consejos de remedios, doña Gertrudis le dijo que el General se merecía lo mejor del mundo; que él estaba muy enamorado de Rosario; “me lo dijo él mismo”, le aseguró.

“Mejórese para que enfrentemos juntas las habladurías de los envidiosos”, le dijo de despedida. Recién en ese momento doña Isabel de Vidaurre aceptó que su hija, por tercera vez en pocos años, era la protagonista de los chismes de Concepción. Saber que Rosario necesitaba de su auxilio, obró como remedio milagroso: en un santiamén dejó de considerarse carrerina para honrar la memoria de su hermano y se le pasó la enfermedad. Así estaré en el mismo bando de mis hijos, pensaba mientras se vestía. Revisó el estado de la casa y dio órdenes a las criadas, decidida a portarse a la altura de una patriota ferviente, igual o más que Gertrudis Serrano,

madre de Ramón Freire, el oficial joven más valeroso, según los jefes. Parece que hay que ser madre para ser heroína, pensó. Enseguida le bastó estar media hora en la cocina y escuchar las conversaciones entre Candelaria y la cocinera, para comprobar que ella era la última de la familia en cerrar filas en torno a Rosario.

Mientras continuaban la lluvia, el barro y las crecidas de los ríos que mantenían inmovilizado al ejército, O'Higgins y Rosario hacían esfuerzos por ser discretos pero aunque lo intentaban, no podían. El amor se les escapaba por cada poro de la piel, inundándolo todo: el aire, la lluvia, el calor de los braseros, el perfume de las noches. Para cuidar las apariencias, O'Higgins seguía viviendo en Palacio pero todos sabían que ya no dormía en su catre de campaña. Y a todos les parecía lo más natural. A la gente le causaba gracia ver al General con su voz de mando que hacía tiritar a los soldados y su don para convencerlos de cualquier intrepidez pero que junto a Rosario parecía un chiquillo enamorado. Los rumores se aquietaron y la lluvia siguió cayendo.

Cinco

Mientras se prolongaba el sitio de Talcahuano O'Higgins aprovechó las semanas de inacción para enamorarse hasta el tuétano. En varias ocasiones se lo dijo a Rosario: gracias al mal tiempo, estoy conociendo las glorias del amor. Ella también estaba en la gloria y la idea de la llegada de la primavera la hacía sufrir por anticipado. Cada vez que ponía el tema, Bernardo no insinuaba que se la llevaría con él a Santiago, como era su anhelo, sino que le hablaba de la guerra y la libertad; que estaban a punto de expulsar definitivamente de Chile a los realistas; que la guerra casi la tenían ganada, le decía.

Al sur de Concepción la guerra había continuado su curso durante esos meses de lluvia y lodazales. En mayo Freire había logrado cruzar el Bío Bío y apoderarse del fuerte de Nacimiento. Después tomó la plaza de Carampangue, en pleno Arauco, pero en menos de quince días los realistas la reconquistaron; al mes, los patriotas volvieron a tomarla. Salvador guerreaba bajo las órdenes de Freire y doña Isabel les prendía velas a todos los santos para que protegieran a su hijo. "Ese chiquillo nació con buena estrella", decía la abuela, pero doña Isabel argumentaba que como ahora los indios se habían plegado a los realistas, se necesitaba que todas las huestes celestiales intercedieran para poder asegurar el triunfo de los patriotas. Don Juan de Dios continuaba limpiando de montoneros

las regiones costeras de Chillán y Cauquenes; su centro de operaciones era la casa de Collipeumo. En una carta le contó a Rosario que Soto Aguilar era una gran ayuda y un patriota de corazón. Rosario se dio el gusto de leérsela en voz alta a su madre sin siquiera sentir rabia.

Durante el mes de agosto, justo para su santo —el día de la Virgen de las Nieves, o del Boldo, como preferían llamarla en Concepción— Nieves Puga dio a luz a su cuarto hijo varón, prometiéndose seguir en el empeño de tener una hija. Y en noviembre, a punto de iniciarse la temporada de guindas y cerezas, Rosario anunció su embarazo. La abuela tuvo tiempo para alegrarse con la noticia pero antes de finalizar el mes murió de muerte natural, con la felicidad de saber que su familia seguiría multiplicándose por los siglos de los siglos. Lo que en vida más le había gustado a doña Petronila, había sido mantener a su familia unida y ahora todos volvían a reunirse para su velorio.

Durante tres días con sus noches la difunta yació sobre la mesa del comedor, vestida con sus prendas más nuevas aunque ninguna tenía menos de veinte años, rodeada de cientos de flores que eran renovadas de continuo, igual que el agua de un recipiente escondido debajo de la mesa para impedir que el cadáver se hinchara, haciendo correr el peligro de una explosión. A cada lado de la sala se instaló una fila de sillas para acomodar a mujeres de trajes y velos negros que se turnaban para llorar y recibir a las visitas.

Llegaron deudos desde Chillán, La Florida y campos alejados. Las camas no alcanzaban a enfriarse antes de recibir a otro pariente necesitado de un descanso y en el primer patio se establecieron tandas para desayuno, almuerzo y cena. Nada en la casa daba abasto para tanta gente, pero nadie pedía formalidades.

Doña Isabel de Vidaurre parecía tener el don de la ubicuidad, pues era vista en todas partes al mismo tiempo mientras

organizaba los rezos, las comidas, el turno de las camas o repartía agua de las Carmelitas y consuelo a sus hijos, cuñados y sobrinos, además de agradecer los pésame y los ayudándole a sentir de las visitas.

La señora debió improvisar comidas para los vecinos y amigos, que se sumaban a los parientes en las cenas de medianoche. En el apuro, doña Isabel no encontró nada mejor que hacer una sopa en la que a cebollas y pimentones fue agregando todos los pescados y mariscos que logró conseguir con los pescadores de la caleta de San Vicente. “Dígales que este menjunje se llama *paila marina* y se lo comerán todo”, recomendó la cocinera al ver a doña Isabel mirando la olla con cara de duda.

“Y a esto bauticémoslo como *mariscal* que suena a marineros fornidos y le apuesto que también se lo comen sin dejar ni rastro”, dijo Candelaria, mostrando una fuente de mariscos apenas pasados por un hervor que doña Isabel había mandado hacer para aplacar la voracidad de los jóvenes que no podían aguantarse hasta que la sopa estuviese lista. La cocinera había dispuesto en una fuente los choros, cholgas, almejas, machas y unas algas que los pescadores llamaban ulte, sazónándolos con jugo de limón, vino blanco, ají, perejil y cebollas. A último minuto Candelaria le agregó piures que, con su color encendido, dejaron a las almejas aún más pálidas.

—¡Candelaria! Eso no se lo comerá nadie. Esos bichos saben a una dosis triple de fondo de mar.

—Dígale a los caballeros que esto les aumenta el vigor y se lo comerán todo.

Salvador, que venía de la guerra en Arauco, se enojó al ver que en la cocina contaban chistes, jugaban al naipe, bebían aguardiente, hablaban de negocios y fumaban cigarros. Ya iba a armar un bochinche cuando Rosario le hizo comprender

que así era la vida y que aquellos que recién habían estado en la sala con caras llorosas y rezando avemarías no habían fingido su tristeza. Trasponer el umbral de la cocina era recuperar a la abuela viva. Allí la recordaban con sus enojos, engaños y travesuras, tomaban un mate y se salían de la solemnidad que reinaba en el salón mientras oían a los viejos compitiendo por contar las mejores anécdotas de la juventud de la señora.

Rosario era la que más lloraba la muerte de su abuela y la que más reía con los cuentos de los viejos. Le gustaba ver a sus primos menores escuchando incrédulos, incapaces de imaginar que alguna vez doña Petronila había sido joven y bonita. Los muchachos se atropellaban por contar sus diabluras y los castigos recibidos, símbolos de la dedicación de la abuela. Aunque apenas habían alcanzado a conocerla, también los hijos de Nieves tuvieron algo que decir y se enorgullecieron al saber que su bisabuela había sido la hija del mayorazgo de Tomeco.

—¡Somos nobles! —exclamó uno de ellos, feliz con su descubrimiento.

—Noble es mi abuelo: el señor Conde —gritó uno de los nietos de María Ignacia.

La única nota disonante del velorio corrió por cuenta de la querida de don Juan de Dios, que pretendió hacerse presente. Para que no estallara la discordia, José Puga de Córdova y Figueroa —así se presentó ante la mujer— se encargó de recibir en la puerta de calle sus más sentidos pesares en nombre de su hermano. “¿Y le avisaron a Juan de Dios?”, preguntó ella, dos veces. Doña Isabel miraba desde la ventana y al verla irse, sintió un apretón en la garganta al momento de limpiarse una lágrima. Candelaria fue su única testigo.

O’Higgins era el miembro de la familia más solicitado y algunos tenían el mal gusto de aprovechar la oportunidad para pedirle un favor. La viuda de Juan Manuel de Vidaurre, el hermano de doña Isabel, fue una de ellos. Quería que el

General la ayudara a conseguir una pensión de viudez por su marido “un auténtico soldado patriota muerto en servicio”, le decía y volvía a decir. O’Higgins le pidió que hiciera una solicitud por escrito.

—Tendría que pagarle a un escribano y no tengo ni para el pan de mis hijos— contestó la señora.

—Yo se la escribo, tía— le dijo Rosario.

Treinta horas fueron suficientes para que un mozo montado en el mejor caballo de los Puga llegase hasta Cauquenes y volviera al galope con el Capitán, que lamentaba que el fallecimiento de su madre probablemente ahora lo ubicara a él en el primer lugar en la lista de las futuras muertes de la familia. ¿Seré el próximo?, se preguntaba sacando cuentas con los dedos y comprobando que con sus cincuentisiete años era el más viejo de los sobrevivientes. Al menos ahora debería asumir mi rol de patriarca de la familia, ya que no lo hice a la muerte de mi padre, pensaba; pero no vivía en su casa. No tenía casa, en realidad. Por suerte estamos en guerra, se dijo al desmontar frente al portón y saludar a su familia fingiendo entereza. Esa misma noche doña Isabel encontró la oportunidad para recordarle sus deberes de primogénito de la finada y él no demoró en demostrarle que esas eran costumbres anticuadas, sepultadas por la revolución. No la convenció pero ella tampoco insistió. Al menos contaría con unos días de paz para conversar con sus hermanos y ver cómo le traspasaba a alguno de ellos la responsabilidad de ser jefe de familia. Con Manuel Ignacio no se podía contar por vivir en la capital y ni siquiera tenía hijos legítimos; con José tampoco, puesto que vivía en Chillán, cobijado bajo el alero de los Riquelme. A Isabel le faltan agallas, se quejó. Lo torturaba la idea de que a ese paso la familia se disolviera.

Un lunes fue el entierro pero antes hubo misa. Bajo una lluvia fina y persistente caminaron con el ataúd adornado de

flores hasta la iglesia de El Sagrario, donde estaba la imagen de la Virgen del Boldo, de quien la finada era devota. A pesar de que Villodres ya no era el Obispo, de todos modos, los cuatro hijos varones de la señora debieron negociar con los curas para asegurarse que no fuera un realista el encargado de celebrar la misa y finalmente consiguieron que el capellán de O'Higgins fuese quien dijera el sermón. "Los latines se los dejamos a su gusto, señorías", había dicho Manuel Ignacio, exasperado.

En plena misa Rosario tuvo la primera molestia de su embarazo al sentir que se ahogaba con el incienso confundido con su tristeza. Candelaria la sacó de la iglesia y la llevó a sentarse en la banca de la plaza, "para que se oree, mi niña", le dijo. Rosario aprovechó de llorar por su abuela y por su embarazo.

—A Bernardo le duele no poder casarse conmigo, mamá. No quiere que su hijo sea un huacho igual a él.

—Dígale que no se queje. Mire que es bien distinto ser huacho rico como don Bernardo, que huacho pobre como los míos.

—Y es bien distinto ser una la que tiene impedimento a que sean ellos los que no se quieren casar.

—Cásense, pues. ¿Acaso él no es el Director Supremo? Puede hacer lo que quiere. ¿O no?

El cortejo empezó a formarse y ellas se unieron a la familia. Rosario iba pensativa, diciéndose que su mamá era una sabia. Si Napoleón se había divorciado de Josefina para casarse con otra ¿por qué en Chile no se podía hacer lo mismo? Se lo propondría a Bernardo. A la abuela le hubiese gustado verla casada con él. Incluso se lo dijo: "muero feliz sabiendo que encontraste el amor que buscabas".

Desde la iglesia caminaron hasta la orilla del Bío Bío, donde estaba el camposanto —escaso de tumbas porque todos los que podían pagarlo, preferían ser sepultados en las

iglesias— pero la abuela había dicho mil veces en los últimos años que ella deseaba quedarse al lado del río: "para que mis huesos abonen los árboles en vez de salir disparados en el próximo terremoto".

Don Juan de Dios juzgó inoportuno hablarle de asuntos personales a O'Higgins, pero a la mañana siguiente, preocupado por lo que había alcanzado a notar y oír, acosó a doña Isabel a preguntas, hasta que ella, al borde de la desesperación, le dijo: "No sé nada de nada, pregúntales a ellos".

Por si acaso, don Juan de Dios le dedicó toda la mañana a su hija, que iba de un lado a otro tomada de su brazo. Ella fue la que con toda naturalidad le contó de su embarazo y como todo era tan natural, él no pudo protestar ni regañarla. "Son las cosas del amor", le dijo Rosario. Y claro, bien lo sabía él. La idea de tener un huachito en la familia no le agradaba y menos aún, si ese huachito iba a ser su primer nieto. Sin embargo, ver a su hija feliz lo alivió y no se hizo más problemas. "La vida hay que vivirla", le comentó a Salvador cuando lo vio acongojado por la honra de su hermana. "Con la guerra todo se ha desordenado", le dijo por último.

De tanto amor por Rosario, parecía que O'Higgins se había olvidado de los realistas de Talcahuano; al menos, ese era el comentario de los descontentos. Él decía que mientras el tiempo bueno no se afirmara, sería inútil intentar otro ataque. En octubre había recibido, hombres, armas, municiones y calzado pero en vez de emprender el asalto, se había dedicado a consolidar las plazas ganadas y a combatir a las montoneras, que apenas eran diezmadas en un punto volvían a reaparecer unas leguas más allá. No pudo seguir ignorando a los realistas de Talcahuano cuando le informaron que de Lima habían mandado refuerzos. Al mando de las tropas iba a llegar el brigadier Osorio, temible porque fue quien los derrotó en Rancagua y ahora, además, tenía santos en la corte,

a partir de su matrimonio con la mismísima hija del Virrey del Perú y, por tanto, era de esperar que llegara bien aperado, listo para hacerse de un nombramiento tan importante como gobernador de Chile.

Se había acostumbrado a dirigir los destinos del país desde Concepción, entendiéndose por cartas con sus ministros Zañartu y Zenteno, que eficientemente le filtraban los problemas, reservándole solo los más graves. Con San Martín, de vuelta en Argentina, también se comunicaba por cartas y todo fluía mejor que teniendo al alcance de la oreja a los otros miembros de la Logia Lautaro que pretendían gobernar con él. Así se lo acababa de decir a Gregorio de las Heras que no le encontró ningún chiste a su comentario.

Las reuniones con sus oficiales y con los ministros que llegaban de Santiago, las alternaba con las horas dedicadas a Rosario y los instantes que podía reservarse para estar solo. Estos eran los peores porque entonces pensaba en sí mismo y en su hijo que iba a nacer. Cuando ella le dio la noticia, primero se alegró pero de inmediato el pecho empezó a encogerse.

“No podemos casarnos, Rosario. Formalmente tú sigues siendo la esposa de Soto Aguilar”, le había dicho.

Debió abrazarla y consolarla porque Rosario creyó que no quería tener un hijo con ella. Acostumbrado a la vida de cuartel, no tenía experiencia con llantos de mujer enamorada y bastaba que a Rosario se le ensombrecieran los ojos para que él desesperara por complacerla. Amaba a esa mujer como nunca antes a ninguna otra, pero no habría querido tener un hijo al que no pudiera legitimar por el matrimonio. Y menos, con una mujer decente, y no solo de su misma clase sino que parienta suya y de la cual, para colmo, estaba enamorado. Su propia vida de huacho había sido suficiente para no querer por nada del mundo repetir la misma historia. De niño, creció lejos de padre y madre, oculto a los ojos

de extraños. Ya mayor, conoció humillaciones y soledad. Era un hombre sin padre en una sociedad donde esa era la única filiación reconocida y esa filiación era la única posibilidad de participar de las ventajas dadas por los vínculos sociales. Su conocimiento del mundo, riqueza y apellido de virrey no le abrían puertas sino todo lo contrario: muchos insistían hasta hoy en llamarlo Huacho Riquelme. Las necesidades de la guerra y sus ganas de Rosario se le enredaban en la cabeza. Osorio iba a desembarcar en Talcahuano y a poca distancia de allí, en Arauco, se había abierto un nuevo frente de guerra. Ahora debía proteger las vidas de Rosario y de su hijo, además de buscar el modo de constituir una familia con todas las de la ley.

Con bríos renovados y aprovechando los días soleados de noviembre, se dedicó de lleno a organizar el asalto a Talcahuano. Quería movilizar a su ejército completo, para lo cual debió implorar a Santiago que le enviaran el dinero de los sueldos que hacía meses se les adeudaba a los soldados, que disminuían por oleadas a causa de las desertiones; un asunto grave, tanto como el de quienes en vez de desertar, se dedicaban a pagarse por su cuenta, provocando rechazo entre los civiles e indisciplina en el ejército. Aprovechó de pedir otra remesa de pólvora, armas y municiones. Si derrotaban a los realistas antes que llegase Osorio, estaban salvados, le repetía a Zenteno en cartas enviadas a diario. Por fin estuvo todo listo. Esta vez atacarían de noche.

En la madrugada del 6 de diciembre de 1817 los habitantes de Concepción de nuevo fueron despertados por el ruido de los cañones, que se prolongaron a lo largo de todo el día. Por la noche supieron que, pese a que el ataque había sido dirigido por el general Brayer —un capitán de Napoleón que enorgullecía al ejército chileno— y a que el coronel Gregorio de las Heras logró tomar el morro de Talcahuano,

los patriotas no pudieron apoderarse del puerto ni del fuerte de Tumbes.

El pánico se adueñó de la ciudad. Rosario había estado todo el día en el regimiento preparando vendajes junto a otras patriotas y apenas supo de la derrota fue al Palacio Directorial. Iba de prisa, pensando que sería difícil huir con su embarazo auestas. ¿Hacia dónde?, se preguntaba mirando a las familias que estaban cargando carretas con niños y colchones, listos para arrancar al campo. Estaba asustada. Y O'Higgins, abrumado. Que no quería arriesgar la pérdida de más hombres, le dijo a Rosario y agregó que era conveniente obligar a los realistas a alejarse de la costa para que no continuasen recibiendo refuerzos por barco. "Prepárate para irnos a Santiago", le dijo.

A las dos de la mañana, en una asamblea a las afueras del Palacio Directorial, el General calmó a los civiles, asegurándoles que los realistas no vendrían a atacarlos. Pudo comprobar que seguía contando con su fama de persuasivo. De inmediato se abocó a la tarea de reestructurar el ejército. A los pocos días, entre otros cambios, anunció el ascenso del capitán Puga a coronel de caballería, en reconocimiento a su labor pacificadora en Cauquenes.

A través de cartas a San Martín y en conversaciones con el Intendente, llegó a la conclusión de que la alternativa era el regreso a Santiago, pero no solo con el ejército. Evacuaría la zona por completo para avanzar hacia el norte arrasando los campos y así los realistas no encontrarían alimentos, ni caballos, ni gente, ni nada.

Nieves fue la primera en partir. O'Higgins había mandado a buscar a su cuñado, Agustín Borne, para que se llevara a su esposa y cuatro hijos. Lo atemorizaba la idea de que los realistas nuevamente tomaran prisioneras a las mujeres ligadas a él.

Por más que le rogó a Rosario para que se fuera con Nieves, ella se negó: "No pienso en dejarte solo. Si nos tenemos que ir, nos vamos juntos", le respondió con tal decisión que a él no le cupo duda y ni se le pasó por la cabeza argumentar que ahora ella debía proteger a su hijo. Entonces pensó en integrarla a su escolta, vestida con uniforme de ayudante militar, para tenerla siempre cerca.

Durante todo diciembre concentró sus energías en preparar la partida. Primero ordenó que de Talca cortaran el envío de suministros porque en Concepción se había formado un depósito enorme que, con mala suerte, caería en manos enemigas. Enseguida expulsó a las godas de la ciudad. En las últimas semanas las mujeres realistas se le habían hecho insoportables con sus quejas, rumores e insolencias y lo mejor sería que partiesen a reunirse con sus amigos de Chillán. "Las que tengas carruajes o cabalgaduras podrán conducirse en ellos y las que no, marcharán a pie... El Gobierno ya no puede tolerarlas", ordenó a través de un decreto firmado por su puño y letra. Por último, evacuó a los trescientos heridos y enfermos del hospital de San Juan de Dios y los envió a Talca.

En vísperas de Navidad cuatro heraldos cruzaron las calles y caseríos cercanos convocando a todo el mundo a concentrarse de inmediato en la Plaza de Armas. La gente sabía de qué se trataba. El rumor de que serían evacuados había recorrido cada una de las casas, suscitando adhesiones y resistencias, y alcanzando versiones contrapuestas. Que si era necesario, el General los llevaría engrillados, se decía. "Razones de fuerza mayor", era lo que más se oía. Los que hasta ese momento no se habían decidido a hacerlo, huyeron a Talcahuano, pero los soldados de O'Higgins les cerraban el paso: Váyanse a Chillán, era la orden. La mayoría de los que se quedaron en la ciudad simpatizaba o estaba abiertamente comprometida con la causa patriota pero, así y todo, se les hacía difícil abandonar sus

campos con el trigo a punto de madurar. El miedo a la derrota y las represalias ya experimentadas, los llevaba a aceptar la partida, bajo la creencia de que volverían con las primeras lluvias del próximo otoño.

Cientos de viejos, mujeres y niños de todas las castas sociales llegaron hasta la Plaza de Concepción a escuchar a O'Higgins que terminó su llamado diciéndoles:

"... La Patria exige de vosotros este gran sacrificio. El enemigo no debe hallar en su tránsito más que un desierto, casas sin pobladores, campos sin sembrados ni ganados..."

Los "viva Chile" y "viva O'Higgins" apagaron su discurso. La multitud se movía como olas de mar, agitando sus sombreros y los puños en señal de resolución. Los que estaban en desacuerdo callaron. Fue el caso de Josefa, la hija menor del capitán Puga.

De vuelta en la casa, Josefa rompió en llanto y apenas fue capaz de volver a hablar, anunció que ella no se iría. Doña Isabel de Vidaurre adivinó el estallido de otro escándalo en la familia y se puso en guardia. Que ya tenía todo conversado con la tía María Ignacia que le había ofrecido quedarse donde ella, dijo Josefa. Doña Isabel sintió un vahído y vio todo negro, pero antes de desmayarse, tuvo la ocurrencia de preguntarle por sus motivos y entonces, Josefa confesó estar en amores con un oficial español desde los tiempos de la ocupación realista.

"Usted lo conoce, mamá. Se llama Mateo Aguilar de los Olivos. Llevaba las cartas que le enviábamos a Salvador. La abuela lo encontraba buenmozo y caballero; ¿se acuerda?"

No. No se acordaba y por eso mismo, hizo comparecer a Candelaria para que confirmara los dichos de Josefa.

"Sí, señora. La niña Josefa se escribe con ese joven que nos ayudaba con Salvador. Yo misma he llevado cartas a Talcahuano."

Josefa se dio cuenta de que en esos instantes su madre se maldecía a sí misma por haberse preocupado de que le enseñaran a leer y a escribir. "Cría cuervos y te sacarán los ojos", oyó resonar dentro de su cabeza.

"Puede ser peligroso; lo conversaremos", dijo doña Isabel ante el asombro de Josefa que de todos modos insistió con los argumentos que tenía memorizados: ¡qué mejor protección que la del Conde de la Marquina, mamá!; es el realista más importante de Concepción y el padre de mis cuatro primos".

Don Juan de Dios fue quien no quiso oír las ideas de su hija. "No. Porque yo lo digo y punto", fue todo lo que dijo.

Esa noche se quedó hasta tarde en la casa para discutir el asunto con doña Isabel. "¿En qué estabas, mujer, que no viste lo que pasaba ante tus narices?", se lo escuchó tronar en el momento en que cerraba la puerta del salón. La crianza es asunto de mujeres, había afirmado siempre y ya desde antes de la guerra estaba convencido de que él no tenía más deberes que entregar dinero para que ellas administraran la escasez. Ahora su mayor preocupación era explicarle al General que su otra hija se había enamorado de un realista; "un español de España, para más remate". "Apenas lleguemos a Santiago le buscas un novio decente", le ordenó por último a doña Isabel, que no dijo nada, pero para sus adentros se negó a obedecer.

En los días siguientes doña Isabel de Vidaurre mostró unas dotes de organizadora insospechadas y en poco tiempo no solo empacó su casa sino las de sus cuñadas y hermanas, decidiendo por ellas qué se llevarían, qué dejarían enterrado y qué debía ser destruido, para no dejárselo al "enemigo", como llamaba ahora a los realistas. Ella dirigió la tarea de acomodar las dos carretas que transportarían sus pertenencias y que les iban a servir de hogar durante dos meses. Josefa no

ayudó en nada y el equipaje que le entregó a su madre consistía de un cofre de madera atiborrado de cartas que exhalaban un perfume de flores disecadas. La señora, para no hacerse mala sangre de nuevo, optó por seguir sin la ayuda de su hija menor en la tarea de disponer colchones, jaulas con gallinas, charqui, cuelgas de cholgas ahumadas, embutidos de chanchito y sacos de porotos.

Rosario, encargada de velar por los tesoros de la familia, desenterró el oro y la plata encapillados bajo los ladrillos del suelo del dormitorio de su abuela y dispuso que la vajilla de nuevo fuese enterrada en el segundo patio, al pie del camelio.

Pese a estar seguros de no tener nada que perder, los vecinos estaban agobiados por la incertidumbre. Muchos de ellos no habían viajado ni siquiera hasta Chillán y ahora comprendían, por primera vez, que amaban su ciudad. No era un amor lírico que les inspirara poemas, sino un sentimiento prematuro de paraíso perdido y se los veía deambular contemplando los ríos y lagunas, árboles y cerros, tratando de retener en los ojos aquello que por estar siempre a mano nunca antes habían visto. Los niños eran los únicos felices con la perspectiva del viaje, de dejar todo tirado y partir a encontrarse con lo nuevo. No comprendían ese afán de sus abuelos de pasear por los campos mirando el trigo aún verde o de ir por los bosques y restregar hojas de peumo para olerlas y poner caras tristes. Tampoco compartían el desprecio de sus madres por sus tesoros y peleaban por un espacio en las carretas para acomodar hondas, piedras, ranitas doradas y cañas de pesca.

Muchos se iban a regañadientes, presionados por los demás y por el miedo, dispuestos a alegrar ante cualquier motivo. Eran los que no le veían ninguna ventaja a la aventura de convertirse en ciudadanos de un país libre, por ser una

promesa intangible que no entendían, pero a la que tampoco le encontraban inconvenientes. “La libertad no se come”, parecía ser su consigna. O’Higgins sabía que eran mayoritarios, pero que ni siquiera se daban cuenta de ello por estar atareados en los detalles de cada pequeñez que encontraban ante sus narices. Le pidió a Rosario que se cuidara de ellos.

—Algunos son mis parientes —respondió ella.

—Entonces, con mayor razón.

Las fiestas de navidades de aquel año fueron las más esplendorosas en la memoria de la ciudad. Esta vez los personajes del pesebre pestañeaban y tosían porque los curas habían ideado que personas de carne y hueso representaran a la Virgen, el Niño, los Reyes Magos, además del burro y los corderos, que relegaron para siempre las figuras de greda tradicionales, que incluían camellos y ángeles de artificio.

Nunca antes en Concepción se habían hecho tantas fiestas y matado tantos chanchos como en esos días de diciembre. Junto a las novenas de Navidad hubo bailes, comilonas, peleas de gallos, corridas de toros, romances nuevos y bautizos, y en la calle de las Ramadas, detrás de la Catedral, las apuestas a las carreras a caballo a la chilena alcanzaron cifras ni soñadas en años anteriores. O’Higgins presidió todos los festejos y fue muy aplaudido cuando bailó zamacueca con la Virgen María y vitoreado cuando participó en un rodeo montado en una yegua flaca que lo dejó a mal traer, a pesar de su experiencia. Estuvo presente en dos peleas de gallos pero se negó a hacer apuestas diciendo que prefería ver los gallos en una cazuela. Rosario lo acompañó en todas las ceremonias y el embarazo no le causó náuseas ni le impidió irse de fiestas; “me siento un poco lánguida”, fue la única queja que se le escuchó.

“Estamos echando la casa por la ventana”, gritaba la gente entre borracheras y carcajadas, aunque sabían que se estaban

comiendo y bebiendo lo que no podrían llevarse. Los ahumadores nunca habían tenido tanto trabajo y las pilas de piernas de chanco, mariscos y pescados a la espera de entrar a las cámaras de humo aumentaban día a día. El aserrín para ahumar lo traían en carretas, cosa nunca antes vista y cualquier viajero de paso habría podido creer que Concepción era una ciudad próspera. En una fiesta de Año Nuevo en casa del coronel Patiño, después de brindar por la Independencia, los invitados despacharon cuatro lechones ahumados en leña de boldo —una exquisitez— y como broche de oro, se dieron el gusto de romper toda la cristalería. Una vez que terminaron con el último vaso siguieron con las copas que los vecinos llevaban de sus casas y rompieron cristales hasta el amanecer. O'Higgins había sido el de la idea cuando le preguntó al dueño de casa “¿está permitido, coronel?”, justo un segundo antes de lanzar su copa al suelo.

A la mañana siguiente el Director Supremo ordenó levantar el sitio de Talcahuano. A Ordoñez, el jefe realista, le envió el recado de que había resuelto declarar formalmente la Independencia de Chile. Así le quedaría bien claro que él no era un vasallo rebelde sino el jefe de un Estado soberano que combatía a invasores.

El primero de enero de 1818, bajo un sol esplendoroso, frente a todo su ejército reunido en la cima del cerro del Estanque, firmó el Acta de Independencia sobre un tambor de la banda militar. Enseguida, hizo que sus tropas juraran defender la emancipación nacional.

Seis

En la víspera de Reyes Magos el capellán del ejército celebró en la Plaza de Armas de Concepción una misa de campaña y una rogativa para pedirle a Dios que los acompañara en el viaje, que comenzaría de madrugada para aprovechar el fresco de la mañana. Militares y civiles tenían todo preparado para abandonar la ciudad a su suerte. Custodiadas por el Ejército de Chile, ocho mil familias de Concepción y unas pocas provenientes de Nacimiento y otros fuertes de la zona de la frontera iniciaron su éxodo al norte. “Éxodo”, volvía a repetir el cura refiriéndose a la retirada.

Cincuenta mil personas componían la caravana. De los costados de las carretas colgaban jaulas con gallinas ponedoras y maceteros con albahaca, cilantro, menta y cebollines. Algunas, como la de doña Isabel de Vidaurre, tenían toldos de esterillas para proteger del sol y también flores que eran regadas a diario. Jinetes y perros guiaban al ganado que incluía vacas y corderos y que a la vista de sus dueños iban adelgazando por no estar habituados a las caminatas largas. Los niños, semidesnudos por la pobreza o el calor, jugaban a la par de la caravana, que crecía con la gente de haciendas y poblados cercanos a ese camino que, a medida que se alejaba de la costa, se iba adentrando por un valle cada vez más angosto y menos boscoso.

La primera noche de vida en caravana los Puga celebraron

el cumpleaños número veintidós de Rosario con una fiesta en la que hubo sesenta personas, incluida la plana mayor de O'Higgins. Asaron una vaca entera más un par de corderos y comieron papas cocidas chorreadas de nata y ajo, más los infaltables choclos, tomates y porotos verdes del verano. Ni siquiera para satisfacer los ruegos de su madre, Rosario se quitó el uniforme militar de un color que parecía haber sido elegido para que sus ojos se lucieran: la chaqueta era verde con ribetes negros y botones dorados, igual que los cordoncillos de la gorra negra con plumas blancas. Lo que a ella más le gustaba eran las botas con tacón que le servían para caminar moviendo las caderas a un ritmo acompasado. A lo largo de todo el día había ostentado su uniforme de miembro de la Escolta Directorial, orgullosa porque los soldados la llamaban Generala. A través de Bernardo había sabido que el coronel Gregorio de las Heras había sido el único que se manifestó molesto porque una mujer integrase la Escolta. “¿Y la señora sabe manejar armas?”, había preguntado.

La novedad y las incomodidades ayudaron a que la fiesta se animara y hasta la madrugada los Puga y sus invitados fueron vistos a la luz de la fogata y las antorchas bailando fandangos, seguidillas y contradanzas. Rosario jamás soñó que una mujer preñada pudiese sentirse saludable y hermosa. “Es el amor”, le decía a su mamá que, entre baile y baile, le rogaba descansar.

Durante el asado Josefa tuvo el placer de mirar en silencio a O'Higgins cuando este le dirigió la palabra, porque el día en que le prohibieron informarle a su novio de los planes de abandonar Concepción, optó por la mudez, siguiendo la costumbre de su madre, proclive a los raptos de silencio. El coronel Puga había ordenado que su hija menor estuviera sometida a una vigilancia estricta de modo que los enamorados no pudieran despedirse y entonces, antes de iniciar el

viaje, ella hizo votos de obediencia, silencio y castidad, en ese orden, sin saber con exactitud qué era la castidad pero segura de no cometer pecado puesto que Mateo estaría lejos. Todos sus padecimientos los ofrecía a la Virgen de los Dolores para que en el cielo intercediera por la paz y el amor. El resto del tiempo los dedicaba a componer poemas que incluso ella consideraba cursis.

“¿Cómo está tu corazón, Josefa?”, le había preguntado O'Higgins. Si no hubiese hecho la manda de mantenerse muda, tampoco habría podido contestar. La pregunta parecía una burla, pese a que la voz del General no tenía ese tono, pero ¿qué respuesta esperaba?, ¿o acaso pensaba que le diría que su corazón latía de patriotismo? Desde antes de conocerlo, O'Higgins le había caído en gracia aún cuando no entendía que su hermana se hubiese enamorado de un hombre tan mayor. Por lo demás, era cierto que ella tenía un corazón que latía por la Patria: quería que Mateo se saliera del ejército del Rey y que los patriotas ganaran la guerra pronto para poder casarse y ser felices para siempre. Antes, cuando ella le rogaba que se saliera del ejército, Mateo siempre le había dicho lo mismo: “la guerra se acabó y por tanto, somos novios y no enemigos”. En esos momentos ella prefería dejarse tomar la mano y besar la punta de los dedos en vez de preguntar por las razones del destierro de su padre y el encarcelamiento de su hermano. Desde que los patriotas se tomaron Concepción no pudieron volverse a encontrar y durante ocho meses solo se escribieron cartas, lo que a ella le aumentó con creces el amor, pero no le permitió preguntar por cosas tan concretas como el futuro.

A lo largo de semanas a Josefa solo se la oíría hablar a escondidas con la pareja de cachañas que Rosario transportaba en una jaula de fierro. Ella estaba segura de que eso era lo mismo que hablar a solas, o sea, no rompía la manda. Les enseñó

a decir "Bernardo, mi amor" imitando la voz de su hermana, sin sospechar que los pájaros iban a terminar viviendo en el Palacio Directorial y que solerían gritar "Bernardo, mi amor" al paso de cualquiera. De resto, obedecía a su madre en todo lo que le ordenara y se suponía que con sus amigas sí hablaba pero nadie lo pudo atestiguar. La única vez que casi habló pero, al final solo se la escuchó lanzar exclamaciones, fue cuando Salvador le regaló una piedra del río Laraquete que él había pulido y que —según se contaba y ella lo constató— al igual que todas las piedras de ese río, tenía la cruz del calvario de Nuestro Señor impresa en cada una de sus caras.

Aunque el apremio los empujaba, la caravana no podía avanzar con rapidez. El grueso del ejército viajaba a la retaguardia, impaciente con la lentitud del avance, a sabiendas de que Osorio estaba a punto de desembarcar y de que gozaría de una movilidad tres veces superior a la de ellos; con mala suerte, les iban a dar alcance. Partidas de soldados se desviaban del camino en busca de campesinos escondidos y se apuraban en traerlos junto a sus cosechas y ganado. Los viajeros se amargaban con la visión de los sembradíos aún sin madurar consumidos por el fuego que los soldados prendían a medida que cruzaban los campos. Sin embargo, reinaba el optimismo, fruto del convencimiento de que en otoño estarían de regreso para volver a sembrar. Rosario, que cabalgaba junto a O'Higgins, preguntó por las razones de llevar a los campesinos a la fuerza. El General respondió que no los estaba llevando de paseo a Santiago; "es una necesidad de la guerra; si los dejas, Osorio los obligará a engrosar sus filas".

En la caravana muchos iban a pie, descalzos, cargando niños, atados de ropa y alguna gallina o un cordero recién nacido. Muchos también, a medida que se alejaban de la costa y aumentaba el calor, sentían que el corazón se les iba reblandeciendo y que de a poco olvidaban las diferencias de

castas. A la altura de La Florida se pudo comprobar que esos muchos ya habían invitado a los otros a compartir un sitio en las carretas. "Se muere como se nace" era la ley que recordaba que un pobre siempre sería pobre, pero la promiscuidad y la miseria generalizada llevó a más de una señora rica a darle pecho a un niño extraño y a más de un pobre a compartir su pan untado en ají con la antigua patrona altanera. Los unía el deseo de alcanzar pronto un destino menos inseguro y con tal de avanzar, estaban dispuestos a olvidar por un rato las normas y rencores.

Así y todo, demoraron cinco días en llegar a Chillán, donde se les sumaron cientos de personas que en su mayoría llevaban andrajos y apenas cargaban una bolsa de comida. "Los patriotas de Chillán ya no podemos más con la pobreza", se disculpaban los chillanejos. Los dirigía una mujer de mediana edad que hablaba francés e inglés con los militares extranjeros, tocaba el arpa y era experta en arengar a su gente.

Algunos viajeros fueron al mercado de Chillán a proveerse de chupallas y esterillas para protegerse del sol inclemente del valle central y los ricos aprovecharon de comprar bayetas, famosas en todo el país por la finura de su tejido. Otros se instalaban en la Plaza a escuchar a los músicos que destemplaban los tímpanos con sus instrumentos. Los tullidos de la guerra estaban autorizados para dedicarse a las trompetas y clarines con el fin de hacerse de unos pesos y habían constituido una banda de vientos. Sus hijos pasaban el sombrero mientras tocaban platillos, tambores y cascabeles, todo al mismo tiempo, con los instrumentos amarrados a la espalda, piernas y manos para poder, además, girar y girar en un baile eterno. "Chinchinero", les decía la gente, llamándolos para darles aunque tan solo fuese un mendrugo de pan duro.

Las casas y edificios de Chillán aún mostraban las señas del último terremoto confundidas con las de los cañonazos

de cuatro años atrás, cuando los patriotas habían sitiado sin éxito la ciudad. Desde una de esas casas un caballero acreditado como médico se acercó a don Juan de Dios Puga para reclamarle el pago de una cuenta pendiente; “de los tiempos en que usted estuvo a punto de morir de calenturas en pleno sitio de Chillán”, le dijo. Don Juan de Dios de nuevo se negó a pagar, argumentando que si no había muerto, fue por la gracia divina: “usted me trató un tifus cuando yo tenía pulmonía”, reclamó. O’Higgins le pidió al médico que remitiera la cuenta al Estado Mayor, en Santiago.

Rosario almorzó, cenó, tomó el mate y desayunó recorriendo las casas de los parientes de Bernardo, que eran muchísimos, tantos como los Puga en Concepción. Él la presentaba y trataba como si ella fuese su esposa y los parientes se vieron obligados a hacer lo mismo. Ninguno se atrevió a hacer preguntas y le hablaban dando por sentado que se conocían desde hacía mucho. “De hecho, estamos emparentados hace años, desde el día en que tu tío Manuel Ignacio les compró una parte de la hacienda de Palpal y enseguida embarazó a la Isabel Riquelme”, contestó doña Isabel de Vidaurre cuando su hija le comentó su extrañeza por el trato familiar. Durante los días de Chillán, por insinuación de su padre, Rosario se puso vestidos de mujer y ella misma les informó a todos los parientes de su embarazo. “¿Se llamará Ambrosio o Bernardo?”, preguntó una de las tías. “Demetrio; por mi primo que vive en Lima”, contestó Bernardo. “María Isabel si es niña”, completó Rosario.

Desde Chillán hacia el norte, los batallones del Ejército que ya se encontraban en Talca habían dejado cada cierto trecho depósitos de comida, carbón y agua, de modo que la vida se haría más fácil.

En las bajadas de los cerros los soldados encargados de custodiar la caravana gritaban “apúrense, que nos vienen pisando

los callos” ya que para su gusto, los carreteros se demoraban demasiado en desyuntar a los bueyes y en amarrarlos detrás de las carretas para ir las frenando; “échense una manito”, contestaban los carreteros. En esas faenas realizadas a gritos, Josefa aprendió un sinfín de palabras jamás oídas; las anotaba en un cuaderno, “para no olvidarlas”, les decía a las cachañas. En los cruces de los ríos, caudalosos en esa época de deshielo, agregaba otras expresiones a su lista que crecía con rapidez cuando la corriente se llevaba a algún animal o una carreta quedaba presa de un remolino.

En la caravana se sabía que si Osorio les daba alcance, esta vez los civiles serían tratados como enemigos de guerra y no como súbditos de lealtad tibia hacia el Rey y, por tanto, susceptibles de ser ganados si se les daba buen trato. En ese caso, cuando se diera la batalla, Rosario no se retiraría junto a los civiles sino que se iba a quedar con los escoltas de O’Higgins. “Con suerte te van a tomar de rehén”, le decía doña Isabel de Vidaurre, y Rosario se alzaba de hombros, sin disimular su orgullo.

En San José de Tutubén, la única villa de la zona de Cauquenes, Rosario se sintió aliviada al comprobar que ni su marido ni el resto de los Soto Aguilar se sumaban a la caravana. Mientras compraba quesos de Chanco, alguien le pasó el dato de que algunos de ellos ya habían partido a Santiago y que don José María, mujer e hijos, habían decidido permanecer en Collipeumo para combatir a los montoneros. “Apuesto a que ahora no me quiere ni ver”, le comentó a doña Isabel, muda y pálida, con la mirada fija en los cadáveres de tres montoneros que se balanceaban en la horca, en medio de la plaza, junto al mercado. “Les podrían guardar la lengua”, dijo Candelaria, mientras Rosario, simulando que no se daba cuenta de nada para no poner más nerviosa a su madre, seguía hablando de José María.

Pese al calor, la caravana avanzaba ganándole tiempo a

Osorio, que estaba enfurecido desde que, según se supo, llegó a Concepción y la encontró vacía, sin víveres, ni caballos, ni insurgentes. “Les llevamos siete días de ventaja”, decían los optimistas cada vez que los soldados los apuraban. El nerviosismo aumentaba a diario porque incluso esos optimistas sabían que ellos avanzaban a paso de tortuga en comparación a sus enemigos.

La vida en caravana había traído desorden en las costumbres y a nadie le sorprendía que Rosario durmiera en un catre de campaña en la tienda del General ni que por las mañanas se acercara a la carreta de su madre para tomar leche caliente con miel. Después la veían cabalgando junto a los otros miembros de la Escolta o yendo de un lado a otro en cumplimiento de sus tareas de enlace con los civiles. Los soldados la respetaban y seguían llamándola Generala. Se sentía halagada al comprobar que todas las miradas estaban puestas en ella. Con su embarazo era más mujer que nunca, pero gozaba de la comodidad de usar pantalones y de montar a caballo con toda libertad.

A los dieciséis días llegaron a Linares. Se detuvieron solo por una tarde y una noche. Según los informes de los espías, Osorio avanzaba a las carreras. Las mujeres aprovecharon de lavar la ropa en el río y los niños se bañaron y chapotearon hasta la noche. Don Juan de Dios y Bernardo fueron a hacerle visita a un compadre y regresaron el próximo día, oliendo a aguardiente. Rosario no les habló durante horas.

Esa noche en Linares, hasta la carreta de las Puga se acercó una campesina que llevaba tomado de la mano a un niño de cuatro años. Lo presentó como hijo de Salvador; “de los días de la batalla de Yervas Buenas”, les dijo. Doña Isabel le creyó con solo ver los ojos del niño: verdes, iguales a los de doña Petronila y a los de sus tres hijos. La mujer —Soledad era su nombre— fue tajante en decir que no venía a entregarles el niño. “Solo quiero que lo conozcan; se llama Federico”. Rosario le regaló un broche de oro que había sido de su abuela.

—Es una reliquia de familia. Le puede servir en una emergencia.

—Nosotros vivimos siempre en emergencia, como le dice usted, señorita —contestó Soledad, alargando la mano y escondiendo el broche en su seno.

Salvador andaba por las costas de Cauquenes combatiendo montoneros junto a Soto Aguilar y no volvieron a verlo hasta que se encontraron en Talca, donde apenas tuvieron la oportunidad de acordarse de Federico. Sin embargo, a lo largo de los años siguientes doña Isabel mandó paquetes con ropa, comida y juguetes a Linares. “Es un engaño para el niño de Soledad”, diría.

Con el fresco de la noche la tensión disminuía y a los viajeros les mejoraba el ánimo. El aire llevaba de una carreta a otra el sonido de risas, cantos y rasgueos de guitarras. Añoraban el clima húmedo de Concepción, con sus lluvias, su olor a mar cercano y a bosques con hojas podridas. Todos se quejaban contra esos calores secos del valle central que a los niños los tenía con las narices sangrando. “Este aire solo es bueno para los tísicos”, decían a diario y puntualmente a las tres de la tarde.

Por fin, casi al cumplir la cuarta semana de viaje, cincuenta mil almas respiraron aliviadas una vez que consiguieron atravesar el río Maule, empresa de por sí difícil. Habían completado la parte más peligrosa del trayecto, infestado de montoneros realistas y con Osorio dándoles alcance. No solo por eso cundió la felicidad, sino también por la promesa de unos días de descanso en Talca, elegida para encabezar la defensa de la capital y, por tanto, de Chile. Aunque Talca era una muy noble y muy leal ciudad, según decretara el Rey años atrás, no tenía suficientes conventos ni fortificaciones para albergar a los emigrados, además del ejército que sumaba más de cinco mil hombres, pero gracias a Dios era verano y nadie alegó por tener que dormir a la intemperie.

O'Higgins instaló su cuartel general en la casa de don Juan Albano Pereira, padre de su capellán del ejército. En esa casa de patios perfumados y habitaciones sombrías él había vivido desde los tres hasta los nueve años de edad. En el segundo patio, bajo el parrón, se había dado el único encuentro que tuvo con un anciano que le hizo algunas preguntas y le acarició el pelo. "Pareces un irlandés", le había dicho. Años más tarde, en el Internado del Príncipe en Lima, supo que ese señor era su padre, el Virrey del Perú y antes, el Gobernador de Chile y antes, cuando lo engendró, el Intendente de Concepción.

En esa casa amó más que nunca a Rosario. La vida, con sus planes, fluía como por un camino liso y ancho, bordeado de álamos, iguales a los de la entrada a Talca. Disfrutaba de saber que estaba viviendo un momento de plenitud; no el de mayor gloria; ese aún estaba por delante, pero sí uno en que convergían su vida pública y privada, tan difíciles de conciliar aún antes de su nacimiento. Siempre le contaron que si Ambrosio O'Higgins se hubiese casado con Isabel Riquelme, su carrera habría llegado a su fin y don Ambrosio, ya se sabe, tenía ambiciones mayores que ser solo intendente de un pueblo perdido donde comienza el fin del mundo. Al menos, así justificó el señor intendente su abandono de la joven preñada, y a la familia de ella no le quedó más que llevarle el amén. Por un instante volvió a ver a su padre en ese patio, bajo el parrón, en una tarde soleada de un verano de treinta años atrás. Lo único que aún recordaba del anciano, eran sus ojos amarillos que dejaron boquiabierto al niño que había sido. Entonces prometió no repetir la misma historia: su hijo no iba a andar dando botes de una casa a otra ni de un internado a otro; también juró cuidar a Rosario y a su hijo.

Las calles de Talca estaban convertidas en un gran mercado, donde se cobraba precios exorbitantes por una gallina o una docena de duraznos y la gente de la ciudad y sus

alrededores aprovechaba de vender hasta los colchones aún tibios para no dejar pasar la bonanza brindada por los afuerinos. Desde lejos habían venido artesanos a vender sus productos: tejidos de Curepto y Quinamávida, mimbres de Chimbarongo, guitarras, platos de madera, zuecos y estribos de Chillán, gredas, quesos y chupallas de los caseríos costeros y figuritas de crin de Rari que por inútiles fueron las más solicitadas junto a los servicios de las brujas de Vichuquén que leían la suerte en las líneas de la mano. La mezcla de olores de fruta madura, orines, caca de caballo, sudor humano y carne expuesta a las moscas del mercado mareaba a cualquiera pero, incluso así, las ramadas construidas en los arrabales de Talca se hacían pocas para tanta fiesta y a los nueve meses muchísimas talquinas parieron hijos de padres desconocidos sin que nadie se enojara porque todos sabían que eran hijos de la guerra.

Los emisarios del Director Supremo habían tomado las providencias a fin de celebrar en la plaza de Talca —y ese mismo día, a la misma hora, en las plazas de todas las ciudades importantes— una ceremonia para difundir una proclama solemne que declaraba la independencia de Chile, "ante la faz del mundo". Se comentaba que hacía rato que ya era hora de hacerlo: "hace mucho que rompimos nuestra lealtad a la Corona y sin darnos ni cuenta, llegamos a este punto", comprobaban unos y otros, recordando que al principio solo algunos pensaron en aprovechar las guerras europeas para desembarazarse de la tutela del Rey de España y que la mayoría solo pensó en metas pequeñas, como libertad de comercio o mayores atribuciones para los cabildos.

Por las casas y calles de Talca se comentaba que O'Higgins había escrito y firmado el documento en Concepción mientras se preparaba para evacuar la ciudad, enviándolo después a Santiago para que lo revisaran sus ministros y "los con bonita

letra”, como se llamaba a los expertos en asuntos jurídicos. Sus allegados contaban que el borrador había viajado varias veces entre Santiago y donde él estuviese hasta que en Talca lo terminó de corregir, minutos antes de la proclamación.

Durante el *Te Deum* y el acto cívico, bajo el sol del mediodía y la abundancia de banderas, Rosario temió que Bernardo no entendiera su propia letra al leer las correcciones y aplaudió más que nadie cuando él terminó la lectura sin ningún tropiezo. Tuvo el impulso de precipitarse para felicitarlo a besos, pero se limitó a vitorearlo como todo el mundo.

Durante esos días Rosario estuvo más tiempo con su madre y hermana que lo que había estado a lo largo de todo el viaje, porque ahora Bernardo pasaba la mayor parte de su tiempo planeando con el general San Martín la batalla que esperaban dar en esa ciudad. Por instantes fruncía el ceño al sentirse dejada de lado pero pronto comprendía que ese era el precio que debía pagar por haberse enamorado de un hombre importante. “Si el General fuese mujeriego, entendería tus celos”, le dijo su madre una vez que ella hizo un comentario burlón sobre San Martín.

O’Higgins aprovechó su estadía en Talca, ciudad orgullosa de ser cuna de aristócratas, según sus habitantes, para abolir los títulos nobiliarios y los escudos de armas. La gente de la ciudad aún estaba agradecida del primer Conde del Maule, el único con título, que a principios de siglo había tenido a bien regalarles un hospital pero hacía tanto que el señor se había ido a vivir a la península que nadie vio porqué deberían defenderle sus privilegios. Por lo demás, en Concepción había solo dos nobles y los dos eran realistas, así que la medida no produjo resquemores entre los emigrados, aunque les habían advertido que en la capital no iba a suceder lo mismo. Se comentaba que los santiaguinos ya discutían acerca de cuál príncipe europeo traer a Chile como

gobernante. Los sureños y los de Talca concordaban en que era una suerte que O’Higgins fuese hijo de virrey —aunque ilegítimo o, quizá, precisamente por eso— porque les evitaba la necesidad de plantearse el tema y, por lo demás, todo era tan incierto que más valía dejarlo para cuando llegara el momento. “ahí veremos”, decían con un dejo filosófico.

Entre los militares era donde se oían las voces a favor de las ideas republicanas provenientes de los Estados Unidos, las que no encontraba acogida entre los civiles por juzgar esas ideas como foráneas, contrarias a la ley de Dios y a las costumbres de los pueblos civilizados.

—¿Cómo así que cualquiera va a poder gobernar? —les preguntaban a los militares.

—No cualquiera, pues, sino el más capaz. Así es entre nosotros y ya ve que vamos ganando.

—¿El más capaz o el más poderoso? —preguntó un ingeniero.

Las mujeres y los viejos no entendían estas extravagancias y pensaban que debían prepararse para las ideas nuevas que iban a encontrar en la capital y por mucho que les hubiesen advertido que los santiaguinos eran más tradicionalistas, de igual forma se santiguaban, estremecidos ante el pensamiento de que las leyes de Dios se estuviesen tambaleando.

—Yo creo que San Martín se va a coronar como nuestro emperador —dijo un anciano.

—Con tal que la Punta de Diamante no sea reina....

—Para ser reina, hay que haber nacido princesa y la Punta de Diamante nació igual que nosotros.

Así llamaban algunos a Rosario. Según unos, por ser dueña de unos pechos perfectos y, según otros, el sobrenombre acaso le viniera de las alhajas que le había vendido a las monjitas. Que ella cabalgara el más hermoso de los caballos de O’Higgins y luciera su vistoso uniforme militar,

incluidos los pantalones, sobrepasaba los límites de la tolerancia de mucha gente y ahora, a salvo de la persecución de Osorio, los antiguos bandos en pro o en contra de ella se habían vuelto a activar. En privado, sus enemigos esgrimían tres tipos de argumentos: unos planteaban el problema moral; otros, rezumaban simple y vulgar envidia y el resto, compadecía a O'Higgins, "víctima de los caprichos de esa mujer". Los militares eran unánimes en quererla y no participaban del chismorreó de los civiles. Les gustaba ver a su General enamorado; se les hacía más humano, más parecido a ellos y a doña Rosario la admiraban por ser una jinete diestra, buenamoza y valiente. "Y patriota", agregaban, dándole a este atributo tanta importancia como a los otros tres juntos. Veían que doña Rosario se había tomado en serio la tarea de organizar una brigada de sanidad para los civiles y tenía empadronados incluso a los perros que continuamente causaban molestias con el arestín y la tiña que apestaban a los niños.

En el hospital de Talca ella tuvo una reunión con los médicos que tenían una plaga de cólera debido al miasma de tantísima gente. "Hay que quemar los cadáveres", fue la única instrucción precisa que le pudieron dar al ser incapaces de ponerse de acuerdo en las formas de curar la enfermedad. Antes de encomendarle esa tarea, O'Higgins había querido que ella fuese su amanuense pero frente a varios testigos, roja de vergüenza, le dijo:

—Prefiero ayudarlo en otra cosa; soy mala para escribir, la gramática no me acompaña y puedo causarle un problema de Estado.

—Perdón. No lo sabía.

Esa noche, ya en privado, ella le reprochó no haber tomado en cuenta que en Concepción no había escuela para niñas y que ella lo había aprendido de una monja, más repostera que pedagoga.

Con más de cuatro meses de embarazo que comenzaban a abultarle el uniforme, Rosario no se opuso a la necesidad de separarse de Bernardo. Seguiría viajando al norte mientras él se quedaba en Talca, a la espera de Osorio. "Usted se me va con la caravana", le había dicho él con voz de general en jefe y ella había aceptado sin protestar, contraviniendo sus propios planes. Temía tener que encontrarse a solas con doña Isabel Riquelme y sospechaba que justamente eso era lo que Bernardo deseaba, aunque no se atreviera ni a confesárselo a sí mismo.

O'Higgins pensaba que probablemente doña Isabel Riquelme sabía que estaba a punto de convertirse en abuela a pesar de que él no se lo había comunicado en las cartas que a menudo le enviaba y, peor aún, ya sabría que su nieto iba a ser otro huacho. Lo más seguro era que su madre ya anduviese pidiendo clemencia a Dios por la desgracia y por eso mismo, preferiría hablar del asunto en persona y no a través de cartas o emisarios.

Por su parte, Rosario estaba convencida de que su prima Nieves ya le había ido con el cuento a su madre y casi se sentía agradecida porque a toda costa quería evitar tener que ser ella quien tuviera que informarle del nuevo lazo de parentesco. Tendría que optar entre llamarla tía o suegra. Se preguntaba qué cara pondría la señora cuando le dijera que en Chile se estaba gestando una nueva raza, la de los bastardos; "con su hijo a la cabeza", se imaginaba diciéndole. A Bernardo también se lo había dicho y él había reído de buena gana antes de contestarle: una raza nueva para un mundo nuevo. Por suerte, Bernardo había tenido el buen tino de poner al tío Manuel Ignacio al mando de la escolta de los viajeros y él tendría que encargarse de las presentaciones. El tío se lo prometió en San José de Curicó, al compás del campanario de la Iglesia Mayor, mientras comían las tortas, blancas de tanta azúcar, que daban fama a la ciudad.

—Yo te acompaño a conocer a Isabel y tú encárgate de que el General te compre una casa. Lo más importante es tener un techo propio. Y antes de que se me olvide: a Soto Aguilar deberías demandarlo por una pensión de alimentos.

—No quiero nada de él.

—Una cosa es ser digna y otra, muy distinta, es ser irresponsable. Ahora debes velar por el futuro de tu hijo. ¿Quién te dice que por ahí el General no se enamora de otra?

—¿Por qué me dice eso, tío?

—Así somos los hombres; ¿o acaso ustedes no dicen eso?

—¿Por qué no se casó con doña Isabel?

—Ella era unos años mayor que yo, pero bonita y coqueta. Créeme que cuando le prometí matrimonio, hablaba en serio, pero después me pregunté para qué casarnos si ya teníamos una hija.

Rosario se quedó muda ante el razonamiento de su tío.

—Y te cuento un secreto: por aquel tiempo yo convivía con la señorita Josefa Pineda; algo habrás escuchado de ella, ¿no? Tuvimos ocho hijos pero solo dos niñas sobrevivieron. Al final me casé con Agustina que no me pudo dar descendencia pero ¿para qué? Si yo tengo tres hijas.

Durante varias noches; justo antes de quedarse dormida, Rosario volvía a oír las palabras de su tío y ya no lograba conciliar el sueño. No entendía el trasfondo de sus palabras, que lo mostraban como a un sinvergüenza de la peor calaña, aún cuando sabía que su tío no era así. Entre las dudas introducidas por el tío Manuel Ignacio y las molestias del embarazo le costaba dormirse y entonces escribía unas cartas febriles que al releerlas a la mañana siguiente la ruborizaban y antes de enviárselas a Bernardo, debía reducirlas a la mitad.

A la luz de una vela Josefa escribía cartas de amor a la par de su hermana. Planeaba entregárselas todas juntas a Mateo cuando volvieran a verse, aunque no sabía si ella o él iba a ser

quien visitara al otro en la cárcel. Cada vez que los soldados les pedían que se apuraran, el corazón le daba un brinco de solo imaginar que Mateo andaba cerca. Contemplaba las estrellas pensando que él veía el mismo cielo y respiraba el mismo aire. “¡Que nos pisan los talones!”, gritaban los soldados y Josefa se alegraba.

Si Rosario no escribía era peor porque entonces no lograba dormir, recordando que semanas atrás, en el trayecto entre el Maule y Talca, Bernardo le había hablado del futuro; que en Santiago ella y su familia serían instalados de acuerdo a su rango, le había dicho.

—Ya di la orden para que les busquen la mejor casa.

—No estoy hablando de eso, Bernardo, sino de nuestro futuro.

Nuevamente le aseguró que la amaba más de lo que nunca imaginó fuera posible pero que había inconvenientes.

—¿Cuáles?

—Que tú estás casada. Y yo soy el Director Supremo y todos los ojos están puestos en mí. Y tengo enemigos, eso lo sabes. Si yo renunciara a mi cargo, podríamos vivir en una misma casa, como lo hacen tantos otros. ¿Quieres eso? Estoy decidido a hacerlo si tú me lo pides.

—Sabes que no.

Habían terminado enojados pero a la noche ya estaban durmiendo juntos en el catre de campaña. Ahora esa conversación volvía una y otra vez a su cabeza y no dormía. Tiritaba de frío recordando el calor de Bernardo. Se reacomodaba diez y veinte veces en su colchón, sin encontrar paz en el cuerpo.

A medida que se acercaban a Santiago y el paisaje se mostraba más árido, Rosario era incapaz de dormir, pese a sentirse muerta de cansancio y llena de añoranza por una cama cómoda, como la de los Albano en Talca. Pasaba las noches buscándole veinte interpretaciones a cada palabra, gesto y tono

de Bernardo en aquella conversación a las orillas del Maule. “Obtener el divorcio no es fácil ni rápido”, había dicho él cuando le explicaba que ese era un asunto de la Iglesia Católica. Que el Estado debería ser el regulador de los nacimientos, matrimonios y defunciones pero que primero iba a ser necesario sustraerle a los curas su potestad sobre esos asuntos. “Si no estamos de acuerdo con independizarnos, con eso menos”, respondió ella y él asintió, muy tranquilo, como si el futuro de ambos no dependiera de eso. Que no se preocupara por el futuro, le había dicho, puesto que los aires venideros eran revolucionarios. Pero, enseguida le advirtió que en Santiago tendrían que cuidar las formas; “la gente de allá es distinta a la del sur”, le explicó.

Hasta el Maule la preocupación de los viajeros había sido que los realistas no les dieran alcance; pero, ahora, a medida que se acercaban a su destino, se sentían atemorizados ante lo desconocido, el futuro y Santiago. Las mujeres estaban acostumbradas a esperar que pasara el tiempo y a que terminase la guerra. Durante años habían vivido así, sin poder ayudar en nada, excepto con la hechura de uniformes militares al ritmo de los rezos, haciéndose viejas alrededor del brasero, cuidando gallinas y huertas, horneando el pan y moliendo el trigo, cuidando enfermos y haciendo mermelada, cortando leña para hacer el fuego, pariendo y criando hijos, pidiéndole a la Virgen que los suyos regresaran vivos. Ahora, con suerte, dejaban la guerra atrás, sin saber de qué iban a comer en Santiago ni hasta cuándo se iba a prolongar la estadía.

Rosario alteró su ritmo de vida por completo; dormía en la carreta a la hora del sopor, mientras el sol quemaba el pasto y la quietud del aire permitía distinguir el vuelo de las moscas entre el chirrido de las ruedas. De noche miraba las estrellas, oía el canto de los grillos y chicharras y pensaba. Pensaba, por ejemplo, en lo que una noche le preguntó Josefa.

—¿Qué le encontraste a Bernardo para haberte enamorado de él?

—Es un hombre empapado de futuro —fue su respuesta.

—¿Únicamente por eso?

Por más vueltas que le dio, no pudo encontrar una respuesta. “El amor no se explica”, le contestó a su hermana, sabiendo que se había enamorado de sus ojos, de su voz, de sus manos, de su olor, de su cicatriz en la pierna, de lo que le hacía sentir, de sus ideas sobre el futuro de Chile incluidas.

Una vez que abandonaron Curicó Rosario sintió urgencia de reencontrarse con Bernardo. Seis días sin él había sido su ofrenda a la Patria y lo que seguiría, significaba un sacrificio más allá de lo humano. Sus ganas de verlo eran peores que una picazón por todo el cuerpo y la ponían de mal genio y la hacían llorar por cualquier motivo. Después comenzó a sentir que sus ojos se desteñían y que por eso, en pleno verano, veía todo tan gris que hasta la fruta le sabía desabrida. No solo extrañaba a Bernardo, sino que el mundo entero se había derrumbado.

Por San Fernando de Tinguiririca recuperó el don de dormir a lo largo de una noche entera gracias a dos cartas de Bernardo; la primera la puso nostálgica y con la segunda, el rubor se le subió a la boca. Antes de abandonar Talca, entre sus ropas había escondido una camisa sucia de Bernardo; la tenía debajo de su almohada para que su recuerdo impregnara el aire. Ahora el olor de Bernardo se había entremezclado con el de sus propias lágrimas y suspiros. De día cabalgaba junto a la carreta de su madre, admirada de las otras mujeres que montaban a caballo sentadas de lado y vestidas con miriñaques y zapatos ligeros. ¿Cómo no se enredan entre tantos vuelos y enaguas?, se preguntaba, relegando al olvido que ella lo había hecho durante toda su vida. Ni por un momento se acordó de su viaje desde Cauquenes a Concepción, en cuatro jornadas, con enaguas y zapatos de mujer.

Una de esas tardes Candelaria se acercó a Rosario con cara seria. “La querida de su padre está que se muere”, le susurró. Rosario la miró en silencio.

—Dicen que tomó un cocimiento de borraja para provocarse un aborto.

—¿Y a nosotras qué?

Candelaria la miraba.

—No creo estar en edad para tener un hermanito.

—Usted está embarazada, mi niña, y usted verá qué se siente. Su madre me manda a consultarla. Tenemos cuajo de vaca para detener el sangramiento.

—Ninguna de nosotras puede ir a verla. Que mamá hable con la tía Vidaurre.

Entonces se vio que algo raro pasaba en la carreta de doña Isabel. Nadie supo que cuidaban a la querida del capitán Puga. “Si no quiere un hijo de él es porque conoce bien a Juan de Dios”, había dicho don Manuel Ignacio y esa observación fue decisiva para que doña Isabel de Vidaurre optara por cuidarle la vida. “Como Juan de Dios no está, nosotras nos haremos cargo”, anunció la señora después de consultar con Rosario y sus cuñadas. Rosario y Josefa se trasladaron a la carreta del tío Manuel Ignacio y doña Isabel y Candelaria no durmieron a lo largo de días y noches hasta que lograron detener la hemorragia y parar las fiebres de “esa pobre mujer”; así le decían ahora. Tampoco Josefa sabía con exactitud qué pasaba en la carreta de su madre y cuando preguntó, le pusieron unos ojos de misterio para susurrar que se trataba de cosas de mujeres, dándole a entender que a ella le faltaba mucho para alcanzar esa categoría. Una vez que la pobre mujer estuvo restablecida, no la volvieron a ver de cerca y daban las gracias de que así fuera. Las señoras Puga nunca quisieron saber que las tortillas al rescoldo, con chicharrones quemaditos, que muchas veces Candelaria llevó a la casa cuando ya vivían en Santiago, provenían de las manos

de la querida de Juan de Dios, al igual que las roscas dulces de maíz y los panes de harina de trigo y cebada.

Fue un momento difícil para las Puga. En sus manos tenían la vida de quién había provocado sus desdichas; eso dijo Candelaria. Sabían que no era cierto. Doña Isabel lo sabía porque hubo muchas antes que “esa mujer”, y si no era ella, serían otras. Sus hijas lo sabían puesto que nunca conocieron otra forma de vivir si no era entre las largas ausencias del padre. Y Candelaria lo sabía porque sin el patrón cerca hacían lo que se les venía en gana, sin que ningún caballero tuviera algo que decir. Apenas el capellán celebró la próxima misa de campaña, doña Isabel fue a explicarle a la Virgen lo sucedido, segura de ganarse su bendición por haber salvado la vida de su rival.

Con la paz familiar restablecida, los Puga llegaron a Rancagua, aún en los suelos a causa de los cañonazos y, sobre todo, del incendio con que finalizó la batalla en la que años atrás los patriotas habían sido aplastados.

La noche que durmieron en esa plaza, acaso por la visión de la ciudad en ruinas y de sus fantasmas calcinados, Josefa se atrevió a terminar con su voto de silencio para conversar con su tío. Desde Talca, donde había visto y oído a un coronel nacido en la península que pertenecía al bando patriota, venía haciéndose preguntas.

—¿Qué es esto de la libertad y la independencia, tío?

—Es el espíritu de nuestra época, Josefa: una plaga peor que el cólera.

—¿Por qué nos matamos? ¿Por qué nosotros somos patriotas?

—¿Te has preguntado cuál es la necesidad de haber nacido en España para gobernar acá? ¿Por qué no puede hacerlo alguien nacido en esta tierra? A los gobernadores y virreyes los cambian apenas creen que se están poniendo criollos.

—¿Por qué no son realistas todos los nacidos en España y patriotas todos los nacidos acá?

—Por puro gusto al desorden.

—Le pregunto en serio. Quiero que Mateo sea patriota.

—Si se casa contigo, se queda acá y entonces se hace patriota; a más tardar lo hará cuando vea que sus hijos son discriminados. En el fondo, creo que luchamos para que el resto del mundo reconozca que somos mexicanos, chilenos, neogranadinos o como sea que nos llamemos; para que al mirarnos a los ojos, sepan que somos americanos.

—Americanos. Eso suena raro.

—O criollos. Una mezcla, es cierto. Has visto a O'Higgins hablando inglés como un inglés y también como un mapuche habla su lengua. ¿Qué otra cosa va a ser sino un criollo?

—¿Dónde aprendió a hablar como los mapuche? Usted y yo solo sabemos algunas palabras.

—El Virrey lo envió a estudiar donde los franciscanos de Chillán, un colegio para hijos de caciques que también tenía una sección para españoles. Ahí aprendió, jugando con los otros niños.

A partir de ese día se vio a Josefa dedicada a cuidar a los hijos de las escasas mapuche que venían en la caravana. Al rato, la entretención de la hija menor de los Puga amenazaba la tranquilidad de los viajeros. A ella poco le importó saberlo porque estaba decidida a aprender a hablar como ellos y para ser una criolla con todas las de la ley, deseosa de aprender francés, comenzó también a frecuentar las carretas de los descendientes de los franceses que fundaron Talcahuano. Doña Isabel de Vidaurre no tuvo tiempo para preocuparse con los chismes, atareada como estaba en la aventura de ser jefe de familia.

—Que hable. Es lo único que me importa; no lo ha hecho durante semanas —dijo la señora cuando una amiga se vino

a quejar porque Josefa estaba desordenando aún más las costumbres.

—Me disculpa, doña Chabelita, pero sus hijas le salieron locas.

—Josefa apenas tiene quince años; hay que dejarla jugar.

—A esa edad muchas mujeres son madres.

—Sí, pues. Ahí tengo a Rosario, que se casó jovencita.

—Si Josefa no cambia, para usted será otra boca que alimentar.

—Hay que aprender de la vida; ¿no cree?

Su amiga no creía. Y las otras mujeres tampoco y se afilaban los dientes y la lengua con sus habladorías, peores que nunca por culpa de la vida promiscua que llevaban en las carretas. Hasta llegó a comentarse que doña Isabel le convidaba sandías y melones a la querida de don Juan de Dios.

Candelaria no le contaba a su señora nada de lo que le decían a ella para que se lo contara. Recién ahora, a punto de convertirse en abuela, parecía que doña Isabel empezaba a ser feliz; se la veía contenta con sus hijas y apaciguada con la vida. A veces Candelaria se quedaba contemplándola: su señora había envejecido en las últimas semanas y, sin embargo, desplegaba unos bríos que antes no tenía. Le gustaba verla tomando las riendas de la carreta cada vez que mandaba descansar a Manuelito, un viejo de ochenta años y sin ningún diente, el único varón que la guerra les había dejado de los numerosos criados que antes tuvo la familia.

Finalmente, a la séptima semana de viaje, llegaron a las orillas del río Maipo. Habían recorrido más de cien leguas. Al otro lado del vado de Lonquén los esperaba una comitiva que los acompañaría en los dos días de viaje que faltaban. Las señoras Puga eran atendidas con honores por los oficiales de Santiago y al darse cuenta, muchos viajeros sintieron que una irritación les cundía por todo el cuerpo. Bastante habían tenido

al ver a las Puga de invitadas del más prominente hacendado de la Isla de Maipo, que se las llevó a su casa, "para que gocen de comodidades" había dicho, mientras ellos siguieron durmiendo en las carretas y el único lujo que se dieron, fue un baño en el río. Para colmo, ahora doña Isabel se ufanaba con un montón de plumas de pavo real que le habían regalado sus amigos de la hacienda y decía que con ellas se iba a hacer un abanico para defenderse de los calores de Santiago. ¿Por qué a la Punta de Diamante la tratan como a una princesa si es una querida?, se atrevieron a preguntar algunos, pero estaban todos tan cansados e impacientes que nadie contestó.

Al otro día, en el Pucará de Chena, desde unas lomas reseca y llenas de piedras, cardos y matorrales espinudos, divisaron unos viñedos y unas chacras verdes, con riego abundante y al fondo, las torres de las iglesias de Santiago. Más allá, la ciudad era presidida por los peñones enormes de esa cordillera que los había acompañado como un vigilante a lo largo de todo el viaje.

No hubo expresiones de júbilo ni oraciones colectivas. Solo silencio.

Siete

Los emigrados llegaron a Santiago el último día de febrero, en la época en que habitualmente el verano tenía a sus habitantes sumidos en un estado de somnolencia perpetua. Sin embargo, aquel año, ese mes fue de gran actividad, con las autoridades y las milicias organizando la recepción de gente, carretas, animales y cosechas. Las víctimas de la guerra del sur, como ya les decían los de la capital, ingresaron a la Plaza Mayor por la calle que aún se llamaba del Rey, privilegio dispensado en el régimen antiguo solo a los gobernadores, obispos y grandes personajes pero como la gente del Sur no lo sabía, no se dieron cuenta del honor y no lo agradecieron.

Apenas la caravana entró a Santiago, fue fácil comprender que a pesar de tanto preparativo, la ciudad de todos modos colapsaría con tantos afuerinos que, de un día para otro, llegaron para doblar el número de bocas que alimentar y almas que socorrer; "subir de cuarenta a ochenta mil personas no es un moco de pavo", se oía rezongar a las autoridades, acostumbradas a las improvisaciones y a los actos de magia para superar catástrofes.

Pese al calor, al polvo y a esa sequedad del aire que les provocaba una tos persistente, a los recién llegados les gustó Santiago de Nueva Extremadura. Les llamaba la atención que la capital se situara casi a los pies de una montaña descabezada;

sin duda, un volcán de forma perfecta, pero los santiaguinos les juraron que ni siquiera era un volcán dormido sino un simple cerro al que llamaban Manquehue porque ahí anidaban muchos cóndores; que no temieran haber llegado a Pompeya, les dijeron; “tontos no somos; el de allá sí es un volcán aunque no lo parece, y a veces truena y remueve la tierra pero queda lejos”. Los emigrados no sabían qué era Pompeya pero se lo imaginaron y por ningún motivo preguntarían algo que dejara al descubierto su ignorancia.

La remodelación urbanística comenzada cuarenta años atrás por el entonces gobernador Ambrosio O’Higgins, los estragos del terremoto de 1730 y el apego al neoclásico de los arquitectos italianos en boga, no habían conseguido suprimir las casas de un piso, de murallones de adobe y techos de tejas grandes, tal como los emigrados de mayor edad habían enseñado a los jóvenes a añorar. “Se ve que acá no hay tantos terremotos”, decían. Quizá lo que más llamaba su atención eran las iglesias con sus torres con reloj y campanario, los adoquines de las calles y esa sequedad del aire que ponía a los jinetes a levantar polvareda. Los emigrados habían vivido en un lugar donde siempre todo había sido nuevo o provisorio y, por tanto, no habían podido adquirir el gusto por conservar las cosas. “Como no acumulamos pasado, tampoco pensamos en el futuro”, se decían entre ellos, perplejos ante Santiago que, a diferencia de Concepción, hacía esfuerzos por mostrar que era una ciudad con historia, donde, además, a cada instante se intercambiaba chismes, noticias y opiniones filosóficas, religiosas y políticas; “para construir el futuro de la Patria”, decían los santiaguinos. Los emigrados no lograban saber si Santiago les había ganado en la lucha por ser la capital de Chile por la afición de sus habitantes a la política o si había sido por culpa de las guerras de antaño, las contra los indios. Lo que sí entendieron rápidamente, fue que los

santiaguinos de un modo oblicuo, los culpaban a ellos de llevar la guerra a Santiago. Jamás lo dijeron así, tal cual, pero lo daban a entender.

Por su parte, los habitantes de la capital miraban a los recién llegados no solo como a víctimas de la guerra y posibles portadores de ella —asunto que les causa temor y antipatía— sino también como a provincianos. “Pese a algunas cuantiosas fortunas, es gente rústica”, declararon de inmediato; “agricultores sin roce social, de botas para pisar fuerte y vozarrones para mandar a sus inquilinos”. Les causaba placer que los provincianos ignoraran las costumbres finas de la corte de Santiago, corte que bajo el reinado de Marcó del Pont se había hecho más alambicada, más exquisita. “Les va a costar acostumbrarse”, les decían con una sonrisa tan amable que los emigrados se veían compelidos a tranquilizar sus desvelos y, con otra sonrisa les respondían que con el tiempo se hallarían, decididos a seguir el ejemplo de las Puga, quienes, a todas luces, atraían la mayor atención, asunto que ellas se tomaban con naturalidad y ni se arrugaban para sonreír mientras prometían retribuir las atenciones de sus anfitriones, como les decía doña Isabel de Vidaurre haciendo un alarde de buenas maneras.

Los anfitriones de inmediato comentaron que Rosario tenía un aspecto muy saludable —demasiado, quizá— y que desplegabam mucha vitalidad con su costumbre de mostrarse en cuerpo, sin cubrirse con un chal o por lo menos un velo; “¿será que no tiene?”, preguntaban. Que ya tendría tiempo para aprender que en Santiago las mujeres acostumbraban a comer poco, verse pálidas, sufrir jaquecas y desmayos y, sobre todo, cultivar la fragilidad y el recato.

Entretanto, las señoras Puga se habían instalado en la casa del marqués de Pica, quien —pronto lo sabrían— era un realista que al huir de Santiago, decidido a no dejarse alcanzar por

los insurgentes y su caos, no imaginó nunca que su casa sería motivo de disputas dentro de ese mismo gobierno que le causaba pánico. Los comisionados de O'Higgins, obedeciendo sus instrucciones, asignaron a las Puga la casa más elegante que encontraron, sin saber que el Ministro para Asuntos del Exterior ya le había echado el ojo con el fin de instalar ahí las dependencias de su Ministerio. Apenas el ministro Irisarri supo que ésta había sido ocupada, celebró contrato de arrendamiento con el señor Portales, apoderado del marqués de Pica, y comenzó una guerra de cartas a O'Higgins y exhibición de todo tipo de documentos, con el objeto de que la casa le fuese entregada a la brevedad, que si no, renunciaba a su cargo, amenazó.

Ningún santiaguino tuvo la delicadeza de irle con el cuento a las Puga que, ignorantes de esas intrigas, se acomodaron en su nuevo hogar, felices de su suerte, tan distinta a la del común de los emigrados que se allegaban donde parientes y los que no los tenían, eran instalados en el Hospital de San Juan de Dios o en el regimiento de la calle de San Diego y los que no cupieron en ninguna parte, ocuparon las dos cuadras de San Diego, en las afueras de la ciudad, dispuestos a vivir a la intemperie.

Los emigrados vieron que de un día para otro había crecido entre ellos el resentimiento contra las Puga aunque la mayoría pensara que, en realidad, les convenía que Rosario fuese la dama del General. "Así a él no le será fácil olvidarse de nosotros"; "algo de los beneficios nos chorreará a todos los de Concepción"; "no nos conviene enemistarnos con los Puga"; "debemos ser más políticos"; y otras expresiones similares se escuchaban y los bandos que nacían ya no eran los mismos de antes: ahora se alineaban los partidarios de arreglárselas por cuenta propia contra aquellos que propiciaban formar un grupo de influencias a favor de "los sufridos habitantes de

Concepción", título que escogieron para referirse a sí mismos en un documento redactado para discutir entre ellos "porque los trapos sucios no se ventilan en público", acuerdo que nadie respetó ni en el primer día de las negociaciones iniciadas con las autoridades. Al poco tiempo los partidarios de establecerse por cuenta propia comprendieron que la mano venía difícil, pues no tenían cabida en la capital a no ser que estuvieran emparentados con alguno de sus personajes influyentes. Ni siquiera los que estaban dispuestos a trabajar —bando que crecía a diario— lograron su objetivo, dado que se trataba de viejos, mujeres o niños, incapaces de sobrevivir con los sueldos escasos y esporádicos de sus parientes enrolados en el Ejército. Entonces los bandos se flexibilizaron y cada cual se alineó según las circunstancias o el tema. Pero, de todos modos, los santiaguinos continuaron tratándolos como un grupo homogéneo: "o'higginistas" rezaba la etiqueta que les endilgaron y así se les trató durante toda su estadía, que no fue corta.

El núcleo más fino de los santiaguinos estaba preocupado con la llegada de tantos sureños que engrosaban las huestes del gobierno. En Santiago las cosas eran distintas que en las provincias del sur, con su gente acostumbrada a vivir en guerra y de catástrofe en catástrofe, pero no era el caso de los capitalinos, divididos entre los pocos realistas que no habían huido y los patriotas, en su mayor parte carrerinos, sea por lazos de parentesco, afinidades políticas o deberes de lealtad de tiempos inmemoriales. Ahora habrían de contar, además, con los seguidores de O'Higgins, que eran muchos.

Los sureños parecían no entender nada y se los veía caminar por las calles para perseguir los coches y calesas que transitaban metiendo un ruido del diablo, con unos criados negros sentados en la parte posterior de los vehículos en actitud muy seria, con la espalda recta, vistiendo uniformes de colores

chillones y bonetes con pluma. En Concepción tampoco había “serenos” y entonces ahora se daban el gusto de oírlos cuando anunciaban la hora y si llovía o había temblado y cuando espantaban al diablo o a los ladrones.

En las calles del Rey y de Ahumada, en los Tajamares y en el puente de Calicanto, pero también en el mercado y en torno a las numerosas pilas de agua ubicadas en plazas y delante de las iglesias, se oían los comentarios sobre el embarazo de la amante de O’Higgins; “y es casada”, no olvidaban de agregar a media voz. “¿Qué le habrá encontrado a ella cuando en Santiago hay tantas mujeres bonitas y solteras?”, se preguntaban las señoras elegantes mientras contemplaban a sus hijas que se habían quedado para vestir santos por culpa de la guerra. Las señoras no dejaban de sorprenderse —y lo decían— que tanto Rosario como el General fuesen colorines y que él, siendo huacho, repitiera la historia.

Las Puga apenas necesitaron un par de días para instalarse en su nueva casa, en la que por enorme, jugaban a perderse en los rincones de sus tres patios, la cochera, la cuadra, la escribanía, el zaguán, el mirador o alguna de las quince habitaciones con muebles, espejos dorados, camas con dosel de seda, santos de lienzo y de bulto, cajones de sándalo para la ropa blanca que expelía un aroma delicioso, arcones con espliego para proteger la ropa de lana, dos cocinas —una para lo dulce y otra para lo salado—, un globo terráqueo de bronce con el que se entretenía toda la familia y un piano de cola, ante el cual Rosario se extasiaba. Los escondites eran infinitos y estaban seguras de necesitar meses para conocer todos los pasadizos y vericuetos. El juego favorito de Josefa era escupir en las saliveras de plata desde una distancia cada día mayor y luego fingir ataques de tos para no ganarse un regaño de su madre. Lo que se ganó, fue la vigilancia constante de Candelaria, temerosa de que la niña hubiese contraído la tisis.

Apenas doña Isabel de Vidaurre y sus hijas se instalaron, en cumplimiento de su promesa, Manuel Ignacio Puga las fue a buscar para acompañarlas al Palacio Directorial, donde presentarían sus respetos a Isabel Riquelme. Rosario se negó a ir, aduciendo sentirse indispuesta por su embarazo y el viaje. Las insistencias de su madre y las palabras tranquilizadoras de su tío no calmaron sus malestares sino que la postraron en cama, enfermándola del cuerpo y ya no solo del ánimo. Tuvo vómitos, diarrea y calambres en las tripas. Por la noche la visitó el médico de mayor renombre en esos momentos, un joven judío recién llegado de Basilea, quien después de descartar un mal alumbramiento y un cólico miserere, diagnosticó que Rosario tenía enferma la glándula de la paciencia y le recetó gotas de perfume de azahar y un colgante de cristales de colores que debía llevar en contacto con la piel.

Antes de ir a hacer la visita de estilo el tío Manuel Ignacio le había dicho: “mijita, en Santiago los Puga no somos nadie y a usted le toca abrirnos el camino”, lo que a ella la dejó aún más enferma, convencida de que sus males se originaban en un fallo en el buen humor y la gallardía.

Josefa, que había ido de mala gana, después se divirtió contándole la visita con lujo de detalles. Que doña Isabel Riquelme les había hecho servir mate con leche y hojas de culén y en una bandeja adornada con flores les ofreció dulces de sandía y tostones de almendras que daban fama a las monjas clarisas, de acuerdo a las explicaciones de la señora. En opinión de Josefa, la entrevista había sido demasiado protocolar, pese a que el tío Manuel Ignacio intentaba alivianar el aire. Que incluso hubo un momento tenso cuando doña Isabel Riquelme le preguntó a su tocaya si no tenía otra hija.

—Si, pero le fue imposible acompañarnos. Me pidió que le presentara sus saludos.

—Mucho me han hablado de ella en el último tiempo.

—Está enferma; quizá usted me pueda recomendar un médico.

—¿Qué tiene? Me han dicho que está en estado interesante.

—Efectivamente —le había contestado Isabel Vidaurre, en un tono más seco que el aire de Santiago.

Josefa también le contó que las dos Isabeles habían recordado con tristeza a doña Petronila, prometiéndose ir juntas a la Catedral para encomendar mil misas por el descanso de su alma; “seguro que las necesita”, se habían dicho en tono de complicidad.

—Vieras a doña Isabel dando órdenes. Ella sí parece generala.

—Tengo miedo de encontrármela —dijo Rosario.

—Te advierto, para que no pongas la misma cara que yo: fuimos recibidos en un salón con las paredes de color azul y las puertas rosadas; parece iglesia.

—Poner colores era la moda en el barroco.

—¿Y tú de dónde sabes eso? En Concepción solo viste paredes blanqueadas con cal.

—Me lo contaron.

—Ojalá también te hayan contado que ella es la señora de Palacio y que no vayas a pretender sustituirla.

Esa noche Rosario tuvo un ataque de ganas de ver a Bernardo. El médico había tenido razón en diagnosticarle un fallo en la paciencia. De pronto se sentía la criatura más desvalida de esta tierra. Su embarazo era notorio. Su vientre, a diario más voluminoso, clamaba por protección. Las cartas de Bernardo la dejaban con más nostalgia y se sentía sola, pese a estar rodeada del mujerío de la familia.

A la mañana siguiente, después de la primera misa, por la casa del marqués de Pica apareció Nieves, disculpándose por no haberlas visitado antes, “pero tenía a los niños enfermos”, dijo. Recién en ese momento, Rosario, Josefa y doña Isabel

de Vidaurre se enteraron de que el ministro Irisarri pretendía la casa que ellas habitaban.

“No se preocupen porque el asunto va para largo. Bernardo decretó la expropiación de todos los bienes de los realistas que huyeron y por tanto, el contrato de arrendamiento que tiene el Ministro no es válido”.

Nieves también les contó que la madre de Agustina Valdivieso, la esposa de Manuel Ignacio, era prima del marqués de Pica y que toda la familia estaba pendiente de que no fueran a dañar la casa o a romper un espejo. “Me extraña que mi papá no les haya dicho nada”.

Apenas Nieves se fue, doña Isabel se sintió intranquila. “No hay nada mejor que tener un techo propio”, la escucharon murmurar sus hijas; “justo ahora, cuando estamos sentadas entre dos sillas: los de Concepción nos envidian y los santiaguinos también”. Rosario, aburrida de la cantaleta que ya llevaba media tarde, quiso calmarla argumentando que ellas tenían el apoyo de O’Higgins. Pero la señora se siguió lamentando: “ahora le vamos a crear problemas de Estado al General”.

A veces doña Isabel tropezaba en sus conductas antiguas. Al darse cuenta, hacía un acto de arrepentimiento e imploraba apoyo a la Virgen y a su difunta suegra. Cambiar siendo vieja no es fácil, les explicaba en medio de sus oraciones.

Su nerviosismo se calmó cuando Rosario le dijo que las Riquelme eran tan provincianas como ellas y que en ese tema seguro que las iban a apoyar aunque solo fuera para que el nieto naciera en buena cuna. Doña Isabel sintió que su pecho se aligeraba; “¿cómo no se me ocurrió antes?”, exclamó. En un instante recobró sus esplendor, segura de contar con la alianza de su consuegra y también con la de su concuñada Agustina, de seguro interesada en hacer resonar el nombre de los Puga en la capital.

Nieves invitó a Rosario a hacer su primera salida pública. A la mañana siguiente fueron a los portales de la plaza en busca de zapatos para Rosario. La seda o el terciopelo que se usaba para la confección de escaarpines eran materiales demasiado finos y no resistían las inclemencias del agua, barro, polvo y tropezones en las piedras; de ahí que las señoras elegantes debieran desembolsar cada tres semanas los cuatro reales que costaba un par de zapatos. Rosario, que ya no usaba el uniforme de la Escolta Directorial no tenía qué ponerse y su prima, juzgando vergonzosa su facha de emigrada del sur, le regaló unas zapatillas de baile de raso azul cielo que se agregaron a las de terciopelo negro y tacón de casi dos pulgadas que compró Rosario. Después fueron hasta el café más elegante de la calle de Ahumada, en un segundo piso en la esquina de la plaza. Entre presentaciones de amistades, inclinaciones de cabeza a los conocidos, limonadas y tazas de té, Nieves le contó que la llegada de los sureños le estaba complicando la vida.

—Los santiaguinos están molestos porque los del sur apoyan a mi hermano y yo, además, estoy entre la espada y la pared, entre mi mamá y tú —explicó Nieves.

—Me lo imaginaba. Bernardo algo me dio a entender.

—Mamá dice que ella ha sufrido mucho por la causa patriota y que ahora no va a permitir que nadie la despoje de lo suyo.

—Y menos una Puga.

—Exacto.

—¿Cómo lo haces, Nieves?

—Con ellas soy Riquelme y con ustedes soy Puga.

—Ahora entiendo por qué no querías que me enamorara de Bernardo.

Aunque Nieves era seis años mayor que Rosario, se habían criado bajo el mismo techo, aprendieron a leer al mismo

tiempo y se querían como hermanas. A partir de ese día volvieron a ser inseparables: se las veía siempre juntas, de paseo, de compras, en la iglesia, en las fiestas.

Tres semanas después de la llegada de los emigrados, en plenos festejos del Sábado Santo y cuando la ciudad aún no adquiría una rutina, de pronto las iglesias se vaciaron, apenas comenzó a difundirse la noticia del desastre sufrido en Cancha Rayada. “O’Higgins y San Martín están muertos. Huyamos a Mendoza”, era lo que corría de boca en boca. Muchos emprendieron el cruce de la cordillera con lo puesto, sin llevar comida ni dinero, sin enterrar los objetos valiosos, espantados ante una segunda reconquista española, de seguro mucho peor que la del año catorce. Que la derrota era total, decían los soldados del primer tropel que entró en Santiago.

Los más valientes, los más decididos, los más cansados, los ancianos y enfermos, todos los que no huyeron, decidieron llamar a un Cabildo Abierto para organizar la defensa de la ciudad. El grueso del ejército se había ido a Talca, dejando en la capital a un grupo de oficiales de alta graduación con responsabilidades de gobierno, pero la tropa consistía en un cuerpo de milicianos primerizos. En el Cabildo, gran parte de los señores principales opinó que el coronel Luis de la Cruz, a cargo de la guarnición de Santiago, era débil e inepto y que requerían un jefe nuevo. El teniente coronel Manuel Rodríguez, con su heroísmo y astucia ya conocidos, sus palabras tranquilizadoras y, a la vez, encendidas, pero sobre todo, por el apoyo que gozaba entre la plebe, fue proclamado para encabezar la resistencia a los invasores.

Las desavenencias en el bando de los patriotas eran tan profundas que incluso en un momento así, los carrerinos se pusieron optimistas y los seguidores de O’Higgins se amargaron con el nombramiento, considerándolo un conato de golpe de Estado.

Entre tanto, Manuel Rodríguez ya se movía por toda la ciudad, preocupado por engrosar la milicia, instruir en el uso de armas a los colegiales mayores de doce años, inflamar fe y entusiasmo en los miedosos y precavidos, además de vigilar el acopio de agua, comida y municiones. Los santiaguinos habían aprendido a confiar en Manuel Rodríguez durante la reconquista, cuando él se burlaba de las autoridades españolas haciéndoles bromas insólitas al tiempo de sorprenderlos con los asaltos de sus guerrilleros, lo que había obligado a los ejércitos del Rey a desperdigar sus fuerzas.

A las Puga no se les pasó por la cabeza huir a Mendoza. Estaban desoladas con la noticia de la muerte de O'Higgins y sin saber nada de don Juan de Dios ni Salvador. Doña Isabel mandó a Candelaria al monasterio de las Carmelitas, en el otro extremo de la ciudad, a comprar varios frascos del tónico para los nervios que ella ya no usaba. A ver si de ese modo hacía reaccionar a Rosario, aunque fuese con llantos y lamentos, en vez de dejarla como estaba, sentada en el patio, a pleno sol, con la vista perdida, sin decir ni una sola palabra, sin siquiera preguntar cómo había sucedido la desgracia.

Candelaria regresó contando que cerca del Carmen Alto había un ajeteo enorme de muchachos que subían cañones hasta la cima del cerro de Santa Lucía para mejorar la defensa de Santiago; que ahí se había encontrado con un soldado de Concepción que le había dicho que no era cierto que el General hubiese muerto. "Herido grave; eso sí", había dicho su conocido. Doña Isabel le pidió que no se lo comentara a Rosario; "darle esperanzas puede ponerla más melancólica".

Recién a la noche, cuando empezaron a llegar los emigrados a dar sus más sentidos pésames, Rosario salió de su estupor y le rogó a Candelaria que la acompañara a la calle en busca de noticias. Regresó tarde. Que solo había oído versiones contradictorias le dijo a su madre y que Bernardo acaso

estuviera vivo. Doña Isabel le acariciaba el vientre y le hacía beber leche tibia con miel diluida en medio frasco del tónico de las Carmelitas.

En plena tragedia doña Isabel de Vidaurre tuvo el ánimo para alegrarse con la visita de su tío, don Felipe Gómez de Vidaurre, un jesuita que luego de la expulsión de su orden vivió larguísimo años en el destierro y hacía poco estaba de regreso, convertido en un anciano más patriota que el más patriota. "Lamento que la Historia de Chile que escribí en Bolonia no abarque los últimos años y nuestra justa lucha", les decía a los otros visitantes que lo contemplaban sin poder convencerse de que el padre Gómez de Vidaurre, maestro del colegio de muchos de ellos, aún estuviese vivo y en sus cinco cabales. "Es un sabio", decían, "no, es un santo", rebatían otros. Esa misma noche don Felipe aceptó la invitación de quedarse a vivir con su sobrina.

—¿Justo ahora, mamá?

—Sí, justo ahora necesitamos a un varón cerca de nosotros. Y mejor si es un sacerdote.

—Pero es un jesuita.

—Sí, están regresando y volverán a ser poderosos.

—Ni siquiera tienen una iglesia.

El tío se posesionó de su nuevo hogar convocando de inmediato a la familia a rezar juntos. En medio de los avemarías, Rosario estuvo segura de que Bernardo no podía haber muerto. De ser así, lo sentiría en el corazón, pensó al inicio del próximo padrenuestro, restregándose los brazos, a ver si se quitaba esa piel de gallina que la recubría entera. Esa noche había visto a los soldados que venían del campo de batalla, con los ojos llenos de pavor, los uniformes rotos y sangre seca en las manos. "Avemaría", empezó de nuevo el tío Felipe. Uno de los soldados, al reconocerla, se le había acercado para decirle: "arranque, señora, los godos vienen enloquecidos".

Las oraciones y el tónico de las Carmelitas surtieron efecto. Rosario se durmió enseguida. Soñó que paseaba con Bernardo por un jardín de aromas sutiles donde jamás se conocería la muerte.

En menos de dos días el teniente coronel Manuel Rodríguez y el coronel De la Cruz habían organizado todo para defender con dientes y muelas la plaza de Santiago. Repartieron armas e incluso a las mujeres y niños les asignaron tareas, previendo incendios como el de Rancagua. Los hombres que no tenían un patrón que los enrolara en el ejército, tuvieron por fin la posibilidad de participar en la lucha que hasta ahora solo habían visto pasar, además de sufrir sus consecuencias. A los hombres que trabajaban por su cuenta —artesanos, pequeños propietarios agrícolas, gañanes, comerciantes, ociosos, prestamistas— les hería el orgullo saber que la Patria estaba en peligro y que ellos solo podían integrarse al ejército si un señor principal se responsabilizaba por ellos. Muchos de estos hombres, junto a la flor y nata de la juventud carrerina integraron el Cuerpo de Voluntarios Húsares de la Muerte, comandado por Manuel Rodríguez.

Cuando la defensa de Santiago estuvo lista, en una ceremonia en el Palacio del Cabildo, Rodríguez asumió el mando de la ciudad; “y, por tanto de Chile, si es lo único que va quedando, además de Coquimbo”, se comentaba.

En la madrugada Rosario despertó por unos golpes en la puerta. Se asustó. Candelaria había venido a avisarle que un caballero deseaba verla. Doña Isabel de Vidaurre se levantó para acompañar a su hija y alcanzó a oír: “... una herida fea, que lo tiene consumido en fiebres; hay que obligarlo a reposar”. Doña Isabel no supo qué pensar al ver a Rosario que lloraba y reía, todo al mismo tiempo, y que además abrazaba al desconocido de barbas rubias y anteojos.

—Bernardo está vivo y en Santiago, mamá.

—¿Y ahora lloras?

—Viene a nuestra casa, mamá; me lo acaba de comunicar el doctor Green; él lo salvó.

—Así es, señora —dijo el visitante con su fuerte acento de inglés. Me adelanté para prepararle una habitación al General en su casa, si la señora nos da el permiso.

Pasada la medianoche de ese día, O’Higgins había llegado a Santiago, para sorpresa y felicidad de muchos. Su ministro Zañartu, alarmado por las posibles consecuencias del nombramiento de Rodríguez y la preeminencia que tomaban los carrerinos, había ido en persona a cerciorarse de su estado y cuando lo encontró vivo aunque muy débil por la pérdida de sangre y las fiebres, lo persuadió de volver de inmediato a Santiago. “Vine en un carruaje para trasladarlo”, le había dicho.

La que no se pudo alegrar en demasía fue doña Isabel Riquelme. Su hijo apenas le dedicó unos minutos y enseguida se fue donde su amante, sin atreverse a decírselo en su cara. “Tengo que hacer una visita urgente”, le dijo como si ella no supiera de quién se trataba.

—Parece que esta vez está enamorado en serio —le comentó la señora a su hija Rosa.

—¿Le sorprende?, si ya nos lo habían advertido.

—No les creí, pero imagínate, con lo enfermo que está y se fue a visitarla. El doctor Green me dijo que Bernardo debe guardar cama; que su herida es muy grave; él no quería dejarlo venir a Santiago y por eso lo acompañó desde San Fernando. Yo no sé qué vamos a hacer, Rosita, por Dios. Bernardo es todo un hombre; no puede andarse enamorando como un chiquillo cuando la Patria todavía lo necesita. Y habiendo tantas mujeres lindas se le ocurre enamorarse de una Puga, que se portaron tan mal conmigo y, además, ella es casada, así que tendremos otro huachito, con todo lo que hemos sufrido por eso mismo. A ese niño vamos a criarlo nosotras, Rosita;

es el hijo de Bernardo, el prócer de esta Patria. Ese niño no puede quedarse con los Puga.

—Si es varón, nos toca a nosotros; si es niña, se queda con su mamá. Eso dice la costumbre ¿no?

—No, si el padre es Bernardo.

—Bueno, con Nieves la costumbre ya se rompió.

—¿Qué quieres decir, Rosita?

—Que a ella la criaron los Puga.

—Tú sabes el porqué.

—Sí, madre.

—Ambrosio ya era gobernador de Chile cuando ella nació y en cuanto supo que yo había tenido otra hija, mandó a sus Dragones de la Frontera a buscar a Bernardo y se lo llevó a Lima, a escondidas, Rosita. Tú lo sabes bien.

—Sí, madre.

—Nuestra familia era de las más hidalgas pero nos empobrecimos; repartir hijuelas entre tantos hijos nos llevó a esa situación, Rosita; tú fuiste testigo de mi trabajo de partera; gracias a Dios, mi hermana Lucía me ayudaba de vez en cuando. Yo tenía que ganarme el pan para alimentarnos y mientras tanto soñaba con que Bernardo volvería a vivir con nosotras.

—Ahora está con nosotras, mamá. Solo la muerte nos separará.

—¡Ay, hija! No hables así.

—¿Qué no diga lo que dije o que no hable con rabia?

—Así.

—Madre, yo soy su única hija legítima. Me puede mostrar a quien quiera sin ponerse colorada pero usted solo tiene ojos para Bernardo.

—Te traté mejor que a Nieves.

—Es cierto pero ¿por qué Bernardo le encontró marido a ella y no a mí?

—Nunca me lo pregunté, hija.

—Porque mi destino es cuidarla a usted... y a él, ¿verdad? Madre, ¿me escucha?

—Estás diciendo tonteras.

O'Higgins había citado al Cabildo para el mediodía siguiente. Enfebrecido, vistió su uniforme y se presentó de sorpresa en la reunión. A su lado se sentaron el Coronel Manuel De la Cruz y el teniente coronel Manuel Rodríguez. Solo habló él, haciendo gala de su enorme capacidad de infundir confianza. En menos de media hora los santiaguinos, o al menos los señores principales, habían recobrado la fe. La batalla final sería en Santiago, les informó. Enseguida agradeció a Rodríguez su prueba de patriotismo y reasumió su cargo de Director Supremo. Después se fue donde Rosario para que lo siguiera cuidando. En los momentos en que más había temido por su vida, había lamentado que la muerte lo buscara justo cuando tenía más ganas de vivir; así le dijo.

A esas alturas, todo el mundo comentaba no solo que estaba vivo y había regresado, sino también que se había instalado en la casa del marqués de Pica. Rosario había dispuesto un salón para que le sirviera de despacho, aceptando que pese a estar tan enfermo, iba a seguir atendiendo sus asuntos de Estado. Esa misma tarde Zañartu le trajo un timbre con sus iniciales para que estampara su firma en los documentos mientras tuviera el brazo derecho inutilizado.

Al Director Supremo lo consumía la fiebre y las preocupaciones por el caso de Manuel Rodríguez. Los hermanos de la Logia habían convenido que para sus planes era peligrosa la presencia de un jefe guerrero de tanto prestigio entre la plebe y a quien los carrerinos no les quedaba otra alternativa que apoyarlo. El año recién pasado, en un esfuerzo por ganárselo, San Martín lo había ascendido de grado, nombrándolo auxiliar del Estado Mayor pero Rodríguez persistió en

su actitud díscola e independiente, como lo calificó el juez de guerra Monteagudo. Con anterioridad, él había pensado que la manera óptima de deshacerse de un personaje tan incómodo era ofreciéndole una misión en Europa, lo que Rodríguez aparentó aceptar pero escapó antes de tomar el barco en Valparaíso, pese a la custodia que, se suponía, no lo abandonaba ni de noche ni de día. En ese momento, a más tardar, había comprendido que se trataba de un rival digno de cuidado. “Es un hombre que no se pone precio. ¡Dónde se ha visto que alguien rechace un cargo diplomático en Europa!”, le había comentado a San Martín. Manuel Rodríguez gozaba de más popularidad que los tres hermanos Carrera juntos y a menudo había tenido serias discrepancias con ellos y esto lo hacía aún más peligroso puesto que era imposible adivinar su pensamiento político y no había forma de negociar con él.

De nuevo lo hizo llamar para una entrevista; esta vez en su despacho de la casa del marqués de Pica. Rosario lo recibió sin poder evitar sentirse atraída por ese hombre que, además de buenmozo e ir aureoleado por una leyenda, era un seductor y un maestro en el uso de las palabras. La miró directo a los ojos, como pocos hombres la habían mirado. Esa imagen, con esos ojos frente a ella que borraban todo lo demás, se le quedó pegada a la memoria por varios días; también su voz, que habría reconocido entre miles de voces. En vano trató de explicarle a Bernardo en qué consistía ese atractivo cuando después de la partida del visitante, lo encontró llamando a gritos a su edecán.

“Ese desgraciado rechazó mi exigencia. Búscame a Zen-teno”, le pidió a Manuel Riquelme, uno de sus guardias de honor que, además, era su tío.

Estuvo reunido con sus ministros y los hermanos de la Logia hasta pasada la medianoche. A la mañana siguiente la fiebre lo tenía desvariando. El doctor Green, en persona, se

dedicó a negarle la entrada a todo el que quiso entrevistarse con el Director Supremo. Entre ellos, estaba Irisarri que aún esperaba una decisión respecto a la sede del Ministerio del Exterior.

El viernes por la tarde doña Isabel Riquelme consideró que era hora de devolverle la visita a la familia Puga. En cuanto Rosario supo que en la puerta se anunciaba la señora, comenzó a cambiarle las vendas a Bernardo, a pesar de que recién lo había hecho.

Apenas doña Isabel Riquelme entró en la habitación, entre la penumbra vio a Rosario. Con un gesto le indicó que ella continuaría con la tarea pero Rosario no se movió ni la dejó acercarse. Evidentemente era la amante de su hijo y evidentemente estaba en estado interesante, como le gustaba decir a ella. Enseguida —la muy descarada, pensó la señora— le ofreció un té.

“Si en los tiempos que corren se puede dar ese lujo, mijita, acepto una taza”, le contestó.

Recién cuando Rosario los dejó solos, ella se acercó a la cabecera de la cama y pudo comprobar que la frente de su hijo hervía y que él se había quedado dormido.

Doña Isabel aprovechó para llevarse a Rosario al salón; “tenemos que conversar”, le dijo.

—Me da gusto conocerla. Me han hablado tanto de usted. Lástima que venimos a conocernos en estas circunstancias cuando podríamos habernos visto antes; claro que usted estaba enferma. Debe cuidarse porque también he sabido que usted ya perdió a dos recién nacidos.

—Hasta ahora no he tenido problemas, señora.

—Usted es joven, tiene experiencia y la sangre de los Puga es muy vigorosa. Espero que con el tiempo aprenda a llamarme “madre”; comprendo que necesite tiempo para entrar en confianza porque esta situación es incómoda. Debemos

preocuparnos de Bernardo, mijita. Usted tendrá que cuidarse para no opacarlo. Sea discreta para que nadie se llene la boca con su nombre y tampoco con el de mi hijo. ¿No ve que esto nos puede perjudicar?

Rosario no era capaz de tomar el té. Ahora comprendo por qué Bernardo es tan callado, pensó, mientras seguía revolviendo el azúcar de su taza y odiaba a Bernardo por haberse dormido en un momento crucial. Doña Isabel Riquelme seguía hablando:

—Mire que nosotros hemos sufrido tanto. Mis hijas y yo fuimos secuestradas por los godos en Chillán y con Rosita partimos al destierro a Buenos Aires para acompañarlo. Allá nos ganábamos la vida fabricando cigarrillos. No sé por qué le cuento esto si usted tiene que saberlo. Lo que quiero decirle, Rosario, es que nosotras hemos estado con él en las buenas y en las malas. Desde ahora usted deberá hacer lo mismo. No se preocupe por nada; al niño lo vamos a criar juntas.

Rosario acompañó a la señora hasta la puerta de calle. En su vientre sentía las patadas de su hijo; “era tu abuela”, le explicó.

“A pesar de sus inconvenientes, no me desagradó tanto la chiquilla”, le comentó doña Isabel Riquelme a su hija Rosa, que la esperaba en Palacio, ansiosa por saber los resultados de la visita. “Y, después de todo, así el asunto queda en familia”, se le oyó decir.

Esa misma noche, los señores Puga, padre e hijo, llegaron a Santiago con la noticia de que al mando de Concepción los realistas habían puesto al general Sánchez, esposo y padre de las mujeres realistas que en el año trece habían sido secuestradas para intercambiarlas por las Riquelme. “Por suerte nos vinimos, que si no, imaginen cómo estaríamos ahora”, comentó Rosario.

“Anoche los sarracenos durmieron en Calera de Tango. Los tenemos a las puertas de Santiago”, dijo don Juan de Dios, haciendo que doña Isabel de Vidaurre se persignara y Rosario fuera a las carreras a avisarle a Bernardo, que le contestó con un delirio de sus fiebres: “ya los tenemos ganados”.

Al día siguiente, después de la primera misa, doña Isabel Riquelme de nuevo estaba visitando a su hijo.

“¿Qué va a decir la gente, Bernardo? Tu situación no es para tener una concubina pública. Tu herida está muy fea, hijo, vuelve a tu hogar. El inglés dice que necesitas tranquilidad y ¿quién mejor que yo para cuidarte? si lo he hecho a lo largo de toda tu vida; acuérdate cuando estuviste tantos meses en cama con tu reumatismo. Y los carrerinos están cada vez más alzados; si dicen que José Miguel y sus hermanos ya van a cruzar la cordillera; con ellos acá será todo más complicado y los maturrangos están a punto de atravesar el Maipo para caernos encima. No, Bernardo. Esto no puede seguir así; debes volver a Palacio, ese es tu lugar. Está bien que la ames, te encuentro toda la razón; es una chiquilla bonita y de muchas luces, eso se nota; además, la tienes en estado, pero no puedes olvidarte ahora de todos nuestros sacrificios. Estás ocupando el mismo sillón que ocupó tu padre, Bernardo, por Dios, eso no cualquiera lo consigue...”

Doña Isabel Riquelme insistió e insistió. Antes de despedirse, para que sanara pronto, le dejó una botella de agua del Agrio, un agua nacida en los altos del Bío Bío y ponderada como tan milagrosa que incluso en las noches brillaba y más parecía chonchón que botella con agua. Esa noche los Puga lo comprobaron al apagar las velas: la botella iluminaba a su alrededor y despedía un resplandor blanco, como ala de ángel.

Al otro día Bernardo O'Higgins volvió al Palacio Directorial para la entrevista con el general San Martín. Caminó acompañado del doctor Green las dos cuadras que lo separarían

de Rosario, que se había puesto furiosa, despidiéndolo con un “ándate donde tu mamá, si es eso lo que quieres”.

La ciudad era un hervidero de soldados y civiles en un sinfín de actividades que revelaban el estado de alerta de sus habitantes. Las mujeres y los niños ayudaban a cavar trincheras en los límites sur y poniente de Santiago, puntos donde se temía que se iniciara el ataque. Pese a la fiebre y el dolor, O'Higgins cabalgó hasta esos lugares para ver los trabajos. “Mañana nos jugaremos el todo por el todo”, decían los soldados que se acercaban a saludar a su General.

Cuando estuvo de vuelta en Palacio, San Martín le informó que en esas tres semanas, con ayuda de Gregorio de las Heras, había logrado recomponer el ejército que en Cancha Rayada había quedado completamente disperso y casi sin artillería. Que la batalla la iban a dar en los llanos del Maipo, le informó, y de despedida le dijo:

—Usted cuídese la salud. Aún nos falta mucho por luchar y construir.

—Lamento estar inválido justo ahora, en la definitiva.

Se dieron un abrazo en las puertas de Palacio, aunque después iban a decir que se lo dieron en otra parte. San Martín fue a pasar revista a las tropas y O'Higgins se fue a la cama, con más fiebre y dolor que nunca.

Don Juan de Dios y Salvador se despidieron de esposa, madre, hijas y hermanas como si esta vez sí marcharan a encararse a la muerte. Nunca antes habían tenido una despedida ceremoniosa, con don Juan de Dios dándoles la bendición y después, en el primer patio, reunió a la servidumbre y también se despidió de ellos con una mezcla de arenga patriótica y recomendaciones para la vida futura. El tío jesuita los invitó a rezar un rosario “porque familia que reza unida permanece unida”, les dijo pero don Juan de Dios pidió que solo fuera un padrenuestro porque no tenían mucho tiempo.

Después, con gorras y sables en las manos, los Puga —padre e hijo— dijeron que marchaban hacia los cerrillos cercanos a la hacienda de Lo Espejo. “Vamos a hacer papilla a los sarracenos”, fue su promesa.

Doña Isabel y sus dos hijas fueron a las iglesias para rogarle a Dios que acompañara la causa patriota. “Todas las Vírgenes son godas, excepto la del Carmen”, les habían dicho los santiaguinos pero ellas no sabían dónde encontrar la imagen de la Virgen patriota que ganaba popularidad desde los días de Chacabuco, así que primero fueron a la de Santo Domingo que quedaba apenas a tres cuadras de la casa. Hicieron fila ante un Cristo de tamaño natural confeccionado en madera que tenía el dedo gordo de un pie delgadito debido al gusto de los fieles por aferrarse a ese dedo para pedirle favores. Después se encaminaron a la iglesia de los agustinos que tenía un Cristo famoso por proteger en casos de terremoto, pero que también obraba otros milagros. Josefa permaneció largo rato conversando con Nuestra Señora del Sagrado Corazón que competía con Santa Rita de Cassia por su calidad de abogada de las causas difíciles y patrona de lo imposible. Doña Isabel y Rosario la esperaron pacientemente, comprendiendo sus angustias y, para aprovechar el tiempo, le prendieron velas y le rezaron a la Virgen de la casa. Por último, caminaron hacia San Francisco, en los confines de la ciudad, donde había una imagen pequeña de la Virgen del Socorro que, según les habían dicho, Pedro de Valdivia llevó en su viaje desde el Cuzco, cuando partió a conquistar Chile; “esta tierra que le prometieron llena de oro y que resultó un fiasco”. “Un gastadero de doblones y un cementerio”, había confirmado doña Isabel de Vidaurre, con el halo de experiencia que le daba su condición de ciudadana de la frontera sur.

Por ser fines de verano, las aguas del Mapocho que corrían por La Cañada eran cruzables a través de tablones y a

esta empresa ayudaba la cantidad de basura que los santiaguinos, a lo largo de tres siglos, habían acumulado allí. Recién ante esa Virgen, Rosario se atrevió a pedir por su felicidad y su futuro.

A la mañana siguiente, a la hora del desayuno, con voz avergonzada se lo contó a su madre y Candelaria le dijo: “¿cómo no se atrevió antes, Rosarito, si su causa se confunde con la de la Patria?”.

Al mediodía, en la Plaza de Armas se escucharon los cañonazos que de inmediato pusieron a castañetear los dientes de los vecinos e impregnaban el aire con su olor a pólvora. Desde temprano Josefa acompañaba a su tío jesuita en el hospital de San Juan de Dios, donde se organizaba las brigadas de médicos que asistirían a los heridos en el campo de batalla. “Hasta acá traerán a los moribundos”, le explicaba don Felipe a su sobrina; “yo les daré la extremaunción y tú, el opio para los dolores”.

—¿A los realistas también los traerán acá?

—No creo, y con esos no gastamos opio. Está escaso.

—¿Y si es Mateo?

A medida que los cañonazos eran más y más frecuentes, los habitantes de la capital empezaron a santiguarse y nadie intentó hacer creer a otro que seguía su rutina diaria sino que se agolparon todos en las iglesias. A la Virgen del Carmen la sacaron en andas de la Catedral y durante toda la tarde fue paseada por la ciudad mientras sus devotos entonaban cánticos y rogativas. El incienso y la pólvora invadían los resquicios de calles, casas y almas.

Ocho

Al anoecer los santiaguinos supieron del triunfo en Maipú por el repique de las campanas de todas las iglesias y los cohetes de celebración que los vecinos comenzaban a lanzar. “El cinco de abril quedará grabado en letras de oro”, gritaban algunos; “de fuego”, corregían otros pero, en todo caso, esa tarde los patriotas habían llevado a cabo la hazaña de propinarle a los realistas una derrota que obligaba a los ejércitos del Rey a replegarse, huir, agachar el moño o lo que fuera. Algo que ellos aún no habían conocido en la guerra contra los insurgentes de América, de acuerdo a las palabras de los sobrevivientes, que corrían como si hubiesen visto al diablo.

O’Higgins, recluido en su cama de enfermo, no pudo aguantarse como el común de los santiaguinos y sin hacer el más mínimo caso a las protestas de Rosario y de doña Isabel Riquelme, había reunido a los cadetes de la Escuela Militar recién fundada y a las tres de la tarde partió con ellos a presentarse en el campo de batalla. Fue recibido por San Martín con palabras que ya todos adivinaban serían enseñadas a los niños de las generaciones futuras y por tanto, fueron tan cuidadosas que después nadie las recordó con exactitud. “Mi General y amigo, me permito ofrecerle una batalla tan favorable como decisiva”, dijeron los testigos que fue el saludo de San Martín.

Que O'Higgins habría dicho que gracias a los avances de la ciencia, la fiebre le había bajado, dicen otros que se dijo aquella tarde. Después se aseguró que, en realidad, había dicho que en el siglo anterior, esa herida le habría costado la vida.

O'Higgins agradeció los cuidados del médico inglés, de Rosario, de su madre, del agua del Agrio y, sobre todo, a sus ganas de estar ahí, al fervor por esa causa que impulsaba a todos esos hombres a combatir en defensa de un mejor futuro para sus hijos. Era una promesa de libertad del nuevo siglo pero que había comenzado antes, con la Ilustración, como llamaban en Europa a esos vientos renovadores que acaso, pensaba ahora por primera vez, hubiesen sido los mismos que trajeron a su padre a América. Hubo testigos que después dijeron que junto al campo de batalla, en medio del ruido y el miedo, O'Higgins invocó el nombre de su padre y juró dedicar su vida al afianzamiento de la libertad de Chile, pero, nada de esto se pudo asegurar ni testimoniar por escrito.

A las seis de la tarde los santiaguinos comenzaron a llegar hasta Maipú ebrios de gozo, para cerciorarse del triunfo. A los soldados los abrazaban y las mujeres repartían besos y botellas de chicha, agradeciéndoles la liberación y el fin de la guerra. En esos momentos se vio a más de una pareja amándose ahí mismo, a la vista de todos, junto a los cañones, la tierra ensangrentada y los estandartes. Rosario llegó cabalgando, con su embarazo evidente a pesar de los vestidos prestados por Nieves. Aunque Bernardo estaba rodeado de sus generales y coroneles, ella no tuvo el cuidado de mantenerse a raya. Se abalanzó a abrazarlo y acurrucada en su pecho lloró de alegría. O'Higgins, siempre moderado con el alcohol, celebraba con una botella de ron enviada por Manuel Rodríguez. Rosario bebió del gollote el líquido ardiente y de color oro que nunca antes había probado. Los generales

la aplaudieron, comentando que iba a tener un hijo fuerte y sano, lo que mereció un nuevo brindis.

En Santiago las celebraciones de esa noche mezclaron temas patrióticos, familiares y religiosos. La gente sacaba a la calle banderas, mesas y sillas y todos compartían comida y vino. Los hombres improvisaban fogatas donde pusieron a asar corderos, cabritos y lechones; las mujeres llevaban papas cocidas y ensaladas. Grupos de músicos pasaban improvisando marchas militares, alabanzas a la Virgen y loas al amor. Los curas y los viejos bailaban a la par de las casaderas y de los niños, que echaban a correr petardos entre las piernas de los bailarines. A pesar de su atolondramiento, Rosario se dio cuenta de que Josefa, sin mostrar sorpresa, se abrió paso entre las parejas que habían buscado rincones oscuros para hacer el amor. ¿Será Josefa tan inocente?, se preguntó.

En la plaza, los artesanos de la pirotecnia habían construido en un dos por tres unas enormes figuras patrióticas, que una vez encendidas, lanzaron cohetes de todos colores hacia el cielo. Los soldados de Maipú deambulaban absolutamente borrachos de una calle a otra y de un grupo a otro, donde los invitaban a comer y brindar en medio de discursos de agradecimiento por haber alejado la guerra de Santiago; "de Chile", gritaban los optimistas. Durante toda la noche se escucharon disparos al aire para celebrar el triunfo y mantener al diablo y a los maturrangos lejos.

A la mañana siguiente, cuando muchos aún celebraban y la otra parte de la ciudad dormía la borrachera, Irisarri estaba mandando oficios en los que amenazaba con renunciar a su cargo si no le entregaban la casa del marqués de Pica. "El ministerio no puede seguir funcionando en mi hogar", remarcaba. Exigía una respuesta a su Excelencia. Para O'Higgins no tuvo importancia ni la petición ni la insolencia pero quedó con sangre en el ojo. Recién a las cuatro semanas, ordenó que

buscasen otra casa “para la familia del coronel Puga; igual o mejor que la del marqués”.

La familia Puga no pudo seguir celebrando el triunfo como hubiese querido, porque en Maipú murió un hijo de Candelaria. Antes de saberlo, estaban felices, en un extraño estado de comunión con los demás pero ya tenían un dolor: el de los muertos de esa guerra. Supieron la noticia al día siguiente, en plena fiesta callejera, y Rosario, hermana de leche del finado, se restó de ella para acompañar a su mamá. La encontró llorando junto al fogón. “No quiero amargarles la fiesta”, dijo Candelaria, con la cara contraída por el esfuerzo de sonreírle.

Durante más de veinte años Candelaria le había dicho “rú eres como mi hija pero a los de mi propia sangre tuve que dejarlos con mi mamá, en el campo. Es la mala suerte de los huachos pobres”. Esa noche, junto a su mamá, Rosario recordó una y otra vez esa frase.

Con los hombros caídos por la tristeza, Candelaria de todos caminó orgullosa, cuando a la mañana siguiente el coronel Puga la tomó del brazo para acompañarla en el cortejo del entierro de los soldados muertos en Maipú. Cada ataúd iba cubierto por una bandera. Candelaria solo alcanzaba a ver una estrella solitaria sobre el cajón de su hijo. Los ojos se le habían extraviado y ella veía imágenes de infancias ajenas, de juegos con niños de ojos verdes. Tres caballos sin jinetes encabezaban la marcha al son de una diana triste. Veintiún cañonazos de despedida taparon los sollozos de las madres.

Por un par de días la familia se dedicó a mimar a Candelaria que con su piel morena, olorosa a pan recién cocido y vestida siempre con lanas que olían a humo de leña, se había llevado a Santiago un pedacito del sur impregnado a ella.

La misma tarde del funeral los Puga vivieron otra ceremonia: a Salvador le confirieron una medalla de oro en reconocimiento a su desempeño en Maipú. La escasez de oro era

tanta que pocos fueron los galardonados; muchos valientes debieron conformarse con honores más abstractos. A lo largo de años la medalla de Maipú sacó de apuros a Salvador ya que siempre pudo empeñarla con ventajas.

Ir de una emoción a otra con tanta celeridad tenía agotados a los Puga, convencidos de que el paso del tiempo se había trastornado y que ellos eran incapaces de vivir acorde a sus exigencias; “pasar del llanto a la alegría cansa mucho”, decía doña Isabel de Vidaurre, sin nostalgia por la época tranquila de su juventud.

A Josefa el triunfo patriota también le produjo una mezcla de sentimientos contradictorios que la dejaron por un par de días sentada en un sofá, “con cara de bobá”, según Rosario. El temor a saber la verdad la tenía practicando juegos de imaginación en los que primero veía a Mateo huyendo hacia el sur; luego, sin una pierna; y después, muerto y comido por los jotes. Demoró en averiguar la suerte de Mateo. O’Higgins fue el que le dio la noticia. “Tu amigo está vivo y me aseguré de que llegue sano y salvo a San Luis, en Cuyo, donde juzgarán a los prisioneros. Viaja bajo mi protección. Te prometo que seguirá con vida”.

Esta vez a Josefa le salió el habla:

—Te lo encomiendo. Yo lo amo.

—Te repito: está bajo mi protección.

—Quiero enviarle un paquete con las cartas que le he escrito en el último tiempo.

Antes de una semana las celebraciones se vieron interrumpidas por la última noticia del otro lado de los Andes. Juan José y Luis Carrera habían sido ajusticiados en Mendoza; “asesinados”, se afirmaba en Santiago. Los carrerinos decían que apenas se supo del éxito de los o’higginistas en Maipú, para afianzar la victoria, sus amigos argentinos habían sacrificado a los Carrera. El gobierno desmentía esa versión pero no

daba otra, esperando contar con más antecedentes: “En los próximos días llegará el gobernador de Mendoza, quien explicará este lamentable suceso”, anunció el ministro Zañartu. Algunos seguidores de O’Higgins se atrevieron a opinar que los Carrera molestaban mucho y ponían en peligro la causa, pero ni así justificaban los fusilamientos.

El ánimo festivo de los días de Maipú se transformó en uno de revuelta. Gran parte de los santiaguinos se sentía indignada y sin ningún miedo protestaba a viva voz. Apenas vieron que el auditor de guerra Monteagudo regresaba de la Argentina, donde había huido después de Cancha Rayada, no dudaron en acusarlo como responsable de los asesinatos; “este zambo funesto algo se trae bajo el poncho”, decían. “Es el verdugo de la Logia”, susurraban los valientes pero ni el más arriesgado osó culpar a O’Higgins aunque muchos lo pensarán.

A Luis Carrera lo habían procesado, al igual que a su hermano, por sublevar a los argentinos contra las autoridades, pero sobre él, además, pesó la acusación de haber dado muerte a un amigo íntimo de O’Higgins; el coronel Juan Mackenna. Se decía que había sucedido años atrás, en un duelo turbio en una esquina rosada, en los arrabales de Buenos Aires. “En un duelo siempre muere alguien; es como en las corridas de toros”, argumentaban los carrerinos, indignados porque todos sabían que los duelos eran asuntos de caballeros donde la justicia no debía inmiscuirse aunque estuviesen prohibidos.

Junto a las protestas por el fusilamiento de los Carrera, por Santiago se desparramó el rumor de que la Logia Lautaro era la que, en realidad, gobernaba y que O’Higgins era un títere. Nadie sabía a ciencia cierta si los de la Logia eran masones a la inglesa o si era el núcleo principal de quienes, a ambos lados de la cordillera, luchaban por conseguir la

emancipación de la Corona española. Que fuera un cuerpo secreto despertaba todo tipo de desconfianzas y solo se podía suponer que O’Higgins, sus ministros y generales pertenecían a ella; “y todos los argentinos que andan por acá”, agregaban los intrépidos.

Rosario supo de la conmoción de los santiaguinos por los cuentos que le traían Bernardo, Josefa y las sirvientas. En ningún momento dejó de sentirse furiosa contra los que murmuraban por lo bajo, pero estaba más preocupada por dar consuelo a Candelaria y cuidar su embarazo, que la tenía con desgano. “Ha hecho muchos desarreglos”, le decía Candelaria, cuidándola más que nunca a partir del momento en que su niña le confesó sentir dolores en el bajo vientre y los riñones.

En las calles la inquietud continuaba. El grueso de los emigrados era o’higginista, más por costumbre que por posturas políticas pero de todas maneras los seguidores de los Carrera no se cuidaban de hablar frente a ellos todo lo que tenían que decir sobre “el Huacho Riquelme”, como lo llamaban de nuevo. Los sureños ya habían comprendido que los santiaguinos estaban acostumbrados a arreglar los asuntos de gobierno mediante acuerdos entre las cinco familias principales de la ciudad y O’Higgins —por no pertenecer a ninguna de ellas— rompía esa tradición arrastrada a lo largo de casi tres siglos. La aristocracia no lograba ganar influencia y él gobernaba a su arbitrio o, peor aún: “mandado por los argentinos de la Logia”. Según otros, el problema no era de los argentinos ni de la Logia sino que O’Higgins, además, de ser un huacho del sur, más bien parecía un huaso inglés.

Pese a todo, la gente todavía estaba contenta con el triunfo en Maipú y no tenía ganas de más guerras. “Santiago es Chile”, afirmaban muchos, deseosos de olvidar que los sobrevivientes de los ejércitos del Rey se habían refugiado y parapetado en Talcahuano.

Con el paso de los días comenzaron a regresar las familias que habían huido después de Cancha Rayada y ellos eran portadores de noticias frescas del otro lado de la cordillera. Contaban que el rumor de las muertes de San Martín y O'Higgins y del aniquilamiento del ejército patriota había llevado a las autoridades y habitantes de Mendoza a temer que los realistas invadieran Argentina. También se supo que junto con la noticia del triunfo en Maipú, el emisario del gobierno de Chile había adelantado en Mendoza que Su Excelencia pediría la libertad de los Carrera.

En Santiago incluso se dio a conocer el texto de un oficio de O'Higgins dirigido al gobernador de Mendoza, en el que se leía: "Este Gobierno, considerando justo que el placer universal de la victoria alcance también a la desconsolada familia de los Carrera, suplica a Vuestra Señoría a favor de los citados individuos, respecto al delito perpetrado en contra de la seguridad de este Estado, se aplique toda la indulgencia, dándole aquel alivio conciliable con el progreso de nuestra causa augusta".

En opinión de los carrerinos, por algo el oficio había llegado dos horas después del fusilamiento de los Carrera; "el Huacho no nos engaña. Hizo que el mensajero esperara la ejecución para llegar con su oficio donde el Gobernador de Mendoza".

La asamblea de notables —así se hacían llamar los jefes de las familias aristocráticas— exigió realizar un Cabildo Abierto para recibir explicaciones por el asesinato de los Carrera. El Gobernador de Mendoza que ya había llegado para informar a O'Higgins, asistió al Cabildo, logrando convencer a algunos de los suspicaces; "fue pura mala suerte", salieron diciendo; "cuando las desgracias tienen que venir, no hay quien las pare", decían otros.

En esa reunión los notables aprovecharon de plantear un tema que les quitaba el sueño: "la necesidad urgente de

circunscribir los poderes omnímodos de Su Excelencia". Pidieron que dos hombres de sus filas se integrasen al gobierno en calidad de vocales; "desconfiamos de los gobiernos unipersonales", afirmaron, dando un plazo de cuatro meses para citar a un Congreso Nacional. Manuel Rodríguez propuso la incorporación de la plebe al gobierno para darles a todos el derecho a ser elegidos en los cargos. Los aristócratas no estuvieron de acuerdo pero, de todos modos, lo vitorearon. O'Higgins enfureció. Lo vieron ponerse rojo de ira. A la salida ordenó que apresaran a Manuel Rodríguez, "el instigador de todo esto". "Es un demagogo y además, le ordené que licenciara a sus húsares y entregara las armas al Intendente y todavía no cumple".

Por esos días comenzó a notarse que además de los seguidores de los Carrera y de O'Higgins, aparecía un nuevo grupo: el núcleo de la aristocracia santiaguina que se alejaba de los carrerinos, por considerar que José Miguel, el sobreviviente de los tres hermanos, ya no tenía futuro. Se cuidaban de decir que creían aconsejable separarse de "los alocados, al estilo de Manuel Rodríguez, que pretenden que hasta los que andan con los ponchos rotos participen en política". Para ellos había llegado el momento de tomar en sus propias manos las riendas de la oposición al Gobierno.

Al cabo de un mes otra noticia cayó como un balde de agua fría sobre los ánimos aún caldeados de los santiaguinos. Entonces el espíritu de revuelta se convirtió en miedo. La cocinera de los Puga llevó a la casa la noticia del asesinato de Manuel Rodríguez. Lo había sabido en el mercado; que era de lo único que se hablaba, contó. Rosario la hizo llamar para informarse sin intermediarios. Un escalofrío le recorrió el espinazo mientras oía. Se imaginó a Manuel Rodríguez tendido en medio del camino a Til Til, acribillado a balazos, con un hilo de sangre atravesándolo de lado a lado y sus ojos,

los mismos que la habían mirado a ella, abiertos al cielo. Que un peninsular del ejército chileno, un tal Navarro, le había disparado en defensa propia; "porque Rodríguez intentó la fuga", fue la declaración de Navarro. En el mercado nadie creía en esa versión; lo mataron no más, dijo la cocinera que se decía.

Rosario esperaba que oscureciera para ver aparecer a Bernardo. No le preguntaré nada, se prometió; dejaré que hable él. Lo de los Carrera se lo creí pero ¿otra vez?, mascullaba cosiendo camisitas.

—Esta sí que no me la perdonarán— dijo Bernardo al llegar.

—¿Por qué lo mataron?

Que el asunto era confuso y que había cosas que escapaban de sus manos, contestó él, con tanta tristeza y preocupación que también Rosario quedó triste y preocupada.

—¿Es la Logia, Bernardo?

—Podría escudarme en ella y echarle la culpa de esto y de otras cosas pero no soy un títere. Estoy convencido de que Chile no puede enfrentarse solo al Rey de España. Necesitamos aliarnos con Buenos Aires y el Alto Perú para expulsar a los sarracenos. Tenemos muchos frentes de guerra aún abiertos. Sabes que la libertad de Chile no alcanza a Concepción y en el Perú el poder de los realistas aún está intacto. La guerra la hacemos todos juntos o no la hace nadie. De eso estoy seguro.

—¿Por qué está la Logia detrás de todo?

—Porque tenemos que actuar en grande, Rosario. Ya te lo expliqué. No es posible pensar en Chile como si fuera una hacienda, es lo que han hecho los Carrera.

—Los de la Logia son casi todos argentinos y eso no le gusta a la gente.

—Te estoy diciendo que no puedo pretender ganar la revolución gobernando yo solo en Chile. Lo hacemos de un

modo mancomunado; nos ponemos de acuerdo en qué hacer allá y acá. Y que te quede claro para que no me andes mirando así: yo no lo mandé matar.

Le creyó. Era evidente que Bernardo tenía razón cuando decía que al igual que la de los Carrera, la muerte de Manuel Rodríguez no le convenía porque a ojos de todo el mundo significaba un reacomodo de la situación política interna después de Maipú.

—Estas muertes únicamente me favorecen a mí y a mí me culparán—dijo él.

—Cuidate de Monteagudo. Todos lo odian.

Quiso distraerlo mostrándole los avances en los preparativos para recibir a su hijo. Doña Isabel Riquelme le había hecho llegar una cuna mecedora confeccionada en encajes de mimbre; "por el mejor artesano de Chimbarongo", le hizo saber. Y doña Isabel de Vidaurre cosía y bordaba con mano de monja las cortinas, velos y sábanas. Después que lo vio celebrar con expresión ausente la cuna y la ropa, le mostró el resto de la casa. La habían terminado recién de blanquear y pese al aire gris del invierno, ahora la luz se adueñaba de los rincones.

Dos semanas atrás, frente a las continuas insistencias de Irisarri ante el General, amenazado de quedarse sin Ministro del Exterior, la familia Puga se había cambiado a una casa similar entregada por el gobierno.

El cambio había sido conflictivo. "Esta noche cenaré con el general O'Higgins y le consultaré este asunto", les había dicho doña Isabel de Vidaurre a los militares que llegaron a notificarle que debían abandonar de inmediato la casa del marqués. Lo único que la señora deseaba era ganar tiempo pero el oficial insistía en entregarle la notificación. "No sé leer", contestó ella. En ese momento apareció don Juan de Dios pegando gritos y amenazando con sus pistolones. Candelaria

fue a las carreras al Palacio Directorial para avisarle a don Bernardo, que debió hacerse presente para calmar las iras de don Juan de Dios. Por la noche, durante la cena, O'Higgins se disculpó por el mal rato pasado pero que los asuntos de gobierno tenían preeminencia, les explicó.

"Salimos ganando con el cambio; aquí nacerá nuestro hijo", dijo Rosario, con la certeza de que esta vez sí vería crecer a su niño. La casa, neoclásica también, situada en la calle de la Catedral, a tres cuadras al poniente de la Plaza y de Palacio, había sido de un comerciante español que debió entregar sus propiedades en pago por las multas que el gobierno le imponía por ser realista. Esta vez los santiaguinos fueron los que se molestaron con los privilegios otorgados a la familia Puga. Sin embargo, lo máximo que se les escuchó decir, fue que Rosario tenía buen gusto, que la casa era muy bonita y ella la había alhajado bien; "está mejor que cuando la habitaba su legítimo dueño, don Pedro Nolasco Chopitea".

En las calles, los rumores que agregaban información sobre el asesinato de Manuel Rodríguez, eran el pan diario. Se susurraba que el viento y el agua del río transportaban nuevos detalles del crimen. Muchos no creían en su muerte y afirmaban haberlo divisado vestido de obispo. Según otros, la nieve y la ventisca lo habían visto cruzar la cordillera. "Señoras, dicen, dijeron" era lo que más se oía, cuando en voz baja se transmitían los rumores, lo que solo se hacía de noche, entre rasgueos de guitarra alrededor de un brasero, donde se recordaban y engrandecían las hazañas de quién, se aseguraba, había estado en un mismo día en Pomaire, San Fernando y Nacimiento.

Til Til de a poco se convirtió en un pueblo de peregrinaciones secretas de aquellos que viajaban a Valparaíso. En el sitio donde se decía que Manuel Rodríguez había caído, se dejaban claveles y se encendían velas, hasta que de la noche

a la mañana apareció un altar pequeño, con forma de casa, donde la gente oraba y pedía favores al ánima en pena del guerrillero. En Santiago se comentaba que el gobierno había mandado a destruir el altar y que los soldados cumplían la orden pisoteando las flores y rompiendo la casa con su cruz pero que a la mañana siguiente estaba reconstruida. Voces anónimas aseguraban que la animita respondía a peticiones patrióticas pero también personales, de modo que los devotos se multiplicaron con rapidez y los admiradores de Manuel Rodríguez fueron muchos más que cuando estaba vivo.

Josefa, deseosa de pasar por Til Til, rogó a su madre que fueran a conocer Valparaíso. "Dicen que es mucho más grande que Talcahuano y que llegan muchos barcos, mamá", argumentaba, intentando entusiasmar a doña Isabel de Vidaurre. Josefa iba todas las mañanas a la iglesia para rogarle a la Virgen de las Mercedes, patrona de los convictos, por el regreso de Mateo, pero hasta el momento no recibía ni siquiera una carta. No sabía si estaba muerto o había dejado de amarla. Evitaba pensar en ese tema y prefería ocupar su tiempo con las clases de francés de madame L'Atelier, latín y caligrafía con el tío jesuita y la lectura de novelas. Ahora leía en francés los cuentos con que una princesa salvó su vida, contándoselos durante más de mil noches a un sultán. Josefa se alegraba de que su padre nunca hubiese leído novelas, no pudiendo así imaginar los mundos a los que ella se transportaba. "De saberlo, me lo prohibiría", le dijo una vez a su hermana. Su madre sí se había preocupado de advertirle sobre los peligros de las novelas: "no te ilusiones creyendo que así es el amor. Otra cosa es con guitarra", le había dicho en más de una oportunidad. La última vez que su madre salió con sus admoniciones, don Felipe Gómez de Vidaurre la dejó callada con una sola pregunta: "Isabel ¿no sabes que los únicos libros que nos llegan vienen censurados por la Santa Inquisición de Madrid y la no menos santa de Lima?"

El Gobierno acababa de decretar la libertad de expresión y había suprimido los impuestos para importar libros, folletos e impresos de todo tipo. Muchos dudaban de que realmente pudiesen decir por escrito lo que quisieran, más aún si se consideraba que en todo el país había una sola imprenta, en manos del Gobierno. A fin de estar informada, la gente seguía prestando oídos a los rumores y noticias transmitidas por los cantores de los cafés. Tampoco a los libros se les daba un valor especial. Los santiaguinos se contentaban con sus devocionarios de cabecera y los aficionados a la lectura se sentían satisfechos si conseguían leer las vidas ejemplares de santos y de mártires. Pocos visitaban la biblioteca del convento de los agustinos que resguardaba más de cuarenta mil volúmenes heredados de los jesuitas en los tiempos en que el Rey los expulsó de América. Josefa era de esos pocos. Una tarde regresó con las mejillas enrojecidas de tanto correr hasta su casa, donde se encerró en una habitación para contarle a Rosario acerca de los tesoros que había encontrado: "Elementos del cortejo para damas principiantes" y "Diccionario del cortejo", escritos por el marqués de Valdeflores, asiduo de la tertulia del Buen Gusto, organizada por la condesa de Lemos, directora de la vida espiritual de Madrid en años pretéritos. Josefa leyó en voz alta un papel donde había anotado el significado de los lunares: "un lunar en la sien izquierda significa plaza ocupada; en la derecha, la dama está dispuesta a romper su compromiso y busca un nuevo galán; si en la sien no tiene lunar, es porque la dama está vacante".

—No necesito esos signos —anunció Rosario.

—Es un juego. Si lees estos libros, sabrás cosas que las santiaguinas ignoran.

—¿Y qué hacen esos libros en la biblioteca de los curas?

—Hay un montón de otros parecidos. Deberías acompañarme.

Rosario nunca había sido aficionada a la lectura. Le había bastado con leer el comienzo de *La Araucana*, alguna obra de Lope de Vega y otra de Calderón de la Barca para comprender que en la calle se encontraba el gran teatro del mundo. Así y todo, le prometió a su hermana acompañarla en sus incursiones a la biblioteca de los agustinos, a sabiendas de que no iría.

Y aunque hubiese querido, no le habría alcanzado el tiempo porque a principios de junio Bernardo estuvo una semana en cama, aquejado de disentería. A los vómitos y diarrea, se sumaron calenturas producidas por las purulencias de la herida de su brazo derecho. Rosario lo cuidó con esmero nuevamente. "Son gusanos. Se pone más difícil cuando le duelen las almorranas", le dijo a su madre una de esas noches al volver del Palacio Directorial. "Después de tanto cabalgar, ese es el padecimiento menor de los que regresan de la guerra", le contestó su madre, experta en sanar las hemorroides de su esposo y de su hijo en base a una dieta blanda y emplastos de berenjenas, apio y semillas machacadas del árbol del espino. Le dio la receta a su hija.

Al poco tiempo la rutina parecía haber vuelto. El Director Supremo había recobrado la salud aunque continuaba teniendo el brazo en cabestrillo y el ministro Zañartu, reconocido anticarrerino, había renunciado a su cargo, siendo reemplazado por Irisarri. Los señores estaban de regreso de sus haciendas, donde habían concluido las cosechas y ahora se preparaban para invernar. Los emigrados que vivían a la intemperie en la calle de San Diego procuraban mejorar sus refugios provisorios para protegerse de las lluvias y el frío que ya habían llegado. Rosario se sentía más enamorada que nunca y cuidaba su embarazo mientras el General se posesionaba cada vez más de su cargo, interiorizándose de detalles, ya que en adelante se dedicaría a poner en funcionamiento el país.

El despacho que tenía en la casa del marqués de Pica había sido trasladado a la nueva casa de los Puga y cuando deseaba impedir que lo interrumpieran, se escapaba de Palacio para esconderse en su refugio. Leía libros ingleses y escribía cartas, sobre todo a San Martín. Rosario estaba segura de que al final, solo despachaba la mitad de su correspondencia. Al comentárselo, Bernardo le explicó que para aclararse las ideas, escribía cartas que desde el principio no pensaba enviar. Mientras trabajaba en sus papeles, Rosario se sentaba frente a él a bordar, coser, mirarlo, olerlo y oír su respiración.

—Me hubiera gustado haber nacido en Irlanda para ser labrador pero nací acá y no olvido mis deberes con mi tierra —le comentó una noche.

—¿Quieres dedicarte al campo?

—Sí y te prometo que de viejo llevaré la vida tranquila que ahora no puedo ofrecerte. Crear un país desde el principio es una oportunidad única, Rosario. Tenemos todo abierto por delante, con la ventaja de conocer lo malo de Europa, para no repetirlo.

Por más que lo miraba, ella no podía imaginarse a Bernardo vestido de paisano ni afanado en labores agrícolas. Por un instante tuvo pánico de confundirlo con Soto Aguilar. No podía imaginarlo en esa actividad aunque sabía que la había ejercido por más de diez años, desde que volvió de Europa hasta el inicio de la guerra. Y, menos aún, se veía así misma de nuevo en una hacienda, dedicada a las gallinas y los frutales. Bernardo continuaba hablando de sus sueños pero ella se había ausentado y apenas oía sus cuentos de cuando regresó a Chile para dedicarse a echar a andar la antigua hacienda de su padre. Le decía que Las Canteras estaba en ruinas porque las casas, el campo y el ganado no habían soportado tantos años en manos de administradores y capataces que no tenían a quién rendirle cuentas pero que trajo artesanos irlandeses

y en poco tiempo doblaron la producción de charqui, sebo, cueros y trigo.

En Concepción ella se había enamorado de un guerrero, pero ahora ese hombre era un estadista y para el futuro proyectaba ser agricultor. Sintió incomodidad en el pecho. En Concepción también, Bernardo y ella habían vivido un fuego a todo viento, con él a punto de olvidar sus obligaciones de gobernante, pero con el embarazo —se decía ella— y con las exigencias del gobierno, la pasión se había aquietado. La ternura, las confidencias, los planes para el futuro reemplazaban lo que antes fueron emociones que sintió más poderosas que ella. Las cosas cambian, pensaba, reconociendo que la admiración por él crecía al verlo ya no solo como militar, sino como el padre de los chilenos, preocupado de concluir la construcción del canal del Maipo y ganar tierras nuevas para la agricultura; de las pensiones de las viudas y huérfanos de la guerra; de conseguir empréstitos para las arcas fiscales que no tenían ni media onza de oro; de crear ministerios, escuelas y batallones de artilleros; del trazado de calles y puentes; del envío de agentes diplomáticos para obtener el reconocimiento internacional y, además, en seguir la guerra en el sur e iniciarla en el Perú.

El embarazo avanzaba sin contratiempos y los días se sucedían con una lentitud exasperante. Josefa se burlaba al ver a su hermana caminando con el cuerpo echado hacia atrás, sujetándose los riñones a dos manos. “Ya te va a tocar a ti y el que ríe último ríe mejor”, le contestaba Rosario, aligerando el paso. Dentro de unas semanas iba a dar a luz. En los últimos meses había vivido demasiados acontecimientos a los que no pudo prestar atención por ser tantos y tan diversos. La suerte corrida por los Carrera y Manuel Rodríguez era, sin duda, lo que más la había perturbado, pero la pesadez de su cuerpo y la hinchazón de las piernas la tenía practicando

vida hogareña, a la que nunca fue aficionada pero que ahora le resultaba cómoda. No le disgustaba ese inmovilismo que la hacía vivir a través de Bernardo. Todo lo contrario. Llevaba tres meses en Santiago y ni siquiera había ido a pasear a los Tajamares o al puente de Calicanto, los lugares de distracción de los santiaguinos que insistían en que no valía la pena vivir sin conocerlos. En cambio, doña Isabel de Vidaurre había ido varias veces a los Tajamares con su concuñada Agustina Valdivieso y siempre volvía complacida; “el río no tiene ninguna gracia; es de aguas barrosas y con esta sequedad no crecen ni helechos; apenas unos sauces y matorrales, pero he conocido a gente interesante; tu tía está bien relacionada”, contaba. A Rosario le sorprendía ver que ahora su madre disfrutaba de la vida social y de su rol de “allegada a Su Excelencia”, como decían sus amigas de Concepción.

Lo de su casa para afuera a Rosario no le interesaba; con esas mismas palabras lo decía. Sin embargo, se mantenía al tanto de todo gracias a la costumbre de Bernardo de consultarle sobre los asuntos que tenía entre manos. Y se enteraba de los rumores que corrían por Santiago a través de los emigrados amigos de la familia y de los chismes que Josefa escuchaba en la iglesia. Le parecía el colmo que la gente no comprendiese a Bernardo y que lo culpara a él de que la situación estuviera peor. “¿Acaso quieren ser esclavos nuevamente?”, preguntaba. Según los emigrados, los santiaguinos recién ahora iniciaban el verdadero camino a la pobreza que ellos en el sur habían vivido desde el comienzo y argumentaban que el disgusto tal vez fuese por eso. “El General no se contenta con la libertad de Chile y ahora quiere llevar la guerra al Perú y eso cuesta dinero”. A menudo se encontraba dándoles a sus amigos las mismas respuestas que Bernardo le daba a ella y argumentándole a él lo que le argumentaban sus amigos.

A diferencia de su madre, Rosario no se hacía ilusiones de ser una mujer poderosa. Se daba cuenta de que cuando Bernardo le hablaba de sus asuntos, no le pedía su opinión sino que se trataba de otra de sus maneras de aclararse las ideas, costumbre que ella aprovechaba para estar al corriente de los entretelones de la vida santiaguina.

Que ella estuviese hogareña no significaba que no saliera. El veinticinco de mayo asistió a una cena de gala celebrada en casa de doña Mercedes Rosales, esposa del hombre más rico de Chile y anfitriona célebre. Se conmemoraba la instalación de la Primera Junta de Gobierno de Buenos Aires con una fiesta con más boato que la tenida por la que se había hecho en honor a la Primera Junta de Chile, asunto que se comentaba entre los quisquillosos de siempre, cuyas palabras caían en terreno abonado por la antipatía creciente que se ganaban los argentinos. En apenas un año, la gratitud y sentimiento de hermandad con ellos había mudado de signo y lo que antes habían sido sus virtudes, ahora eran causa de malquerer.

Aquella noche Rosario se debió retirar a mitad de la cena, ahogada por su embarazo, el humo de los cigarrillos de los caballeros y los olores a comida. Quizá lo que más la ahogó, aunque no quiso reconocerlo, fue mirar al General desde lejos, sin poder acercarse a él porque siempre estaba rodeado de gente y, además, a ella se le había pedido a través de un ministro que velara por guardar las apariencias. ¿Apariencia de qué?, se había preguntado molesta, considerando que sus apariciones públicas las evitaba, “manteniéndose a la sombra”, como le había recomendado doña Isabel Riquelme, lo que no le resultaba difícil por estar feliz y sentirse plena. Sabía que la otra opción era exponerse a la luz pública y arriesgar una pelea con doña Isabel Riquelme. No tenía ganas y no era necesario. La situación que vivía ya era suficiente. Unos días atrás se había visto en la necesidad de aclararle a la tía

Vidaurre que se sentía orgullosa de llevar en sus entrañas a un hijo de O'Higgins y que sus palabras compasivas estaban de sobra. Y esa misma mañana había tenido que soportar con cara de dulzura que la tía Agustina Valdivieso le dijera que lo peor para una mujer era no tener hijos y que por esa razón ella la comprendía en su "difícil trance".

Su vida se había quietado y lo mejor de esa quietud era que Bernardo le estaba enseñando a tocar piano. Desde niña le gustaba la música y apenas en Concepción vio a Bernardo tocando piano, deseó aprender y, cuando en la casa de Chopitea encontró uno, hizo la promesa de no perder esta oportunidad. Bernardo era un maestro que se alegraba con los progresos de su alumna. Mientras ella practicaba, él, con el oído atento, dibujaba los planos de un paseo público que quería regalar a los santiaguinos. Otras veces pintaba retratos en miniatura; "la música y la pintura son mis únicos momentos de descanso", solía decirle.

Un domingo por la tarde Rosario arrancó hacia la cocina cuando se dio cuenta de que Bernardo estaba retratándola. Antes le había pedido que se sentara a coser frente a él, sentada en una butaca verde. Le pareció que retratarse —aunque fuese en una miniatura— era algo serio y que, con el embarazo, sus nietos iban a creer que ella siempre había sido una matrona gorda, además de presumida por tener retrato.

—No soy nadie importante —le dijo a Bernardo.

—¿Cómo que no? Eres mi mujer.

—Tu amante.

—Y mi amada.

A los pocos días él le dijo: "te puedo retratar de memoria y puedo dibujarte desnuda", cuando se dio cuenta que ella ahora tenía el cuidado de ponerse detrás suyo o a su lado. Por un instante se imaginó desnuda y sola en medio de un desierto. ¿Los otros se darán cuenta?, se preguntó a medida

que Bernardo avanzaba en su trabajo con pinceles, aceites y polvos de colores. O soy sombra o soy mujer desnuda; en carne viva. Y más opciones no tengo.

Dentro de su cuerpo no solo crecía una vida nueva sino que también una cierta indiferencia respecto al mundo. Lo único que le importaba era su hijo. Bernardo y el gobierno aparecían como un telón de fondo, siempre presente pero lejos. A veces, al oír los rumores, se sentía inquieta. Cuando dormía sola, la imagen de Manuel Rodríguez la asaltaba entre sueños y al despertar, creer en las palabras de Bernardo era una prueba de amor. Además, la tenían absorbida los pensamientos acerca de su futuro. Candelaria y su madre la tranquilizaron por unas semanas, convenciéndola de que eso era normal en una mujer en su estado, pero ella tenía la impresión de que Bernardo no la acompañaba en sus preocupaciones porque para él, el futuro era algo difuso por incluir a mucha gente y demasiados ideales. "Quiero una casa propia y no prestada", decía ella; "tienes una patria", contestaba él. Claramente no se entendían. Estaba contenta con tener patria, sin duda, pero deseaba poder criar a su hijo en un lugar donde ella plantara árboles cuyos frutos comerían sus nietos.

En las noches lo esperaba hasta tarde. Hacía semanas que estaba ayudándole a decidir sobre la restauración y amoblamiento del Palacio Directorial, deteriorado por el saqueo del año anterior, a la caída de Marcó del Pont. Ella solía tener buenas ideas que siempre salían demasiado caras. "Se te olvida que estamos en bancarrota", decía Bernardo, preocupado de abaratar los presupuestos de artesanos y comerciantes.

Ahora estaba preparando un texto constitucional y había nombrado una comisión de siete expertos para redactar un proyecto de Constitución que debía estar listo antes del plazo que la Asamblea de notables había pretendido imponerle. Rosario se reprochaba por despreocuparse de Bernardo y se

sentía ridícula mostrándole las camisitas que ella cosía y bordaba mientras él decretaba el fin de los mayorazgos y a los dos días aparecía por la casa furioso porque sus asesores habían modificado el decreto, prohibiendo crear títulos nuevos, pero dejando sin tocar los existentes.

“Ya veo que los hacendados me están creando más problemas que los Carrera”, le dijo la noche cuando llegó nuevamente con un baúl con ropa para instalarse a vivir en la casa de Chopitea. Ella estaba tan feliz y lo amaba tanto que pensó que sus aprensiones eran una exageración masculina. Los aristócratas también tenían que estimarlo. No era posible que no sintieran gratitud por ese hombre que lo daba todo por entregarles un país libre y con un alto sentido de dignidad para sus gentes.

“Esta es una tierra de ingratos, Rosario. Ya ves que de mi padre ni se acuerdan”, dijo él. Entonces le contó que don Ambrosio O’Higgins fue el primero en dictar una ley de pesca; “recién hace treinta años, en esta tierra con tanto mar”; y que esa misma tarde él había firmado un decreto que completaba —no se atrevió a decir “perfeccionaba”, pero ella lo entendió así— la obra del gobernador O’Higgins. En las palabras de Bernardo le parecía ver un deseo constante de medirse paso a paso con su padre. Los hombres son extraños, pensó, segura de que ella no necesitaba compararse con su madre. Aunque tal vez sí con su abuela y con doña Isabel Riquelme.

Por esos días cuando estaba más enamorada que nunca, hizo un esfuerzo por seguir el consejo que su tío le había dado en el viaje e inició los trámites para demandar a Soto Aguilar por una pensión de alimentos. Ante el Tribunal Eclesiástico además pidió el divorcio perpetuo a causa de malos tratos. “Veamos qué dicen; ahora hay que esperar”, le informó a Bernardo.

De regreso de Cauquenes, su padre —que la representaba

ante la ley por ser ella incapaz dada su cualidad de ser mujer— le contó que Soto Aguilar había informado a todo el mundo que su esposa legítima era la concubina del Director Supremo. “¿Me creerás que se pavonea por este hecho? Aún no sabe que vas a tener un hijo”.

Rosario se hizo la promesa de viajar incluso a Roma para convencer al Papa. “Todo vale con tal de evitarle a Bernardo el dolor de tener un hijo bastardo. Voy a conseguir el divorcio cueste lo que cueste”, le dijo a su padre. Más tarde don Juan de Dios le comentó a doña Isabel de Vidaurre: “nuestra hija cree que basta desear algo para que se convierta en realidad. Ahora cree que se va a divorciar”.

Si la Iglesia aceptaba su petición, de todos modos no podría casarse de nuevo, puesto que el divorcio eclesiástico no disolvía el vínculo; con esas palabras se lo había explicado un monseñor. Pero, al menos, merecería castigo solo por amancebamiento y no por adulterio, le había dicho también. Ella pensaba que con suerte, dentro de unos años el Estado iba a decidir esos asuntos. Esa era la esperanza de Bernardo que deseaba ahorrarle humillaciones a su hijo. A ella ese tema de las humillaciones no le preocupaba ya que consideraba que su hijo nacía en una época nueva y, por lo demás ¿quién se atrevería a despreciar al hijo del Director Supremo y al nieto de un Virrey del Perú? De todas formas, frente a ella veía una nebulosa que le causaba temor aún cuando no habría podido precisarla ni en sueños. Para no complicarse más la vida, pensaba que todo se solucionaría borrando definitivamente a Soto Aguilar de su historia y, por tanto, ponía todos sus empeños en apurar la diligencia.

Una noche de un viento que acuchillaba la piel, los Puga fueron hasta Palacio, invitados por doña Isabel Riquelme. Les había mandado decir que necesitaban acordar un asunto importante. Para alivio de Rosario también estaba Nieves.

Cenaron juntos, como una familia. Era primera vez que Rosario estaba en el comedor privado. A lo largo de toda la cena recordaron el sur, a la difunta abuela Puga y los diversos lazos de parentesco que los ligaban. La prima de doña Isabel Riquelme que vivía en Chillán casada con José Puga, fue la más recordada. El mate y los pastelitos de las monjas fueron servidos en el recibidor de doña Isabel Riquelme. Recién ahí comenzó la conversación prometida. Don Juan de Dios y ambas Isabeles necesitaron un par de minutos para convenir que el niño sería bautizado como hijo de padres desconocidos. Bernardo permanecía en silencio. Rosario se negó a acatar el acuerdo.

—Si no es así, legalmente el niño será hijo de su esposo y llevará el apellido Soto Aguilar —le explicó doña Isabel Riquelme con voz de estarle explicando algo.

—Entonces, que lo reconozca Bernardo.

—¿Cómo va a tener padre y no va a tener madre? —preguntó doña Isabel de Vidaurre.

—Lo usual en estos casos es que aparezca como hijo de padres desconocidos —siguió explicando doña Isabel Riquelme.

—Así le evitamos problemas al General —agregó don Juan de Dios, con sus ganas de irse pronto impresas en la cara.

—Lo mejor es hacer lo que hace todo el mundo —opinó Nieves.

—Bernardo, di algo —rogó Rosario.

—Por ahora sigamos la costumbre y llevará mi nombre cuando tú arregles tu situación.

Rosario aceptó de mala gana, despotricando en todo momento contra la injusticia de las leyes heredadas de la corona española. “Es necesario reformar todo, Bernardo”, continuó diciendo a lo largo de la noche. Él le dijo que no le cupiera ninguna duda que cambiaría todas las leyes obsoletas, pero que primero iba a consolidar la paz. “No se puede hacer todo

al mismo tiempo y menos en un país donde no hay ingenieros, ni marinos, ni expertos en derecho o en política”.

Doña Isabel Riquelme les pidió que le avisaran tan pronto como fuera a nacer el niño, argumentando que en Chillán ella se había ganado la vida ejerciendo de partera en los tiempos en que Bernardo estaba en Londres. “Yo no he tenido una vida fácil como algunos creen”, aprovechó de decir.

Lo último que Rosario deseaba era que la señora estuviera presente. Doña Isabel de Vidaurre, adivinándolo, se encargó de explicarle a la otra doña las dificultades de Rosario en sus partos anteriores ante lo cual, doña Isabel contestó que con mayor razón ella debía estar ahí cuando naciera su nieto. Finalmente aceptó, aunque de mala gana, que solo Nieves estuviera presente.

Después, en privado, Bernardo le pidió a Rosario que se tomara las cosas con calma; “que no te dé un histérico”, le exigió. Que con el tiempo todo se arreglaría y que si no se casaba con ella, no se casaría nunca, prometió.

Al día siguiente Rosario sintió los síntomas del parto y Bernardo llamó a Candelaria. Para su impaciencia, Nieves y la señora Gaona, la partera, demoraban demasiado. A él le habría gustado estar cerca pero ese era un asunto de mujeres, así que se fue.

Candelaria le rezaba a la Virgen al tiempo de hervir ollones de agua y desplumar una gallina negra para preparar un caldo que repusiera pronto a su niña y también tazas de café para don Bernardo, que había regresado a los tres minutos, y se paseaba entre la cocina y el primer patio fumando unos tabacos malolientes. Candelaria tenía susto de que el parto se complicara. A ella le había tocado estar sola ayudándole a su niña en Collipeumo y le agradecía a Dios que ahora estuviese la afamada señora Gaona.

Doña Isabel de Vidaurre lloraba de miedo y de felicidad:

por fin tendría un nieto. Mandó a Manuelito, el cochero, para que buscara a Juan de Dios. "Usted sabrá donde encontrarlo", le dijo.

Al atardecer, en el momento en que don Juan de Dios se acercaba al cuarto de su hija, entre los alaridos de Rosario, se oyó el llanto de un recién nacido.

Nació varón: grande, fuerte y colorín. Esa noche lo bautizaron. Candelaria insistió en que fuera ese mismo día. "No vaya a morir moro", dijo. O'Higgins comprendió el miedo de las mujeres al ver que del cuello del niño colgaba un escapulario de la Virgen del Carmen y del babero, una medalla con una cinta roja para ahuyentar el mal del ojo.

Acompañado de las dos abuelas y protegido por la noche, lo llevó él en persona, hasta una pequeña iglesia de campo, al otro lado de La Cañada. En un carruaje atravesaron la ciudad y las chacras hasta llegar a la capilla de San Isidro Labrador, donde el párroco era su amigo. En la partida de bautismo, el cura, don Domingo Jara Quemada, anotó haber bautizado a Pedro Demetrio, nacido el veintinueve de junio de 1818, de padres desconocidos.

Que fuese varón era motivo de orgullo y Rosario se sintió tranquilizada: los O'Higgins se perpetuaban. Así y todo, ahora se daba cuenta de que a lo largo de todo el embarazo había tenido miedo. El asunto de la partida de nacimiento de Demetrio le dejaba claro que una cosa era el amor y otra, la ley.

Candelaria conocía los temores que su niña no había sido capaz de traducir a palabras mientras estaba embarazada y que solo se habían manifestado en una incomodidad en la garganta y palpitaciones en el párpado izquierdo; "son los nervios", decía Rosario. Candelaria no lo veía tan así. Se lo había dicho una mañana, poco antes que naciera Demetrio, cuando doña Isabel Riquelme llegó con una nodriza que había hecho venir de tierra adentro de Chillán.

—Tan amable la señora ¿no?; en cambio, a la niña Nieves se la mandó a doña Petronila para que la criara.

—Tuvo que hacerlo. ¿No sabes que el Virrey le mandó quitar a Bernardo apenas supo que había nacido Nieves?

—A mí no me gusta que esta señora se meta tanto. Me da mala espina. No vaya a querer llevarse al niño.

—Eso no ocurrirá, mama.

Candelaria recordaba ese intercambio de palabras de un mes atrás, pero tenía más presente los tiempos cuando Rosario era una bebé. "Demetrio es igualito a su mamá", le decía al General, cada vez que él llegaba a visitarlos mientras Rosario guardaba la cuarentena.

Uno de esos días, cuando para distanciarse de las costumbres coloniales se celebraba con poca pompa el día de Santiago Apóstol, patrono de la ciudad, Bernardo volvió a decirle a Rosario que de ahora en adelante deberían guardar mayor discreción. "Si Soto Aguilar lo quiere, puede encontrar testigos suficientes para hacernos un escándalo legal", le advirtió.

Esa tarde Candelaria fue por primera vez a la Catedral. Quería ver de cerca la fiesta del Santo Patrono. De niña, en Palpal, había escuchado que el paseo del Estandarte del Rey y los jinetes que lo acompañaban era un espectáculo capaz de hacer que a un cristiano se le pararan los pelos. Regresó desilusionada. Que en la iglesia estaba el par de beatas de siempre y que don Bernardo debería mandar a hacerse un estandarte, dijo.

—Para eso está el escudo nacional —le respondió Rosario, ¿y para qué fuiste a la Catedral si a Bernardo lo tienes a la mano y en la casa?

—En la casa don Bernardo es un caballero como cualquier otro. Yo quería verlo de Director Supremo y no se ve imponente; sus adornos son demasiado discretos, como los de un pobre.

Rosario sabía que no la iba a sacar de su idea así que aprovechó de contarle que nunca más se celebrarían con pompa las fiestas del Apóstol, en castigo al Santo porque dos años atrás permitió que Marcó del Pont usara la ocasión para infligir una de las mayores humillaciones sufridas por los patriotas de las familias poderosas de la ciudad. Ocurrió cuando llegaron a la Catedral ataviados con sus mejores ropajes, como era la costumbre, y Marcó del Pont los obligó a entregar sus espadas y a desfilar por las calles llevando cuchillos de cocina. Candelaria se estremeció de solo imaginar que en sus blancas manos los caballeros llevaran cuchillos para degollar chanchos.

—A este paso nos vamos a quedar sin fiestas y nos vamos a convertir en un pueblo triste.

—A este paso seremos un pueblo moderno, iluminado por la ciencia.

—Ya está hablando igual que don Bernardo.

Cuando Pedro Demetrio cumplió seis semanas, Rosario por fin pudo dejar la cuarentena. Había logrado aburrirse de estar en cama, como si parir fuese una enfermedad. Enseguida fue a agradecerle a Dios que su hijo hubiese sobrevivido la edad más peligrosa. Habría querido ir a la iglesia de San Francisco para encomendarlo a la Virgen del Socorro pero en esa época del año era peligroso vadear el río por las crecidas de las últimas lluvias, de modo que fue a la Catedral, deseosa de inclinarse ante la Virgen del Carmen, transformada en su favorita. Prometió cuidar a Pedro Demetrio, incluso a costa de su vida. Después le contó a Candelaria que se había extasiado ante la visión de la Virgen y su Niño; que por primera vez había sentido que tenía algo en común con la Virgen:

—Un niño en brazos —le dijo.

—Tenga cuidado, Rosarito, no vaya a ser que usted se vea en el mismo lugar donde se ve doña Isabel Riquelme con don Bernardo.

—¡Las cosas que se te ocurren, mamá!

—Sí, pues. No se olvide que doña Isabel tuvo a su hijo sola y era casi una niña todavía. En Palpal yo la veía con su guagua en brazos y ella sí que se parecía a la Virgen, con sus ojitos azules, pero usted tiene muchas pecas, mi niña.

A partir de ese día, las horas comenzaron a correr con mayor velocidad. La preñez había aletargado el tiempo, que ahora recobraba su ritmo normal. Rosario continuó visitando a la Virgen del Carmen para encomendarle a Demetrio mientras Bernardo terminaba de escribir el texto que fijaría los principios organizativos de Chile. “Estoy con el tiempo en contra mío; si no lo promulgo cuanto antes, los aristócratas se van a poner más alzados”, decía, justificándose por no estar con ella y Demetrio tanto como hubiese querido.

Bernardo se reunía a menudo con mister Worthington, cónsul de los Estados Unidos, que lo visitaba con la esperanza de ejercer su influencia en el texto constitucional. Su gobierno lo presionaba para que guiara la tarea de O’Higgins por la senda de la república y el federalismo. “La anglofilia del Director dificulta mi tarea”, informaba el cónsul al presidente Monroe, según filtración conocida por esos días en Santiago.

A Rosario le parecía interesante la idea de Worthington sobre el sistema federal pero Bernardo cortó de raíz su entusiasmo con un definitivo: “soy absolutamente contrario a los regionalismos”. La otra idea de Worthington se refería a la libertad de cultos, asunto que Bernardo consideraba necesario y a ella dejaba indiferente. Le aseguró que de todos modos no introduciría ninguna idea novedosa en la Constitución provisoria. “En tiempos convulsionados no es razonable realizar innovaciones importantes. El desorden y la guerra civil serían sus frutos; fijate en lo que está sucediendo en Venezuela: desconocieron a Bolívar y casi se pierde la revolución y lo mismo pasó en México y Argentina”.

Rosario comprendió que Bernardo tampoco forzaría las cosas para introducir el matrimonio civil en las leyes chilenas. Recordó que alguna vez había pensado que él era un hombre de hierro y para probarlo, deslizó la frase: “te preocupas más de legitimar la independencia de Chile que a tu propio hijo”, con la que se ganó una mirada fea y el silencio de Bernardo.

Junto al texto constitucional, Bernardo tenía otra tarea: crear una marina y un ejército para iniciar la guerra en el Perú. Era su nueva idea obsesiva, peor que la de la toma de Talcahuano. Decía no poder dormirse en los laureles mientras los realistas estuviesen instalados en Lima, amenazando la independencia de Chile y que la única manera de liquidarlos, era hacerles la guerra por mar, cortándoles toda posibilidad de conseguir suministros.

A Rosario la divertía verlo perseguir una meta nueva, quizá porque recordaba el tiempo cuando aún no se iniciaba el romance y ella, luego de crear encuentros casuales, moría de felicidad al darse cuenta de que él, en medio de sus preocupaciones, a veces sí pensaba en ella.

A míster Worthington llegó a ayudarlo otro míster. Se trataba del embajador Theodorik Bland que recorría la América del Sur para obtener informes y recomendar a su gobierno las políticas a seguir, según le explicó a O’Higgins, haciendo malabarismos para convencerlo de que se alejara de las influencias monárquicas y perniciosas de Inglaterra. “Mi gobierno considera que estas guerras son luchas civiles y no levantamientos rebeldes; es por ello que guardamos una estricta neutralidad”, contestó cuando O’Higgins le pidió que los Estados Unidos reconocieran a Chile como una nación libre e independiente. Estaba deseoso de obtener el reconocimiento oficial de alguna nación del mundo y a los místeres los trataba diplomáticamente aunque estaba hasta la coronilla con la insistencia de ambos personajes y sus ofertas para construir una república.

En las celebraciones por el santo del Director Supremo se vio a los dos estadounidenses departiendo con políticos y militares para hacerse una idea bien informada de lo que sucedía en Chile. Los que deseaban comer y bailar se veían contrariados por los diplomáticos que, con su afán, parecían no darse cuenta que estaban en una fiesta y no en el despacho de un ministerio. Finalmente encontraron a unos señores dispuestos a la conversación. Eran los únicos otros dos diplomáticos acreditados en Chile: el de Argentina, un gordo afeminado y el de Suecia, recién llegado, con lentes de cristal grueso y cara de entenderlo todo.

Cuando se enteraron quién era la señora, los estadounidenses se acercaron a Rosario, que hizo un despliegue pro británico, cosa que no le resultaba difícil. Los invitó a su casa a tomar té pero los señores se excusaron, aduciendo un viaje a Valparaíso. Después supo que el embajador Bland viajó a tomar el barco que lo llevaría a Buenos Aires. Iba descorazonado luego que O’Higgins, en medio de la fiesta, anunciara que un lord inglés venía a hacerse cargo de la marina chilena.

Justamente el santo y cumpleaños número cuarenta del General fue la oportunidad para que Rosario hiciera su primera aparición pública. “La madre del hijo de O’Higgins”, la llamaban ahora. En Palacio, doña Isabel Riquelme y su hija Rosa habían preparado la fiesta y en todo momento se preocuparon de no quitarle tiempo. “Harto tiene usted que hacer cuidando a mi nieto”, era la respuesta de doña Isabel cada vez que Rosario ofrecía su ayuda. Querían dejarla de lado, “en la sombra, como me corresponde”, se quejaba ante Candelaria.

La fiesta, celebrada con cien invitados —según se enteraron los santiaguinos— reunió a lo más granado de los cercanos a O’Higgins. Todos los capitalinos supieron que Rosario se las arregló para acomodarse en la cabecera de la mesa, al lado

del General, frente a frente de doña Isabel Riquelme. Que los ojos le brillaban como dos luceros, había comentado un poeta.

Nueve

A la mañana siguiente de esa memorable fiesta de cumpleaños O'Higgins partió a Valparaíso en compañía de sus ministros. "Para dedicarse de lleno a la creación de una Escuadra", se informó en Santiago. Primero que nada, sería necesario reunir dinero y, por tanto, el Director Supremo ordenó nuevas multas a los realistas y donaciones a los patriotas ricos. Los santiaguinos habían perdido la cuenta y ya no sabían si esta era la cuarta o quinta contribución —en menos de dos años— impuesta por Su Excelencia, quien aprovechó de pedir que los hacendados le entregaran caballos. "Para que no olviden que en el sur todavía estamos en guerra", dijo.

En catorce meses de amor, Bernardo y Rosario ya tenían un hijo y continuaban amándose como chiquillos. Habían estado siempre juntos, excepto durante las tres semanas cuando él se quedó en Talca y ella siguió viaje a Santiago. A lo largo de ese tiempo jamás lo vio cansado. Parecía tener una energía que no se agotaba ni con las preocupaciones ni sus enfermedades. Su salud se había restablecido con rapidez y de la herida en el brazo solo le quedaba una cicatriz larga y acordonada. En viajes constantes entre Valparaíso y la capital, planeaba ataques navales a Valdivia; compraba barcos y cañones a los Estados Unidos; vendía patentes de corsarios a comerciantes chilenos y extranjeros, ávidos de controlar el comercio

del Pacífico; organizaba el sistema político y administrativo del país; y, además, estaba pendiente del Ejército y el Gobierno, de ella y Demetrio, de doña Isabel Riquelme y Rosita. Se sentía orgullosa de Bernardo. Sin embargo, estaba decidida a no quedarse a la sombra. No quería perjudicarlo, pero tampoco se iba a encerrar para coser vestidos. Se aburriría. Había sido juiciosa durante los últimos meses del embarazo y guardó la cuarentena rigurosamente. Ahora Demetrio era cuidado por su nodriza de Chillán, por Candelaria y por doña Isabel de Vidaurre, que lo llamaba niño hermoso y a todo el mundo le contaba que su nieto tenía ojos del color de las turquesas. Rosario dispondría de su libertad recién ganada.

Con la primavera y los preparativos para conmemorar el octavo aniversario de la Primera Junta de Gobierno, Rosario Puga abrió su casa a los señores del sur y en menos de una semana la vio convertida en un lugar de tertulias, donde era fijo encontrar al Director Supremo y también a ministros y generales. Dos veces a la semana las puertas de la casa se abrían de par en par a las diez de la noche, después de la cena, en la que solo participaban los parientes íntimos. A esa hora llegaban los personajes conspicuos de la capital para conversar una mistela o un aguardiente sureño hasta más allá de la medianoche. Rosario se las ingeniaba para conseguir que algún artista amenizara la tertulia. A menudo llegaban músicos, cantoras populares, payadores y, a veces, una cantante lírica se atrevía a soltar un fa sostenido. Doña Isabel de Vidaurre y Rosa Rodríguez —que de un tiempo a esta parte se hacía llamar “Rosa O’Higgins”— se declaraban devotas de la ópera desde el día en que escucharon un aria de Rossini.

Muy a su pesar, las santiaguinas con aficiones políticas tuvieron que resignarse a ir a la casa de las Puga para seguir manteniéndose bien informadas o lograr ciertas influencias. Rosario les parecía divertida y a la moda; “es moderna”,

comentaban, dando a entender lo mismo que en tiempos de Marcó del Pont, cuando se decía “en boga”. Pronto descubrieron que la halagaban diciéndole que era “muy musical”. La seguían de cerca: se veía espléndida pese a estar recién parida y estaba enteradísima de todo. Algunas señoras incluso empezaron a imitar sus modos de maja, como la habrían calificado en España, según los entendidos.

A partir del nacimiento de Pedro Demetrio, Rosario se había preocupado de adaptarse a las modas santiaguinas y tenía seis vestidos nuevos. “Un derroche”, opinaba doña Isabel de Vidaurre que tampoco aprobaba los lunares y el carmín en las mejillas, además del carboncillo para sombrear la mirada que ahora su hija lucía de la mañana a la noche, excepto en los días de guardar. Rosario también había aprendido a sentarse en sillas, abandonando para siempre la vieja costumbre de acomodarse a la turca en el estrado repleto de almohadones de plumas donde se agrupaban las mujeres porque ahora, haciendo juegos de abanico, también cultivaba la conversación con los caballeros, para escándalo de su madre y sonrisas de Bernardo, que tenía sangre de horchata, en opinión de muchos. “Doña Rosario es muy independiente”, se comentaba, sin que nadie supiese si esa frase era un piropo.

Por esa época escaseaban los sebos provenientes del sur y los santiaguinos aprendían a convivir con las penumbras. Durante una cena familiar, en medio de los comentarios acerca de los diversos inventos que la gente hacía para alumbrarse, Manuel Ignacio Puga enumeró las quejas contra los donativos pedidos por O’Higgins. Desde Valparaíso había llegado esa mañana una carta de tres páginas con una lista en la que el General detallaba lo imprescindible para armar al Ejército Libertador. Don Juan de Dios opinó que los aristócratas —como muchos gustaban llamar a los ricos de Santiago— creían que aún era posible llevar una vida normal, en

alusión a que no entendían nada de guerra ni de política; “solo saben de negocios y de vacas para venderle charqui a los realistas del Perú”, dijo.

Un silencio de muertos se adueñó del comedor. Lo del charqui era un tema desagradable, molesto, repugnante, del que todos sabían pero nadie quería hablar para no destapar la olla. Habría sido de mal gusto pero así y todo, en la tertulia que siguió a esa cena, Rosario, abanicándose con más bríos que de costumbre, tuvo el desatino de poner el tema sobre la mesa. Primero se produjo otro silencio y después se pusieron a hablar todos a la vez, para manifestar su acuerdo con la política de O’Higgins de proseguir la guerra hasta el corazón del imperio español en América —así se dijo— pero también defendieron el derecho de los comerciantes de aprovechar el bloqueo marítimo al Perú para venderles provisiones a los realistas. “Con ese dinero los agricultores y comerciantes pagan los impuestos para que Su Excelencia arme la Escuadra”, agregaron, sin siquiera pestañear. Antes que los señores se pusieran a discutir acerca de la temperatura, humedad y la edad del animal para producir el mejor charqui de caballo, un cura dominico, maestro del arte del oboe, fue aclamado para que interpretara una pieza. El tío Manuel Ignacio se llevó a Rosario a un rincón para decirle: “acertaste”.

La tertulia de Rosario se convirtió en la moda máxima cuando se supo que doña Mercedes Rosales y su esposo la frecuentaban. Don Santiago Felipe del Solar, el hombre más rico de Chile y patriota ferviente, acababa de comprar una patente de corsario para ampliar sus negocios hasta las Filipinas. Estas patentes eran el mejor negocio del momento: barco que fuera sorprendido en las aguas cercanas a Chile, podía ser tomado —con sus mercaderías incluidas— pagando un impuesto al Gobierno. “Chile tiene una costa tan larga

que el oficio de corsario es un negocio seguro”, comentaban los que podían financiar una empresa de ese calibre.

Militares y comerciantes alternaban en el patio, donde se hacían ahora las tertulias para disfrutar las noches tibias de la primavera. Doña Mercedes Rosales aprovechaba esas ocasiones para acomodarse la estola de piel de chinchilla, admirada con envidia por el resto de las mujeres. Rosita O’Higgins era la única que se atrevía a competirle en el despliegue de elegancias pero todos sabían que don Felipe del Solar llevaba los negocios de Rosita y se decía que en algunos, la había hecho su socia, aunque los dineros de ella no le llegaban ni a los tobillos a los de él. A algunos contertulios les llamaba la atención que pese a ser gente tan rica y perteneciente al poderoso clan de los Larraín, doña Mercedes y su esposo visitaran la casa de Rosario, dando así un apoyo tácito a la amante de O’Higgins. Semanas después, cuando don Santiago Felipe del Solar llegó con una serenata para celebrar el santo del coronel Puga, se supo que O’Higgins y del Solar eran amigos de juventud. “Somos compadres desde antes de la guerra”, dijeron.

Por esos días de octubre se realizaron las primeras votaciones a las que eran convocados los chilenos. El Gobierno deseaba que la ciudadanía aprobara la Constitución y para ello, llamó a los señores principales a participar. Nunca se había hecho una consulta formal y a la noche siguiente, en la tertulia de Rosario, los señores aún estaban nerviosos y a la espera de los resultados. Del Solar dijo preferir el antiguo sistema del Cabildo Abierto, donde cada cual hablaba lo que quería y cuando quería. Fue apoyado por quienes no gustaban del nuevo sistema de someter los asuntos a votaciones secretas. Eran la mayoría. O’Higgins les dijo que se fueran acostumbrando, “así se hace en las repúblicas”, les informó.

En las tertulias de los opositores se comentaba que esas votaciones debían tener gato encerrado porque en un libro habían tenido que firmar los que aprobaban el texto constitucional y en otro, los que no. Después se comprobó que no hubo ni siquiera una firma disidente a lo largo de todo Chile.

O'Higgins estaba encantado. Sus detractores decían que nadie se atrevió. Rosario, a través de terceros, les mandó el mensaje de que así mismo lo había hecho Napoleón en la Francia civilizada.

—Tus enemigos no se contentan con nada —le dijo a Bernardo.

—Les encuentro razón a los que reclaman pero no tengo interés en que justo ahora se pongan todos a discutir y el país se nos divida cuando todavía no tenemos la Escuadra.

A Bernardo le gustaba vivir en estado de emergencia, con la cabeza ocupada en veinte asuntos al mismo tiempo. Si no estaban en emergencia, él se la creaba, mediante sus metas obsesivas, como las llamaba Rosario. Era feliz moviéndose de un lado para otro, seguido de escribanos y secretarios que organizaban y ejecutaban las tareas que él ordenaba. En períodos tranquilos solía consultar a sus allegados sobre las decisiones que debía tomar y miraba cada cosa desde todos sus ángulos, pesando y sobrepesando detalles, costándole decidir. En cambio, cada vez que enfrentaba una crisis, su porte se agigantaba, los ojos le brillaban y en un dos por tres resolvía asuntos que en otro momento lo habrían tenido cavilando por los pasillos de Palacio. Decía que le gustaba sentirse en medio de un torbellino, lanzado fuera del tiempo y el espacio. Que así había sido en plena batalla de Chacabuco, cuando desobedeció las órdenes de San Martín para lanzarse solo a la batalla, "porque estaba seguro del triunfo". Rosario hubiese querido que él disfrutara de los tiempos tranquilos; "toca piano o pinta algo nuevo", le decía, pero para él, la

época que vivían no era para la vida bucólica, que eso se lo dejaba a los europeos que ya tenían el mundo hecho a su medida.

Rosario se había acostumbrado a ver a Bernardo menos de lo que ella hubiese querido. En parte, porque ahora ella se mantenía en ajetreo constante para que sus tertulias fueran un éxito y, además, andaba preocupada de multiplicar el dinero obtenido de la venta del oro y la plata que se había llevado de Concepción. "Nos estamos comiendo la fortuna que con tanto sacrificio amasaron nuestros antepasados", alegaba doña Isabel cada cierto tiempo, aumentando el desvelo de Rosario. Ella odiaba hablarle del tema a Bernardo, quien ya había perdido su herencia y solo de cuando en vez podía pagarse su sueldo de Director Supremo. Para colmo, rara vez percibía su paga del Ejército y cada mes buscaba a alguien que pudiera prestarle los quinientos pesos que necesitaba. Pero también se había acostumbrado a que Bernardo estuviera menos con ella, porque —decía Rosario— cuando estaba con ella, él de verdad estaba ahí. Lo decía acordándose de su padre, que solía estar en casa de cuerpo presente, pero con el corazón y la cabeza en otra parte.

A esas alturas se había instaurado la costumbre de realizar en Palacio, presididas por doña Isabel Riquelme, las cenas protocolares, y en casa de Rosario, las reuniones políticas informales donde se trataba los temas difíciles. Nunca lo habían acordado pero Bernardo se las arreglaba para dividir sus actividades de ese modo. En un principio las dos señoras estuvieron de acuerdo; una, por seguir siendo la señora de Palacio, y la otra, por tener participación en política. Al tiempo, doña Isabel estaba resentida porque Rosario opinaba acerca de qué muebles mandar a hacer para Palacio y "porque es una figurona", dijo. Rosario estaba molesta porque no era invitada a las cenas protocolares y por la manía de doña

Isabel de pretender dictarle normas de comportamiento; “lo que no le he permitido a mi madre, no se lo permitiré a ella”, le dijo a Bernardo.

Rosario se cuidaba de no ser ofensiva con doña Isabel Riquelme y buscaba llevarse bien con ella; al menos, esa era su intención manifiesta. Sabía que tanto la doña como Bernardo arrastraban la pena de haber vivido separados desde que él cumplió tres años hasta la muerte del Virrey, cuando regresó de Europa, a los veintidós años. Después habían estado siempre cerca, “para compensar”, decía doña Isabel Riquelme. Rosario no tenía intenciones de interponerse entre ellos, pero quería un lugar propio y a la luz. “Ten paciencia”, le decía Bernardo, mientras trataba de influir en los jueces que veían la demanda contra Soto Aguilar. Él la mantenía al corriente de los irs y venires del asunto y, aunque don Juan de Dios representaba legalmente a su hija, Bernardo era quién decidía los pasos a seguir. Ella se sentía bien cuidada y confiaba en que pronto arreglaría su situación. Se sentía molesta por estar a la sombra pero, en realidad, era feliz: amaba, era amada y tenía a Demetrio. “¿Qué más le puedo pedir a la vida?”, le preguntaba a Bernardo; “casarnos”, respondía él. Si había instaurado las tertulias, no era por molestar a doña Isabel Riquelme ni por desafiar la costumbre que de las amantes exigía decoro, sino porque de ese modo, lo apoyaba a él. “De hecho, me ayudas en los temas difíciles”, había reconocido Bernardo en más de una oportunidad.

Entre los temas difíciles estaba el de la suerte corrida por los hermanos Carrera y Manuel Rodríguez, muertos que seguían penando al Gobierno. Bernardo le pidió a Rosario que buscara un acercamiento con la familia Carrera.

—Invítalos a tus tertulias —sugirió.

—No vendrán. Ellos te odian, Bernardo.

Bernardo le pasó el dato de que los Cotapos, parientes políticos de los Carrera, eran muy aficionados al piano. Rosario no le hizo caso y nunca se preocupó de acercarse a ellos para invitarlos a sus tertulias. Más tarde lo habría de lamentar. O quizá no.

Ella evitaba pensar en el tema de los Carrera y aunque tenía la certeza de estar en el bando correcto, se daba cuenta de que la gente se sentía decepcionada. “Me había imaginado otra cosa”, era lo que más se escuchaba respecto al cambio que había significado la Independencia. La viuda del tío Vidaurre era de ese grupo creciente de los desilusionados. “No fue por esto que mi esposo murió”, le dijo a su sobrina apenas supo lo de Manuel Rodríguez y repetía la misma frase cada vez que se pedía más sacrificios para armar la Escuadra y también la dijo cuando le imploró a Salvador Puga que se llevara a su hijo mayor a la guerra del sur porque ella no podía seguir sosteniéndolo. Que su esposo había combatido bajo las banderas de José Miguel Carrera y ella se seguía sintiendo afin a los carrerinos, le confesó con la vista baja. “Me lo llevo para salvarlo de las malas juntas”, le respondió su sobrino.

Veinte años más tarde O’Higgins le comentaría a Candelaria que recordaba haber conocido a ese muchacho en el velorio de doña Petronila. “¿Te acuerdas del hijo de la viuda de Vidaurre? No se le notaba en la cara que iba a terminar de magnicida”, le dijo al comentarle que el primo de Rosario era quien había asesinado al ministro Portales. Demetrio, un niño en aquel entonces, quedaría para siempre con un signo de interrogación ante la palabra “magnicidio”.

Por aquellos días de fines de 1818 en Santiago, a la casa de Rosario llegaba gente a hacerle peticiones para que ella intercediera ante O’Higgins. Las viudas de guerra eran las que más se le acercaban y las que más le ablandaban el alma y

también la gente pobre de Concepción, transformada en los miserables de la calle de San Diego.

Los emigrados no se resignaban a estar lejos de su tierra. Detestaban el invierno de la capital con su niebla pegajosa y el frío seco que calaba los huesos y a los viejos los tenía cojeando. Prometían no pasar otro invierno en Santiago, al recordar que unos meses atrás, por estar tan empobrecidos, incluso para los sureños ricos el carbón era un lujo y podían encender los braseros solo a partir del atardecer. Ahora se venía encima el verano, con ese aire seco que para ellos era como respirar las emanaciones del infierno. Pocos habían conseguido un trabajo y los demás subsistían gracias a una asignación especial otorgada por el Gobierno. “Vivimos como mendigos pero somos gente de trabajo”, alegaban, dudando cada vez más de las bondades de la libertad y la independencia. Sabían que ningún patriota —tampoco los de Santiago— se había imaginado las consecuencias de una guerra. A lo sumo, habían pensado en la muerte, prometiendo dar gustosos su vida por la causa. El problema era que habían sobrevivido. Recordaban haber anhelado la libertad de comercio, creyendo que las tiendas se inundarían de productos nuevos y baratos. El resultado había sido escaparates llenos y ni un centavo para comprar lo más indispensable, como yerba mate, harina y carbón. Los santiaguinos no los querían y se burlaban de su pobreza y ellos no lograban entender las costumbres de la capital. Que sus habitantes fueran a las iglesias a rogarle a Dios por cualquier cosa, les parecía un sacrilegio. “Acaso sean religiosos por conveniencia”, comentaban aunque a veces dudaban, pensando que quizá ellos, y no los santiaguinos, eran los impíos, ya que la guerra continua contra los indios y la cercanía a su paganismo les podrían haber debilitado la religión. La alcurnia y pureza de sangre era otro asunto en el que diferían. Cuando un santiaguino decía no entender

porqué O’Higgins había optado por tener un hijo huacho, ellos hacían frente común para defender al General, a Rosario y a Demetrio. Cuando escuchaban que O’Higgins podría haber escogido entre las mejores niñas de Santiago, en vez de enamorarse de esa colorida pecosa y casada, ellos se sentían ofendidos en lo más profundo de su sangre; “nos desprecian a todos nosotros”, se lamentaban.

En las tertulias se escuchaba a Rosario abogar por los emigrados. “Bernardo, tienes que apoyarte en los del sur; estás perdiendo partidarios”. No era esa la razón por la que O’Higgins se preocupaba de la gente de Concepción, sino por haberlos sacado de su tierra. Cada mañana, al ir a inspeccionar los avances en la limpieza del basural de La Cañada para convertirlo en un paseo con álamos lombardos y flores, visitaba a los emigrados que seguían viviendo en la calle de San Diego. Velaba por sus pesares del alma y el cuerpo, por darles buenas noticias de la guerra, aumentar los recursos para carbón y comida, enviar a los niños a la escuela y para que un médico del Ejército los visitara con frecuencia.

Tiempo más tarde, cuando se supo que los emigrados se irían, Rosario puso el grito en el cielo. “Te estás cavando tu propia tumba”, fue lo más suave que le dijo. Los señorones del sur la apoyaron con discreción pero él no les hizo ningún caso. Que no tenía intenciones de hacerles el juego a los aristócratas con sus intrigas de familia, informó, y que ni soñaran con un sistema de gobierno basado en grupos de influencias; “ustedes son militares; no políticos”. Después que los contertulios se fueron, a Rosario le recordó: “te pedí que me apoyaras; no que promovieras ideas distintas a las mías”.

Hasta ese momento había sido inusual ver a Rosario en Palacio pero mientras O’Higgins se dejaba retratar, lo visitó todos los días. “Vengo a ver el trabajo del Maestro”, le dijo

a doña Isabel Riquelme al encontrarse con ella en un pasillo del segundo piso. “Es necesario inmortalizarlo, mi General”, le habían insistido a O’Higgins al momento de presentarle a Gil de Castro, el artista peruano que, a pesar de ser mulato, causaba sensación entre los santiaguinos deseosos de inmortalizarse.

Lo que a Rosario le gustaba de la pintura, era la gama de colores creada por Gil de Castro; “bermellón, rojo, escarlata, púrpura, colorado, granate”, le señalaba el pintor. Ella aprovechaba de conversar con Bernardo, que posaba de pie con su uniforme de gala, revisaba documentos, dictaba cartas y respondía las consultas de ministros y secretarios al tiempo de escucharla a ella insistiendo en que se apoyara en los señores del sur. “Para que me sirva su apoyo, primero tendría que darles un poco de poder”, le dijo una vez, creyendo que así daba por terminado el tema. Le agriaba el carácter tener que estarse quieto durante horas para que el pintor hiciera sus bosquejos y, para empeorar la situación, Rosario hablaba sin parar, trayendo a diario argumentos nuevos.

En una de esas noches de tertulia, Rosario enfureció al saber que el Gobierno había enviado a Buenos Aires, como agente diplomático, a Miguel Zañartu, el político oriundo de Concepción más poderoso. Que lo había alejado de Santiago, le reprochó ella, que era un hombre de confianza y lo necesitaba en la Argentina, contestó él.

A la mañana siguiente Gil de Castro anunció que el cuadro estaba listo. O’Higgins se indignó al ver que en el retrato aparecía con un papel en la mano. “Excelencia, mientras posó siempre estuvo con papeles en la mano”, se defendió el pintor. A Rosario, acaso por el enojo arrastrado de la noche anterior, tampoco le gustó.

—Te ves tieso como si hubieses retenido en aire todo el tiempo. Y, por lo demás, pareces un duende irlandés.

—Eso es falla del artista y no mía.

—Gil de Castro debe ser carrerino, Bernardo. No aceptes este retrato. Piensa cómo te van a imaginar las generaciones del futuro.

—Lo tuyo son vanidades de mujer.

—No te vuelvo a hablar si no metes preso a ese tipo. Lo único que busca es tu desprestigio.

Durante un día entero no le dirigió la palabra ni contestó sus preguntas. Solo dejó su empeño silencioso al darse cuenta de que se estaba poniendo igual que su mamá.

Al otro día supieron de Zañartu. De Buenos Aires avisaba que los ingleses habían pasado el soplo que desde Cádiz había zarpado hacia América del Sur la fragata María Isabel, con cincuenta cañones y una escolta de onces transportes y tres mil hombres. “¡Jesús!”, dijo más de alguien. Los argentinos deseaban saber si podían contar con la marina chilena. Pese a la gravedad de la situación, el Almirante de la Escuadra recién creada le pudo hacer comprender a O’Higgins que no estaban en condiciones de ir en ayuda de Buenos Aires.

—En ninguna parte de Chile hay un navegante experto; solo tenemos pescadores de chalupa —le explicó.

—De todos modos, vamos a capturar a esa fragata —le respondió el General.

De nuevo se fue a Valparaíso. Esta vez a organizar una escuela de guardiamarinas; “para tener algo adelantado cuando llegue el Lord”. Con el mismo propósito ordenó dar entrenamiento a los marinos mediante pequeñas acciones de guerra contra los realistas apostados en Valdivia.

A las dos semanas estuvo de regreso y de inmediato se fue con Rosario a pasar unos días de descanso en la cordillera. Fueron acompañados por Soto, el asistente del General en todas las campañas militares, y por sus tres perros favoritos. En el camino se les sumaron dos arrieros, conocedores del

misterio de las montañas. Para Rosario fue un viaje de reconciliación después del enojo por el retrato y, sobre todo, por haberse descubierto igual a su madre. Ahora se daba cuenta de que hacía tiempo que no se sentía tan plena, con el pecho abierto, dispuesto a recibir todo el aire y el amor. "Has estado muy regañona", le dijo Bernardo mientras descansaban en un salto de agua.

—No quiero que te pongas así para siempre —siguió diciéndole.

—Me cuesta vivir alejada de ti.

—Aunque yo esté en Valparaíso, tú estás junto a mí.

—No lo vivo como tú. Quizá me enojo para no ponerme triste.

—La guerra va a terminar pronto y todo será distinto.

La guerra había comenzado ocho años atrás pero a Rosario le parecía que duraba toda su vida; en verdad, desde el inicio de los tiempos. No era capaz de imaginar una vida sin sobresaltos. "¿Realmente lo crees?", le preguntó después de un rato. Bernardo no supo de qué hablaba así que le contestó con el único tema que le importaba: le contó que en su juventud en Inglaterra había querido estudiar en la academia de navegación de guerra pero que el Virrey no lo autorizó; que ni contestó esa carta, le contó. Ahora lamentaba haber tenido que pedirle a Zañartu que contratase a cuanto inglés y estadounidense hubiera en Buenos Aires; bastaba que dijeran que sabían algo de barcos.

Bernardo empezaba a impacientarse con la demora de Lord Cochrane, quien poco tiempo atrás había escapado de la Torre de Londres en una fuga digna de una novela francesa; "estaba preso por problemas que a nosotros no nos incumben", fue la respuesta del director Supremo sin permitir que nadie hiciese más preguntas. A San Martín sí tuvo que darle explicaciones: el Lord era un ser excéntrico, protagonista

de más de un escándalo en la Cámara de los Lores pero era el mejor almirante inglés desde la muerte de Nelson. "Usted admitirá que hay que ser un loco para sumarse a nuestra empresa", escribió al final de la carta.

De Valparaíso, donde instruía guardiamarinas, llegó a Santiago don Juan de Dios Puga, quejándose de dolores de muerte. El médico judío que alguna vez había atendido a Rosario diagnosticó piedras en los riñones. Lo hizo meterse en cama y tomar onzas y más onzas de un cocimiento de pelos de choclo y una vez que orinó las piedras —en medio de los peores gritos que se habían escuchado en el barrio— lo envió a las termas de Colina. "Ahí se restablecerá, mi amigo", le dijo, haciéndole a doña Isabel de Vidaurre un gesto que nada bueno prometía.

En los baños termales don Juan de Dios se encontró con Irisarri que preparaba viaje a Europa en representación del gobierno chileno. "Voy a un congreso de soberanos que se reunirá en Aquisgrán", le había explicado el ministro.

"Así me lo dijo, con los cachetes inflados", contaba después don Juan de Dios. A los santiaguinos les gustaba que Irisarri, por recomendaciones del Senado, viajase a Aquisgrán en busca de un príncipe europeo para gobernar Chile. "Más vale un rey que un dictador", murmuraban los que se atrevían a llamar así a O'Higgins, quien, por su parte, se alegraba previendo el resultado del verdadero encargo que le había hecho a Irisarri: conseguir un empréstito en Inglaterra. Lo de buscar un príncipe también era cierto, aunque solo a medias porque, haciéndose el olvidadizo, en las cartas llenas de sellos, timbres y formalidades que llevaba su representante, él no había estampado su firma. Cuando a las seis semanas Irisarri estuvo de vuelta después que en Buenos Aires descubriera la falta, O'Higgins lo mandó de nuevo a Europa, esta vez con el único encargo de conseguir dinero a como diese lugar.

“Acá no necesitamos a ningún miembro de la realeza para goberarnos. Solo el Senado puede tener esas ocurrencias”, le comentó a don Juan de Dios cuando éste le preguntó qué tal iban los trámites para traer al príncipe.

Aunque todos sabían que estaban viviendo una situación provisoria, lo de la monarquía entusiasmaba a pocos. Hasta que no triunfaran en Perú la vida era incierta. Tan incierta como las ideas republicanas defendidas por o'higginistas y carrerinos; “solo en los Estados Unidos existe una república y recién hace treinta años”. La revolución francesa había intentado lo mismo pero todos sabían que el antiguo régimen había sido restaurado. “Ahí veremos”, repetían los santiaguinos con su dejo filosófico, conocedores de que lo normal en Chile era ser gobernados por militares; “por algo éramos una Capitanía General, sin virreyes ni cortesanos, y siempre en guerra contra los indios”.

Doña Isabel Riquelme y Rosario compartían otras preocupaciones. Sin haberse puesto de acuerdo, concordaban en un asunto y ambas, por separado, presionaron para que el Gobierno honrara la valentía y el aporte de las mujeres durante la guerra. Deseaban que alguna dama de actuación brillante fuese declarada ciudadana emérita por sus servicios a la Patria. Las candidatas eran muchas y O'Higgins debía escoger solo a una que encarnara las virtudes de todas las demás. El nombramiento estaba resultando difícil ya que la elegida recibiría la Legión al Mérito, privilegio instaurado para premiar las acciones patrióticas y no la herencia de sangre, como se hacía antiguamente. Las malas lenguas comentaban que de ese modo se pretendía crear una nueva nobleza.

En un acto solemne en el Palacio Directorial doña María Cornelia Saavedra recibió la medalla de oro y las alabanzas del discurso del Director Supremo. Varias señoras pensaban

que ellas deberían haber sido las elegidas, pero ninguna se atrevió a decirlo en voz alta.

Los chillanejos se encargaron de contarle a los otros emigrados y a los santiaguinos que doña Cornelia, en plena reconquista española, agitaba los principios de la independencia en la plaza de Chillán. Contaban que los realistas la habían apresado, fijando su casa como lugar de detención, pero que la señora no les había hecho ningún caso y dos veces escapó hasta la plaza para pregonar a viva voz la lucha armada y que entonces las autoridades decidieron darle un castigo ejemplar: después de raparle el cabello y las cejas, “como a una mujer de mala vida”, la habían puesto en exhibición en la misma Plaza, entre las diez de la mañana y las dos de la tarde, con lluvia, nieve o sol; que los realistas la escupían y los niños le lanzaban excrementos a la cara pero ni así, habían logrado acallarla.

En Palacio, después de la ceremonia, doña Cornelia encontró en Josefa Puga a su admiradora más ferviente, aunque sospechaba que la muchacha la confundía con Juana de Arco o con una heroína de la revolución francesa. De todos modos se sintió honrada cuando Josefa y Rosario la invitaron a almorzar. Josefa la había reconocido, acordándose del deslumbramiento que le había producido aquella mujer que hablaba lenguas, tocaba el arpa y dirigía a los chillanejos cuando viajaron en caravana a Santiago.

El encuentro fue al día siguiente y la homenajeadada estuvo rodeada de Tomasa de Santa María, Gertrudis Serrano y otras patriotas fervientes de Concepción, además de la madre y las dos hermanas de O'Higgins. Doña Isabel de Vidaurre preparó por su propia mano una cazuela de pava nogada que las tuvo a lo largo de mucho rato chupándose los dedos e intercambiando secretos de cocina. No hubo discursos, sino que hablaban todas a la vez, incluso a la hora de los brindis y no llegaron a ningún acuerdo, pero tampoco lo pretendían.

Quedaron felices al sentirse hermanadas después que todas contaron, ahora entre risas, las desgracias que habían afrontado. "Somos sobrevivientes", afirmaba doña Gertrudis Serrano y doña Cornelia asentía. "Un brindis por la Patria", pidió doña Isabel Riquelme en más de una oportunidad.

A los pocos días doña Cornelia fue la invitada principal en una tertulia en casa de Rosario. La señora se lució tocando el piano a cuatro manos con su anfitriona mientras Bernardo tocaba el acordeón, al que se había aficionado en sus días de campañas. Más tarde, don Carlos Drewecke, un alemán recién desembarcado, les hizo conocer partituras de Mozart, Haydn y Beethoven. A lo largo de toda la velada reinaron la armonía y los arpeggios. El problema vino después, cuando quedaron solos y Bernardo declaró que ya no soportaba más las presiones de Rosario por rodearlo de sureños; "recuerda que no quiero regionalismos". La conversación, profusa en rencores antiguos, se fue por otro lado con la queja de Rosario por las prolongadas ausencias de Bernardo. Cada cual hizo sus reclamos y no lograron hablar de un mismo tema. A diferencia de otras veces Rosario no intentó distraerlo al ver que él se irritaba y cuando Bernardo subió la voz, ella también. Esa noche comenzó a gritos, siguió en tono normal y terminó con ellos durmiendo cada uno para otro lado.

A la mañana siguiente la cocinera le comentó a Candelaria que hacía tanto tiempo que no preparaba desayuno para el General que ya no se acordaba si a él le gustaban los huevos con o sin cebolla. Candelaria, de malas pulgas por un dolor de muelas, dijo que él tomaba mate, café o té, "lo que haiga no más, con tortillas recalentadas".

Diez

Como todos los años en diciembre, el final de 1818 fue una época de muchas fiestas pese a que el gobierno, en su intento civilizador de la plebe, recién había prohibido la venta de licores y las ramadas. "Con estas medidas queremos evitar que se reproduzcan los desmadres ocurridos el año pasado, cuando debimos lamentar la muerte de gran número de corralejeros en las corridas de toros de diciembre", se informó en la Gaceta Oficial. Descontenta con las medidas, la gente igual celebró las novenas de navidad con ponche de huevo y vino con frutillas. Todo el mundo bailó y quemó cohetes mientras el Gobierno, por fin, podía festejar el arribo de Lord Cochrane, quien a su vez, retribuía con invitaciones a Valparaíso. O'Higgins resplandecía de orgullo y esperanza pero su cara cambió ante las furias de Rosario que no había sido invitada a la cena de gala con motivo del cumpleaños del Lord.

—¿Te avergüenzas de mí? —preguntó Rosario.

—No tengo nada que ocultar de mi vida privada, pero la recepción de Lord Cochrane es un asunto de Estado.

—¿Y no me presentarás a su esposa?

—Claro que sí; cuando llegue el momento.

Rosario ignoró por completo la llegada del Lord y la alegría de los santiaguinos.

Los aristócratas estaban muy contentos con la llegada del

almirante inglés. En medio de las fiestas sacaban cuentas con los dedos y suspiraban aliviados porque con la partida de la Escuadra creían que ya no iban a tener que ser ellos quienes la financiaban. “Que paguen los peruanos. Son tan ricos que construyen los altares de sus iglesias en oro macizo”, decían. La insistencia del Director Supremo por afianzar la emancipación de Chile los tenía arruinados. Estaban convencidos de que los argentinos no habían puesto ni la mitad de plata en armar al Ejército de Los Andes que lo que ellos estaban gastando en la Escuadra. “En puros sueldos este año el Ejército se comió un millón” y “la expedición al Perú va por los cuatro millones”, agregaban los más informados. Las quejas no impedían que continuaran los bailes y los almuerzos campestres en honor al Lord.

A partir de la celebración de la Primera Junta de Gobierno de Buenos Aires en casa de doña Mercedes Rosales, se había hecho costumbre hacer uso de los velámenes de los barcos para techar los patios de las casas donde se realizaban las grandes fiestas y el Ejército vendía a los civiles la pólvora, siempre escasa, para los juegos de pirotecnia. Durante enero y febrero, al ritmo de las celebraciones, hubo viajes continuos entre Valparaíso y la capital y el gremio de los coheteros se embolsó bastante dinero como para sobrevivir el resto del año sin las estrecheces habituales.

Las costureras de Santiago no habían tenido tanto trabajo desde el tiempo en que tuvieron que coser las banderas de la Patria Nueva y la tela de color rojo escaseaba. Cosieron y bordaron a lo largo de todo el verano gracias al gusto de las señoras —encantadas de rozarse con personajes de una corte real de verdad— de buscar parecerse a Lady Cochrane en todos los detalles, de modo que mandaban a copiar sus vestidos, incluso con el alargamiento del ruedo que hasta ese entonces nunca se había arrastrado por el suelo; “vamos a

andar barriendo las calles con nuestros vestidos; y todo, por parecer inglesas”, decían entre risas. Lo que sí se negaron a copiar, fueron los sombreros; “¿para qué vamos a esconder lo más lindo que tenemos?”, se aconsejaban unas a otras, acariciándose rizos y moños.

“Lady Catherine es la primera inglesa bonita que pisa estas tierras”, era el comentario de hombres y mujeres, acostumbrados a las inglesas flacas, pálidas y ojeras, que parecían tísicas, tan distintas a esta mujer joven que tenía un traje para tomar baños de mar y que cabalgaba de amazona sobre una silla diseñada especialmente para ella, con una cara de placidez que hacía creer que iba en una carroza recamada de terciopelo y oro. “Su madre es española”, señaló alguien. ¡Aaaahhh!, se escuchó.

Ver que Lady Catherine también gustaba de conversar con los caballeros, envalentó a muchas que antes habían criticado a Rosario por hacer lo mismo. Fue por aquellos días que las mujeres se acostumbraron a falsear la voz para imitar el modo aristocrático de los Cochrane. El resultado fue un tono agudo, distinto, en todo caso, a la gravedad del habla de las españolas. Las santiaguinas lo consideraron un tono patriótico que las distinguía de las realistas y, entusiasmadas con el hallazgo, se lo enseñaron a sus hijas y nietas.

Eso sí que había un par de costumbres que los santiaguinos no estaban dispuestos a cambiar pese a la cara de desagrado de Lady Cochrane. Una de esas costumbres se refería a los bailes a la usanza chilena que la Lady consideraba peligrosos y vulgares por la excesiva proximidad de los cuerpos. Otra, era su exigencia de no fumar; incluso era capaz de fingir ataques de tos con tal de imponer su deseo. Y la otra, era su afán de impresionar con su cultura, como llamaba ella a sus arrebatos en pro de la Grecia antigua, ignorando por completo las antiguas civilizaciones de estas

tierras. Eso, al menos, era lo que le criticaban los que se las daban de entendidos en estos temas, los que eran bien pocos, en realidad.

Ese verano la preocupación de los chilenos era la guerra en el Perú. “Ahora sí que los realistas tendrán que irse a España”, decían con el convencimiento de que Lord Cochrane los ayudaría a desembarazarse pronto del Virrey y su poderío, aún intacto en el Perú.

En medio de las noticias sociales y bélicas, se supo que Ana María Cotapos, la viuda de Juan José Carrera, y doña Rosa Valdivieso, suegra de José Miguel y hermana de la tía Agustina, habían sido remitidas a monasterios en Coquimbo y Mendoza, acusadas de ser parte de una conspiración para asesinar a O’Higgins y San Martín.

“Aquí estamos todos emparentados, mamá. ¿Se da cuenta que el tío Manuel Ignacio no solo es tío mío sino que también de los Carrera?”, comentó Rosario. Doña Isabel quedó muda, indignada con Agustina que jamás le habló de esos lazos.

La señora ya no se sentía repuesta por el verano y no soportaba la idea de estar junto al fogón haciendo mermelada para aprovechar los últimos damascos de la temporada. “Santiago es más complicado que lo que creímos al principio”, le dijo a Rosario cuando estaban en el tercer patio, junto a todas las mujeres de la casa que se esmeraban por cocinar frutas con arrobas de azúcar en una enormes pailas de cobre.

—No comprendo por qué los carrerinos no se quedan quietos. Desde la muerte de sus hermanos, José Miguel está como loco. Solo busca la venganza —dijo Rosario mientras sellaba los frascos con cera de abejas.

—Si mataran a Salvador, nosotras haríamos lo mismo —respondió Josefa.

Todas estuvieron de acuerdo, excepto Rosario, que se sentía

furiosa y atemorizada. En menos de dos años, este era el tercer intento de los carrerinos por asesinar a O’Higgins.

—José Miguel Carrera perdió su rumbo político y está convertido en un bandolero —siguió alegando Rosario sin que nadie le contestara.

—¿No saben que en Argentina asalta pueblos y sus hombres violan mujeres, raptan niños y matan a diestra y siniestra? —insistió Rosario.

—No vuelvas a repetir eso en mi presencia. No sabes si es cierto —dijo doña Isabel.

Después de un silencio largo doña Isabel dijo sentirse ofendida con su concuñada, no solo por no haber tenido la confianza para contarle de su parentesco con los Carrera sino también porque se acordó que por terceras personas había sabido que Agustina llamaba “huachito” a Demetrio. Que al igual que su padre, el niño tenía un origen impuro, supo que les decía Agustina a sus amistades. “No le haga caso, mamá. ¿No ve que el tío Manuel Ignacio no se la aguanta porque ella no pierde ocasión para sacar a relucir su abolengo de trescientos años?”, dijo Rosario. De todos modos Josefa logró avinagrarle el resto de la tarde al contar que la tía Agustina se burlaba de doña Isabel y los regalos que le enviaba al hijo de Salvador. “Según ella, yo soy su única esperanza de tener nietos legítimos, mamá”.

Rosario se sintió tranquilizada cuando Bernardo regresó de Valparaíso, una vez que ministros, generales y hacendados se cansaron de festejar el asedio en que Lord Cochrane había puesto a Lima. Bernardo llegó contando que el Almirante efectivamente era excéntrico: quería que los marinos chilenos parecieran ingleses y entonces escogía solo a los más altos, los más blancos y a los de cara colorada. “De remate les puso en el uniforme un corbatín negro en señal de luto por la muerte del almirante Nelson”.

Rosario recibió a Bernardo con un vestido a la usanza inglesa y arrastrando el ruedo lo llevó a ver una casa que estaba en venta. Nieves le había pasado el dato de que sus vecinos se iban a Lima y vendían todo, hasta los colchones. Don Juan de Dios los acompañó porque le preocupaba el regreso de los emigrados. “¿Cómo crees que el gobierno va a seguir justificando el gasto de nuestra casa?”, le había preguntado a su hija.

Caminaron hasta las Cajitas de Agua, donde el Mapocho se dividía y uno de sus cauces bordeaba el cerro para seguir por La Cañada. A unas cuadras de allí, en pleno barrio de Santa Lucía, se ubicaba la casa de un piso, de rejas con flores de fierro fundido en las ventanas y una pila de agua fresca en medio del primer patio.

—No tengo ni un cobre pero la casa me gusta y tú la necesitas —le dijo Bernardo.

—Si vivo lejos de la plaza tu madre no podrá decir que me luzco demasiado y para criar a Demetrio me conviene estar cerca de Nieves.

Bernardo no solo le regaló la casa, sino también un piano encargado a Inglaterra para ella. Don Juan de Dios supo que para financiar su prodigalidad, el General se había endeudado hasta las orejas.

Rosario se instaló en su casa nueva. “De acá salgo el día de mi muerte”, le dijo a su madre mientras acomodaba muebles y hacía plantar un parrón de uvas cristalinas y seis naranjos en el segundo patio. Recién se daba cuenta del cansancio de haber vivido los últimos cinco años en casas prestadas. Los últimos ocho, en realidad, porque en Collipeumo tampoco se había sentido en su casa. Candelaria estaba de acuerdo: “hasta para mover una silla había que pedirle permiso a don José María”, le contó a su señora.

La casa tenía tres patios atravesados por una acequia de

aguas claras que servían para el riego. El primero tenía un embaldosado de tablero de ajedrez y la fuente de agua que refrescaba la mirada. “Lo adornaremos con maceteros”, dijeron madre e hija al unísono al descubrirle los bordes rotos, poniéndose de inmediato de acuerdo en que de la huerta y el gallinero se iba a encargar doña Isabel de Vidaurre y Rosario se dedicaría a llenar el jardín del segundo patio con toda clase de flores amarillas, color que según su creencia, seguía dándole buena suerte. El próximo verano vería crecer las achiras, lirios y fresias que mantendrían perfumados los dormitorios que se alineaban en torno al jardín. Mientras O’Higgins y sus amigos irlandeses celebraban el día de San Patricio, los Puga instalaron por tercera vez en un año la mesa del comedor de doña Petronila, el único mueble grande que habían llevado a Santiago.

Esa misma noche se supo que los realistas abandonaban Concepción. Se iban en respuesta a un llamado del Virrey para luchar contra un alzamiento de insurgentes en Santa Fe de Bogotá y las costas del Caribe, decía el informe enviado a O’Higgins por Soto Aguilar. A los pocos días se supo que también el conde de La Marquina se había embarcado rumbo a Nueva Granada pero nada se sabía de la tía María Ignacia. Quedaron preocupados al saber que las Trinitarias Contemplativas habían decidido escapar de Ramón Freire, que se había adueñado de Concepción. Se comentaba que las monjas prefirieron internarse a través de los bosques y tierras de indios en la búsqueda de Valdivia, antes de correr el riesgo de ser violadas por las hordas patrióticas.

—¿Será que mi hermana se fue a Valdivia? —preguntó una noche don Juan de Dios.

—La tía debe estar en Lima o en su casa —contestó Josefa.

Ella era incapaz de imaginarse a esa señora pequeñita cabalgando junto a sus hijos y nietos por selvas donde no se

encontraban ni huellas de camino y solo vivían pumas, gatos monteses y loros que jamás aprendían a hablar.

Con informaciones frescas llegó Salvador, de paso en Santiago para escoltar a los emigrados en su inminente regreso. A la hora del almuerzo, bajo el futuro parrón, contó que María Ignacia estaba en su casa; “¿para qué iba a huir si Freire es tu amigo y O’Higgins es mi pariente?”, le había preguntado la tía. Contó que lo peor para ella, eran los ratones que se adueñaron de la ciudad despoblada; “en nuestra casa se comieron hasta los colchones”, les contó.

—La guerra está más salvaje que antes. No puedo describirles las atrocidades que he visto en Arauco. Ojalá no se propague a Concepción —les dijo.

—Nosotras no regresaremos —respondió doña Isabel de Vidaurre, mirando a Rosario, recordándole que una vez lo habían conversado.

Por la tarde, cuando Rosario se afanaba en la costura de un vestido de lanilla azul con botones de nácar, su madre tejía un chal y Josefa les leía en voz alta *La Celestina*, Candelaria se quejó porque nuevamente tenían una casa donde solo vivían mujeres porque don Felipe Gómez de Vidaurre, por su ancianidad, no contaba. Lamentaron que Salvador estuviera apenas por unos días y que pronto regresara al sur y solo después de un intercambio de frases lejanas y amables se atrevieron a tocar el tema de las atrocidades de la guerra. Que las noticias que Salvador traía, eran para pararle los pelos al más curtido en relatos espeluznantes, concordaron, porque Benavides, el bandolero realista, le había dado un giro a la guerra, transformándola en un constante asesinato de mujeres, niños y ancianos, degüello de soldados, incendios de casas y envenenamiento de los pozos de agua. “Ya no se respeta la ley de la guerra; no existe la hidalguía o la caridad”, recordaron que había dicho Salvador durante el

almuerzo. Que en el sur llamaban “guerra a muerte” a esas matanzas, les había contado.

“Guerra que no responde a la lucha por una causa, sino que es un desborde de los instintos más primitivos”, aseguró el tío jesuita, a quien hasta ese momento creían dormitando junto a ellas. “El demonio anda suelto por la Araucanía”, concluyó el anciano. Doña Isabel y Candelaria se persignaron y dijeron estar seguras de que Salvador se había transfigurado: ahora tenía un gesto de hombre endurecido. “Ya no le gusta comer dulces; se contenta con fruta”, agregó Candelaria.

—¿Quién sabe que cosas habrá visto! —exclamó doña Isabel.

—¿Y qué cosas habrá tenido que hacer para sobrevivir! —dijo Candelaria entre dos suspiros.

—Ojalá este niño se case pronto y me traiga nietos —dijo doña Isabel, sabiendo en lo más íntimo de su ser que los hijos de los hijos no serían nunca tan nietos como los hijos de las hijas.

El regreso de los emigrados motivó la pelea más agria de todas las habidas entre Bernardo y Rosario en sus dos años de amor. No hubo gritos ni lágrimas. Empezó durante la cena, cuando Salvador contaba historias de la guerra a muerte.

—Me parece una crueldad que se lleven a la gente de regreso —anunció ella.

—Es lo que ellos quieren.

—No, Bernardo, es lo que al Gobierno le conviene: olvidarse del sur para poner toda su fuerza en la Escuadra y en el Perú.

—Es una acusación injusta.

Esa noche no había tertulia. En la casa solo se supo que Bernardo y Rosario conversaron hasta tarde y después se escuchó un portazo, señal de que él se había ido. Rosario había comenzado a evitar las peleas desde el momento en que creyó comprender que los estallidos de pasión, que antes

empezaban con roces y miradas y terminaban en la cama, ahora eran sustituidos por malentendidos, gritos y lágrimas que no siempre culminaban en reconciliaciones amorosas. A la mañana siguiente Bernardo aparecía como si el drama solo hubiese ocurrido en la imaginación de Rosario y ella fingía lo mismo.

Esa vez no fue así. Rosario amaneció triste y se lo dijo a su mamá a la hora del desayuno, pero el chocolate lo siguió tomando en silencio. Después Candelaria le comentó a doña Isabel de Vidaurre que su niña había recobrado la costumbre de chupar los encajes de las sábanas para dormirse.

Mientras el fresco de las mañanas y de las noches anunciaba el fin del verano, O'Higgins se preocupaba de organizar el regreso de los emigrados. Candelaria pasaba horas y días peinándole trenzas y moños complicados a su niña, llenándole la cabeza de peinetas y flores, a la espera de que Rosario le contara qué pasaba por su corazón, pero ella mantenía los labios apretados y la barbilla erguida, en una actitud resuelta a no delatar sus secretos. El resto del tiempo lo pasaba echada en su cama o contemplando a Demetrio que se entretenía en jugar con Manuelito, el cochero, convertido en un estorbo de puro viejo. Doña Isabel y Candelaria no lograban saber qué le sucedía a Rosario.

—No es bueno, mamá, que los únicos dos varones que Demetrio ve, sean dos ancianos decrepitos como el tío Felipe y Manuelito —dijo finalmente Rosario.

—Deberías tener otro hijo.

—Demetrio debería estar más tiempo con otros niños.

—¿Qué pasa con Bernardo?

—Llevaré a Demetrio donde Nieves para que juegue con sus primos.

—Te hice una pregunta.

—Sí, mamá, sí la oí.

Doña Isabel y Candelaria estaban de acuerdo en que Rosario era terca como mula. Si no quería hablar, no hablaría. “Ya se abrirá sola”, decían. Doña Isabel se había acostumbrado a los modales corteses de O'Higgins y lamentaba que justamente esa cortesía lo distanciara de la gente. “Por él no sabremos nunca nada”, le contestó a Candelaria cuando ella le propuso indagarlo.

Una mañana de baño —con pelo limpio, peinetas y rizadores— le bastó a Candelaria para saber qué habían hablado don Bernardo y Rosario la noche en que ella recobró malas costumbres arrastradas de la niñez. Lo supo sin necesidad de hacer preguntas, bastó que pasaran los días y dejar que Rosario abriera su corazón. Que Bernardo decía que ella ya no lo amaba como antes, que ahora ella le ponía condiciones, aseguraba él. Que se sentía dolida y del tamaño de un piojo, dijo Rosario. “¿Y por que le permite a él decidir cuáles son los sentimientos suyos, mi niña? Eso solo lo puede saber usted”, le respondió Candelaria. Rosario soltó unas lágrimas tímidas, inusuales en ella, y con una voz que apenas le salía de la garganta dijo: “porque siempre creo que él sabe más que yo”. Recién entonces Candelaria notó que su niña se veía disminuida de verdad, que ocupaba menos espacio que antes, que apenas se movía.

—Don Bernardo no es invulnerable, Rosarito. Aunque usted lo vea así.

—Invulnerable tal vez no, pero sí que no necesita nada ni a nadie; él no tiene un lugar para mí, mamá.

Doña Isabel de Vidaurre seguía intentando saber qué le pasaba a su hija cuando llegó la noticia de que a Bernardo le había aparecido un orzuelo en el ojo izquierdo y no soportaba la luz del sol. El médico decía que había que obligarlo a permanecer a oscuras y sin leer ni escribir, le habían avisado a Rosario, llamada a Palacio por orden de doña Isabel Riquelme.

En el momento en que los secretarios y amanuenses los dejaron solos, Rosario se acercó.

—Si lloraras no te sucederían estas cosas.

—Si llorara se inundaría la tierra.

Quien lloró fue Rosario. De golpe le cayó encima la soledad de Bernardo, su lucha por obtener el reconocimiento de su padre, incluidas sus actuaciones militares y políticas, muy posteriores a la muerte de don Ambrosio. Y ella lo había malquerido en las últimas semanas; era imperdonable pero él la perdonó y le secó las lágrimas. El amor que estaba atascado en alguna parte de sus cuerpos fluyó nuevamente, como al principio, en Concepción. “Prométeme que volveremos al sur una vez que la guerra termine”, le pidió ella y él lo prometió. Rosario habló de las tonalidades del verde del sur. Dijo que extrañaba el campo, tan distinto al de la zona central, donde el pasto se seca en verano y se renueva cada otoño, marcando otro ritmo en sus vidas. “Me acuerdo”, dijo Bernardo.

Rosario aprovechó de rogarle que se mandara a hacer una cama como Dios manda, tan cómoda como la de la casa de Albano en Talca. “No logro entender cómo aún sigues durmiendo en catres de campaña. A veces creo que es para que yo no me quede contigo en Palacio” Bernardo no solo le prometió que tendrían una cama como todo el mundo sino que de inmediato mandó llamar a un ebanista de la antigua escuela de los jesuitas alemanes de Calera de Tango. Se la entregaron cinco meses más tarde y debió pagar una fortuna por ella: trescientos sesenta pesos, según una boleta que guardó en sus archivos de asuntos personales.

El siguiente martes por la noche, O’Higgins, con el ojo izquierdo enrojecido aún, reunió en el regimiento de San Diego a los jefes de familia emigrados. Concepción y Talcahuano habían sido abandonadas por los realistas pero, de todas maneras, quería advertirles que la mano venía difícil. “Hasta

que no los expulsemos de todo el sur, sobre todo, de Valdivia y Chiloé, no les puedo garantizar la paz”. Así y todo, los presentes en la asamblea prefirieron volver. También les informó que los realistas habían soliviantado a los caciques mapuche al sur del Bío Bío que se habían aliado a ellos contra los chilenos por ser quienes les robaban sus tierras. “La guerra está distinta; mucho más cruel”, explicó. Los del sur solo querían volver.

Cuando a fines de marzo los emigrados partieron de regreso a su tierra después de más de un año de estadía en Santiago, las señoras Puga cabalgaron hacia el río Maipo para acompañar a sus amigos. Al verlos cruzar el vado de Lonquén sintieron tristeza por quedarse solas en esa ciudad hostil. Los sureños iban contentos y apesadumbrados al mismo tiempo, por saber que la paz era precaria. “El General se olvidó del sur que lo vio nacer. Hace meses que no le manda pertrechos a Freire”, les dijo alguien, a modo de despedida. Ellas se quedaron en la orilla del Maipo hasta ver que sus amigos se confundían con el horizonte. Rosario lloró. No supo si por nostalgia, pena o impotencia, al comprobar que sus intentos por apoyar al sur y a Bernardo habían fracasado.

Durante los días cortos y tristes que siguieron, Rosario se dedicó a las costuras, al tejido y a enseñarle a Demetrio los goces del canto, el piano y el uso de los colores. Demetrio aprendió a pararse en dos piernas para poder seguir a su madre de un lado a otro, mientras ella iba disponiendo en la casa nueva la ubicación de espejos y figuras de santos y vírgenes de yeso. Ya no tenía ninguna gana de recibir visitas. Estaba dolida porque doña Isabel Riquelme se había salido con la suya: estaba a la sombra. No podía sacarse de la mente la idea de que los emigrados habían partido con un rencor nuevo contra Bernardo, que ella no pudo evitar. Suspiraba de aburrimiento pese a los esfuerzos de él por tenerla como a una princesa. ¿Querrá verme igual a su hermana Rosa, llena

de perlas por todos lados y con un perro faldero de adorno?, se preguntaba en medio de sus tristezas.

Hacía un par de semanas que el abogado la había mandado citar y ella todavía no iba, indecisa entre seguir la pelea contra Soto Aguilar o bien, olvidarse de todo. Candelaria le había sembrado la duda. ¿Para qué quería vivir con don Bernardo si estaban tan bien así como estaban?, le había preguntado. Y después, de remate, Bernardo le había dicho: “¡qué más da que Demetrio sea un hijo ilegítimo! Aquí me tienes a mí, para demostrarte que él puede ser un hombre íntegro y feliz”. Cuando lo vio erguido frente a ella, con el pecho inflado, resplandeciente de orgullo, diciendo esas palabras, recordó que al principio, en Concepción, había creído que ella y él respiraban al unísono, que sentían y pensaban lo mismo. Recordó que así había sido, al volver a sentir lo mismo, pero después, en medio de su insomnio, rectificó: el gobierno jamás se hará cargo de los asuntos de familia y dejará esta tarea a la iglesia católica y, por tanto, será mejor que me conforme.

“Yo también había esperado otra cosa”, le dijo a su madre una de esas tardes grises de otoño. Entonces le contó que también Bernardo le había pedido que se mantuviera a la sombra. “Estás teniendo demasiada figuración”, le había dicho.

Ese mismo día, a la hora de la cena, Rosario anunció que reduciría las tertulias a una vez por semana, con el propósito de transformarlas en veladas musicales. “La política no me interesa y la suerte de la familia ya no depende de mí”, le dijo al tío Manuel Ignacio.

Mientras Bernardo solo se entusiasmaba con las noticias de la Escuadra, a Rosario se le enredaban los nombres de los días por sucederse unos a otros con tanta lentitud. Entonces Candelaria llegó con un cuento: que una criada del Palacio Directorial había escuchado a su señora diciendo que jamás

iba a permitir que una intrusa viniera a dar órdenes en su casa; que con lo de “intrusa”, se refería a doña Rosario, había aclarado la criada. “La señora de Palacio soy yo y este lugar debí ocuparlo mucho antes: en los tiempos del gobernador Ambrosio O’Higgins”, le dijeron a Candelaria que habían oído decir las paredes. Doña Isabel de Vidaurre, en medio de ruegos a Dios, le dio a su hija todo tipo de recomendaciones para que no le sucediera igual que a ella con doña Petronila; “era una buena abuela pero una pésima suegra”.

Esa tarde Rosario no puso objeción para acompañar, con Demetrio en los brazos, a doña Isabel Riquelme a dar un paseo por los Tajamares. “Al menos todo el mundo sabe quién soy yo”, le dijo a su madre antes de salir.

Por la noche, entre explicaciones de velámenes, proas y cañones de largo alcance, Bernardo escuchó todo lo que ella, desde tiempo atrás, tenía que decirle acerca de su señora madre. “Estás creando problemas donde no los hay”, fue su respuesta, pero Rosario seguía y seguía. Cuando ya iba inculcando a doña Isabel de querer apoderarse de Demetrio, Bernardo se indignó, le dijo “eres una mal agradecida” y se fue.

Once

La cara de doña Isabel de Vidaurre se transfiguró aquella mañana, estremecida con los llantos de Josefa que acababa de regresar de La Merced. Doña Isabel zurcía calcetas en la galería de vidrios del primer patio, pero debió seguir a su hija por toda la casa para tratar de entender lo que entre hipos y mocos trataba de contar. Que Mateo había muerto, fue todo lo que la doña sacó en limpio. Después Josefa se echó a llorar sobre su cama y nadie pudo sacarle ni una palabra más. Recién a la noche, cuando llegó O'Higgins, pudieron clarificar "los sucesos de San Luis", como ya se les llamaba en la calle. Los soldados realistas, casi todos pertenecientes a familias chilenas, trasladados hasta esa ciudad argentina se habían amotinado y Monteagudo —"siempre metido donde la sangre corre", según la gente— había ordenado el fusilamiento inmediato de los veinticinco sobrevivientes.

"Muertes innecesarias", en opinión de O'Higgins y Josefa lloró aún más. Las lágrimas no se le gastaban ni con el agua de las Carmelitas y doña Isabel no sabía qué hacer para consolar a su hija, viuda antes de tiempo.

Pasaron algunos días con Josefa bañada en lágrimas hasta que se supo más detalles. El motín había sido ideado por Monteagudo, preso también en San Luis por orden de la Logia; "por su desafortunada actuación en Chile", se había

informado con anterioridad. El motivo de la desgracia —se rumoreaba— habían sido los celos que en Monteagudo provocaba la preferencia por los realistas mostrada por una dama que lo tenía prendado. A nadie le importaban los males de amor de Monteagudo. Lo que sí les importaba, y mucho, era que él había mandado asesinar a sus parientes y que él, un confinado más, de nuevo había actuado como juez de guerra, como si todos los muertos que cargaba no le bastasen. “Los Carrera, Manuel Rodríguez y ahora, los de San Luis”, sacaban la cuenta los santiaguinos. Rosario también sacaba cuentas. “Monteagudo será tu perdición”, le dijo a Bernardo cuando trataba de describirle el estado en que se encontraba su hermana pero él ni la escuchó, atenazado por la culpa de haberle fallado a Josefa en la promesa de cuidar el pellejo de Mateo.

El sábado siguiente a la noticia, se desató una desavenencia familiar. Josefa había anunciado su deseo de retirarse de la vida mundana —fueron sus palabras— para irse a un monasterio. Doña Isabel pensó en la conveniencia de dejar que pasara el tiempo y la invitó a un viaje a Valparaíso. “Así aprovechamos de visitar a tu padre”, le dijo, pero Josefa quería dedicarse a la vida espiritual cuanto antes y ya no tenía interés en viajar.

Apenas don Juan de Dios conoció las intenciones de su hija llegó a Santiago. Había demorado apenas un día en el trayecto. Que si estaba loca, le preguntó.

—No voy a pagar una dote para que se haga monja.

—¿Y con quién se va a casar ahora, si los que no están muertos, están guerreando? —preguntó doña Isabel de Vidaurre.

—Que nos cuide la vejez, entonces.

—Eres un egoísta, Juan de Dios.

—¿No has pensado que nadie se va a querer casar con una mujer que habla en latín? Y eso es culpa tuya.

Ver a su marido amenazándola con el dedo índice, era algo

que para la señora se hacía cada vez más insoportable. Optó por la mudez y por buscarle un novio a su hija. Le pediría ayuda a su concuñada, a sabiendas de que no iba a ser fácil, ya que Agustina era amiga de hacendados y mayorazgos, pero de ningún doctor en jurisprudencia, los únicos además de los curas, que algo entendían del latín. En ese detalle Juan de Dios tenía razón, pero ella jamás lo reconocería en voz alta.

Esa misma tarde doña Isabel le confesó su problema a su tío jesuita, quien no dudó un instante para recomendarle al hijo del ingeniero Atero, el otrora intendente de Concepción.

—Es un muchacho estudioso, dedicado a las matemáticas y no regresó a España con su padre. Sospecho que es patriota y que congeniará con Josefa.

—Invítelo a cenar con nosotros esta noche.

Dos meses después, cuando ya avanzaba en los estudios de álgebra y geometría con el joven Atero, Josefa recibió una carta que leyó con el corazón en vilo: había reconocido la letra de Mateo. Que era un sobreviviente, le contaba, por encontrarse en Mendoza el día del motín y ahora, acaso lo dejaran libre por ser el único prisionero de la guerra de Chile y no sabían dónde tenerlo. Ese día, de felicidad y gratitud a la Virgen de las Mercedes, y a otras varias, Josefa no fue a la escuela donde impartía clases como ayudante de su tío abuelo que, por su ancianidad, ya no podía batírselas solo con los muchachos y necesitaba de Josefa para que hablara por él.

A las pocas semanas Josefa recibió otra carta de Mateo. Que le habían permitido huir y estaba en Lima, con los ejércitos del Rey, le contaba, mientras ella sentía que el corazón se le iba empequeñeciendo y se le llenaba de arrugas. “Ahora voy a estudiar astronomía”, fue su único comentario. Doña Isabel le contestó que antes tendría que pasar sobre su cadáver. Ninguna de las dos se tomó la diferencia de opiniones muy a pecho y lo cierto es que al poco tiempo Josefa estaba

dedicada a observar las estrellas con una lente especial del tío jesuita, que así intentaba introducir a su sobrina en los misterios del cielo.

Rosario comenzó a acercarse a su tío porque le interesaba la astrología pero luego de explicarle la diferencia sutil entre ambas disciplinas le advirtió que él solo enseñaba astronomía porque lo otro, era un estudio muy peligroso.

—No olvides que la Inquisición todavía tiene orejas largas.

—Mi máximo pecado es ser adúltera.

—Como por ahora no pueden acusarte por eso, podrían endilgarte la práctica de la brujería y eso es mucho más grave que el adulterio. Dime, hija ¿desde cuándo no te confiesas?

—Es un secreto, tío.

Las conversaciones entre Rosario y su tío se hicieron más frecuentes y a fines de ese otoño de 1819 ella comenzó a ayudarlo a transcribir los tomos de su Historia de Chile. Al cabo de un tiempo Bernardo quedaría boquiabierto con los conocimientos de Rosario, que conocía las obras de don Ambrosio mejor que él.

Rosario trabajó en los escritos de su tío durante todo ese invierno, que fue más crudo que los anteriores. Por las mañanas una capa de escarcha cubría los brotes recién nacidos en la huerta y la nieve llegaba hasta los pies de la cordillera. “Con este hielo no vamos a tener qué echarle a la olla”, rezongaba la cocinera, alarmada porque las pilas de leña descendían con rapidez desde que el General hiciera instalar en la casa unas estufas de fierro encargadas a Inglaterra para evitar que Demetrio se cayera sobre un brasero, tal como había ocurrido con el hijo de la nodriza y como solía ocurrirle a muchos niños. La gente soñaba con ir a la casa de Rosario para inspeccionar el funcionamiento de esos aparatos capaces de ahuyentar el frío en un dos por tres y casi sin ahumar las habitaciones; “es un invento genial”, se oía decir a los que habían tenido el

privilegio de verlos. Muchos esperaban el día de la Virgen del Boldo para visitar la casa y disfrutar de los pavos que, según corría la voz, doña Isabel de Vidaurre engordaba con nueces y almendras a fin de celebrar a todo trapo a la protectora de Concepción. En una noche de fines de ese invierno, mientras caía una helada de las que llaman “matapajaritos”, Bernardo supo que la dedicación de Rosario a la Historia de Chile del tío jesuita, rendía sus frutos. Esa noche estrenaban la cama de roble y, como siempre, hablaron de política. En medio de las quejas de Bernardo porque el Senado torpedeaba sus iniciativas, Rosario le confesó que recién ahora, al conocer la obra de don Ambrosio, lo comprendía mejor a él.

—¿Por qué no me contaste que fue por tu culpa que a tu padre lo destronaron de su cargo de virrey?

—Él jamás me hizo esa acusación. Fue el pretexto que usaron sus enemigos, que aprovecharon de intrigar contra él en la Corte debido a mis actividades en Londres.

Entonces le contó lo poco que sabía de las dificultades de don Ambrosio por ser irlandés y ocupar un cargo altísimo en la administración colonial. Que en el siglo anterior, cuando los ingleses invadieron Irlanda, el rey de España había decretado que los irlandeses —por ser perseguidos por su catolicismo— gozarían de los mismos derechos y deberes que los peninsulares. Sin embargo, muchos espíritus estrechos no soportaron que un irlandés llegase a ser virrey del Perú y menos aún, que enviara a su hijo a educarse en Richmond en vez de Madrid.

—¿Así se explica por qué hay tantos irlandeses en los ejércitos patriotas? —preguntó Rosario.

—También hay franceses.

—Sí, pero ellos se vinieron después de la caída de Napoleón, en cambio, los irlandeses debieran estar agradecidos de la Corona en vez de ser revoltosos.

—Por propia piel ellos comprenden nuestro deseo de ser libres —argumentó Bernardo.

—¿Tú te sientes irlandés o chileno?

—Yo soy americano, igual que tú.

—Yo soy chilena; del sur de Chile.

A Rosario le pareció que esa era la clave para entender algunos de los desacuerdos entre ellos. Después se lo comentó a Candelaria, diciéndole que Bernardo pensaba siempre en grande, que Chile no le bastaba. “Así son los hombres, pues. Y nosotras ni salimos de la casa”, dijo Candelaria. Yo sí salgo, pensó, preocupada porque ni su mamá la comprendía. “Si no saltáramos sobre nuestra propia sombra, seguiríamos viviendo en las cavernas”, le había contestado Bernardo cuando ella lo acusó de forzar las situaciones, sin dejar que los peruanos se liberaran cuándo y cómo quisieran. Que era una deuda de honor, había seguido diciendo él, puesto que los argentinos habían colaborado tanto a la libertad de Chile, pero Rosario lo escuchaba con una sola oreja, ocupada en preguntarse si las mujeres de las cavernas habrían deseado otra cosa que vivir la vida que Dios les daba. Pensó en enfermedades y hambrunas y se dijo que sí, que el progreso era volver al paraíso. “No son ayudas desinteresadas”, se escuchó a sí misma decir, sin siquiera haber pensado que quería contradecirlo. Que nadie pretendía pasar gatos por liebres, había respondido él, con voz impaciente. Ella se mantuvo en silencio y él se encargó de desatar la pelea.

—Tú, con tu mentalidad provinciana, pareces carrerina.

—El que mucho abarca, poco aprieta.

Después de eso, pasaron a los gritos. El estreno de la cama de roble fue un desastre.

Una noche más fría de lo habitual para el mes de septiembre, Rosario despertó de una pesadilla que la tuvo ausente de la vida durante toda la mañana siguiente. Se soñó desnuda,

rodeada de desconocidos que la escupían, le gritaban obscenidades y finalmente la mataban a pedrazos. “Esa no es usted, pues, sino María Magdalena, la de su libro de historia sagrada”, le dijo Candelaria, sirviéndole la segunda taza de chocolate. Candelaria estaba convaleciendo de una pulmonía durante la cual Rosario la había cuidado como si fuera su propia hija. “Si no es por niña, yo no estaría contando el cuento”, siguió diciendo Candelaria por el resto de su vida, hasta en la lejana Lima.

Mientras tomaba su chocolate junto al fogón de la cocina, Rosario dijo que se sentía vulnerable desde que Bernardo se había llevado sus baúles de ropa y libros a Palacio. “Usted se aburre y por eso le da tantas vueltas a lo que don Bernardo dice o no dice”, le contestó Candelaria, sin comprender la furia con que Rosario la miró.

Después le contó el sueño a Nieves. Habían ido a la Plaza a comprar zapatos y cuando se puso a llover, se refugiaron en el café del segundo piso de la esquina de las tiendas. Desde allí podían ver los corrillos que se formaban en la calle de Ahumada, lugar favorito para todo tipo de transacciones comerciales. Escucharon las novedades transmitidas por los cantores de coplas y Rosario aprovechó para contar su sueño. Nieves le dijo que doña Isabel Riquelme se quejaba de lo mismo: en Palacio, su hijo solo tenía un despacho. Las primas concluyeron que Bernardo no necesitaba tener una casa sino únicamente un despacho y que dormía en Palacio, donde Rosario, en Valparaíso o donde lo pillara la noche; “costumbres de la guerra”, según él. Rosario dijo que lo de la Escuadra era un asunto que le causaba cada vez menos gracia. Incluso se lo había dicho: “San Martín y tú están encaprichados con sacar la Escuadra adelante contra viento y marea; ¿no comprenden que la gente no quiere eso?”.

Adivinando que se venía una cantaleta, Nieves cortó el tema con un lacónico: “te lo advertí en Concepción”. Se fueron

antes que amainara la lluvia, porque esa noche tenían tertulia en casa de Nieves, donde ahora se trasladaban los o'higginistas prominentes.

—Me alegra que ya no tengo que preocuparme de que haya mistela y pasteles —le dijo a Nieves.

—Cuidado con ponerte demasiado a la sombra, que te pueden apedrear.

De un tiempo a esa parte las visitas que frecuentaban la casa de Rosario eran distintas; ya no se trataba de sureños ni militares sino músicos, cantantes y curas aficionados a escribir poesías. Y solo llegaban a veces. Ella pasaba la mayor parte del día atareada con Demetrio, las costuras, el piano, el jardín y los paseos a caballo. Su condición de amante de O'Higgins y que Demetrio fuera un huacho, parecía haberlas olvidado, excepto cuando, junto a escribanos y procuradores, se ocupaba de mantener los litigios contra Soto Aguilar. "Tengo una cita con mi abogado", decía dándose aires de importancia, igual a muchos santiaguinos que consideraban un honor mantener litigios y querellas a lo largo de años.

Una noche de domingo Bernardo llegó satisfecho porque había logrado imponer la obligatoriedad de enterrar a los muertos en el cementerio y ya no en las iglesias. Después de la cena habló solo de ese tema. Insinuó que en el futuro los huesos de los católicos descansarían junto a los de judíos y protestantes, que hasta ese momento eran enterrados en rincones dispersos del cerro de Santa Lucía. Que le había costado una pelea enorme, pero ganó. Rosario, conocedora de su esfuerzo por imponerse a los católicos tradicionalistas que lo acusaban de ser un librepensador, comprendió, una vez más, que él no transaba en ningún tema y que así se ganaba más enemigos. Se lo dijo y él le contestó que solo con mayor libertad religiosa se quedarían en Chile los anglicanos y protestantes que podrían engrandecer a la Patria. Enseguida se habló

del escándalo provocado por el General al llevarse a vivir a Palacio a un cura que había sido su maestro en la escuela de Chillán y que iba enviado al destierro junto a otros realistas. Aquellos que lo calificaban de impío y masón —aunque pocos supieran lo que esto significaba— habían puesto el grito en el cielo, denunciando favoritismo puesto que el señor Obispo de Santiago sí había ido a dar a la Argentina. Para Bernardo el asunto era mucho más simple.

—Ese cura fue como un padre para mí y ahora es un anciano enfermo. Otra situación es la del obispo Rodríguez Zorrilla.

—Usted tiene buenas intenciones, General, pero no es eso lo que la gente ve —le dijo el tío jesuita.

—Peleas en muchos frentes a la vez y, además, tratas de conciliar las desavenencias entre tus partidarios. Así te ganas enemigos gratuitamente —agregó Rosario.

Bernardo se quedó mirándola sin contestarle.

Te peleas con los curas a favor de los anglicanos pero no haces nada por apurar mi divorcio —insistió ella, roja de rabia.

—Rosario, ¿al lado de quién estás?

Más de alguien tuvo la impresión de tragar un trozo de hielo en vez de sopa de gallina pero Bernardo siguió muy tranquilo contando que había conseguido que el Senado autorizara a los protestantes de Valparaíso y Santiago, que aumentaban día a día con la llegada de comerciantes ingleses, para que compraran terrenos para contar con sus propios cementerios. "Así abrimos Chile a otra gente, con otras costumbres que, a la larga, nos enriquecerán", le explicó a doña Isabel de Vidaurre que no comprendía tanto esfuerzo en beneficio de tan pocos. "Profesan otro credo, pero creen en el mismo Dios que nosotros", le había dicho primero para tranquilizarla. "Al final, los muertos son todos iguales", concluyó doña Isabel.

Candelaria, que servía la comida, alcanzó a escuchar parte de la conversación y pensó que su patrona se estaba poniendo hereje. A ella le habían prometido el cielo por aguantar una existencia de privaciones y pensaba que de muerta, no podía ser igual a otros que llevaban una vida regalada y, menos aún, podrían igualarla a los descendientes de aquellos que habían crucificado a Nuestro Señor Jesucristo.

“El mundo está cambiando mucho, mama; a una velocidad que da vértigo”, le dijo Rosario a la mañana siguiente, cuando apareció por la cocina doña Isabel de Vidaurre, que se había levantado más temprano que de costumbre. Apenas vio a su hija, le dijo: “anoche provocaste al General más de la cuenta; ahora estoy con indigestión”. Candelaria le preparó chuño con azúcar quemada, la papilla favorita de la señora, que solía servirle de santo remedio.

Los días se sucedían entre el piano, las costuras y Demetrio hasta que Rosario recibió una buena noticia: el fallo de los jueces la había favorecido en su demanda del año anterior. Ahora Soto Aguilar estaba obligado a pagarle una pensión por alimentos. Sobre su solicitud de divorcio, no se pronunciaban.

Comenzaría así un largo período, en el cual Soto Aguilar no le iba a dar un centavo, aduciendo no tener dinero ni para hacer cantar a un ciego, mientras ella debía demostrar que las vacas y caballos que ahora llevaban la marca de propiedad de la concubina, habían sido comprados por su marido. Rosario descubrió que la hacienda de Collipeumo y las propiedades en la villa de Cauquenes habían sido traspasadas a la hermana de Soto Aguilar y que él alegaba estar en la indigencia, viviendo de allegado donde parientes. Tanto se indignó que le puso una demanda a la concubina y otra a la hermana de Soto Aguilar y cinco juicios más contra él. Pasarían muchísimos años antes de que lograra convertirse en la propietaria

legítima de Collipeumo. Durante esos años incluso debió pedir que se le concediera “un privilegio de pobreza”, para que no le quitaran su casa por no pagar los impuestos.

Pero todo eso habría de suceder más tarde, porque ese diciembre comenzó bien y seguiría mejor. Primero Rosario acompañó a Bernardo a ver una chacra en los arrabales de Santiago porque él quería tener una casa de campo en las cercanías. Se llamaba El Conventillo, en honor a sus propietarios: los frailes del convento de San Francisco. En el jardín había un sinnúmero de variedades de palmeras, varios jazmines y un heliotropo del Perú, que dejó a Rosario impregnada de dulzura. Las casas estaban deterioradas, pero la huerta merecía ostentar el nombre que llevaba: el vergel. “Aquí podré instalar mi telescopio”, anunció Bernardo una vez que subieron las dos escaleras que llevaban al mirador. En los últimos tiempos él estaba tan obsesionado como Josefa con el asunto de la luna y las estrellas. Rosario quería hablar de otra cosa pero él insistía en los avances de la ciencia y le mostraba el aparato con el entusiasmo de un niño con una pelota nueva. Finalmente el paseo lo aprovecharon para revivir a lo largo de dos días sus tiempos en Concepción. En medio de los amores, Rosario le confesó que no lograba saber qué le pasaba a él por dentro; que andaba siempre en ascuas, tratando de adivinar sus sentimientos.

—Soy como un libro abierto, Rosario.

—Un libro en griego.

—No hay nada que te oculte.

—No creo que me ocultes algo a mí, sino a ti mismo. Es algo que persigues más allá del término de la guerra.

—Es probable que al igual que los otros, también tú te estés olvidando de la guerra y la veas distante, como algo que ocurre en el Perú o en el sur.

—Tú eres el distante; inaccesible, en verdad.

—Tengo muchas preocupaciones.

—Apuesto a que yo no figuro entre ellas.

—¿Por qué habrías de hacerlo? Creo que estás nerviosa. Te vendrá bien una temporada junto al mar.

Rosario no logró avanzar en su interrogatorio. Al parecer, Bernardo se sentía satisfecho y solo aspiraba a expulsar a los realistas de América. Ella era parte de su vida de gobernante y guerrero, pero solo eso: una parte. De divorcio y matrimonio ya no hablaban y cuando ella planteó sus dudas, él dijo: “en casi trescientos años el Tribunal Eclesiástico ha aprobado más de seiscientos divorcios. El asunto no es fácil pero tampoco imposible”. Será cierto que estoy nerviosa, pensó Rosario. A la noche pensó otra cosa: Bernardo se había hastiado de ella. Renunció a mí porque lo del divorcio no funciona y ahora debe estar buscando una mujer con quien casarse, se dijo en pleno insomnio de luna llena. Al desayuno se lo contó a su mamá y Candelaria se burló de ella el resto del día.

La temporada junto al mar estaba encima. Después de un año en Chile, Lady Cochrane, que congeniaba con Rosario, la invitó a pasar unas semanas con ella. “Déjese acompañar por su madre y hermana pero venga que, de otro modo, estaré sola todo el verano, con el Almirante y sus oficiales en el asedio a Lima”, le rogó en una carta.

Las Puga llegaron a mediados de enero a Valparaíso. Encima del plano de la ciudad, Lord Cochrane había remodelado a la inglesa una casa de madera de tres pisos, con balcones llenos de flores y una vista panorámica sobre la bahía. Lo hizo por el capricho de vivir encaramado arriba de un cerro, lejos de todo y de todos, pero abarcando hasta más allá del horizonte; “así vigilo a mis hombres”, bromeaba en un castellano cavernario. Para comodidad de las señoras, el Almirante había contratado una recua de burros para subirlas y bajarlas cuando desearan emprender paseos, se aficionaran

a los baños de mar o tuviesen que comprar algo, para lo que tenían que bajar a El Almendral, un sector lleno de chacras con verduras y frutas lujuriosas.

Para Pedro Demetrio el mar fue una experiencia impactante y para siempre le quedó la nostalgia por esas olas enormes que impregnaban el aire con olor a cochayuyo. Era un mar que olía distinto a todos los otros mares, como lo habría de comprobar más tarde en sus viajes por el mundo y a lo largo de su vida en las costas del Perú, donde su padre, ya viejo, le diría “este mar no huele a mar”, cada vez que en enero fueran a las playas de Cerro Azul.

En Valparaíso las señoras se dedicaron a pasear en lancha, gritando cada vez que las olas las mojaban; a comer pescados y mariscos hasta hartarse; a perseguir mariposas con una red; y a subir a bordo de barcos para comprar mercaderías provenientes de Oriente y Europa. Rosario y Josefa estaban encantadas. De solo pensar que en solo dos meses podrían estar en un lugar exótico, rodeadas de gente de aspecto y ropa y costumbres muy distintos, se convencían que tenían el mundo al alcance de la mano.

Cuando Josefa y Rosario habían subido y bajado todos los cerros, recorrido todas las quebradas y rincones de Valparaíso, Lady Catherine —Kitty, para sus amigas— las invitó a su hacienda en Quintero. Ahí las hermanas gozaron metiéndose a la mar con el pretexto de que Demetrio jugara y siempre volvían a la casa con los vestidos mojados hasta más arriba de la cintura. Doña Isabel pensaba que eso era perjudicial para la salud; “el cuerpo de las mujeres no está hecho para el agua fría”, las sermoneaba, pero sus hijas nunca le habían hecho caso y ya en el sur, con el mar más frío, habían sido felices mojándose las piernas a la orilla del mar. “Ahora, con las costumbres nuevas traídas por la revolución, las mujeres podremos nadar”, le contestaba Rosario. Que ella nunca creyó que desear la libertad

de comercio hubiese traído estas consecuencias, le explicaba doña Isabel a su anfitriona.

Kitty gustaba de rodearse de admiradores y en su salón solían encontrarse oficiales de las marinas inglesa y estadounidense, que se turnaban “para rendir culto a la belleza de la esposa del más grande almirante inglés de nuestro tiempo”, según declaraban al llegar a la hacienda a presentarle sus respetos. Doña Isabel de Vidaurre no perdía la esperanza de que Josefa cambiara a ese Mateo etéreo por un apuesto oficial extranjero. “Para yerno prefiero a un anglicano que a un realista”, le confesaba a Rosario, que apenas la oía, absorta en aprender de Kitty los secretos del *flirt*, como llamaba a sus coqueteos.

De su amiga, Rosario aprendió que era más importante ser vista que ver; acicalarse para agradar a todos y no a un solo hombre; no olvidarse de dejar caer el abanico, para comprobar cuan pendientes de ella estaban; hacer alardes de inconstancia y cambios de humor; ostentar soberbia y enojarse sin razón, para ver si era querida; mantenerse en constante movimiento y gesticular mucho, para ser expresiva; y, por último, supo que era importante tener caprichos y quien se los saciara.

Rosario practicaba sus nuevas artes con los oficiales de marina y había varios dispuestos a hacer de conejillos; al menos, así le parecía a doña Isabel, que miraba con malos ojos a todo el que se acercara a su hija mayor. Entre los ingleses, Josefa por fin había encontrado con quién hablar de poesía francesa, pero en opinión de su madre, después de los poemas debía llevar al pretendiente a contemplar la puesta de sol y enseguida mantener silencio, para permitir que él le hablara de amor, en vez de ir de un poeta a otro y terminar comentando las ideas herejes del señor Newton o los viajes de Humboldt por las tierras del trópico.

En Quintero supieron que lord Cochrane había tomado las plazas de Corral y Valdivia. Bernardo llegó con la noticia, dispuesto a celebrar en grande. Había venido por una noche y se quedó tres, con el pretexto de enseñarle a nadar a Rosario, quien después de unos intentos dijo que prefería morir ahogada.

Hasta ese minuto ella no se había dado cuenta de la importancia de Valdivia. Según su opinión, eran tierras ignotas, más allá de la Araucanía y los realistas atrincherados ahí le parecían unos naufragos a la espera de auxilio. “Chile es la llave del Perú y el sur, la llave de Chile”, le explicó Bernardo.

A la hora del aperitivo, mientras Rosario arrugaba la nariz al probar por primera vez la ginebra, O’Higgins les informó que el almirante ahora iba en dirección a Chiloé, para finiquitar la libertad de Chile. Veinte años después, en su destierro en el Perú, O’Higgins aún recordaría que Rosario arrugaba la nariz ante el olor de la ginebra que el almirante Hardy le había llevado de regalo a Quintero y él, poco amigo del alcohol, aún tenía varios cajones que había traído al Perú. A veces, cuando todos en la hacienda de Montalbán dormían, se echaba un cigarrito, como le gustaba decir, tomaba un vaso de ginebra y mientras tocaba el acordeón recordaba a la única mujer que amó en su vida.

En Quintero, en aquel verano de 1820, Lady Cochrane quedó resplandeciente de orgullo con las últimas noticias del sur: en recompensa por la toma de la plaza de Valdivia, a su esposo le había sido regalada una hacienda a orillas del río. Ella nunca se enteraría de los posteriores quebraderos de cabeza de O’Higgins por la concesión de esta prebenda. Y Rosario ni se enteró del premio recibido por los Cochrane por estar pendiente de aprender inglés y el arte del coqueteo. Desde que conoció a Bernardo era primera vez que se sentía halagada ante la presencia de otros varones; “nada preocupante”, le comentaría después a Nieves.

Kitty y sus amigas disfrutaban de un baño de mar cuando supieron que la expedición a Chiloé había terminado en un fracaso. Los pormenores los trajo un ayudante escocés del Almirante; “un hombre desagradable”, lo definió doña Isabel de Vidaurre, la única que le contestó como merecía, en el momento en que el escocés les dijo:

—Las señoras disfrutan la paz conquistada por sus esposos y aprovechan de tomar aires de mar.

—La paz concedida por nuestros esposos —lo había corregido la señora.

Doña Isabel se reconcilió con el escocés a la tarde siguiente, al verlo a la orilla de un acantilado vistiendo su traje tradicional, pensativo frente a la inmensidad del océano, tocando una melodía tristísima en un instrumento raro que, después supo, se llamaba gaita. Pobre hombre; debe extrañar a su familia, pensó.

De regreso de Valparaíso las Puga supieron que don Juan de Dios y su querida de siempre, más una jovencita a la que llamaba “ahijada”, se aprestaban a partir rumbo a Curicó, donde se harían cargo de la gobernación.

—Volveré para morir junto a ti, Isabel —dijo.

—No es necesaria tanta lealtad —le respondió ella.

Esa vez Rosario y Josefa se enojaron con su padre. Al verlo viejo creían que se habría quietado pero al saber que nuevamente andaba con una mujer joven corriendo detrás de él, se sintieron avergonzadas. ¿La irá a presentar como la Gobernadora?, preguntó Josefa. Su hermana quiso matarla de una mirada.

Luego de acompañarlas a Quilpue, donde comieron frutas hasta el hartazgo, Kitty se despidió con la promesa de devolverles la visita en Santiago al regreso de su viaje a Mendoza; “deseo cruzar los Andes; es un viaje legendario”, les explicó a sus amigas, que no comprendían tanto esfuerzo

solo para ver un montón de montañas y rocas. No adivinaron que Kitty no pensaba regresar y ya tenía todo dispuesto para su regreso a Inglaterra.

Antes de dejar Valparaíso, Candelaria había insistido en que en el equipaje incluyeran cuatro botijas enormes de agua de mar; “es para darle fricciones al niño; dicen que así se resiste el invierno sin enfermedades”. En los meses venideros Candelaria se alegraría con cada viaje del General, que nunca olvidaba llevar agua de mar. Cuando ya era un hombre, Demetrio aún recordaba las fricciones con agua fría, sobre todo en las oportunidades en que acompañaba a su abuela Isabel Riquelme, una anciana diminuta y con tembladeras, a tomar baños de mar en El Callao. “Es saludable, mamita”, le decía para darle ánimo a la señora, que ya estaba más muerta que viva.

Rosario volvió a Santiago con sus pretensiones políticas apaciguadas, prometiéndose llevar una vida tranquila, pero los sucesos con que se encontró se lo impidieron. Ya en Valparaíso algo habían sabido de un movimiento contrario a O’Higgins en la zona de Colchagua, pero había sido catalogado de poca monta. Ahora, acababan de tomarse las ciudades de Curicó y Talca. Según los rumores, no se trataba de carrerinos sino de caciques políticos de la zona.

—Recién comprendo el apuro de papá por irse a Curicó —comentó Rosario.

—Tu padre está viejo para esas andanzas ¿Te fijaste que apenas se puede subir al caballo? —respondió doña Isabel.

En cuanto Colchagua se quietó después del fusilamiento de los revoltosos, llegaron malas noticias del norte: tres terremotos seguidos, con duraciones de más de seis minutos, habían asolado la ciudad de Copiapó. La gran cantidad de víctimas humanas y la destrucción de casas y canales de regadío significaban una desgracia mayúscula pero, al menos para

el Gobierno, fue mucho peor la desaparición de la minería pues hasta ese momento era la que había financiado la mayor parte de la Escuadra. Además, se rumoreaba que las grietas con emanaciones sulfurosas en medio de la ciudad provocadas por los terremotos habían llevado a los copiapinos a sentir la presencia del diablo y a culpar al hereje O'Higgins por la calamidad.

“Son unos ignorantes”, dijo él, preocupado únicamente de ver cómo financiaba la reconstrucción de Copiapó y sus instalaciones mineras. Rosario estuvo tentada de persuadirlo de prestar atención a los “supersticiosos”, como los llamaba él, pero desistió antes de intentarlo.

El General no sospechaba que dentro de veintidós años exactos su nombre sería invocado en los ritos santeros de los descendientes de africanos en las costas peruanas. Y menos aún sospechaba que él iba a ser un fetiche, un objeto de superstición, cuando figuras de yeso que lo representaban a él vistiendo uniforme militar, fueran veneradas junto a las del beato Martín de Porres y el Señor de los Milagros. No podría haber adivinado que, gracias al buen trato y la amistad prodigada, en el mismo momento de su muerte, sus esclavos de la Hacienda Montalván lo iban a elevar a la categoría de espíritu protector. Y todo esto porque les dio un muy buen trato. Candelaria siempre pensó que actuaba así por la falta de costumbre de tener esclavos pero también porque debe haber sentido culpabilidad al aceptar que en el Perú, a diferencia de Chile, no era posible abolir la esclavitud en el mismo momento de la guerra de independencia sin correr el riesgo seguro de perder el apoyo de la totalidad de la aristocracia.

De todos modos, en 1820 el ideal de vida tranquila de Rosario solo significó que no hiciera más tertulias. Vivía a sobresaltos debido a las noticias que llegaban del Perú y del sur de Chile, además de las múltiples conspiraciones para asesinar

a O'Higgins. Para no enloquecer, mientras más graves eran las noticias más se esforzaba en sus clases de piano con Herr Drewecke, quien la acompañaba con su violoncello, y en las clases de canto con doña Rosario Garfias, famosa por su sol sostenido.

Fue por ese tiempo que empezó a notarse que el General desoía cada vez más las opiniones tanto de Rosario como de sus otros allegados. Zenteno se lo comentó a ella: “me parece que ya no cuento con la confianza del General”. Esa misma noche se lo planteó a Bernardo y él le dijo que estaba cansado.

—¿De qué?

—De todo.

Quedó preocupada. Nunca había oído algo así de la boca de Bernardo.

A principios de mayo quedaron con el alma colgada de un hilo al saber que Agustín Borne había sido asesinado en Talcahuano. Rosario acompañó a Bernardo para darle la noticia a Nieves. Se decía que los hombres de Benavides habían matado a Borne con saña, al enterarse de que era cuñado del Director Supremo y no solo el capitán de un buque en el que se vendía licores y tabaco, botines preciados por los bandoleros.

Nieves, con los ojos secos y el corazón partido —así dijo: siento que se me parte el corazón— se quedó inmóvil, sin habla, incapaz de consolar a sus cuatro hijos que lloraban sin saber porqué. Rosario se llevó a los niños a su casa para dejar que Nieves se sacara la pena en compañía de su hermano. “Aunque no estuviese enamorada de él, de todos modos lo quería”, le dijo Rosario a doña Isabel de Vidaurre que, con la noticia, tenía otra prueba de que las cosas en el sur estaban cada vez peor.

A los quince días O'Higgins logró que su hermana obtuviera el montepío sin haber alcanzado a reunir toda la documentación necesaria. A la mañana siguiente, cuando supo

que por las calles se comentaba que el Director Supremo practicaba la ley del nepotismo, sufrió un ataque de apoplejía que le dejó la cara paralizada. No podía hablar ni comer y por segunda vez en un año le era insoportable la luz del sol. Pero que eso era lo de menos, le mandaron avisar a Rosario.

Hacía meses que Bernardo venía quejándose de dolores neurálgicos en la cara, sin hacerles caso ni tomar precauciones. Y ahora, le informaba doña Isabel Riquelme, el médico le había aplicado ventosas en la espalda y el cuello sin que surtieran efecto alguno. Bernardo seguía sin poder tragar ni agua y se suponía que por la noche iba a tener dificultades respiratorias y cerebrales.

Rosario temió lo peor después que el médico de cabecera le pidiera que se encomendase a Dios. Al atardecer cruzó la calle para ir a la Catedral a rogarle sus favores a la Virgen del Carmen que hasta ahora siempre le había cumplido. Por la noche, después de comprobar que el paciente no mostraba progreso alguno, se realizó una junta médica que, como medida de urgencia, decidió aplicarle sangrías en los dos brazos.

Al ver que por la mañana Bernardo se recuperaba, Rosario estuvo segura de la intervención de la Virgen del Carmen. "Tiene mala salud pero es vigoroso como un toro", comentó doña Isabel Riquelme que por esos días incluso permitió que Rosario se quedara a dormir en Palacio. "Para no contrariarlo", le dijo a Rosita.

A veces, a lo largo de la convalecencia, Rosario pensaba que era una desgracia que pese a la enfermedad, a Bernardo le siguieran funcionando los sesos igual que antes porque al cabo de un par de días de nuevo estaba trabajando a un ritmo matador, sin hacer caso a los consejos de médicos y mujeres. Rosario le preparaba gárgaras de vinagre con agua de rosas ya que, según ella, sus males se originaban en una estrechez en

el pecho, pero él se burlaba y en pocas ocasiones le dio en el gusto; "me desagradan los encurtidos", le decía.

El miedo de Rosario era que Bernardo quedara con la cara torcida o, peor aún, con alguna incapacidad. "¿Vale la pena tanto sacrificio para un país de desagradecidos, como tú mismo dices?", le había preguntado. Él le acarició una mano, sonrió y no dijo nada. Más tarde continuó: "soy un león difícil de domesticar". Entonces le contó sus peripecias del viaje de retorno a Chile, cuando tenía poco más de veinte años. Que el viaje duró dos años, le dijo; y los ingleses lo tomaron prisionero cuando viajaba en un barco español; enseguida tuvo un naufragio; después cayó en las garras de un usurero y perdió un piano forte que le llevaba de regalo a su madre; durante seis meses tuvo una sola camisa; recibió la extremaunción cuando contrajo la fiebre amarilla y, finalmente, por azar, un pariente lo rescató cuando estaba semi muerto en una playa de Cádiz. "Eres un hueso duro de roer. Eso es lo que eres", fue el comentario de ella.

A los pocos días Rosario acompañó al convaleciente a las termas de Cauquenes, hasta donde la invitó él porque la veía desganada. "Te estás poniendo flaca", le dijo.

Volvió repuesta gracias a los baños de barro y aguas sulfurosas, las caminatas por los bosques y las comidas de campo pero disgustada consigo misma. No había logrado evitar los entredichos con Bernardo. La verdad, no se sentía amada. "Si te enfrentas con todo Santiago por llevar a vivir a ese cura a Palacio ¿por qué no haces lo mismo por mí?", le había preguntado.

—Lo hago por cuidar tu reputación.

—Todo el mundo sabe que soy tu mujer y que Demetrio es tu hijo.

—Debemos ser cautelosos. Tu marido podría presentar una acusación por adulterio y mandarte a encerrar a un monasterio.

—No lo hará. Tú eres el Director Supremo.

—Si viviera contigo, cualquiera podría acusarte al Tribunal Eclesiástico.

—Yo creo que actúas así por cuidar tu carrera política. Tal como hizo tu padre.

“Después de eso, vino el hielo”, le contó a Candelaria. Durante el resto de la tarde él se había quedado tieso y mudo, “como un palo”. Y que a ella no le había importado, agregó con un brillo rabioso en los ojos. Entonces se puso a llorar y Candelaria la consoló como siempre: haciéndole trenzas, para darle tiempo para hablar.

Rosario estaba segura de que Bernardo algo hacía para que a ella se le confundieran los reproches. Dado que él viajaba tanto a Valparaíso, ella se quejaba por sus ausencias y no lograba decirle lo que en el fondo quería: vivir juntos, no separarse ni un minuto de él. Esa había sido la primera vez que logró decirselo. Discutían por asuntos de gobierno y de ellos apenas hablaban. Bernardo había estado al borde de la muerte pero para él, todo seguía igual; ella se había acomodado a la situación que vivían y no aspiraba a nada más. Que estaban teniendo una pelea equivocada porque el asunto era otro, le dijo a su mamá. “¿Cuál?”, preguntó Candelaria pero Rosario siguió hablando por su cuenta. Que el amor se gasta, decía de distintas maneras. Al final dijo que necesitaba ganar tiempo, deteriorar el amor de a poco; que ojalá fuera él quien la abandonara para ahorrarse la pena, el miedo y la verdad.

“No exagere y reconquistelo”, le aconsejó Candelaria.

Como sucedía a menudo, Rosario le hizo caso a su mamá pero mientras más complaciente se mostraba con Bernardo, más sentía que su cuerpo se iba cubriendo de una corteza dura que la aislaba del mundo y la separaba de sus sentimientos. “Tengo cuero de chancho. Nada me toca”, le dijo con orgullo a Candelaria que la miró compasiva. Al notar lo,

Rosario enfureció contra su mamá y contra todos. Peleaba con los vendedores y los sirvientes por cualquier nimiedad, se agotaba en el esfuerzo de mostrarse feliz y Demetrio le resultaba una carga difícil de soportar, siguiéndola como lo hacía, por toda la casa. Debido a su esfuerzo por sonreír, la boca se le secaba y la sonrisa se le quedaba petrificada en medio de la mandíbula, adolorida de tanto apretar los dientes y muelas.

A mediados de junio O'Higgins partió a Valparaíso y no se lo volvería a ver en Santiago hasta fines de agosto. Había prometido volver cuando estuviese seguro de que la Escuadra había zarpado al Perú. Rosario no se quiso despedir. “Te voy a ir a visitar”, le dijo.

A los pocos días se comentaba que O'Higgins había mandado barcos a las costas del Chocó para apoyar la guerra de Nueva Granada, en respuesta a las furias de Bolívar que había dicho que iría él, personalmente, a derrotar a los realistas atrincherados en Chiloé, puesto que los chilenos eran unos cobardes, incapaces de sacárselos de encima. “En estos mares, mi querido Bolívar, usted muere por congelamiento”, le escribió en una de esas cartas que nunca enviaba. Se decía que de ese modo Su Excelencia había aprovechado de deshacerse de cientos de revoltosos. Los barcos y la tripulación enviados al Chocó se quedaron allá durante años, olvidados de todos, hasta después del fin de las guerras de Bolívar. Un par de veces O'Higgins recibió cartas de ellos, donde le informaban que la bandera chilena era venerada en Tumaco y Quibdó y que cuándo los mandaba buscar, querían saber. “Que sigan comiendo cocos y chontaduros, que acá vendrían solo a revolver lo que ya está turbio”, dijo en los días finales de su gobierno.

Durante ese invierno, en las conversaciones alrededor del brasero y el mate para espantar el frío, las señoras comprobaban que nunca antes habían tenido tantos negocios en sus

manos. En las brasas quemaban sahumerios, ramas de romero y cáscaras de limón y naranja para deleitarse con sus emanaciones perfumadas mientras comentaban que si los hombres se iban a la guerra y morían en los campos de batalla o se embarcaban rumbo al Perú, ellas eran las encargadas del sustento familiar, incluida la administración de las haciendas y no solo de las casas. Aunque muchas eran analfabetas, aprendían rápidamente a sumar y restar. “Más no necesitamos puesto que desde niñas sabemos hacernos obedecer”.

También a Rosario le había bajado la fiebre por los negocios y llevaba meses empeñada en sacarle el consentimiento a doña Isabel de Vidaurre para vender una hacienda perdida en el sur, con el fin de instalar un negocio de venta de hielo que los baquianos transportarían desde la cordillera hasta Valparaíso para proveer de pescado fresco a la capital.

—Es un negocio redondo, mamá.

—Las Pataguas es lo único que heredé de mis padres y jamás la venderé.

—Son tierras de rulo que no sirven para nada.

—Venderé unas hijuelas para pagarme unos dientes que necesito. El médico dice que espere la llegada de un amigo suyo de Suiza que fabrica unos dientes de una madera que parece marfil. Solo para eso venderé tierras. Lo tuyo es una idea extravagante, igual a las que se le ocurren a tu padre. Pídele dinero a él.

—Lo que quiero es solo un préstamo, mamá.

—Me estás pidiendo que venda Las Pataguas y como tu padre no tiene dónde caerse muerto, es lo único que ustedes van a heredar. Tal vez tú te conviertas en la dueña de Collipeumo pero yo no duermo pensando qué va a ser de Josefa y Salvador.

Nieves y Rosario hacían diligencias de la mañana a la noche para conseguir el dinero necesario para su empresa conjunta y una vez a la semana, por lo menos, iban al mercado

a cerciorarse de la necesidad del comercio del hielo, cada día más escaso por la moda de los helados.

Sin darse cuenta, hacía tiempo que Rosario estaba acostumbrada a estar sola y ahora, cuando Bernardo regresara a Santiago, ella debería hacer el esfuerzo de cambiar su rutina para adaptarse a la de él.

“Tu negocio se derrite. ¿O no sabes que el hielo es monopolio del Cabildo?”, le había dicho Bernardo antes de irse, sin preocuparse más del asunto.

Doce

En el invierno de ese año de 1820, mientras O'Higgins estuvo durante tres meses en Valparaíso reforzando la Escuadra y pasando rabias por los fracasos en el asedio a Lima, Rosario conoció a un hombre que la dejó perturbada durante varios días. Cinco para ser exactos, porque al sexto lo volvió a encontrar.

La primera vez fue a la mañana siguiente de la inauguración del Paseo de las Delicias. Nieves y ella se sentaron en un banco de piedra y estaban a la espera de que un mozo de uno de los cafés cercanos les trajera una limonada para Nieves y un té Young Hyson —su favorito y siempre escaso— para Rosario. De lejos le llamó la atención la figura de un hombre joven, alto, delgado y vestido de oscuro que caminaba con otra gente en dirección a ellas. Al pasar por el frente, saludó a Nieves sacándose el sombrero y siguió de largo. Iba conversando con tres procuradores a quienes ella conocía por sus litigios contra Soto Aguilar. Apenas sus ojos se encontraron se acordó de Manuel Rodríguez. Tenía su misma desfachatez y una voz inconfundible. Lo miró durante un largo rato, hasta que se perdió de vista. Por Nieves solo pudo saber que era primo de Mariquita Cotapos, a la que había conocido en Quintero, en una hacienda vecina a la de los Cochrane, donde supo que Mariquita tenía algún parentesco con los Carrera. Quedó intrigada.

La segunda vez, en una tertulia donde Nieves, sus ojos nuevamente se encontraron. Había mucha gente, toda conocida, excepto él. Que un pariente de los Carrera visitara la casa de la hermana del Director Supremo le pareció un buen pretexto para acercarse. Se llamaba José Antonio y fuera de mirarla mucho no estuvo dispuesto a más. Le respondió con cortesía y exactitud sin dar pie a una conversación. Más tarde cayó en éxtasis al escucharlo interpretar a Mozart en el piano. Entonces recordó que alguna vez, años atrás, Bernardo le había insinuado invitar a los Cotapos a sus tertulias.

Estoy loca, se dijo a la tarde siguiente, cuando por cuarta vez se descubrió ensoñando encuentros. No pudo evitar acordarse del pirata inglés, olvidado por años. ¿Si hubiese sabido cómo iba a seguir esa historia, habría hecho lo que hice?, se preguntó de nuevo. Creí que me escapaba con él, en su barco, y terminé casada con Soto Aguilar; después creí que sería una solterona y terminé de amante de Bernardo y ahora estoy a punto de enamorarme de un carrerino pianista y mejor no pienso más. Enseguida fue donde su mamá y se lo contó todo.

—Mí niña, usted ya no está en edad para andar en esas cosas —dijo Candelaria.

—Cualquiera que te oye, creería que soy una vieja. Tengo veinticuatro años, mamá, y que yo sepa, las mujeres nos podemos enamorar hasta los treinta.

—Depende, pues; usted tiene un hijo y un marido.

—A Bernardo lo veo cada vez menos.

—Está ocupado con su Gobierno. Cuando lo de don Soto Aguilar yo le hallé toda la razón, pero ahora no, Rosarito. Déjele algo a su hermana.

Rosario no entendía los amores de su hermana. Iban a ser cuatro años que no se encontraba con Mateo y seguía escribiéndole cartas perfumadas y estudiando todo lo que se

le cruzaba por delante. Era poco aficionada a los bailes y a la música, pero se deleitaba con las matemáticas, la astronomía y otros asuntos igual de extraños. De burla, la llamaban “bachillera” y “sabihonda”, pero Josefa en vez de ofenderse, se enorgullecía. Ella había seguido transcribiendo los libros del tío jesuita que a Rosario la aburrieron al cabo de unos meses y además, andaba siempre alegre, como si leer libros fuera una fiesta. “Josefa no es de este siglo; debió vivir en el Renacimiento”, había comentado el tío. Una noche Rosario se atrevió a preguntarle hasta dónde habían llegado sus amores con Mateo y Josefa le contó de unos besos en la boca.

—¿Y te desnudaste?

—¡Cómo se te ocurre!

—¿Lo amas?

—Quise irme con él pero Mateo dijo que debíamos esperar a casarnos. Y sigo queriendo irme con él.

—¿Y con ningún otro?

—Le prometí esperarlo.

—Tienes dieciocho años.

—Puedo seguir esperándolo.

Definitivamente no entendía a su hermana. No parecían tener la misma sangre. Ella es como mamá, pensó, reconociendo su cercanía con su padre.

Pasaron algunas semanas durante las cuales Rosario intentó, por todos los medios, desechar la imagen de José Antonio, a quien creía ver en cada esquina. En la calle, toda figura de hombre alto, pelo oscuro y vestido de civil que divisaba a lo lejos, le producía un vuelco en el estómago y el corazón se le subía hasta la boca. Estoy peor que una niña enamorada, se reprochaba y, sin embargo, seguía saliendo a la calle con cualquier pretexto, mañana, tarde y noche.

La única vez que no estuvo segura de haberse equivocado al creer que un hombre escondido bajo una capa española era

José Antopio, fue cuando inauguraron el Teatro Principal. Al cruzarse con los de ella, los ojos del hombre brillaron como brasas en la oscuridad. Rosario supo que era él y las rodillas se le reblandecieron y no lograban sostenerla. Nieves se dio cuenta de su turbación, pero ella solo dijo: "echo de menos a Bernardo". Después, al contárselo, Candelaria preguntó: "¿este señor no será el diablo con disfraz, Rosarito? Esos ojos como brasas no me gustan nada".

Al encuentro siguiente Rosario enloqueció; así se lo dijo a su mamá. Había ido hasta los altos de Ñuñoa, invitada por una amiga para visitar la hacienda del padre de Mariquita Cotapos. Para el paseo campestre vistió chaqueta marrón, una falda flotante blanca y un sombrero de paja adornado de rosas de invierno. Había pensado que quizá lo vería y de ahí el esmero en embellecerse, aunque lo cierto era que todas las mañanas se esmeraba, previendo un encuentro casual.

Y a pesar de sus previsiones, jamás había contemplado la posibilidad de verlo semi desnudo. Lo vio enseguida; solo con pantalones y botas, junto a varios peones que ayudaban a una yegua a parir. Apenas alcanzó a verle un hombro y el brazo, cubiertos de gotas de sudor. Se retiró de inmediato junto a las otras mujeres que, equivocadas de camino, habían llegado a las pesebreras. Durante semanas imaginó el cuerpo de José Antonio a partir de esa visión.

A la hora del almuerzo solo hubo mujeres en torno a la mesa. La cazuela de ave con chuchoca era la más deliciosa de su vida y, sin embargo, no podía tragarla. No se aguantaba el cosquilleo en la piel, que después la tuvo a lo largo de la tarde en un estado de inquietud insostenible. A cada rato se paraba a mirar por las ventanas, buscando pretextos para salir a caminar. Recién cuando había oscurecido y se estaban despidiendo, apareció él, con el pelo aún mojado y vestido de caballero. En un intercambio de palabras confusas, le dijo:

"señora, usted no se anda con melindres pero no olvide que es la mujer de un hombre poderoso". Fue lo único que después pudo recordar. Entonces, dentro de su cabeza volvía a escuchar la misma frase y suspiraba y se retorció las manos.

A los diez días, después de meses de ausencia, O'Higgins finalmente regresó de Valparaíso; esta vez para quedarse. "Por fin cumplí mi sueño de ver partir a la Escuadra", dijo entre abrazos, besos, barcos embotellados para Demetrio y un mantón de Manila de seda negra con dragones bordados en hilos de oro para Rosario. Bernardo encontró a su mujer convertida en una experta en rutas cordilleranas y asidua cliente de los abogados con quienes preparaba los litigios constantes que mantenía en Cauquenes. Que le causaba gracia; así dijo él.

Al día siguiente —día de Santa Rosa de Lima— se celebraba en grande y con retraso el santo de Bernardo y el de Rosita y, sobre todo, la partida de la Escuadra. La fiesta comenzó de mañana, con una banda de músicos que llegó a saludar al Director Supremo y a su hermana. Atraídos por la música, los santiaguinos se acercaron a ver la llegada de los criados de las grandes familias, portadores de los saludos y los regalos de sus patronos. Ese día no se ahorró la pólvora de cañonazos ni de cohetes, que eclipsaron a los de Año Nuevo. Por la tarde hubo competencia de elevación de globos, palo encebado y otros juegos que finalizaron cuando la gente se agolpó a las puertas de Palacio, para presenciar la llegada de los señores principales, anunciados por el son de los clarines. Llegaron quinientas personas que se distribuyeron en seis salones. En el segundo patio, techado con velas de buques, se acomodaban tres larguísima mesas adornadas con un juego de manteles belgas, regalo de Lord Cochrane. Los cientos de antorchas a los costados del patio, los braseros que calentaban el aire, los velones en las mesas, la fogata donde los cocineros preparaban los manjares a la vista de los comensales y los malabaristas con sus

fuegos voladores, producían un efecto de fiesta pagana. La noche estaba fría y para Rosario fue la oportunidad de estrenar su mantón de Manila sobre un vestido de terciopelo y encajes color violeta.

Jamás se imaginó que a la noche, en el baile de Palacio, iba a encontrar a José Antonio. Y menos aún imaginó que bailarían casi toda la noche con él. Primero fueron gallardas, vales y contradanzas y más tarde, cuandos y fandangos. Bailó con él como si hubiesen bailado juntos durante toda la vida: frente a frente, rozándose apenas la punta de los dedos, presintiendo el próximo movimiento del otro, dibujando el aire con sus cuerpos.

Rosario se dio tiempo para concederle una pieza de baile a Bernardo y lo encontró amurrado. Ella le aseguró estar pendiente de no darle motivos de disgusto a doña Isabel Riquelme; “así me mantengo a la sombra”, le dijo en medio del minué, con una inquietud que le impedía mirarlo a los ojos. Antes de la cena y el baile, José Antonio se había acercado hasta el grupo donde estaba Rosario. Se presentó como José Antonio Pérez Cotapos y Aldunate. Durante todo el tiempo que estuvieron disfrutando de los pavos, corvinas, conejos y patos al escabeche, Cotapos fue interrogado sobre las andanzas de José Miguel Carrera en la Argentina. “Es una verdadera curiosidad tener a un pariente íntimo de los Carrera en la mesa de Palacio”, le confesaron a la hora de los postres. “Nada menos que al primo hermano de la viuda del finado Juan José Carrera”, agregó Nieves.

—¿Y no tiene temor de estar acá? —le preguntó Rosario.

—Al lado de una dama hermosa como usted, no es posible tener miedo.

Rosario se atragantó. Hubo un silencio que duró hasta que alguien le dijo a Cotapos: “cuídese; a ese paso usted va a terminar igual que su prima: preso en un convento”.

Luego vino el baile, el amurramiento de O’Higgins y la certeza de que si ella quisiera, ese hombre podría ser su amante. No alcanzó a saber si era lo que deseaba; esa misma noche la pasaron juntos.

Fue un transcurrir de tiempo detenido durante el cual no pensó nada. Al día siguiente solo recordaba que en algún momento, mientras bailaban, José Antonio la tomó del brazo y se la llevó de Palacio. Lo que siguió era confuso: imágenes y sensaciones simultáneas, rítmicas, sin norte ni sur, que partían de un espacio pequeño y oscuro hasta abarcarla por completo.

Si las ordenara, las deformaría, se dijo a la mañana siguiente mientras lloraba a mares sin saber la razón. Y de nuevo la asaltaban las mismas imágenes de la noche anterior, confundidas en un presente inamovible.

“No hay primera sin segunda y la tercera es la vencida”, le había dicho Cotapos, de modo que bañada en anhelo, esperaba un segundo encuentro. “Nos sacamos las ganas” le había dicho también y entonces, se desesperaba. No sabía qué pensar ni qué esperar y el cuerpo se le humedecía entre recuerdos y pensamientos de futuro.

A media mañana creyó que Cotapos había actuado así para vengarse de O’Higgins. Se inundó de una rabia que desde dentro le rajaba la piel, buscando una salida. “¿Cómo pude ser tan estúpida?”, la oyó decir Candelaria al llevarle el chocolate del desayuno. “Mama, merezco todos los castigos del infierno”, dijo Rosario y Candelaria comprendió por qué al alba, al abrir la puerta, la había encontrado allí, en la calle, enmudecida, hermosa y con un olor distinto al habitual.

Candelaria vio que a su niña la vida se le convertía efectivamente en un infierno. Andaba triste y de mal genio; ya no disfrutaba de los juegos con Demetrio ni del jardín que siempre había cuidado, sobre todo en la época en que florecían los

narcisos y añuñucas. Si no vagaba como un fantasma por la casa, dibujaba patas de arañas en un cuaderno de hojas amarillas. Y cuando O'Higgins le hacía visita, ella sonreía con una sonrisa grande y hablaba sin ganas. El General también andaba de malas pulgas porque quería trasladar la Aduana a Valparaíso y el Senado se burlaba de él, poniéndole problemas, cuando en realidad —todos lo sabían— algunos senadores buscaban proteger el negocio del contrabando.

Ella no le mintió a Bernardo al responderle que se había ido temprano de la fiesta ofendida por su enojo. Tampoco fue una mentira decir que no se sentía bien. “Quizá tengo la sangre débil; de ahí el desgano y el sueño constante. Es una enfermedad que ataca a las mujeres a fines del invierno; basta comer alcachofas y lentejas”, había agregado para tranquilizarlo.

No habría sido necesario tranquilizarlo, ya que él continuó a lo largo de la primavera con todos sus bríos puestos en el traslado de la Aduana. Al principio el Senado rechazó de plano su petición. Él insistió. A la semana, el Senado la rechazó de nuevo, argumentando a favor de los carreteros que iban a perder el negocio de trasladar hasta la Aduana de Santiago las mercaderías del puerto. Él insistió. A la semana, el Senado nuevamente rechazó su idea, amparándose en las familias prominentes de Santiago que reclamaban porque sus hijas perderían la oportunidad de hacer buenos matrimonios con los comerciantes mayoristas extranjeros instalados en la capital. Él insistió. A los quince días el Senado transó, declarando que de ahí en adelante habría una Aduana en Valparaíso además de la de Santiago.

En medio de los ires y venires por el asunto de la Aduana, del Sur llegó una noticia que dejó a los santiaguinos con el alma colgada de un hilo. El bandolero Benavides seguía haciendo de las suyas y, para conmemorar a su modo el aniversario de la Independencia, no encontró nada mejor que

asaltar a los habitantes de Los Ángeles que iban huyendo, justamente por el temor a sus atrocidades, en busca de refugio en Chillán. Los mató a todos: los cadáveres de mil quinientas personas, en su mayoría niños, mujeres y viejos, más una escolta de soldados, quedaron repartidos por el camino como comida para los jotes. Y de inmediato siguió camino al pueblo de Yumbel, al que también atacó, diezmando a sus pobladores.

La gente de Los Ángeles viajaba bajo la protección del mariscal Alcázar, un viejo amigo de don Juan de Dios y de O'Higgins. Rosario recordaba que una vez, cuando tenía ocho años, él le regaló un corderito de lana negra y suave y en una ocasión anterior, la sentó en sus rodillas para jugar a las adivinanzas. “La guerra a muerte es peor que la guerra”, dijo Bernardo entristecido. Muy pronto supieron que Freire, a cargo de Concepción, nuevamente había tenido que evacuar a los civiles. Esta vez, ante la amenaza de ser atacado por las hordas de Benavides, se los había llevado a Talcahuano. Freire pedía refuerzos urgentes; que necesitaba hombres, armas, caballos e, incluso, alimentos, mandó decir. Las Puga lamentaron la suerte de sus amigos y parientes, trasplantados por segunda vez. Se las ingeniaron para mandarles sacos de trigo y porotos, sin estar seguras si los recibirían. O'Higgins buscaba y rebuscaba para cumplir con los pedidos de Freire, pero ni siquiera en un momento así reconoció que acaso Rosario hubiese tenido razón y que había sido un error mandar a la gente de Concepción de vuelta a su tierra. Todo lo contrario: se empeñaba cada vez más en cortar la guerra de raíz; es decir, atacando a Lima.

Entretanto, Rosario había vuelto a ver a José Antonio Cotaños. Apenas sus ojos se encontraron en una tertulia donde Nieves, el cuerpo se le derritió por dentro y después comprobó que también sus dudas y rencores se habían derretido.

“El afán por disimular y las ganas de mostrarme enojada, obraron el milagro”, reconoció a la mañana siguiente, mientras le contaba a Candelaria que él, con aires de misterio, le había susurrado que había tenido que ausentarse de Santiago. “No sentí ganas de hacerle reproches”, siguió contándole a su mamá. Y que apenas pudieron hablar porque Bernardo, que nunca se mostraba solícito en público, no despegaba sus ojos de ella. Habían sido tantas las amabilidades de Bernardo que José Antonio, antes de retirarse al rincón de los caballeros le preguntó si tuvo problemas. “No”, mintió ella, sabiendo que se había puesto roja hasta la punta del pelo.

Esa noche comenzó a fumar. Hasta aquel momento solo había probado los habanos de Bernardo, pero en esa oportunidad fumó unos cigarrillos orientales de papel amarillo y perfumado con clavos de olor. También eso dio pie a que Cotapos le dirigiera la palabra: “fumar es un placer, señora, usted lo sabe, yo no paro de hacerlo de la mañana a la noche”. De ahí en adelante se hizo aficionada a los cigarrillos porque su olor le recordaba a Cotapos.

Durante las fiestas de diciembre se vieron con frecuencia y siempre desde lejos. Apenas podían intercambiar unas palabras y miradas ardientes, pero los ojos de Cotapos le decían frases completas. El final del verano y el estallido de una de las más devastadoras epidemias de viruela del siglo, los iba a sorprender en amores apasionados. El inicio de ese año de 1821 marcaría el cambio. Fue en la fiesta de Año nuevo que se celebró en El Conventillo, en planes de transformarse en la futura residencia de verano de O’Higgins. Mientras todos se embelesaban mirando los cohetes y luminarias, en la oscuridad ella solo veía el par de brasas de los ojos de José Antonio, tal como las había visto a la salida del teatro. Estuvo con su alma en otra parte durante toda la fiesta. Miraba, sonreía e incluso contestaba preguntas sin saber qué miraba ni de qué

hablaba. ¿Qué hago entre tantos generales y argentinos?, se preguntó a la medianoche, decidida a... ¿a qué? No lo sabía. ¿A cualquier cosa con tal de estar con José Antonio? Tampoco era exactamente eso.

Desde unos meses atrás no se preocupaba de Bernardo, quien seguía con la costumbre de contarle sus asuntos pero ella no lo oía, le respondía algo y enseguida lo olvidaba. Siempre era sobre la Escuadra y la escasez de recursos fiscales y tenía ambos temas hasta más arriba de la coronilla. Lo del Gobierno hacía mucho que no la entusiasmaba pero, en cambio, se mantenía al tanto de cada rumor del bando de los carrerinos y pendiente de Mozart o de cualquier otro detalle relacionado con Cotapos. Cuando pasaba una semana sin divisarlo, creía que su desasosiego era un castigo del cielo por haberse burlado de los amores de Josefa. Soy una mujer que ha pasado por dos maridos y tengo un hijo que camina y habla, no puedo continuar así, se reprochaba. Otras veces culpaba a Bernardo por no haber tomado partido por ella en sus desavenencias con doña Isabel Riquelme. Bernardo es un pusilánime, se atrevió a pensar una vez. Peor aún: un débil, se corrigió. Lo vio como un hombre despojado del uniforme y del poder y de inmediato lo amó de nuevo. Me pierdo en pequeñeces y me quejo por todo mientras él se preocupa de terminar la guerra y hacer el gobierno; soy injusta, se dijo.

A través de sus amigas que trabajaban en las tareas de aseo y cocina de Palacio, Candelaria supo que don Bernardo estaba raro. Así se lo había dicho su prima de Palpal, que hacía muchos años seguía a doña Isabel Riquelme por donde quiera que se trasladara la señora, y que la mantenía al corriente de las intimidades de Palacio. “Mamá, júrame que no has andado hablando de más con tu prima”, le pidió Rosario cuando ella se lo comentó. “¿Qué quiere decir tu prima con eso de raro?” Que don Bernardo hablaba con las cachañas,

las amaestradas por Josefa para que le gritaran “Bernardo, mi amor”, solo que lo decían a todo el que pasara por el pasillo donde las ponían a tomar el sol; que a ellas les contaba sus problemas de Gobierno al momento de darles de comer. “Siempre lo ha hecho”, respondió Rosario, que de todas maneras se sintió preocupada. Quizá se ha dado cuenta que ni escucho sus tribulaciones, pensó. Candelaria siguió contando que su prima había escuchado que doña Rosita le había dicho a su madre que también a doña Nieves iban a tener que ponerla a la sombra para no dañar la imagen sagrada de don Bernardo junto a su madre; que a ella no necesitaban sombrearla por ser hija legítima, había agregado doña Rosita. Al darse cuenta de que Rosario no la escuchaba, Candelaria calló. Poco después Rosario volvió hasta ella para preguntarle si estaba segura de que no había andado hablando de sobra y para pedirle a su prima que le enviara un mensaje a Rosita: que las mujeres nacían para ser amadas, tener hijos y vivir en pareja; que a las solteronas se les amargaba la sangre, la cara se les llenaba de granos y, por último, se les reventaba la hiel.

Por un tiempo Rosario anduvo como ánima en pena, triste y de un genio que espantaba a todos, hasta que de nuevo se fue con Cotapos. Sucedió en el carnaval que en Santiago llamaban calestonendas, justo en el momento en que el Gobierno no lograba imponer un decreto que prohibía el uso de disfraces para las fiestas de antes de cuaresma. Tradicionalmente la fiesta significaba que durante tres días iba a regir “el chipe libre”, o sea, por ese tiempo se toleraría cualquier exceso de la imaginación, pero ahora, con las prohibiciones recién dictadas, los milicianos tenían la tarea de perseguir a los negros que se disfrazaban de mujeres, causando malos entendidos y violencia innecesaria. Muchos de ellos habían muerto apuñalados en las calestonendas anteriores con la consiguiente ruina de sus dueños —así se argumentaba— y, además, se los

sindicaba de ser los culpables de que las borracheras se prolongaran por una semana más. La cofradía de los negros era la más numerosa, no porque ellos fueran mayoría sino que era donde se sumaban los amigos de la jarana y el buen pasar. O’Higgins, decidido a convertir a los chilenos en un pueblo laborioso, había optado por tomar medidas civilizadoras que empezaban con el veto a los disfraces y no se sabía dónde iban a terminar. Muchos se oponían con el argumento de que los bailes y mascaradas eran una medida de higiene para el alma y que por esa razón en todas las naciones civilizadas había carnavales como preparación para el período de penitencia. Pero, al igual que cuando se prohibieron las ramadas y venta de licores durante Navidad, el Gobierno no hizo caso a las protestas; “a este paso nos van a prohibir las peleas de gallos y las corridas de toros”, se decía.

Rosario y Nieves acordaron que para hacerle el quite al calor se vestirían de cortesanas. Así salieron a mezclarse con los que marcaban el paso al ritmo de tambores y pífanos. Rosario siempre había deseado vestirse de rojo y nunca lo había hecho por creer que una colorina no podía usar ese color. Candelaria la ayudó a cubrirse de rojo de pies a cabeza, con unas telas de la India que dejaban entrever sus desnudeces, un turbante de lunares para cubrirle el pelo y un antifaz negro con estrellas de plata. Ni siquiera Josefa la reconoció. Frente a la iglesia de Santo Domingo se unieron a la coscoroba, como se llamaba al grupo de los negros que lucían los trajes más extravagantes o que simplemente iban en cueros, contorsionándose al ritmo de gritos y tambores mientras vendían las bulas para el próximo bienio y dejar así a los compradores en calidad de libres de pecado.

Dos horas más tarde Cotapos la vio, la agarró de un brazo y la sacó de ahí. “Me habían contado que estabas mal, pero nunca pensé que fuera tanto”, le dijo. Después de recordarle

que esta era la tercera vez y que era la vencida, le confesó que una sirvienta de su familia le había pasado el soplo de que doña Rosario andaba entre las damas de sociedad que gustaban de bailar con los negros. "Ella te reconoció por una corazonada porque si yo te hubiese visto, habría creído que eras una beata". También le contó que la viuda de Vidaurre era su confidente y gracias a ella, sabía de su mal genio y los suspiros al atardecer. "Yo busco mis aliados y tu tía es la principal; tu madre lo será también". Rosario no volvió a su casa en los tres días de fiesta y al cuarto, un miércoles, apareció con una cruz de ceniza en la frente, señal de que venía de hacer penitencia.

El otoño encontró a Rosario yaciendo indistintamente con Bernardo y con Cotapos. No se sentía infiel a ninguno de los dos porque amaba a cada uno en su momento. "Si aquí hay una víctima, esa soy yo", le gritó a su madre cuando doña Isabel pretendió entrometerse en el asunto. A principios de julio, pese al frío y la viruela, los desvaríos de Rosario recrudecían en vez de menguar.

A medida que los encuentros con José Antonio se hacían más frecuentes, Rosario comenzó a vivir en un estado de exaltación. Su sangre pulsaba con vigor, tenía las mejillas sonrosadas y en las mañanas saltaba de la cama, deseosa de emprender el día. A pesar del invierno, los colores de las cosas le parecían más vivos y la naturaleza, exuberante. Los días grises que antes la habían entristecido, eran ahora dignos de disfrute, de salir a caminar, de mojarse con las lluvias escuálidas de Santiago, de abrir las ventanas en cuanto corría un poco de viento.

José Antonio contaba con una vasta experiencia en las artes conspirativas y tanto él como ella eran cuidadosos con sus encuentros por temor a los espías del Gobierno pero, aún así, Rosario vivía a sobresaltos. Estaba segura de que no iba a ser

sorprendida, pero de todos modos tenía susto y ese susto eran unas cosquillas en el vientre y, a veces, en los muslos, cuando caminaba a paso rápido para encontrarse con su amante, tapada hasta los ojos por su rebozo, al que nunca antes le había encontrado utilidad. Ir hasta los escondites donde la esperaba Cotapos era un goce de por sí, no solo por la promesa del placer sino también porque le gustaba tener secretos. Por primera vez tenía algo propio; "mi asunto privado", le dijo a doña Isabel de Vidaurre cuando de nuevo intentó darle un sermón.

José Antonio desaparecía por temporadas, atareado en sus conspiraciones contra el Gobierno, de las que no le decía ni una palabra, para no comprometerla, según él. Y ella no quería saber nada para no sentirse culpable ni hundirse en las ansias de la espera. En esos días no quería levantarse de la cama, no ver a nadie, ni siquiera a Demetrio, que se ponía cargante con sus llantos y ruegos. Todo la malhumoraba y la simple presencia de Bernardo le impedía respirar. A cada rato se pillaba conteniendo el aire para que él no se diera cuenta de que ella estaba a su lado, en esa actitud, con las marcas de la culpa a punto de salirse por los ojos. Al principio no se había sentido culpable pero las precauciones de José Antonio la sacaron de su inocencia. "Si nos sorprenden, nos matan a los dos", le había dicho una mañana en que ella llegó con mucho retraso a una cita en la casa de un carrerino de La Chimba. A partir de ese momento, a veces el miedo venía a instalarse en la espalda, justo entre los omóplatos. En esas oportunidades, algo se le retorcía por dentro y tomaba la resolución de no verse más con José Antonio. Es mucho lo que arriesgo, pensaba.

Prefirió dejar que sus insomnios recrudecieran por el susto de hablar dormida y por el exceso de energía en su cuerpo. Seguía viéndose con Cotapos. El pánico a embarazarse era

combatido con tisanas de orégano y borraja, que tomaba por las mañanas y las noches.

—Imagínate la cara de Bernardo si el niño no sale colorín —le dijo a Candelaria.

—No se confíe tanto, mire que las hierbas no obran milagros —le advirtió su mamá.

—No tengas miedo.

—Estoy segura de que usted ya no siente amor por don Bernardo pero no sé porqué, desconfío del señor Cotapos.

—No se te ocurra volver a decir eso.

—El señor Cotapos no solo es el amante de usted, sino el enemigo de don Bernardo.

—No hables de lo que no sabes, mamá, y no te metas en lo que no te importa.

Poco después, cuando Candelaria aún estaba resentida por las palabras de Rosario, en Santiago se celebró en grande la noticia de que el virrey La Serna había abandonado Lima en manos de San Martín. O'Higgins comprendía que se trataba de un triunfo simbólico, ya que la situación en el Perú aún era turbia, pero deseaba dar un respiro a los santiaguinos, mostrándoles que era posible infligir una derrota militar y política a los realistas en su mayor centro de poder. La noche del sábado siguiente, en la Plaza hubo una fiesta de juegos pirotécnicos para todos los habitantes de la ciudad, con petardos, luces de bengala y luminarias. Y más tarde, una cena en Palacio para agradecer las contribuciones de la aristocracia santiaguina al financiamiento de la Escuadra y el Ejército Libertador.

Rosario, siempre conversadora y dispuesta a bailar, estuvo triste esa noche. José Antonio había viajado a la Argentina y ella no andaba con ganas de fiestas. Así y todo, cumplió con su deber de amante del General y asistió a la cena, cuidando de mantenerse en segundo plano. Se sentó lejos de la cabecera,

junto a Mariquita Cotapos y a doña Mercedes de la Lastra, madre de las tres hermanas Cotapos, cada una más célebre que la otra a causa de su belleza. Mariquita la presentó como una amiga y la señora no sospechó que se trataba de la amante de su sobrino, a quien ella había criado como un hijo desde que quedó huérfano. Por suerte, no sabe nada, pensó Rosario al darse cuenta de que los Cotapos eran una familia muy tradicional y, sobre todo, religiosa. Esto quedó en evidencia cuando doña Mercedes habló de su piedad y, entre otras confidencias, le contó que ella y sus hijas usaban medias de algodón y no de seda, además de zapatos toscos, para pagar una manda que habían hecho el año anterior cuando su esposo se debatía entre la vida y la muerte. “La Virgen escucha a sus devotos”, le dijo. Al final, cuando ya habían entrado en confianza, la señora le confesó que había sido un gusto conocer a la madre del hijo de O'Higgins. Rosario le dedicó una de sus más hermosas sonrisas y enseguida se negó a comer postres y dulces, pero no se atrevió a ofrecer su sacrificio a ningún santo.

Después le tocó soportar los reproches de Bernardo porque se había mantenido alejada de él. “Te lo tomas todo muy a pecho”, le dijo cuando Rosario le recordó que según él, ella estaba teniendo demasiada figuración.

Durante las ausencias frecuentes de José Antonio parecía una enferma: flaca, ojerosa y desganada. Pero apenas él regresaba, ella resplandecía y mostraba unos bríos insospechados. Candelaria y su madre, que notaban los cambios, podrían haber marcado en un almanaque las idas y venidas de Cotapos. Bernardo era el que no se daba cuenta de nada; ni de cuando su mujer estaba hermosa ni de cuando parecía que la viruela o la tuberculosis estaban al acecho. La ceguera de Bernardo fue razón suficiente para que doña Isabel y Candelaria tomaran partido por las locuras de Rosario. Sin dar su

brazo a torcer, doña Isabel comenzó a cubrirle las espaldas. Jamás le prometió secundarla y, sin embargo, Rosario supo con exactitud a partir de qué día y momento tuvo el apoyo de su madre.

Fue un sábado, cuando —a los cinco días de llover sin amainar— por la casa apareció uno de los escoltas de O'Higgins con el recado de que el General se había ido a las termas porque ya no soportaba el dolor que el frío de Santiago causaba en sus viejas heridas. “Le ruega que lo disculpe por no haber venido a despedirse”, dijo el oficial. Ni por un instante Rosario perdió la sonrisa mientras recibía el mensaje, pero apenas el emisario se hubo ido, doña Isabel vio que una nube gris bajaba por la cara de su hija, ensombreciéndola por completo. Esa misma noche se perdió de la casa durante tres días.

A Rosario le extrañaba sentir que cuando estaba feliz por Cotapos, el amor también le alcanzaba para Bernardo. Era un sentimiento de ligereza en el pecho, algo que la embellecía adentro y que iluminaba al mundo. En pleno mes de agosto, ella estaba convertida en una sandía abierta, roja y jugosa, dispuesta para quien quisiera tomarla. El amor la hacía perdonar la distancia de Bernardo. Lo comprendía con sus preocupaciones y malos ratos y desde lo más profundo de ella, deseaba amarlo por siempre. A causa de sus intentos, descubrió que el amor no era un asunto de voluntad y poco le importó que Josefa, al enterarse con bastante atraso de la noticia, le dijera con su voz de vieja prematura que ella confundía el amor con el enamoramiento.

Al ver a sus hijas tan distintas entre sí, doña Isabel no pudo evitar comentárselo a Candelaria, que respondió: “el mundo está patas arriba, señora”.

No solo por esa razón Candelaria encontraba que el mundo estaba al revés. Las fiestas y convites seguían como si nada, como si los pobres no estuvieran muriendo igual que pájaros

y todo, por culpa de la viruela. Se había anunciado que la plaga desaparecería con el invierno, pero era todo lo contrario. Escaseaba el almidón para refrescar las pústulas, y se rumoreaba que los sepultureros no daban abasto. Y aún así, la gente se negaba a vacunarse; “es la manera más segura de pegarse la enfermedad”, se decía, recordando que en la epidemia del año trece, en plena guerra, hubo más muertos por las fiebres causadas por el suero de las vacas con que los médicos habían pretendido prevenir la viruela. Los sobrevivientes quedaban con unas caras que llenaban de espanto, de modo que muchos que aún no se contagiaban, empezaron a irse de Santiago. Fue peor, porque entonces la plaga cundió de norte a sur. A principios de septiembre en Santiago se hizo una rogativa a la patrona de La Merced para pedirle que parara la enfermedad que a diario estaba costando víctimas nuevas. Rosario se negó a ir, aduciendo que en la iglesia se pegaría la peste y Josefa tampoco acudió, segura de que ella tenía conexión directa con esa Virgen a la que tanto había visitado en el tiempo en que Mateo estuvo preso.

Todo iba bien hasta que a principios de septiembre, después de la rogativa por el cese de la viruela y cuando ya estaban listos los preparativos para celebrar el onceavo aniversario de la Primera Junta de Gobierno, desde la Argentina llegó la noticia del fusilamiento de José Miguel Carrera. Los que antes habían dudado que el Gobierno tuviera algo que ver con las muertes de los otros hermanos Carrera, ahora no pudieron negar la evidencia. Rosario estuvo entre ellos. Los que antes no dudaron, ahora tampoco.

Hasta a una cuadra de distancia se escucharon, durante dos días seguidos, los gritos de la pelea entre Bernardo y Rosario. O'Higgins salía enrojecido de ira de la casa de su mujer, pretextando tener que ir a Palacio a cumplir sus deberes, pero Rosario suponía que él iba a reponerse el ánimo y entonces

lo seguía hasta la puerta de calle, pisándole los talones y gritándole sus cuatro verdades. Que él era el responsable de esas muertes, era la primera verdad y que así no lo podía amar era la cuarta. A la noche él volvía y de nuevo se encerraban a pelear.

Doña Isabel necesitó una vez más del tónico de las Carmelitas para calmarse los nervios y su tío, don Felipe Gómez de Vidaurre, echaba agua bendita por toda la casa, que permanecía a la expectativa de lo que sucedía en la habitación de Rosario o en el despacho del General. Candelaria se encargaba de mantener a la servidumbre en el patio de atrás para que a la mañana siguiente, desde el mercado, no se esparcieran los entretelones de la noticia por toda la ciudad. Al tercer día Rosario amaneció con los ojos hinchados y enrojecidos. "Aún no le he dicho nada; solo hemos hablado de política", le anunció a su madre.

Efectivamente solo se habían gritado argumentaciones políticas pero Bernardo se había dado cuenta de que Rosario contaba con más información que un santiaguino bien informado. "¿De dónde sacas eso?", le preguntaba cada dos ataques y ella se quedaba muda o le decía que cualquiera lo sabía. "Carrera estaba convertido en un bandolero igual o peor que Benavides", le dijo. Rosario casi murió de rabia y arremetió de nuevo, sacándole en cara que desde la aparición de Rodríguez Aldea como ministro, consejero y allegado, él no escuchaba a nadie y que más le hubiese valido mantener a Zenteno en ese lugar. "No te das ni cuenta de los negociados que se hacen a tus espaldas. Tu hermana Rosa se está enriqueciendo más que nadie y tú te niegas a ver". "Y a mí no me dejaste meterme en el negocio del hielo", le reprochó por último. Bernardo se puso lívido y se fue sin despedirse.

"Es posible que estés en lo cierto y que yo esté engeguedado", le dijo Bernardo la noche del tercer día de peleas pero

para Rosario ya no había vuelta atrás. Sintió que una parte del corazón se le ablandaba y lo dejó pasar la noche con ella, aunque sabía que era solo una parte la que se le había ablandado.

A la tarde siguiente Rosario por fin le contó algo a su madre. Le dijo que su disgusto era de la cabeza y no de todo el cuerpo; que le gustaba que él la abrazara y permanecer así, en silencio, pero que apenas él abría la boca, ella se sentía provocada a darle la pelea.

—Piensa en otra cosa cuando él te hable —le recomendó su madre.

—No vamos ni para atrás ni para adelante, mamá.

—¿Se lo has dicho?

—Creo que sí.

—¿Crees?

—Se lo he dado a entender.

—¿Tienes miedo?

—Sí.

—Eres valiente, hija, demasiado.

—Lo sé.

—Estás involucrando la carrera política de tu padre y de tu hermano.

—También lo sé.

Cotapos no había querido volver a verla, acusándola de complicidad en la muerte de José Miguel. Así se lo había escrito en una esquila de tres palabras, sin ninguna seña para que ella lo contactara. En vez de entristecerse, se enrabió. Quemó todas las cartas y recuerdos estúpidos que atesoraba desde que lo conoció. Si Cotapos no confiaba, ella no lo buscaría para darle explicaciones.

Quería creer nuevamente en Bernardo, tener fe, admirarlo, pero comprendió que eso tampoco era un acto de la voluntad. Estaba dolida. Que él mintiese y negara su responsabilidad en

los asesinatos de los Carrera y de Manuel Rodríguez era, sin duda, una traición mucho peor que la de ella. Estaba convencida de que el enojo profundo que sentía contra Bernardo, nada tenía que ver con Cotapos. A menudo se preguntaba por qué no había aprovechado la oportunidad para provocar la ruptura. Soy una cobarde, se reprochaba aún sabiendo que no era así. La razón estaba en su incertidumbre acerca de sus sentimientos hacia Bernardo y hacia Cotapos, acerca del pasado, presente y futuro. Deseaba enfermar para restarse de la vida por un tiempo, sin tener que dar explicaciones, sin tener que decidir. Sentía que a su alrededor todo se movía y que ella tenía vértigo, que no podía tomar una decisión porque todo era tan definitivo, estaba cansada y tenía miedo, creía que de vieja iba a estar sola, triste y arrepentida y, lo peor: que Demetrio jamás la perdonaría. Ojalá Bernardo decida por mí, era el pensamiento que la salvaba. Otras veces amanecía decidida a rectificar, a olvidarse por completo de sus malos pasos, a encerrarse por un mes en la Casa de Ejercicios de los curas para orar, latigarse y ser perdonada. Pero bastaba tan solo ver de lejos la figura de Bernardo acercándose a ella, para que la tristeza le cayera encima de un golpe, aplastándola, negándole una salida.

La viruela se había quietado cuando recibieron carta de Salvador. Les informaba que a diferencia de la batalla en Lebu, esta vez había salido sin ningún rasguño en Las Vegas de Saldías, cerca de Chillán. Las señoras Puga agradecieron a la buena estrella de Salvador. Muy pronto llegó otra buena noticia: como resultado de una revuelta liberal en Cádiz, se habían sublevado las tropas destinadas a América, negándose a embarcar. Hasta en el fin del mundo se celebró el triunfo de los revolucionarios de la península española y el de los americanos se veía más cercano pero ni con estas buenas noticias mejoró el ánimo de Rosario.

La primavera avanzaba a medida que los dos primeros patios se llenaban de flores y de jaulas con pájaros cantores que José Soto, el asistente del General, se encargaba de llevar hasta la casa de las Puga. Rosario no había vuelto a pronunciar el nombre de los Carrera y con su terquedad de siempre siguió enredándose en sus litigios contra Soto Aguilar, emprendiendo la tercera demanda contra su esposo que se las ingeniaba por pasar por indigente ante la justicia. La cocinera no tenía que esforzarse con la preparación de té o café negro al gusto del General porque él ya no se quedaba en la casa. Ahora era doña Rosario la que dormía en Palacio. "En la cama de roble", decía Josefa, remedando a su hermana.

Doña Isabel notaba que Bernardo se comportaba cada vez más educado y más distante.

—Parece un caracol —le comentó a Rosario.

—Un puerco espín.

—¿No crees que él se ha dado cuenta?

—Ni se fija.

—Tanta seguridad te puede poner imprudente, hija.

Rosario no opinaba así. Lo único claro era que las buenas maneras predominaban entre ellos y que la vida continuaba su curso mientras todos se esforzaban por sobrevivir. Nuevamente sentía que nada la tocaba y, a diferencia del resto de los santiaguinos, no se conmovió cuando supo que las monjitas de la esquina de la Plaza habían sido desalojadas luego de que el Gobierno vendiera el terreno donde estaban ellas para seguir financiando la guerra en el sur, que estaba cada vez peor.

La esperanza de que la guerra en el Sur terminara pronto, llegó ese mismo verano, con la novedad de que por fin había sido apresado Benavides, el bandolero que asolaba los campos y mataba cristianos entre Cauquenes y Los Ángeles. Lo habían llevado a Santiago para ajusticiarlo "porque si lo dejaban

en el sur, la plebe hacía justicia por sus propias manos". Rosario fue a la plaza para ver el ahorcamiento. Nunca antes lo había hecho. Le parecía un espectáculo vulgar aunque más de una vez había visto hombres colgados de la horca. Incluso en el viaje desde el sur, al lado del mercado de San José de Tutubén, se había impresionado al ver a tres realistas balanceándose de unos árboles mientras los jotes los picoteaban. Eran enemigos pero había sentido piedad al verlos muertos, con las cuencas de los ojos vacías.

El gentío, el bullicio y el calor le parecieron insoportables. Los gritos de los vendedores de comida se confundían con los de aquellos que clamaban justicia y con los de los poetas que vendían octavillas en las que describían las atrocidades y los golpes de suerte de Benavides. Al comienzo sintió el tufo de sudor añejo de todos esos cuerpos apretujados, pero dejó de percibirlo a medida que se abría paso para ponerse en primera fila y gritarle al asesino su merecido. Vio a Teresa, la mujer de Benavides que, según se contaba, meses atrás había sido secuestrada en Concepción para atraer a Benavides y caerle encima cuando fuera a rescatarla, pero —se decía— él se las arregló para recuperar a su mujer sin que lo sorprendieran. Escuchó a una vieja que acompañada de una guitarra cantaba unas coplas en las que narraba la huída del bandido, tapado por la noche y la cabellera negra de Teresa. Por un momento tuvo la impresión de que sus ojos se encontraban con los de ella y sintió que la vergüenza le corroía el cuerpo. Las mujeres siguen a sus hombres hagan ellos lo que hagan; la única rara soy yo, se dijo, con las tripas hechas un nudo. Ahí divisó a Cotapos y sin ningún esfuerzo, simuló no haberlo visto. Volvió a su casa más enrabiada que nunca y antes que Benavides mirase a Teresa por última vez.

Los lloriqueos irrumpieron apenas traspasó la puerta, apenas Demetrio se puso a seguirla por toda la casa, agarrado de

su sabanita para dormir. De solo ver a su hijo en esa actitud, la tristeza le cayó de golpe. Lo tomó en brazos, lo acarició y empezó a llorar y llorar, rogándole entre hipo que la perdonara. Demetrio le decía "no llore, mamita" y ella lloraba más. Estaban en el segundo patio, donde había hecho plantar los naranjos. Recién se daba cuenta de que los azahares se estaban acabando y que incluso así, su fragancia impregnaba el aire. Respiró profundo, sabiendo que hacía mucho que había dejado de respirar, que, en realidad, estaba muerta por dentro por falta de aire. Lloró como nunca lo había hecho, con estertores y el cuerpo retorciéndose, sin que pudiera evitarlo. La asaltaban imágenes de momentos felices con Bernardo. Sonreía entre mocos. Quisiera pero no puedo, repetía. Lloró toda la noche, en medio de sueños y viglias. Cotapos era una enfermedad de todo el cuerpo y Bernardo, únicamente del corazón.

A la mañana siguiente doña Isabel, Josefa y Candelaria llegaron a su cuarto con el pretexto de llevarle el desayuno. La encontraron con los ojos brillantes y una expresión de placidez que hacía mucho no le veían. Ninguna de ellas dijo nada, solo le acariciaban el pelo, los pies, las manos. Rosario comenzó a hablar poco a poco, con una voz nueva, más clara. Les contaba lo que había vivido en los últimos trece meses, sus enredos con Cotapos y la distancia de Bernardo.

—Nieves cree que los huachos son incapaces de amar porque nacen desconfiados.

—Acaso no sea así, mi niña. ¿Acaso no ve que a su alrededor usted nunca ha visto un matrimonio feliz?

Siguieron en silencio. Cada una pensaba algo distinto, apoyándose en lo que había visto, deseado o vivido; aunque cada una estaba segura de tener la razón, sabían que no era el momento de hacer despliegues de sabiduría en el arte de vivir y continuaron calladas. Doña Isabel odió a Candelaria

por juzgar toda su vida con una sola frase y se odió a sí misma por haberle dado confianza, prometiéndose firmemente que nunca más le permitiría meterse en los asuntos íntimos de la familia. Después, ya arrepentida, le contó que esa noche por su cabeza pasó la idea de prohibirle sus familiaridades. Candelaria solo dijo: “señora, nuestros destinos están demasiado unidos para que usted me pueda imponer eso”.

Doña Isabel había retomado su cara de mujer sufrida y la costumbre de tomar agua de las Carmelitas. Se sentía incapaz de ayudar a sus hijas, tan distintas entre sí y tan diferentes a ella. A veces pensaba que Rosario había nacido con mala suerte y otras veces le echaba la culpa a Juan de Dios por haberla casado demasiado joven. Lo que nunca dudaba, era que para Rosario la vida habría sido más fácil si no hubiese sido tan descreída. “Quedarse sin Dios es lo peor porque una ya no tiene consuelo”, decía en voz baja, en medio de sus oraciones. No podía evitar ponerse de ejemplo: ella había tenido fortaleza para soportar sin quejas la vida que su marido le dio, vida que no había sido muy distinta a la de Rosario con Soto Aguilar.

“Las mujeres de hoy son exigentes y del amor lo quieren todo”, le comentó una tarde a Candelaria que, silenciosa, siguió planchando la ropa blanca. Entonces fue cuando le contó que había pensado en prohibirle las familiaridades. “Es cierto que nuestros destinos están unidos. Nosotras hemos criado juntas a mis hijos y nos confundimos la una en la otra”. Que doña Isabel por fin reconociera esa situación, fue para Candelaria como una puerta que se abría y recién entonces se atrevió a confiarle sus aprensiones:

“¿No cree que sería mejor si invitamos al señor Cotapos a almorzar para conocerlo? Así como estamos, nos hacemos lesas entre nosotras no más y este enojo no les durará para siempre”.

Doña Isabel creía que Rosario estaba viviendo algo que ellas no habían conocido; “prefiero dejarla sola y estar atenta”. También dijo sentirse orgullosa de tener una hija capaz de provocar un amor por el cual un hombre arriesgaba su vida. “Yo pensaba que en nuestros tiempos estas cosas ya no sucedían”, exclamó entre suspiros.

Esa misma noche Bernardo anunció un nuevo viaje a Valparaíso y Rosario le rogó que la llevara. “Imposible”, fue su respuesta. Conversaron largamente, sin gritos ni lágrimas. Lo único que al final Rosario sacó en limpio fue que el insistía en decir que la amaba pero que, como siempre, “subordinaba sus intereses personales a la grandeza de Chile”. Esas fueron sus palabras exactas.

Durante esa ausencia de Bernardo, Rosario causó escándalo público al bailar un “cuando” con José Antonio en casa de los Cotapos. Hasta ese momento, a lo largo de todo el año anterior, ella había guardado el decoro y pese a que Santiago vivía de rumores y chismes, nunca había dado pie a que la tildaran de descocada. Después de ese baile, incluso los cantores de cafés que improvisaban coplas para dar a conocer las noticias, tuvieron a Rosario de protagonista de sus canciones.

Todo empezó en una fiesta para celebrar el santo del patriarca de los Cotapos, a la que Rosario fue por invitación de Mariquita. Al comienzo bailó sola, exhibiendo su arte en el baile de la zamacueca; “danza siempre equívoca, por sensual, con sus tamboreos y huifas”, se comentaba. Después, no contenta aún, mientras Mariquita tocaba el piano Broadway de la familia e improvisaba versos —con esa exactitud se transmitía la noticia— la Puga había desafiado a José Antonio Pérez Cotapos y Aldunate a bailar un “cuando”; primero lento, con las miradas y movimientos de pañuelo de rigor; luego, la querrela amorosa, con zapateo incluido; y al final, la

reconciliación. Todo el mundo entendió que ese baile había sido de verdad y los invitados especulaban acerca de qué tipo de reconciliación sería: si política o amorosa.

Alguien incluso tuvo la ocurrencia de anotar el estribillo improvisado por Mariquita. A la tarde siguiente todo Santiago lo entonaba, buscando desentrañar su sentido más profundo:

Anda ingrato que algún día

Con las mudanzas del tiempo

Llorarás como yo lloro, sentirás como yo siento.

¿Qué le habrá hecho ese ingrato?, se preguntaba la gente que escuchaba las coplas de los cantores y los versos de los poetas que en octavillas vendían la historia completa y no solo la letra inventada por Mariquita. Los comentarios ameritaron que doña Isabel Riquelme apareciera por la casa de las Puga. El tío jesuita jamás imaginó que la doña hubiese tenido un vocabulario tan extenso para calificar a Rosario. “Libertina y licenciosa”, fueron lo menos. “¿Reconciliación de qué?”, insistía la señora. “Imaginaciones de la gente”, respondió doña Isabel de Vidaurre al comprobar que su hija había enmudecido. Después, de improviso, a Rosario le salió el habla para echar a su suegra de la casa. “Sí, señora. Soy una puta. La puta de su hijo”. Don Felipe Gómez de Vidaurre debió acompañar a Isabel Riquelme hasta Palacio, sin poder consolar a la señora, que no se creía merecedora de tanta maldad.

En Santiago se rumoreaba que la conducta de Rosario tenía al General en estado de delirio, el cual se agravaba por la situación política. Se decía que, gracias a Dios —y no a los militares— la guerra en la zona de Concepción había concluido con el exterminio de las bandas de Benavides, pero Chiloé continuaba siendo una herida abierta. También se decía que las dificultades que el proyecto de O’Higgins y San Martín enfrentaban en el Perú, trastocaban el delirio en locura.

Durante tres días, hasta que Bernardo llegó de Valparaíso, Rosario estuvo recluida en su casa. Él también llegó a pedir explicaciones. Que a su madre no se le hablaba así, dijo, dispuesto a discutir cada frase del “cuando” de Mariquita Cotapos pero sin querer ir más allá. A Rosario le pareció que él solo estaba interesado en saber si ella de verdad quería que le llevaran el chocolate a la cama, como afirmaba la canción. Pero después quiso saber más y cada vez más.

Rosario sostuvo un monólogo de una hora, en el cual le hizo todos los reclamos que había ido acumulando en cuatro años. Que él se hubiese conformado con mantenerla de amante a la sombra, era lo que más le había dolido, le dijo. Le sacó en cara que luchara con tesón contra bandoleros y generales, ministros y aristócratas pero que no hubiese sido capaz de luchar por ella. Y lo peor: que se contentara con que Demetrio fuera un huacho de padre y madre, que ni siquiera tenía derecho a un apellido. Bernardo escuchaba en silencio. Enseguida ella le dijo que sí, que efectivamente había tenido un baile de reconciliación con Pérez Cotapos; que estaba enamorada de José Antonio, dijo por fin. En ese momento Bernardo le preguntó si ella sabía que Cotapos era ahora el jefe de los carrerinos. Rosario asintió. Bernardo se puso de pie, la miró con ojos grises y le dijo: “has abusado de la libertad que yo te di”.

Trece

Rosario sintió alivio después de haber optado. Había vivido un año entre dos aguas y la consecuencia más notoria era su agotamiento. Sin ponerse de acuerdo, O'Higgins y ella mantenían discreción respecto a la ruptura. Rosario lo hacía por costumbre y por respeto y él, por las mismas razones. Así y todo, se veía a menudo con José Antonio. El General le había asegurado que a Cotapos no le pasaría nada, pero ella no confiaba. "Ahora los carrerinos son cuatro gatos sin ninguna importancia", había dicho él. También dijo que no acostumbraba a tomar venganza por asuntos personales.

Ese otoño don Juan de Dios llegó de visita a Santiago. A través de Salvador había sabido la noticia y venía indignado, dispuesto a hacer que Rosario entrara en razón, negándose a entender que era demasiado tarde. Esta vez no perdonó a su hija. "Has traicionado a un hombre bueno", le sacó en cara. Se despidieron fríamente, como nunca antes, sin que alcanzaran a reconciliarse porque don Juan de Dios tenía apuro por volver a Curicó, según dijo, pero a Rosario le pareció un pretexto para no verla con José Antonio.

El invierno fue largo y seco. Hacía cuarenta años que no pasaban tantos meses sin llover. Incluso en el sur los animales morían de hambre y sed; los campesinos estaban más flacos que nunca y en Santiago sacaban cálculos de la carestía que

se avecinaba. Se hicieron rogativas en la capilla de San Isidro y en las iglesias de La Merced y San Francisco, pero siguió sin caer una gota de lluvia.

Candelaria afirmaba que no podía ser casual que el amor de don Bernardo y Rosario hubiese comenzado en un año muy lluvioso y terminara justo con la sequía. A menudo iba a las rogativas. "La falta de lluvia reseca los cuerpos y trae enfermedades", se decía en las calles y Candelaria estaba segura de que así era. Tenía el convencimiento de que si el clima cambiara, ellos se abuenarían. "Ojalá caiga un buen chapuzón", le pidió a la Virgen de Montserrat, cuando fue a su ermita a los pies del Cerro Blanco, junto a miles de gente, a rogarle que hiciera llover. Tantas veces Rosario se había peleado y puesto en la buena con el señor Cotapos, que acaso pasara lo mismo con don Bernardo, le contaba a la Virgen. No perdía la esperanza, aunque Rosario y don Bernardo dieran ningún pie.

En sus salidas Candelaria escuchaba que en el barrio de La Chimba, en las plazas y por las calles se comentaba que los aristócratas querían sacarse a O'Higgins de encima; "los días del Huacho están contados", se decía. Pero una tarde de domingo vio y escuchó algo tan grave que la dejó con las manos crispadas y la boca reseca. Sucedió frente a la parroquia de Santa Ana, hasta donde había ido a prenderle velas a un santo milagroso. A la salida, en la plazuela, se entretuvo con una función de títeres que representaban al Director Supremo y a doña Isabel Riquelme que, de pronto, por la magia del teatro, se transfiguraron en la Virgen y su Hijo. La gente aplaudía, se reía y gritaba "que lo crucifiquen" al tiempo de pedir una repetición del espectáculo. En ese momento llegaron unos soldados a caballo que se llevaron a los artistas, el escenario y los muñecos a la rastra. El público se había hecho humo en un abrir y cerrar de ojos. Candelaria volvió a la casa con el pecho oprimido, diciéndose que la gente era ingrata,

que no se merecían a don Bernardo, que bien les venía el castigo de la falta de lluvia, y caminaba a paso lento, con la boca cada vez más reseca por el esfuerzo de respirar mientras en sus oídos aún escuchaba los gritos de los patanes pidiendo que mataran a don Bernardo. Muchos años más tarde, cuando Rosario ya había sido borrada de la memoria de los chilenos, Candelaria aún recordaba con nitidez ese teatro de títeres de una tarde domingo en Santiago.

Ese invierno don Bernardo visitó a Rosario una sola vez. Se sabía que andaba muy ocupado con la elección de la Convención que promulgaría un texto constitucional definitivo. Fue a pedirle que dejara viajar al niño. Llegó acompañado de Salvador, que desde unos meses atrás estaba en su Escolta y había ascendido al grado de coronel, alcanzando a don Juan de Dios. Ahora había dos coroneles Puga en la familia. Apenas Salvador llegó a la casa, se dirigió a la cocina para que le dieran manjar blanco. "No quiero ver a esa traidora", le dijo a Candelaria. Ninguno de los que estaba en la cocina se atrevió a decir esta boca es mía. La entrevista de don Bernardo y Rosario no duró más de tres Credos. A la salida el General le pidió que le regalara unas papas de nardos para llevarle a su madre. Rosario las fue a buscar al jardín del segundo patio. Se las entregó con las manos llenas de tierra reseca; "son blancos", le dijo.

Por sus amigas de Palacio, Candelaria supo que don Bernardo se había preparado con esmero para la visita; que se había puesto un uniforme nuevo y se había bañado en agua florida, le contaron, pero ella no se lo dijo a su niña.

Candelaria era la que llevaba a Demetrio a Palacio para que visitara a su padre y ella lo fue a despedir cuando el niño partió de viaje con su abuela Riquelme y la tía Rosita a conocer el sur. En pleno invierno, en agosto, iban a Los Ángeles para arreglar la casa que tenían allá, dijeron.

Candelaria se despidió de Demetrio en las puertas de Palacio. Tenía cuatro años y era primera vez que dormiría en cama ajena.

En esos días Bernardo se encargó de legalizar al niño, pidiéndole al cura dominico que lo bautizó que le prestara su apellido. De ahí en adelante, a lo largo de veinte años, hasta la muerte de su padre, Demetrio se llamó "Demetrio Jara" y era presentado como un ahijado de Bernardo O'Higgins.

Rosario fue informada de la nueva situación primero por Manuel Riquelme, tío y edecán del General y luego doña Isabel Riquelme le hizo visita para reiterar lo mismo; que ella no tenía ningún derecho sobre el niño, le dijeron en un tono amable y definitivo. Rosario creyó morir de tristeza y rabia. O'Higgins y las Riquelme la habían engañado. No hizo un escándalo para no empeorar las cosas y para que le permitieran seguir viendo a Demetrio.

A menudo por las tardes se veía llegar a José Soto, el asistente del General, llevando a Demetrio de la mano para visitar a su mamá. Muchos años más tarde Demetrio aún recordaría imágenes de su madre: su pelo rojo y los ojos verdes, su voz clara, el perfume a jazmines de su pecho, un vestido azul con botones de nácar, el olor de los azahares, las canciones y el piano, las jaulas con pájaros, la dulzura de las naranjas de su casa.

Por aquellos días se comentaba que el Director Supremo estaba cambiado. Se decía que el estado de delirio en el cual lo había hundido la traición de su amante, lo había llevado a designar una Asamblea Constituyente mediante un simulacro de votaciones peor que el del año dieciocho. "Sus remedos de república son un abuso a la paciencia", era el reclamo que corría de sur a norte. También se decía que en vez de cortés, ahora era hosco; que se había aislado en su Palacio y que todo su contacto con el mundo eran las conversaciones

que mantenía con el ministro Rodríguez Aldea, el culpable de que el General se hubiera distanciado de todos y se mostrara cada vez más desconfiado de sus antiguos amigos; que las alabanzas que antes lo habían molestado, ahora lo halagaban y permitía que en sus composiciones escolares los niños lo llamaran "Padre de la Patria" y "Augusto Soberano".

A lo largo de ese invierno Rosario se había empeñado en mantener en secreto sus amores con José Antonio pero después que Demetrio le fuera arrebatado, al iniciarse esa primavera los santiaguinos confirmaron sus sospechas al verla pasear tomada del brazo de Cotapos; "colgarse del brazo de un hombre es una indecencia de la que solo ella es capaz" comentó una chismosa. Nadie podía asegurar nada, solo que la Puga no era vista en los círculos de Palacio y sí en las chinganas de El Llano, en la Alameda y los Tajamares, siempre junto a Cotapos. Los cercanos a O'Higgins sabían que él estaba destrozado.

Nieves lo confirmó. Dijo que así y todo, él no permitía que doña Isabel y Rosita dijeran todo lo que tenían que decir sobre Rosario y que entonces, doña Isabel había prohibido pronunciar el nombre de Rosario Puga en su presencia. Que Bernardo se había refugiado en ellas y que lo de Rosario lo había tomado de sorpresa, pero que estaba decidido a olvidarla. También dijo que Bernardo había vuelto a frecuentar la casa del general Prieto, de cuya esposa, doña Manuela Warnes, él se declaraba devoto desde los tiempos del exilio en Buenos Aires; "los había dejado de visitar porque tú te ponías celosa", le dijo a Rosario. Al final confesó que ella nuevamente estaba entre la espada y la pared.

La visita de doña María Graham, una viajera inglesa que se alojó en casa de los Cotapos durante su estadía en la capital, fue la ocasión esperada para ver a Rosario Puga junto a los Cotapos. La vieron en veladas musicales, en los paseos familiares

a la hacienda de los altos de Ñuñoa y en los baños de Colina. Vestida de amazona, Rosario cabalgaba junto a José Antonio que lucía un poncho color turquesa tachonado de flores; que ninguno de los dos trataba de pasar inadvertido, comentaban los santiaguinos, sin atreverse a decir más.

Por esos días Nieves llegó hasta donde su prima contando que Mariquita Cotapos y su madre, doña Mercedes, habían acompañado a María Graham en su visita a Palacio. Que al principio doña Isabel Riquelme se negó a recibir las y que Bernardo debió rogarle que no fuera rencorosa. "A Rosario hay que echarla al olvido y esta es una oportunidad para reconciliarnos con los carrerinos, madre". Que las Riquelme hicieron un despliegue inusitado de gentilezas y después incluso mandaron de regalo bandejas con flores y frutas a casa de los Cotapos, con el recado de que esperaban que doña María disfrutara de su permanencia en la capital.

En Santiago también se supo que Rosario, junto a José Antonio, había acompañado a la señora Graham a un paseo de más de una semana de duración por los alrededores de Santiago. Como se rumoreaba que la viuda de Graham era amante de Lord Cochrane, se daba por sentado que entre mujeres sin corazón, ellas dos se entendían a las mil maravillas. Estuvieron en Buin, en la hacienda del marido nuevo de doña Ana María Cotapos, y luego en la laguna de Aculeo y por último, en Melipilla. Al par de días la noticia era añeja y ni siquiera los poetas la siguieron cantando en sus coplas de café, pero dado que la señora Graham anotaba en un diario todo lo que hacía, veía y pensaba, dos años después, cuando el libro fue publicado en Londres, los santiaguinos se disputaron el ejemplar que les llegó y de ese modo, muchos se enteraron de lo que en su momento no pudieron. Por discreción, la señora Graham se había confundido y en su libro presentaba a Rosario como hermana de José Antonio Pérez de Cotapos.

A principios de septiembre por fin llovió y la cordillera amaneció cubierta de nieve, pero los ánimos de los santiaguinos ya no estaban para fiestas; se sentían predispuestos contra O'Higgins y solo a los muy beatos les importaba que Rosario se colgara del brazo de Cotapos.

Las preocupaciones de la gente eran graves. Los triunfos patriotas en el Perú hacían pensar que se acercaba el fin de la guerra y de ese estado transitorio en que vivían. También se decía que los aristócratas, que habían aprendido a temerle a José Miguel Carrera como si fuera el demonio a causa de sus correrías por la pampa argentina, después de su muerte estaban envalentonados y veían cercano el momento de repartirse el poder entre ellos. Incluso se rumoreaba que Rosario Puga, comprendiendo que se venía el ocaso del General, buscaba la protección de los carrerinos para defender sus derechos sobre su huachito.

En medio de ese clima hostil, el Gobierno, sintiéndose también más asentado después del aniquilamiento de Carrera, decretó una amnistía a los presos y perseguidos políticos; "como un botón de muestra de la buena voluntad que nos anima para celebrar un nuevo aniversario de la Primera Junta", anunció la Gaceta Oficial.

De inmediato regresó el Obispo de Santiago, desterrado hacía años en la Argentina. Antes de celebrar su primera misa, recibió el recado de que el Gobierno le tenía el ojo puesto encima y que velara por dedicarse únicamente a los asuntos de Dios. Los santiaguinos fueron en masa a darle la bienvenida a su pastor, a la espera que dijera algo interesante, pero decepcionados, comprobaron que él se atenía a sus menesteres.

Manuel Lastra, hijo de Javiera Carrera y de su primer marido, también se contó entre los beneficiados de la amnistía. Lastra llevaba años viviendo a escondidas en la precordillera,

durmiendo en cuevas y comiendo pájaros, haciéndole el quite a cualquiera que encontrara en su camino, excepto en las ocasiones en que se allegaba en las haciendas de sus numerosos parientes, donde —si había visita, como le sucedió con la viuda de Graham— debía hacerse pasar por débil mental para proteger su identidad. Los Carrera y los Cotapos festejaron durante una semana el fin de las penurias del joven Lastra.

A esas alturas, los Cotapos consideraban a Rosario como un miembro más de la familia. Mariquita y Ana María fueron las primeras en acogerla, comprendiendo que pagaba caro su amor por José Antonio. A pesar de las muestras de cariño que la familia le prodigaba, Rosario se sentía incómoda. Por ignorancia fui una cómplice, se reprochaba en plena fiesta en la hacienda de Ñuñoa, mientras los demás se divertían y brindaban con vino blanco y chirimoyas en honor a la libertad de su pariente. Aunque en el fondo, eso tampoco es cierto, pensó. Sin que nadie se lo hubiese dicho, en algún momento ella había comprendido que O'Higgins necesitaba tener la casa tranquila para terminar la guerra. El regreso de los Carrera habría implicado una guerra civil en medio de la otra guerra. Igual como lo sucedido justo antes del desastre de Rancagua, y de ahí el desastre, según Bernardo. Ahora recordaba que un par de muertos para evitar los cientos de muertos de otra guerra, a ella no le había parecido tan mal. A ese par de muertos no les veía las caras, pensó, pero ahora sí y por eso me importan. "La vida tiene muchas vueltas", le dijo José Antonio, sacándola de sus recuerdos y reproches. Brindaron. "Por nuestro futuro", se dijeron, mirándose hasta más allá del fondo de los ojos.

En octubre San Martín regresó a Valparaíso desde Guayaquil. Venía de entrevistarse con Bolívar y de haberle dejado libre el camino para que avanzara hacia el Perú. "A San Martín se la ganó el opio", se rumoreaba en Santiago. Y los

rumores arreciaron porque no hubo ninguna explicación. Todo el plan, el gasto, el esfuerzo de años, las vidas de tantos patriotas de ambos lados de la cordillera, habían sido borrados de un plumazo en esa conferencia de Guayaquil. Bolívar se los había metido en el bolsillo y ni San Martín ni O'Higgins dijeron esta boca es mía. Algunos o'higginistas salieron en defensa de San Martín, aún sabiendo que el rumor acerca del opio algo de cierto tenía. La salud de San Martín estaba seriamente deteriorada y él decía venir a las termas de Cauquenes para recuperarse. Se cruzaban otros rumores: que San Martín y Lord Cochrane se habían peleado a muerte; que del gobierno vendría la orden de apresar a San Martín; que el preso sería el Lord. O'Higgins envió su calesa a Valparaíso para trasladar a San Martín a las termas y así cortó la mitad de los rumores.

A la semana siguiente Cochrane llegó a Santiago con la exigencia de enjuiciar a San Martín por no pago a la Escudra. "Los motines de mis hombres por falta de paga no pueden continuar. Y él es el responsable", alegaba el Lord, rojo de furia, en un castellano mezclado con inglés. A su secretario, míster Bennett, le faltaba vocabulario para traducir los improprios del Almirante, pero O'Higgins no necesitaba traducciones. De inmediato partiría a Valparaíso a hablar con los marinos para arreglar el lío, le dijo a Bennett, pidiéndole que informara al Lord. Era claro que jamás iba a enjuiciar a San Martín, pero tampoco podía darse el lujo de perder al almirante de esa Escuadra, levantada con tantos sacrificios y que ahora hacía agua.

Por Santiago corría el rumor de que O'Higgins estaba desilusionado. Nieves lo confirmó: "está cansado de gobernar. Quiere irse al Perú para reorganizar la Escuadra y ponerse a la cabeza del Ejército Libertador", contó en casa de las Puga.

Rosario tenía otros problemas: Su padre, con quien no se había reconciliado, murió de una dolencia a los riñones. "Se le pudrieron los orines que se negaban a salir", les informó en una carta la querida de don Juan de Dios. Doña Isabel de Vidaurre lloró de pena y porque él no cumplió su promesa de regresar a morir junto a ella. Lo enterraron en Curicó y ni siquiera Salvador alcanzó a llegar a tiempo para el velorio.

Para Rosario fueron los días más tristes de su vida; sus males de amor eran un escozor ínfimo en comparación a lo que significaba la pérdida de su padre. Se acordaba una y otra vez de su último encuentro, del enojo de él y la frialdad suya, y de inmediato creía morir de culpa. Tenía los ojos entrojados y las manos le temblaban cuando recibió una carta muy formal con el pésame del Director Supremo enviada con uno de sus edecanes. Doña Isabel Riquelme no la había firmado, como habría sido de esperar. Es un papel con tinta y no un abrazo o un apretón de manos, se quejaba Rosario.

Hubo sí una buena noticia en esos meses difíciles. Una noche tibia de noviembre un desconocido golpeó a la puerta de las Puga. Era Mateo Aguilar de los Olivos que después de mil aventuras aparecía por Santiago, luego de desertar de los ejércitos del Rey en el Perú. Venía a casarse con Josefa y no le importó saber que tendría que esperar un año, hasta que terminara el luto por don Juan de Dios.

Salvador, de quien no se había vuelto a saber aunque ahora vivía en Santiago, visitó la casa de su madre para informarle que él se negaba a autorizar la unión de su hermana con un realista. "Desertó, Salvador", argumentaba doña Isabel, pero él insistía en que no iba a permitir que Josefa se casara con "un español de España", después que Rosario había cometido "el delito atroz que todos conocemos y, además, con el descaro de pasearse a la luz pública con un enemigo de la Patria". "Le recuerdo, madre, que ahora soy yo el hombre de esta

familia", dijo por último. Antes que Josefa decidiera adentrarse en las artes del ajedrez o de la alquimia, doña Isabel anunció que con Salvador se las arreglarían: "lo trataremos igual que a Juan de Dios, que en paz descanse".

Dos días después que O'Higgins partió a Valparaíso para presenciar el pago de la Escuadra y cuando Demetrio tenía permiso para dormir en casa de su madre, hubo un terremoto.

La noche anterior una beata con fama de santa lo había anunciado. Todos lo supieron y nadie le creyó. El cielo se presentó turbulento durante todo ese diecinueve de noviembre de 1822. Desde la mañana el sol estuvo aureolado de oscuro y al atardecer hubo relámpagos, algo nunca antes visto en esa época del año. "Parece que va a llover", decía la gente con un nerviosismo extraño pegado a piernas y manos. De pronto, en plena noche, la tierra comenzó a corcovear como un dragón enfurecido, bramando y echando espuma, moviéndose en oleadas y tumbando todo lo que hallaba a su paso mientras se escuchaba el choque de abismos del fondo de la tierra y el de las montañas que caían y arrastraban consigo cuanto había a su paso. Los perros ladraban, las aves graznaban, los gatos se lanzaban desde las alturas y el terror se hizo rey. Enseguida vino otro, y luego otro y otro.

La casa de Rosario se inundó con la salida violenta del Mapocho, que no pudo retener su curso ante las avalanchas de nieve lanzadas por la cordillera, que se cayó a pedazos. Los muros de la parte trasera de la casa se reblandecieron y tres horas más tarde, con un nuevo temblor, no pudieron resistir esta otra embestida de la tierra. Demetrio preguntaba "¿qué es esto, mamá?, mientras Rosario ayudaba a sacar de entre los adobes el cadáver de Manuelito, el cochero, que por viejo no pudo arrancar. No corría viento y, sin embargo, las copas de los árboles tocaban tierra: seguía temblando. Y ahí estaba Cotapos, sacando escombros. Que el movimiento había sido de

noroeste a sureste, precisó. Rosario se dijo que si José Antonio tenía el aplomo para percibir ese detalle era un hombre capaz de protegerla en las buenas y en las malas.

Esa noche José Antonio y ella la pasaron uno junto al otro, de cara a todo el mundo, en los colchones que tendieron en la calle Nueva de La Merced esquina de Santo Domingo, en medio del barro y las piedras arrastradas por la salida del río.

Al otro día, entre temblores de tierra y del espíritu, los santiaguinos salieron a reconocer su ciudad. La visión aún era difícil por el polvo suspendido en el aire y por el que continuaba saliendo de los resquicios de la tierra. Se habían derrumbado el edificio del Cabildo y el de la cárcel, una parte del Palacio Directorial había caído y también tenía daños el puente de Calicanto, la Casa de Moneda estaba seriamente deteriorada, las iglesias y las casas mostraban heridas abiertas en sus muros y el camino a Valparaíso estaba cortado en varios puntos.

Que Dios había enviado el terremoto en castigo por la dictadura y las herejías de O'Higgins se comentaba en las puertas de las iglesias, atiborradas de devotos que pedían perdón por los pecados propios y ajenos. Seguía temblando.

Rosario envió a Candelaria a Palacio para saber de la salud de las Riquelme y avisar que Demetrio no tenía ni un rasguño. El mensaje de vuelta anunció que la noticia ya había sido remitida a O'Higgins por la mañana y que también se le había mandado decir que doña Rosario había dormido en la calle, junto a Cotapos, a la vista de todos los vecinos.

Mientras revisaba las ruinas de su casa, Rosario se miró en un espejo roto. Se vio con la nariz de soslayo, y tres ojos en otra perspectiva. Se descubrió transformada. "Al menos ya no soy sombra ni mujer desnuda", dijo en voz alta. "Así me sentía con O'Higgins", le explicó a Candelaria, que la miraba con cara de creer que su niña había enloquecido.

A partir de esa tarde y también de las siguientes, la ciudad de Santiago rindió su ofrenda a Dios: las niñas casaderas –Josefa entre ellas– vestidas de blanco, descalzas, con el pelo suelto y crucifijos negros en las manos, recorrieron las calles cantando himnos y letanías en una procesión presidida por las órdenes religiosas, que de ese modo buscaban calmar la ira de Dios. Las señoras Puga, Demetrio, el tío jesuita, Mateo –ya recuperado del pánico que le había ablandado las tripas– y todas las sirvientas de la casa participaron de los ruegos. Años más tarde, cuando hubo un terremoto en Lima, Demetrio aún recordaría fragmentos de lo sucedido en esos lejanos días santiaguinos. Se acordaba de una joven vestida de blanco, de pelo color miel, de ojos verdes como los de su mamá y que cantaba en latín. Candelaria le dijo: "esa es tu tía Josefa que después se casó con un español".

En los días posteriores al terremoto en Santiago se rumoreaba que en Valparaíso no había quedado piedra sobre piedra. El ministro Rodríguez Aldea, que por ser chillanejo creía en duendes y adivinos, apenas supo de las profecías de la beata con fama de santa envió un mensajero a Valparaíso; "más vale prevenir", dijo. El mensajero reventó dos caballos en su carrera y de todos modos llegó tarde. Valparaíso estaba en los suelos. La gente se había refugiado en los buques con la intención de huir adonde fuera, pero mar adentro. El resto de los porteños se aglomeraba en los cerros. Entre ellos estaba O'Higgins, en una tienda de campaña que Lord Cochrane ordenó improvisar. De milagro y gracias a su asistente José Soto, el General se había salvado de morir aplastado por los muros de la casa donde se hospedaba.

Los muertos habían sido muchos. Solo murieron cinco ingleses aunque podrían haber sido muchos más porque los sobrevivientes, encabezados por curas y monjas, culpaban a los herejes de la calamidad. "Si no me pongo firme para

detener la turba humana, se desata una noche de San Bartolomé”, informó O’Higgins, una vez de regreso en Santiago.

El terremoto vino a agravar una situación de por sí explosiva. Ni en Santiago ni en Valparaíso había pan. Al principio, por la caída de los hornos y después, por falta de harina. La escasez de agua en aquel invierno había arruinado las plantaciones de trigo y en el sur el hambre asolaba como antes lo habían hecho las bandas de Benavides. La ruina provocada por una guerra larga; el rechazo a los negocios turbios de los que se culpaba al ministro Rodríguez Aldea, favorito de O’Higgins; la disolución del Ejército Libertador, dejado a su suerte en el Perú; y el nombramiento de representantes provinciales por parte del General en una mascarada de elecciones, habían llevado a que el descontento se extendiera de sur a norte. Que O’Higgins hubiese prohibido las penitencias de los devotos después del terremoto, cuando “los fanáticos” —así los llamó— se latigaban las espaldas hasta sacarse sangre, fue la gota que colmó el vaso. “Es un inglés que nada tiene que ver con nuestra idiosincrasia”, dictaminaron los aristócratas y la plebe les encontró toda la razón.

Por los días del terremoto en Santiago se supo que en la plaza de Concepción la gente había quemado el reglamento de comercio y el nuevo texto constitucional. Se rumoreaba que Freire, intendente y jefe militar de la zona, había sido comisionado para que marchara con su tropa sobre Santiago con el mandato de pedir la renuncia de O’Higgins. Se decía que en Coquimbo habían pedido lo mismo en un Cabildo Abierto. En Valparaíso se comentaba que Lord Cochrane quería dimitir para irse al Brasil pero que el gobierno no le aceptaba la renuncia. En Santiago se vivía de rumores, incertidumbre y miedo. Nadie sabía qué podía suceder. Las guardias militares eran leales al General y ni el más osado se atrevía a ir a conversarles a los soldados.

Era un verano sofocante, polvoriento y de nervios tensos.

La gente languidecía bajo la incandescencia de un sol blanco que resecaba todo vestigio de vida.

A principios de enero se supo que Freire estaba estacionado en Talca junto a todo su ejército, dispuesto a marchar sobre Santiago, pero —se agregaba— estaba dándole tiempo al General para que encontrara una salida honrosa. “No creo en esas patrañas; Freire le tomó tirria al Huacho”, se decía.

Rodríguez Aldea insistía en que todo estaba bajo control. O’Higgins, que en todo seguía la opinión de su ministro, esta vez no estuvo tan seguro y envió a Talca a su escolta y hombre de confianza, el coronel Salvador Puga, para que viera cómo se venía la mano. Cinco días después se supo que Salvador Puga había cambiado de bando, poniéndose bajo las órdenes de Freire. O’Higgins enfermó de ira. “Los Puga son todos unos traidores”, lo escucharon aullar en Palacio.

Con insistencia corría el rumor de que el General deseaba renunciar. Había dicho que estaba cansado y que dejaría el poder en manos de su amigo Ramón Freire. Que con ese propósito había enviado a sus negociadores: primero, el coronel Puga y luego a Zañartu, amigo de ambos y oriundo de Concepción. Rosario, participante activa del bando carrerino, comprendía que para O’Higgins el peligro provenía de parte de los hacendados y, sobre todo, del Ejército del sur. Opinaba que O’Higgins aún confiaba en Freire, sin aceptar que el alejamiento era definitivo. “Freire lo traicionó también”, decía ella, comprobando que con tal de tumbar a O’Higgins, se habían juntado moros y cristianos: carrerinos, aristócratas y los de las provincias.

En momentos cuando se discutía si Freire efectivamente iba a traicionar a su General, los aristócratas decidieron adelantarse. Ellos no querían que viniera otro militar sureño a tomar las riendas, sino una Junta de Gobierno con supremacía de santiaguinos.

El Intendente de Santiago, otro hombre de confianza de O'Higgins, encabezó la rebelión, citando a los "vecinos importantes" a un Cabildo Abierto para el mediodía de ese veintiocho de enero de 1823.

Esa mañana Rosario amaneció nerviosa, con dolor de cabeza y la bilis alterada. José Antonio era muy joven pero, por la enfermedad del patriarca de los Cotapos, él representaba a la familia y estaría presente en el Cabildo. Ella no podía asistir porque era un asunto de hombres, pero tampoco deseaba ver la caída de O'Higgins y menos aún, en presencia de José Antonio. Recién ahora lograba entender a qué se refería Nieves cuando decía estar entre la espada y la pared.

A las dos de la tarde no resistió más el encierro en su casa y fue donde Nieves. Por la mañana había vomitado una viscosidad verde que aún la tenía ojerosa y con el pulso malo pero Nieves, con sus preocupaciones, no se dio cuenta.

Supo que Bernardo trabajaba en su despacho como si fuese un día normal, pero que en la plaza el aire se cortaba con cuchillo. Los artilleros del regimiento de San Diego y la Escolta Directorial se habían plegado a la insurrección. La Guardia de Honor —mil, de los mil cuatrocientos soldados que componían la guarnición de Santiago— había jurado neutralidad y los oficiales que se negaron a hacerlo, estaban presos; Manuel Riquelme, el tío de Bernardo, estaba entre ellos. A gritos se rumoreaba que la guerra civil ya iba a estallar en Santiago y que O'Higgins no saldría vivo.

Nieves rezaba junto a un enorme retrato de su hermano que presidía la sala principal de su casa. Rosario no sabía qué hacer. Sentía náuseas, mareos y veía borroso, pero lograba sobreponerse por pura fuerza de voluntad. Alguien trajo la noticia de que Pereira, el jefe de la Guardia de Honor, había condicionado su compromiso de no tomar las armas contra el Cabildo Abierto a cambio de la promesa de que la persona

del Director Supremo sería respetada. El informante agregó que después de aceptar la propuesta unos comisionados habían ido a buscar a O'Higgins para que se presentara ante el Cabildo Abierto. Rosario y Nieves respiraron aliviadas.

Entonces llegó don Felipe Gómez de Vidaurre a pedirles que rezaran juntos. Que O'Higgins estaba furioso, les contó, y que a los señores del Cabildo no les había reconocido ninguna representatividad, diciendo: "son unos cuantos demagogos y cuatro mozos de café". A la Guardia de Honor y a su Escolta les ordenó intervenir. Sin uniforme ni armas caminó hasta el cuartel de la Escolta Directorial para dar personalmente la orden y ahí se encontró con Merlo, el comandante sublevado. "¿Por quién está usted?", le preguntó. "Por el pueblo", contestó Merlo. Y, entonces, O'Higgins, con una furia descontrolada le arrancó las charreteras y a empujones lo sacó a la calle del Puente, donde estaba la tropa. A los soldados les gustó tanto la actitud viril y decidida del General que lo aplaudieron.

"En las calles el aire es irrespirable. Se viene la lucha armada. Hoy va a haber muertos", repetía el tío jesuita, invitándolas a seguir orando. Ni Rosario ni Nieves se concentraban en los rezos; tampoco don Felipe Gómez de Vidaurre, con la oreja atenta a los ruidos de la calle. Decidieron suspender las oraciones e ir a la plaza; "allá continuaremos", les dijo el tío.

Durante la caminata de las cuatro cuadras que los separaban de la plaza, don Felipe les contó que incluso los pelafustanes tenían la insolencia de llamar "Huacho" al General. A Rosario se le hicieron agua los ojos. Tomó la mano de Nieves, convencida de que en cualquier momento se desmayaría. "Hace mucho calor", dijo.

Apenas llegaron supieron que O'Higgins se había puesto su uniforme de Capitán General del Ejército de Chile y recién había cruzado a caballo la plaza, en compañía de un

par de escoltas, para ir al convento de San Agustín, sede de la Guardia de Honor.

Eran las tres de la tarde y la temperatura estaba llegando a su grado máximo. El silencio denunciaba los ánimos y Rosario creía morir; no sabía si de sed o miedo. Los rumores saltaban de un lado a otro, deformando las noticias. Se decía que a O'Higgins lo iban a matar. Aún no se había escuchado ningún disparo pero se sabía que Pereira, el jefe de la Guardia, había apostado en la torre de la iglesia a un oficial inglés con la orden de disparar contra cualquiera que intentara acercarse, incluido O'Higgins, "y los ingleses no se andan con indisciplinas como nosotros", se decía.

Del edificio del Consulado, donde sesionaba el Cabildo Abierto no se tenía noticias y no dejaban salir a nadie de allí.

Desde una esquina de la plaza comenzó a correr a viva voz el rumor de que el General había sorteado todos los obstáculos y que también los soldados de la Guardia, admirados de su hombría, lo vitoreaban. Rosario rezaba en silencio. No pedía nada. No sabía qué pedir.

De pronto un clamor corrió entre la multitud. O'Higgins y Pereira, a la cabeza de dos compañías de regimiento avanzaban hacia la plaza. Rosario solo supo que la apretujaban, que la sostenían en vilo. Alzaba la cabeza para alcanzar a ver algo pero todos hacían lo mismo.

Un murmullo vino de la otra esquina: el Cabildo le exigía a Pereira que arrestara a O'Higgins para evitar la guerra civil. Le fijaban una hora: las tres y tres cuartos de esa tarde. Enseñada se vio cruzar entre la multitud a dos señores: Infante y Errázuriz. Eran los comisionados que venían a insistirle a O'Higgins que se presentara en el Cabildo.

"El Cabildo fuera de su sala no tiene representación. El vecindario reunido tumultuosamente tiene menos derecho

para entrar en arreglos con el jefe de la República", se oyó tronar la voz de O'Higgins.

Al poco rato se rumoreó que los señores del Cabildo habían enviado a unos jóvenes a buscar al coronel Luis de la Cruz y también a Rodríguez Aldea, a quien ya no odiaban desde el día en que dejó de ser ministro. Se esperaba que ellos pudieran mediar. Los minutos avanzaban con una lentitud exasperante.

Mariquita y tres amigas se acercaron a saludar a Rosario. Si estaba enferma, le preguntó, sin dejar de mostrar su alegría por los acontecimientos. "No descansaremos hasta que el Huacho pague con su vida los asesinatos que ha cometido", dijo. A Rosario le saltó el corazón. "Lo borraremos de la historia de nuestra Patria", agregó una de ellas.

Nuevos rumores. Unos señores del Cabildo habían ido hasta Palacio a pedirle a doña Isabel Riquelme que intercediera. "Prefiero ver a mi hijo muerto que deshonrado. No le diré ni una palabra de este asunto. Él tiene suficiente juicio y edad para gobernarse por sí mismo", se decía que fue la respuesta de doña Isabel Riquelme. Rosario se quedó sorprendida y admirada. La señora había saltado sobre su propia sombra para actuar de ese modo.

—¿O yo estuve equivocada respecto a ella durante todo el tiempo? —le preguntó a Nieves.

—Lo uno y lo otro.

Entonces vieron a De La Cruz bajándose del caballo para hablar con O'Higgins. Un revuelo de voces y movimientos: el Director Supremo había mandado buscar sus insignias de mando.

A las seis de la tarde ingresó al Consulado vistiendo el uniforme de Capitán General, la banda tricolor y el bicornio con plumas también tricolores, símbolos de su investidura. Masticaba una cáscara de limón. Para Rosario esa fue la señal

de que él estaba en pleno dominio de sí mismo. Lo vio pasar delante suyo, absorto en la conversación con De La Cruz, mientras a ella el corazón se le escapaba por la boca. El sol ya no estaba en su punto máximo pero ella sudaba a chorros por la espalda. "Hace mucho calor", dijo por segunda vez.

Se supo que O'Higgins, en medio de un silencio expectante, había escrutado a los concurrentes al Cabildo Abierto. Se decía que ahí estaban dos marqueses: el de Pica y el de Larraín. También estaba el conde de Quinta Alegre y don Fernando Errázuriz, don José Antonio Pérez Cotapos, don Agustín Eyzaguirre, y una lista interminable con los nombres de la flor y nata de la sociedad santiaguina. Todos ellos habían abierto camino para que O'Higgins avanzara hacia la testera. De pie, junto a la mesa, había preguntado: "¿Cuál es el objeto de esta reunión y el objeto para que se me ha llamado?". Y entonces el joven Egaña, con gran respeto, le había respondido que lo respetaban como a un padre y le pedían la renuncia por el bien de la república; "evitemos un derramamiento de sangre", habían sido las palabras de Egaña. Rosario recordó por un breve instante la rebeldía de Bernardo contra su padre. Que en el Cabildo estaban discutiendo acerca de la legitimidad del acto, se rumoreaba en la plaza. Se oían gritos.

—Lo único que pido es que siga con vida —le dijo Nieves a Rosario.

—Lo peor ya pasó.

—Debo ir a acompañar a mamá.

Cuando Rosario volvió a oír los rumores, se decía que el General había asegurado despreciar ahora la muerte tanto como lo había hecho en los campos de batalla. No le cupo duda de que él lo había dicho de verdad. El tío jesuita conversaba con todo el mundo y se movía de un lado a otro. Ella estaba con su alma en la mano. Entonces pensó en Demetrio. Bernardo renunciaría pero ¿qué iba a ser de ellos? Por mucho

que yo esté con los carrerinos, mi hijo es un O'Higgins y, por tanto, yo también, se dijo, sin atreverse a pensar más.

Se supo que O'Higgins había prometido entenderse con los comisionados pero había puesto como exigencia despejar la sala. Los señores habían obedecido de inmediato y ahora estaban en el patio del Consulado. Bernardo en la sala con los comisionados, José Antonio en el patio y yo con el vecindario en la plaza, sacaba cuentas.

Estaba oscureciendo cuando empezó a rumorearse que O'Higgins iba a ser detenido. Rosario estuvo segura que para él sería la mayor humillación. Él preferiría que lo mataran, alcanzó a pensar en el momento en que una arcada le subió desde el centro de las entrañas. Se contuvo en medio de sudoraciones frías y misteriosas. Unas mujeres la notaron enferma y le ofrecieron un calabazo con agua. Entonces vomitó un líquido más amargo que el de la mañana. Las mujeres la ayudaron a limpiarse y le dijeron que de seguro estaba embarazada. Sacó cuentas y comprobó que su última menstruación había coincidido con la luna llena. "No puede ser", les respondió pero las mujeres ya no la escuchaban, concentradas en entender los gritos que por oleadas venían del Consulado.

En eso llegó Josefa, en compañía de Mateo. "No podíamos perdernos esta hora histórica", dijo Josefa, tomándola de la mano. Candelaria le había mandado un canasto con huevos cocidos y frutas. Si como, vomito de verdad, pensó.

Era noche cerrada cuando se dijo que Bernardo O'Higgins acababa de leer ante el Cabildo abierto su decreto de abdicación y que en estos momentos estaba tomando juramento a la Junta de Gobierno recién electa. Se rumoreaba que el General se las había arreglado para abdicar en vez de ser derrocado. Muchos llegaron corriendo para contar que el General se había roto los ojales de su chaqueta para ofrecer el pecho desnudo y pedir que lo acusaran quienes tuvieran algo que

decir. Sacó aplausos con su gesto. "Nada tenemos contra el general O'Higgins", "Viva O'Higgins", se oía en la plaza que gritaban los del Cabildo en el momento en que salían a la calle para escoltarlo hasta Palacio.

A pesar del desenlace, los ánimos no eran festivos. La figura de O'Higgins se había agigantado pero el aire seguía tenso, demasiado caliente y húmedo para una noche de verano santiaguina. Se comentaba que muchos oficiales adeptos al General se negaban a aceptar a las nuevas autoridades y que sin la concurrencia de Freire y las provincias, todo era incierto. Rosario le rogó a su hermana que volvieran a casa.

José Antonio regresó tarde, diciendo que O'Higgins era un gran hombre. "Ya lo sé", respondió Rosario con voz de vieja. También supo que su romance con Cotapos no iba a durar hasta la muerte. No podría haberlo explicado; solo tuvo la certeza. Acaso él sea demasiado joven, pensó.

José Antonio estaba eufórico porque habían triunfado sin necesidad de una guerra civil y ya no vivirían bajo la autoridad de una sola persona.

—O'Higgins aceptó la Junta de Gobierno.

—Freire la desconocerá, José Antonio. Viene marchando sobre Santiago con el Ejército del Sur. Yo lo conozco.

A lo largo de esa noche Rosario vomitó tres veces más. Al otro día amaneció con los ojos y la piel de un color amarillento y una calentura que hacía hervir el aire a su alrededor. "Ictericia", dictaminó el médico judío. Tendría que guardar cama al menos durante tres meses. "En el hígado se deposita la ira contenida", le recordó el médico, recomendándole que volviera a usar los cristales de colores en contacto con la piel. "Cuídese", le dijo. "La combinación de ira y miedo puede llevarla a la tumba".

Ese día en casa de los Puga y en todas las casas de la ciudad se supo que O'Higgins y su familia habían abandonado

el Palacio Directorial, trasladándose donde su pariente, el coronel Antonio Urrutia. Hasta allá llegó doña Isabel de Vidaurre, acompañada de Candelaria, para tener una entrevista con O'Higgins para lograr que le entregara el niño. El coronel Urrutia le informó que esa noche no podría ver a sus huéspedes; "están agotados, doña Chabelita. Vuelva mañana".

A la mañana siguiente en la casa del coronel Urrutia de nuevo se presentó doña Isabel de Vidaurre i Ugalde de la Concha; así, con su nombre completo se hizo anunciar. Esta vez O'Higgins recibió a la señora con muestras de afecto poco usuales en él.

"Conservo mi honra, la memoria del bien que alcancé a hacer y no me agita pasión alguna. Antes de vencer a mis enemigos, aprendí a vencerme a mí mismo", le dijo con una mirada diáfana y una voz grandilocuente, como si hubiese tenido un público de mil personas al frente. Doña Isabel se sintió incómoda. Creyó que esas palabras eran un mensaje para Rosario. "Me costó aprender que no hay que hacer nada para merecer el amor", siguió diciéndole, esta vez como si hablara solo. Doña Isabel se mantuvo silenciosa, mirándolo, dándole a entender que transmitiría su mensaje.

Bernardo le mandó sus saludos a Rosario y el deseo de que se mejorara pronto. Que también Rosita estaba enferma, le contó. Pero a Demetrio solo le permitió verlo por unos minutos. "Ahora podré dedicarme a la vida familiar, doña Isabel".

Regimientos enteros se negaban a obedecer al gobierno nuevo y para no causar problemas, O'Higgins se trasladó a Valparaíso. Las Riquelme y Demetrio se quedaron en Santiago, donde el compadre Urrutia. Hasta allá iba Candelaria por las tardes, para buscar al niño y llevarlo a visitar a su madre. De grande, él no recordaría a su mamá en cama y con la piel amarillenta, pero sí se acordaba que ella decía que ese color era de suerte.

Los carrerinos no perdían el tiempo y ya habían enviado a buscar a doña Javiera Carrera, que aún estaba en Argentina. Pero, lo que más les urgía era traer los cuerpos de sus mártires y buscaban por todos los medios trasladar a Santiago los restos de los tres hermanos Carrera. En ese momento no pudieron prever que demorarían cinco años en lograr su cometido, cuando el flamante coronel de milicias y ya casi ministro de guerra, don José Antonio Pérez Cotapos, fuera a Mendoza a buscarlos.

En todo caso, antes que Cotapos fuera ministro, a mediados de abril de 1823 y cuando Rosario convalecía de la ictericia, Freire ya se había instalado como Director Supremo y O'Higgins seguía en Valparaíso, pero ahora bajo arresto domiciliario. Su antiguo amigo Freire había dado la orden de investigarle las finanzas antes de autorizarlo a abandonar el país, así que ahí estaba, humillado, solo y a la espera.

De este modo comenzó un período de gobiernos inestables, que apenas duraban un par de meses. Los aristócratas arrastraban el poncho, taimados, sabedores de poseer el poder social y económico pero no contaban con apoyo del Ejército y en cuanto lograban instalar a alguno de los suyos a la cabeza de una nueva Junta de gobierno, aparecía Freire para descabezarlos. Los otros, los que no eran considerados aristócratas, y la plebe, que ni lo pretendía, se esforzaban por pasar desapercibidos. Fueron tiempos turbios y los santiaguinos sospechaban que tendrían que esperar a lo menos treinta años hasta que llegase el día en que un coterráneo suyo pudiera afirmarse en el poder. Por mientras y después de ese tiempo de anarquía, los generales de Concepción persistieron en mantenerse a la cabeza del país: Freire, Prieto, Bulnes.

Desde que O'Higgins comenzó a preparar su partida, Rosario estuvo de acuerdo con la idea de que Demetrio se fuera con su padre. Entre el caos y la incertidumbre en que se vivía,

le pareció que ese era el único modo que tenía a mano para proteger la vida de su hijo. Solo puso una condición que de inmediato fue aceptada por doña Isabel Riquelme: Candelaria acompañaría al niño en su viaje.

—Es tanto el odio contra Bernardo que pueden hacerle daño a Demetrio, mamá.

—¿Te das cuenta que quizá no lo veamos nunca más?

—En poco tiempo los mismos que lo están echando le pedirán que vuelva. De eso estoy segura.

—Yo no.

—Con Freire en el gobierno es muy distinto a que si fuera un santiaguino.

—No es así. Tu padre tenía razón cuando decía que confundías la realidad con tus deseos.

—Eso lo hacemos todos.

—¿Sí?

—José Antonio piensa lo mismo que yo, mamá.

—Hija, los del sur son los que ahora más odian a O'Higgins.

A mediados de julio Rosario ya estaba recuperada. Entonces, bajo el amparo de don Santiago Felipe del Solar viajó a Valparaíso. Quería despedirse de Bernardo pero no logró verlo. "Lleva tres semanas en cama, aquejado de sus dolores neurálgicos y no soporta ni un rayo de luz. Sus médicos no admiten ninguna visita. Usted sabe que por mí, gustoso la dejaría visitarlo", le informó el fiel amigo Zenteno, cuando ella se hizo anunciar en su casa de gobernador de Valparaíso, donde se hospedaba O'Higgins.

Sí logró estar todo un día con Demetrio. Después fue al muelle, para contemplar el barco hasta que se convirtiera en un punto lejano. No se sabía si el destino era Irlanda o el Perú.

Aunque en ese entonces solo tenía cinco años, incluso en

el instante de su muerte Demetrio iba a recordar ese momento. También recordaba que al poco tiempo de haber dejado Chile se había convencido de que su mamá estaba muerta. De a poco su figura se fue empequeñeciendo, haciéndole señas desde el muelle de Valparaíso, rodeada de niebla, en una mañana de bruma y vientos de mar.

Catorce

Se habían ido al Perú. Veintidós años después de esa despedida Demetrio le escribió la primera carta a su madre. Bernardo O'Higgins había muerto hacía poco.

Sucedió un lunes por la mañana, durante la convalecencia de su peor ataque de paludismo. Al momento de ordenar los montones de documentos de su padre, le llamó la atención un paquete de cartas cuidadosamente amarradas con una cinta de seda amarilla y las letras, en especial las mayúsculas, de redondeces tan pronunciadas que solo podía ser letra de mujer. "Mi caro hijo" decía el encabezamiento.

Eran las cartas que Rosario le había escrito a él a lo largo de casi veinte años. Primero las leyó todas con una rapidez tal que no pudo entender nada, excepto que Rosario sí había pensado en él, que acaso aún lo extrañara.

Mientras buscaba por los corredores a su tía Rosa para que le explicara lo sucedido, sentía que caminaba sobre tierra movediza, que el mundo conocido ya no era como había sido. La tía reconoció su parte de responsabilidad en la decisión de esconder las cartas. "Lo hicimos por ti, Demetrio. Fue por tu bien", dijo, intentando justificar el engaño. Tuvo el impulso de ahorcarla pero solo preguntó: "¿Usted sabe lo que siente un niño que crece creyendo que su madre no lo

ama?" La tía guardó silencio y él se quedó mirándola cuando a ella se le desorbitaron los ojos al verlo escupir al suelo, sobre la madera recién pulida.

Por un instante tuvo la sensación de que toda su vida había sido un fraude; o un sueño de otros. Hubiese querido que su padre aún estuviera vivo para —¡por fin!— enfrentarlo y exigirle la verdad. Nunca se atrevió a preguntar por las razones de la ausencia de su madre y cuando el tema surgía, al principio aceptó las miradas de entendimiento entre los adultos, y más tarde, las evasivas y sus propias fantasías de una madre muerta, aunque Candelaria, cada vez que él lo decía, se enojase y le contestara que eso no era verdad. Demetrio Jara se llamaba por aquel entonces. Demetrio Jara: hijo de nadie.

Después de escupir al suelo, junto a los zapatos de la tía Rosa, fue a refugiarse en Candelaria, ciega de puro vieja y aún olorosa a humo de leña del sur de Chile. Su mamá le calmó la rabia como solo ella sabía hacerlo: rascándole la cabeza. Ella siempre mantuvo vivo el recuerdo de Rosario. Ya en el barco que los trajo al Perú comenzó a contarle anécdotas de su niña, como siguió diciéndole cada vez la recordaba desde su mecedora de la casa de Montalván, donde le gustaba sentarse por las tardes para abrir los pulmones en busca de los olores del mar. Hasta su último día de vida, a Candelaria le gustó oír el sonido del viento escurriéndose entre las matas de plátano y las dos palmeras solitarias que se cimbreaban con las brisas del atardecer. Entonces, justo cuando el mar se tragaba al sol, ella aspiraba profundo y se ponía a hablar a solas. Él creció escuchando los cuentos de su mamá.

Fueron necesarios varios días para que Candelaria le contara de nuevo la historia de amor de Bernardo O'Higgins y Rosario Puga. "Usted fue engendrado por el amor", le dijo y él no lograba convencerse, a pesar de sentir que una alegría mansa pujaba por bullirle a través de la sangre.

Candelaria estaba tan vieja que recordaba mejor lo sucedido treinta años atrás que lo de esa misma mañana. "La memoria no me falla", insistía ella y, en caso de duda, él buscaba documentos y cartas para refrescarle la memoria. También contaban con la ayuda de los recuerdos de José Soto, el fiel asistente de su padre. "Toda una hembra era su mamá, don Demetrio", le dijo Soto cuando él le preguntó si la había conocido. Al cumplir los catorce años Soto lo había llevado por primera vez a un prostíbulo y ahí aprendió a confiar en su juicio sobre las mujeres.

Soto se había quedado a vivir en el Perú, con su General, después que el ejército chileno abandonara el Perú al final de la guerra entre Chile y la Confederación peruano boliviana. Los meses de esa guerra fueron terribles para O'Higgins, con su alma partida entre sus dos patrias, como llamaba a Chile y Perú. José Soto alegró los últimos años de su padre. "¿Te acuerdas, Soto...?" comenzaban las frases del General cada vez que rememoraba sus días de gloria. Ahora Soto estaba diciéndole: "su padre amó a dos patrias, don Demetrio, y su madre, a dos hombres".

Dos semanas después de haber encontrado las cartas tuvo una recaída del paludismo, con fiebres y tercianas que le destemplaron el juicio. Entre delirios soñaba con su madre y en los momentos de cordura trataba de recordar su infancia más temprana. No lograba distinguir entre sus recuerdos y las imágenes que sus ojos habían inventado mientras escuchaba los cuentos de Candelaria. La voz de la mamá se confundía con sus añoranzas.

Apenas restablecido, se decidió a contestar las cartas. ¿Vivirá aún?, se preguntaba. Escribió infinidad de borradores. Lo más difícil era el encabezamiento. Ensayó diversas fórmulas: "señora mía", "madre querida", "doña Rosario". Finalmente se decidió por "señora doña Rosario Puga" por

ser la más respetuosa. Le contó que había crecido entre Lima y la hacienda de Montalván, un oasis en medio del desierto cercano a la ciudad de Cañete. Que de niño almorzaba en la mesa de los adultos y se había acostumbrado a las largas sobremesas de los numerosos desterrados chilenos que de continuo llegaban a visitar a su padre y variaban de acuerdo a los vaivenes políticos de Santiago. Que se hizo hombre acompañado de su familia: padre, tía, abuela —a la que lo obligaban a llamar “mamita Isabel” —y su primo José Borne Puga. Le contó que su padre murió a los sesenta y cuatro años de edad, de hipertrofia al corazón; “es una ironía que haya muerto por tener el corazón demasiado grande”, escribió. Que Bernardo O’Higgins había recibido una despedida austera pero digna de un libertador de América; “mi obligación de hijo es llevar sus restos de vuelta a su tierra, donde él quería descansar”. Era una carta llena de fórmulas de respeto, de informaciones que ella seguramente conocía y de mentiras. O, mejor dicho, de silencios. Ninguna pregunta, ningún reproche, nada que dejase traslucir su tristeza, su rabia y su dolor.

Junto a esa primera carta le envió un retrato suyo, pidiéndole que ella hiciera lo mismo. Esperó cinco meses hasta recibir una respuesta. Fue un tiempo en que osciló entre la euforia de un posible encuentro y el miedo de que ella hubiese muerto o ya no se interesara en él. “Si no lo viviese bajo los efectos del opio no lo soportaría”; así le contestó a la tía Rosa, que no perdía oportunidad de criticar sus aficiones que lo alejaban de los libros de cuentas. “Vas a terminar de bohemio”, era su reproche constante.

Finalmente llegó la respuesta. Rosario le contaba que en enero había cumplido cincuenta años, que su pelo aún era rojizo a pesar de las canas y sus manos estaban ajadas y llenas de pecas; que sentía vergüenza de enviarle un retrato y que

mejor fuera él a Santiago a verla en persona porque las cartas no remediaban las separaciones.

Un año después recibió otra carta:

“En Santiago de Chile, junio veintiséis de 1847

Mi querido Demetrio:

Al escribirte hoy, una cosa nueva, desconocida pasa por mí; mucho hago por definir este fenómeno, pero imposible; mi razón se turba, mi corazón se oprime y mis lágrimas, único bien de la mujer que sufre, tal vez humedecerían el papel que te dirijo si no tuviera vergüenza de llorar ante una cosa que va a llegar a ti. Sí, me avergüenzo de llorar, porque pensando en ti, no debía sino expandirse mi pecho; mis ojos no debían sino brillar de placer. Pero qué quieres. He sido tan desgraciada. A ti, mi amigo, mi caro hijo, a ti puedo decirlo: desde el instante en que llegó a mi poder tu retrato, desde el momento en que pude ver en tu carta que me llamabas madre, “mi tierna madre”, desde ese instante todo lo olvidé; solo pensé en ti, tú solo eras mi ocupación. Te escribí, contesté tu primera carta, pero juzga de mi sorpresa, de mi abatimiento, cuando hasta hoy no he vuelto a ver otra carta tuya. ¿Acaso me has olvidado? ¿No me volverás a escribir? ¿Por qué te he visto dar el dulce nombre de madre a otra que no yo? No era yo bastante infeliz ya para que habiendo encontrado a mi hijo, éste, voluntariamente me olvidara... Pero no sé lo que digo, discúlpame, el dolor me lleva demasiado lejos; te acuso y quizá eres inocente; te acuso a ti, tan bueno, tan puro a ti, que en mis últimos días has venido a derramar la vida sobre mí. Sí, pues yo me marchitaba, flor abandonada del riego filial. En la necesidad de guardar silencio, mi vida se tronchaba como el tallo débil al soplo del huracán. Pero tú me escribiste, me pareció oír tu voz; ella me decía, vive, vive pues tienes un hijo que demanda tu amor, tus cuidados. Fui desde entonces otra.

Ya ves, ¿comprendes lo que por mí pasa? Mi situación es excepcional; por una razón bien común te hablo como si siempre hubieses estado a mi lado, como si no te hubieras separado de mi seno. Tal vez te amaré demasiado.

Adiós, Demetrio, sigue obrando el bien, no desmáyes en la hermosa senda que te has sabido trazar; ¡la virtud es cosa tan magnífica! Sigue los instintos de tu generoso corazón; Dios te lo exige, la sociedad y tu pobre madre.

Rosario Puga

P.S. Escríbeme en recibiendo ésta y hazlo siempre”.

Tenía veintinueve años cuando recibió esa carta y era uno de los solteros más codiciados de Lima. A la muerte de su padre había heredado el apellido O’Higgins que le abría todas las puertas y lo rodeaba de un halo de gesta patriótica y alcurnia de virrey. La mención de su apellido causaba revuelo en los salones, donde políticos, generales y mujeres hermosas se le acercaban. Lejos habían quedado los días en que Demetrio Jara era un estudiante destacado de la Universidad de San Marcos, pero de origen desconocido.

A menudo creía que su padre se había vengado en él, repitiendo lo mismo que le hizo su padre: darle el apellido de forma póstuma, entregárselo mediante un testamento y no por derecho de nacimiento ni de sangre. A veces pensaba que su padre obraba así para protegerlo pero entonces ¿por qué en la intimidad del hogar le negaba el trato cariñoso que un padre debe a su hijo? Según la tía Rosa había sido para no malcriarlo; “te trataba igual que a tu primo, para que ambos se convirtieran en hombres de provecho”. Se mantuvo silencioso recordando que a José Borne el General lo presentaba diciendo “el hijo de mi hermana Nieves”, y luego, señalándolo a él con un gesto, decía: “Demetrio Jara, un ahijado”.

Con los años se transformó efectivamente en un hombre de provecho. La obligación de trabajar desde los catorce

años en la tienda de su padre en Lima, dio sus frutos. Y mientras la tía Rosa —la heredera de Montalván— cosechaba lo que Bernardo O’Higgins sembró con enormes sacrificios, él continuó llevando los libros de cuentas. Montalván había sido transformada en la hacienda más moderna y próspera de la costa cercana a Lima. En ella se producía aguardientes de caña y de uva, de características tan excelentes que muy atrás habían quedado los tiempos en que Bernardo O’Higgins mendigaba préstamos para mejorar los trapiches y extender las plantaciones de caña de azúcar mientras José Borne y él llevaban los negocios de Lima.

A la muerte de la tía se convirtió de la noche a la mañana en un hombre inmensamente rico. Obedeciendo una cláusula secreta del testamento de su hermano, Rosa Rodríguez, también conocida como Rosa O’Higgins, había testado en su favor. “Eres tan rebuenmozo, Demetrio, y ahora serás un buen partido. Tienes que casarte pronto para perpetuar el apellido O’Higgins”, le dijo la tía poco antes de morir.

Lo mismo le mandó a decir Rosario en una carta que le entregó Federico en el invierno del año siguiente: “Como no vienes tú, mando a tu hermano a buscarte; él lleva el retrato que me acaban de hacer”, decía la carta. Así conoció a su hermano, de cuya existencia alguna vez había escuchado y de inmediato lo borró de la memoria. Ahora era lo suficientemente mayor para no sentir celos y estaba tan solo que pudo recibirlo como un regalo de Rosario. A lo largo de años se deleitó contemplando el retrato de su madre; era una mujer hermosa, de expresión madura, ojos de mar y pelo de cobre y plata.

Federico y él se miraban y se reconocían el uno en el otro. Tenían la misma frente amplia, el mismo ceño crispado, los mismos ojos verdes y dos líneas muy marcadas que iban desde la nariz hasta las comisuras de la boca. El color del pelo,

la forma de los labios, la voz y el porte eran distintos, el sello de padres diferentes. Federico se apellidaba Puga por renegar de su padre y de todos los Pérez Cotapos, a diferencia de Catalina, la hermana que sí llevaba el apellido del padre. Rosario se había hartado y abandonó a Cotapos cuando él era ministro de guerra; "peleaban mucho por política; nuestra madre nunca fue carrerina de corazón", le confidenció Federico. También le dijo que de ahí en adelante Rosario ya no tuvo más amores y después de obtener el divorcio eclesiástico, se dedicó aún más a sus litigios contra Soto Aguilar hasta convertirse en propietaria legítima de Collipeumo, con lo que pudo pagar las deudas acumuladas desde hacía muchos años. Federico venía a pasar la resaca de una revolución contra el gobierno de Montt en la que se había involucrado y permaneció un año en Montalván. En ese lapso se hicieron hermanos: hijos de una madre que amó a dos hombres.

Años más tarde hasta Montalván llegó Benjamín Vicuña Mackenna, uno de los tantos amigos de Federico que habían sido desterrados por órdenes del presidente Montt. A modo de presentación, Vicuña Mackenna le dijo que deseaba aprovechar su exilio en el Perú para escribir la biografía del general O'Higgins. Durante meses revisaron juntos los documentos y cartas de su padre.

Por esos días también José Miguel Carrera Fontecilla llegó a Montalván. Así conoció al hijo del enemigo de su padre, exiliado en Lima. Vicuña Mackenna y Carrera eran camaradas de desgracias políticas y compartían el destierro. A menudo venían a pasar unos días a la hacienda y se quedaban hasta la madrugada conversando de política. Carrera había vivido un desastre en Rancagua en la guerra civil de 1859. "Derrotado en Rancagua, al igual que su padre, Demetrio", le dijo al estrecharle la mano por primera vez. Se hicieron grandes amigos y sellaron la reconciliación que para sus padres fue

imposible. Fue tan cercana esa relación que incluso Demetrio estuvo presente cuando José Miguel murió de una dolencia hepática en brazos de su amigo Benjamín.

Antes de regresar a Chile, Vicuña —de familia o'higginista por parte de padre y madre— se comprometió a usar sus influencias políticas y sociales para repatriar los restos del general O'Higgins. "Tengo una deuda con su padre. Soy el nieto del coronel Juan Mackenna, muerto por Luis Carrera en un duelo turbio en una esquina rosada de los arrabales de Buenos Aires", le confesó.

Los años no pasaban en vano, le decía Rosario en las cartas que con frecuencia le enviaba y que a él se le hacían cada vez más difíciles de contestar porque las farsas le parecían agotadoras. Recién ahora se preguntaba por qué no hizo lo posible por viajar a Chile antes que ella muriera. Le habría gustado verla y oírla pero lo había temido. Recordaba las palpitaciones y los sudores que lo invadían cada vez que fantaseaba el momento de mirarla ojo a ojo, de tenerla en carne y hueso junto a él, de estrecharla entre sus brazos. Pero también habría sido el momento de hacer preguntas y optar entre una versión u otra de la historia, de su propia historia.

A esas alturas de su vida sabía que la Historia de Chile, así como la historia de su padre, la suya y la de cualquier individuo siempre serán susceptibles de interpretaciones muy diversas, dependiendo de la época y lugar en que el intérprete respire, sienta y piense. Muchos hijos de carrerinos y los nietos de sus nietos por siempre considerarán al general O'Higgins un asesino o, en el mejor de los casos, un dictador. Y los otros, un héroe. "La historia es algo vivo: pulsa, se mueve y se reproduce", le había dicho a Vicuña Mackenna en sus conversaciones nocturnas. Bien lo sabía él. Su propia niñez y juventud podrían haber sido consideradas una desgracia, pero esa misma desgracia, más los viajes y personajes que había

conocido, le proporcionaron la oportunidad de entrever que las cosas y sucesos son vistas por seres humanos que por mucho que intenten ser imparciales, no lo logran, arrastrando hasta la muerte el peso de sus propias experiencias. La suya le señalaba que los hombres —“y también las mujeres”, habría puntualizado Candelaria si aún viviera— procuraban contar con una biografía coherente y sólida que, pese a mil intentos por evitarlo, en algún instante entraba en crisis y se desmoronaba. Algunos podían revisar esa versión, modificándola pero los más, tenían huecos en la memoria y negaban lo que sus ojos veían, todo con el objeto de aferrarse a la vieja historia, contra viento y marea, petrificados como una roca. Sabía que era uno de los pocos hombres de su época que tenían la íntima certeza de que la Historia —esa con mayúscula— como también las pequeñas historias personales, eran construcciones imaginarias, un producto de la mente de cada cual. Sabía también que en el futuro los historiadores y también los chilenos comunes y corrientes continuarían buscando datos e indicios que apoyaran sus puntos de vista y la controversia no iba a acabar jamás.

Las palabras que le había dicho a Vicuña Mackenna acerca de la historia como un cuerpo vivo le provocaba vértigo porque le hablaba de una libertad que jamás soñó. Desde ese vértigo, no dudaba de que si hubiese ido a Chile antes de la muerte de Rosario, ella le habría contado un cuento muy distinto a lo poco de lo que le contó su padre y también habría variado de la versión de Candelaria. Nuevamente se imaginó estrechando a Rosario entre sus brazos y se vio a sí mismo como un niño acurrucado en el pecho de su madre, rendido a la voluntad del destino. Un escozor en las vísceras le recordó que esa sensación le había parecido insoportable. Había preferido mantener a lo largo de siete años una correspondencia ardiente, una comunicación equívoca, casi de amantes.

Buscó las cartas para releerlas. Ella le escribió: “Mi cabeza arde, tengo tantas cosas que decirte, mi emoción al escribirte es tan profunda, tan deliciosa, que me confundo, se ofuscan mis ideas y por poco pierdo el conocimiento. ¡Hijo mío, consérvame tu amor!” Él le respondió que en cada una de las líneas de sus cartas, descubría el alma de fuego con que el cielo la había dotado para amar. Se guardó de decir que por ese fuego, él había sido privado de vivir con padre y madre. En otra carta él le escribió: “nada sobre la tierra será capaz de ocasionar los latidos de contento que ha experimentado mi corazón como este papel mensajero de la madre mía, en el que por primera vez me habla con un lenguaje tan tocante que no podrían mis ojos, anegados en lágrimas y ansiosos, recorrer las líneas más valiosas para mí que el oro finísimo con que ha enriquecido de contento mi alma”.

Por un tiempo estuvo tranquilo creyendo que no había viajado a Chile por no perder ni un instante de su vida junto a Dominga Davis, su parienta casada, venida del sur de Chile. Pero después de la muerte de su madre, no dudó en tomar un barco, decidido a alejarse de Dominga. En el barco empezó a preguntarse por qué no había hecho antes ese viaje. Recordaba muy bien que fue en el puerto de Cobijas, durante un mediodía en el que aún no podía recuperarse del todo de una borrachera, cuando un rayo de lucidez le hizo comprender lo que antes había sido incapaz de ver: a Rosario la deseaba como la mujer joven que aún conservaba fresca en la memoria y la recordaba como la madre que lo dejó en el abandono.

Cuando por fin llegó a Santiago, estaban bajo tierra casi todos los protagonistas de esta historia. Primero la abuela Riquelme, después su padre; los siguieron la tía Rosita, Rosario y por último, Candelaria. En Santiago se hospedó donde su tía Nieves y conoció a Manuela, la hija que años después de

enviudar tuvo la tía con un señor casado, de apellido Larraín. Perturbadora le pareció su prima.

Federico se había unido en matrimonio con Nieves Borne Riquelme, sobrina por ambos lados. Al cabo de casi cien años las dos familias seguían entrecruzándose. Recordaba que una tarde de verano santiaguina, con los sesos derretidos por el calor, le preguntó a Federico la razón por la cual toda la parentela insistía en sentarlo junto a Manuela Larraín, la prima perturbadora.

—Ya sabes que en nuestras familias nos gusta practicar la endogamia —le contestó Federico.

—Mí cuento es otro.

—¿Cuál?

—Me gustan las mujeres casadas, Federico. Vengo escapando de una que me tenía loco.

—Entonces tú seguirás con la tradición de los huachos.

Se guardó de contarle que la mujer casada que lo tenía loco era parienta de ambos. Y ya tenían a Antonia, su huachita; “por suerte es una niña”, se decía para no cargar con mucha culpa.

Durante una de esas noches estrelladas, tan típicas de Santiago, se entretuvo dándole vueltas a algo que esa tarde le había dicho Benjamín Vicuña: que con el paso del tiempo, su padre y su familia se convertirían en una imagen sacra. “Tú, junto a tu madre y tu tía Nieves quedarán, por supuesto, excluidos”, le advirtió. Comprendió que el mismo Vicuña Mackenna formaba parte de la maquinaria de los creadores del mito del hombre heroico. “Es necesario para asegurar la unidad, la paz, el progreso y la grandeza de Chile”, había agregado Gregorio Víctor Amunátegui, esposo de la hija de Mariquita Cotapos, un joven carrerino con fama de ser un estudiosos serio de la historia nacional. El insomnio se desató en cuanto vio que para evitar más desangramientos y

guerras civiles, siempre se practicaría la política del avestruz: esconder la cabeza para no ver más pero sin poder olvidar lo que ya se había visto. Desde la abdicación de su padre Chile ya tenía a su haber tres guerras civiles y dos internacionales. Aunque se borrara el recuerdo de las revoluciones, el avestruz escucharía el grito rebelde y partiría tras él, tal como lo había hecho el abuelo Juan de Dios Puga por querer llevar hasta las últimas consecuencias las reformas iniciadas por el abuelo Ambrosio O’Higgins. Su mismo padre había previsto que las convulsiones sociales serían borradas de la memoria: “seré un héroe militar, sin soldados, ni caballo ni cañones, sin enemigos ni guerras; un general de salón”. Cada uno de nosotros es cómplice de su época, pensó.

Al amanecer, antes de dormirse en paz, supo que en el futuro, en el origen de la patria chilena, en vez de una revolución, habría una madre y un hijo, confundándose con la Virgen y su Hijo, tal como Candelaria los había visto en una función de títeres de una aburrida tarde de domingo.

Después de esa noche hizo los preparativos para que su estadía en Chile no se alargara. Buscó a Vicuña Mackenna para que aceptara ser el depositario de los documentos del General. Al cabo de unos días viajó a Rancagua para conocer la plaza donde su padre fue derrotado. Recorrió las calles de Concepción, Chillán y Los Ángeles. En Santiago adelantó los trámites para la repatriación de los restos de su padre que aún encontraban mil inconvenientes para descansar en su tierra. En todas partes debió soportar banquetes y discursos “en honor al hijo del Padre de la Patria”. Después se fue por cuatro años a Europa —Londres, Dublín, París, Roma, Madrid, Sevilla— y dilapidó la mitad de su fortuna.

De regreso en Lima, pese a su fama de libertino y de llevar una vida de placeres —al menos, eso es lo que se aseguraba— en poco tiempo logró que la hacienda produjera el doble que

antes y en un par de años, se había convertido en “el honorable diputado don Demetrio O’Higgins y Puga”, representante ante el Congreso del Perú de Cañete, la región donde se ubicaba Montalván.

Recién al cumplir los cincuenta años se enamoró de verdad y por primera vez en su vida —reconocía ahora— de Carmen Ruiz y Calero, una niña de catorce años que estaba a punto de darle un hijo. El padre de Carmen se negó a entregarle su hija en matrimonio. “Honorable diputado, prefiero ver a mi hija muerta que desposada con un hombre mayor que yo”, le mandó decir. Probablemente el padre de la abuela Riquelme le habría contestado lo mismo a don Ambrosio si él le hubiese pedido la mano de su hija.

Ahora, a los cuatro años de haber vuelto de sus viajes, en la casa de la hacienda, junto a un floripondio de campanas amarillas y corazón anaranjado que su padre había hecho plantar, recordaba la historia que Candelaria le contó tantas veces. Al igual que su padre y que él, el hijo de Carmen sería otro huacho O’Higgins. ¿Qué es el destino?, se preguntaba, sospechando que se trataba de tareas pendientes, heredadas de padres a hijos. Sonrió al acordarse de que al poco tiempo de estar en Lima, cada vez que preguntaba por su madre, la abuela Isabel le acariciaba el pelo y sin responder a su pregunta le decía: “así es el destino, Demetrio”, con la misma voz de misterio que usaba para rezar las novenas e invocar a los santos. Desde entonces había creído que el destino era un plan previo, escrito por Dios.

Mientras revivía ese instante, su memoria recuperaba miles de otros cuentos de Candelaria y fue entonces que decidió contar la historia de amor de sus padres. Había comenzado a escribir para entender porqué él heredaba ese destino por tercera generación. A pesar de sus intentos por escapar, era el continuador de las tradiciones familiares: la endogamia y los

huachos. ¿Qué es el destino? Volvía a preguntarse, decidido a no repetir la misma historia de soledad por tercera generación.

Podía recordar la primera vez que escuchó la palabra “huacho”. Llevaban un par de años en Lima cuando vio a su padre paseándose a trancos largos por el patio embaldosado mientras agitaba un periódico chileno en las manos, despotricando porque sus enemigos aún lo llamaban “Huacho Riquelme”. Al oír las voces, Candelaria se había apresurado a ir hasta donde estaba él para llevárselo a otro patio. A ella le preguntó quiénes eran los huachos. “Todos nosotros, Demetrio. Todos nosotros”, fue su respuesta.

A lo largo del embarazo de Carmen hizo los preparativos para fugarse juntos a Chile. Este hijo sí llevaría el apellido O’Higgins desde el principio. Tenía ya los boletos del buque que los trasladaría a Valparaíso para continuar una vida nueva. Estaba todo arreglado para que después de su partida se vendiera Montalván y con ese dinero recuperaría la hacienda Las Canteras, en Los Ángeles. La volvería a levantar, igual como lo había hecho su padre después del abandono en que la dejó el abuelo Ambrosio. Habían pasado casi setenta años desde que su abuelo abandonó Chile para asumir el cargo de virrey del Perú. En ese tiempo el mundo había cambiado mucho. Él haría el viaje de retorno.

Así lo había acordado con su hermano Federico que acababa de desembarcar en el Callao. En la tarea que traía a Federico al Perú, vislumbraba las jugarretas de la vida. Federico Puga era el secretario de la comisión de honor que enviaba el gobierno chileno para expatriar los restos del general O’Higgins. Al cabo de años, las gestiones de Vicuña Mackenna habían dado frutos. “Me nombraron por ser tu pariente más cercano”, le confió Federico en el muelle esa mañana antes de irse a tomar un café mientras esperaban que

el equipaje saliera de la aduana. "En mi nombre acompañarás a mi padre. Yo aún tengo una tarea pendiente pero en veinte días me embarco" le había dicho a Federico esa tarde cuando se despidieron después de almorzar juntos. No había querido hablarle de Carmen; ya tendrían tiempo de sobra para ello.

Era la víspera de navidad de 1868 y se encontraba escribiendo cuando lo interrumpió un visitante de Lima.

Traía un anuncio que desbarataba todos sus planes. Carmen había muerto en el parto pero la niña sobreviviría. La habían bautizado con el nombre de Carmen Demetria O'Higgins.

Recluido en su casa de Montalván, Demetrio O'Higgins terminó de escribir la historia. Sobre la mesa, al lado de los boletos del barco para irse a Chile, tenía un vaso de aguardiente y un frasco con esencia de almendras amargas capaz de matar a un caballo. Y toda una noche por delante para decidirse.

Al final

Demetrio fue enterrado el 28 de diciembre de 1868 en el hueco que dejó su padre en el cementerio de Lima. Al saberlo, lloré a mares.

Ahora habla Juanita, la autora que se ha escondido tras Demetrio y Candelaria. Intervengo para contar acerca de lo que he denominado "mis mentiras" y "las mentiras de los otros", asunto que me ha preocupado a lo largo de toda la escritura.

A estas alturas me cuesta distinguir entre lo histórico—"lo verdadero", le dirían muchos—y la ficción; "inventos de la autora", le dirían esos muchos. Confieso que cuando empecé a escribir, quería ser muy rigurosa, pero a poco andar comprobé que había interpretaciones distintas a partir de los mismos datos y que otras veces los datos no coincidían. Lo más evidente era la omisión de Rosario, Demetrio y Nieves en la vida de O'Higgins; nada menos que la amada, el hijo y la hermana.

Vicuña Mackenna, en su biografía de O'Higgins, no menciona la existencia de Rosario: el héroe no tuvo amores. Me parece una omisión extraña porque él estuvo durante meses con Demetrio, viviendo en la hacienda vecina a Montalván, donde escribió esa biografía. Encina y Eyzaguirre coinciden en tratarla pésimo: que tenía mala fama y sedujo a ese pobre hombre inexperto, afirman ellos. Campos Harriet apenas habla de

ella cuando en otros textos sí nos cuenta de Rosario; por él supe que las señoras de Concepción se rifaron a O'Higgins y Rosario sacó la carta premiada. Valencia Avaria, el que más la considera, le dedica toda una página. María Graham describe varios paseos en los que participa Rosario, pero la confunde con una hermana de Cotapos.

Entre tantos datos, opté por darle el mismo valor de "verdad" a toda palabra impresa proveniente de ensayos, crónicas, biografías, recortes de periódicos, grabados, diarios de vida. En casos de duda, les creí más a Opazo Maturana/Balbontín, ya que la mayor parte de sus datos proviene de registros parroquiales y judiciales, fuentes que, según entiendo, son las más serias.

Una gran "mentira" entonces es la omisión de Rosario en la vida de O'Higgins. Con la seguridad de que no solo yo ficciono, reconozco que he mentido descaradamente. Sin embargo, ahora quiero aclarar mis mentiras.

Primero hablaré de los personajes:

Candelaria y el pirata inglés corren bajo mi responsabilidad. El inglés pudo ser posible porque en ese tiempo efectivamente merodeaban contrabandistas por las costas de Chile, pero nada señala que Rosario haya visto uno. Candelaria es otra criatura mía. Es creíble toda la historia que le invento pero, obviamente, en ningún libro se menciona su existencia. Hay que recordar que entre las familias ricas, las nodrizas y mamás cumplían el papel de madres; los niños, relegados al mundo de las empleadas, cobraban vida para la familia recién a partir de los ocho o diez años, cuando ya habían sobrevivido. A Rosario incluso la puse demasiado maternal.

La abuela Puga y Mateo son mentiras a medias. La abuela de Rosario efectivamente se llamaba así pero no logré saber si la señora ya habría muerto cuando Rosario nació. Su presencia me acomodaba hasta que llegó cierto momento en el

que Candelaria y la abuela se superponían. La maté después de hacer un viaje a Concepción para asistir al funeral de un primo.

Josefa se casó con un español llamado Mateo Aguilar de los Olivos, pero no logré saber más de él. También Josefa es un invento a medias porque solo sé que Rosario tuvo una hermana menor llamada así, que se casó con Mateo, al que arbitrariamente quise salvar de la matanza de San Luis, en la que no hubo sobrevivientes. Pienso que Josefa murió de parto porque en un paseo por el Cementerio General descubrí la tumba de Mateo, que descansa junto a varios hijos suyos que tuvieron diversos apellidos maternos. Solo supe que Josefa era malgeniada y no sabihonda. Al comienzo decidí que Josefa era mucho menor que Rosario y por tanto, ni aparecería en la novela. De pronto apareció y fue apareciendo cada vez más, hasta convertirse en un personaje importantísimo. Después descubrí que ella podía servirme para hacer un contrapunto con Rosario, pero a cada rato lo olvidaba porque Josefa había adquirido vida propia.

El río jesuita existió pero murió en Cauquenes, en enero de 1818; tal vez durante el éxodo. Preferí resucitarlo.

Antes de comenzar a escribir, creí que Nieves sería un personaje central pero no logré meterme en ella. Nieves estaba tan entre la espada y la pared que yo no pude con sus miedos y angustias. Sé que fue muy cercana a Rosario, tanto que efectivamente estuvo presente en el nacimiento de Demetrio.

Al comienzo también creí que Rosa Rodríguez —también llamada O'Higgins— sería otro personaje central, pero apenas logré mencionarla. Me cayó mal; mejor dicho, ya en mis tiempos de colegiala me caía mal. Por el cambio de apellido, quizá.

Durante meses Salvador fue un personaje importante para mí. Incluso escribí todo un capítulo protagonizado por él.

Era mi modo de introducir la guerra que hubo en 1813 y 1814. Después lo eliminé porque era una información importante para que yo tuviera en la cabeza, pero sobraba para el cuento que quería contar: demasiadas páginas para eso y muy pocas para alcanzar a introducir los conflictos políticos y militares del período. Salvador me encanta, incluso con su traición a O'Higgins por serle fiel al sur; creo que me enamoré un poco de él.

Otra gran mentira mía o, mejor dicho, mi interpretación de los hechos, tiene que ver con el rol de los emigrados. Los historiadores informan de esa emigración e incluso dicen que constaba de cincuenta mil personas, pero no los vuelven a mencionar hasta que en el verano de 1819 volvieron a su tierra. Yo estuve con ellos en Concepción, viajé con ellos en la caravana y viví en un Santiago que de un día para otro dobló el número de sus habitantes. Doy fe de que ellos crearon problemas de infraestructura, pero también políticos. El hecho de que cuatro años más tarde llegara a Santiago el Ejército del Sur, con Freire a la cabeza, a pedirle la renuncia a O'Higgins, tiene que haber tenido alguna conexión con lo que vivieron los emigrados en Santiago; insisto.

Y así nos salimos de los personajes para llegar al resto de la historia. Ahí me enredo, porque ya no distingo. Lo político y lo privado se me confunden en la historia que cuento.

Hay montones de invenciones mías que a estas alturas me las creo a pie juntillas y ya no las reconozco como tales. Es lo que une un dato y otro sobre batallas, leyes, conflictos políticos y chismes varios que obtuve de tantas biografías que leí. Cada cien páginas encontraba un dato interesante: que Bernardo fumaba habanos; que Manuel Rodríguez le envió de regalo una botella de ron; que Bernardo sufrió de orzuelos, hemorroides, amebas y fotofobia; que tuvo hemiplejía; que solía escaparse a los baños de Cauquenes; que se mandó

a hacer una cama de roble; que no tenía plata y cada mes buscaba a quién pedirle prestado los quinientos pesos que necesitaba; que tenía una pareja de loros a los que les contaba sus tribulaciones al darles de comer.

María Graham describe a Cotapos vistiendo "un poncho color turquesa tachonado de flores". Con ese detalle comprendí que los hombres de aquella época no se vestían de gris y azul marino y que incluso los uniformes militares eran colorinches. A partir de ahí, la película que yo veía en blanco y negro, se llenó de colores.

Entremedio puse algunas mentiras con la intención de que muchos las reconocieran como tales y así supieran en qué terreno se movían: Jaime Eyzaguirre como coetáneo de O'Higgins, expresando su asombro por el enamoramiento del Director Supremo; el origen de la paila marina, el mariscal y las animitas; el tono agudo que usamos los chilenos al hablar; partes del poema de Neruda sobre Manuel Rodríguez. Así fui escribiendo: mentira sobre mentira, verdad sobre verdad; así somos, tal vez.

Reconozco que el momento más difícil fue justo antes de comenzar a escribir, cuando ya conocía bien a Rosario pero no lograba convencerme de que no hubiese sido una mujer absolutamente excepcional, tanto, que ni valía la pena escribir sobre ella. Que se hubiese separado del marido, que se enamorara de O'Higgins y tuviera a Demetrio, que pidiera el divorcio e hiciera seis demandas por pensión de alimentos, que dejara a O'Higgins para irse con Cotapos y que con él tuviese dos hijos más, me parecía insólito, más de lo que nos atrevemos a hacer las mujeres de hoy. María Ignacia Puga, Nieves Puga, doña Isabel Riquelme, la esposa de Toesca y tantas otras mujeres con cuentos parecidos eran demasiadas excepciones a la regla, pero aún así, yo insistía en que ellas vivían solo para rezar y aburrirse. Las veía como a mujeres

inválidas, sufrientes y respetuosas de la moral victoriana aunque faltaran muchos años para que gobernara la reina Victoria. Educada en la idea del progreso, me costó aceptar que las mujeres de fines del dieciocho y principios del diecinueve hubiesen tenido más libertades que las de principios del siglo veinte.

Por último, otra confesión: de Bernardo, por mucho que lo intenté, no pude enamorarme. Eso se nota aunque ahora lo admiro como no lo hacía antes. Lo hago porque aún estoy sorprendida del coraje y la fe de esos hombres que se jugaron más que la vida no solo por una profunda convicción anticolonialista, sino a favor de un sistema republicano que recién se estrenaba. En pro de ese ideal, no dudaron en dejar de lado sus fortunas, amores y proyectos individuales. ¡Qué pena que en la universidad me enseñaron que eso fue una simple revolución democrático burguesa!

A Cotapos lo vi y caí rendida. Eso también se nota. Así es el amor. No se explica. Rosario lo supo mejor que yo.

Agradecimientos

A Micha Lagos, porque años atrás me motivó a empezar a escribir. A Pía Barros, por sus enseñanzas.

Un agradecimiento especial a Aliú García que metió mucha mano y tijera; a Irene Agurto y María Elena Moreno, porque me dieron el primer empujón y después continuaron haciéndolo. A Rosario Puga, la tatarataranieta de mi protagonista, que desde el principio se entusiasmó con la idea de recuperar a su antepasada. A Ana Sojo, que un sábado por la mañana me liberó de la angustia de poner el punto final.

A Ana María Güiraldes y los integrantes de su taller de los martes por la noche, que tuvieron paciencia para escuchar semana a semana lo que iba escribiendo.

A los amigos que leyeron el manuscrito, me alentaron, sugirieron miles de cosas e incluso corrigieron faltas de ortografía: Malcolm Coad, Inés Stranger, Sonia González, Vicki Jorquera, Hernán Calderón, Mauricio Tolosa, Laura y Luis Vitale, Jaime Collyer, Erika Alert y Marcela Valdivieso.

A Lorena Seegers, la psicoanalista que me levantaba del suelo cuando me deprimía porque mi novela estaba horrorosa.

A Leda Bakovic, Cecilia Carrasco y don Jaime Fuentes que infinitas veces imprimieron y sacaron fotocopias.

A la familia Chamorro, que puso a mi disposición su completísima biblioteca sobre O'Higgins.

A Elsa González, que me permitió desentenderme de lo doméstico para dedicarme a escribir.

Bibliografía consultada

- Amunátegui, Miguel Luis. (1917). *Don Bernardo O'Higgins juzgado por sus contemporáneos según documentos inéditos*. Santiago: Imprenta Universitaria.
- Balbontín Moreno, Manuel y Opazo Maturana, Gustavo. (1964). *Cinco mujeres en la vida de O'Higgins*. Santiago: Arancibia Hnos.
- Barros, Tobías. (1949). "Los parientes de O'Higgins en el Perú". En *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, N° 41. Santiago.
- Campos Harriet, Fernando. (1947). *La vida heroica de O'Higgins*. Santiago: Escuela de Tipografía Gratiitud Nacional.
- . (1974). *Leyendas y tradiciones penquistas*. Santiago: Editorial Orbe.
- . (1980). *Historia de Concepción*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Cruz de Amenábar, Isabel. (1995). *La fiesta: metamorfosis de lo cotidiano*. Santiago: Ediciones Universidad Católica de Chile.
- De la Cruz, José María. (1960). *Recuerdos de don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Díaz Meza, Aurelio. (1944). *Leyendas y episodios chilenos*. Santiago: Editorial Nascimento.
- Encina, Francisco. (1953). *Historia de Chile. Tomos VII y VIII*. Santiago: Editorial Nascimento.
- Eyzaguirre, Jaime. (1946). *O'Higgins*. Santiago: Editorial Zig Zag.
- . (1945). "Demetrio O'Higgins: correspondencia con doña Rosario Puga y doña Isabel de Vidaurre (1847-1852)". En *Boletín de la Academia Chilena de Historia*, año XII, N° 33. Santiago.
- Feliú Cruz, Guillermo. (1970). *Santiago a comienzos del siglo XIX*. Santiago: Editorial Andrés Bello.
- Fernández Larraín, Sergio. (1974). *O'Higgins*. Santiago: Editorial Orbe.
- Ganderats, Luis Alberto. (1995). "O'Higgins como paciente". Santiago: "Revista del Viernes", 18.8, Diario *La Nación*.

- Graham, María. (1974). *Diario de mi residencia en Chile*. Santiago: Zig Zag.
- León Echaiz, René. (1968). *Historia de Curicó*. Santiago: Ediciones Neupert.
- Martín Gaité, Carmen. (1987). *Usos amorosos del dieciocho en España*. Madrid: Anagrama.
- Montecino, Sonia. *Madres y huachos. Alegorías del mestizaje chileno*. (1991). Santiago: Editorial Cuarto Propio.
- Opazo Maturana, Gustavo. (1933, enero-abril). "El nieto del Virrey. Vida de Don Demetrio O'Higgins (1818-1868)". En *Revista Chilena de Historia y Geografía*, N° 78. Santiago.
- . (1942). *Historia de Talca. Ilustre Municipalidad de Talca*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Orrego Vicuña, Eugenio. (1937). *Iconografía de O'Higgins*. Santiago: Universidad de Chile.
- Pereira Salas, Eugenio. (1977). *Apuntes para la historia de la cocina chilena*. Santiago: Editorial Universitaria.
- Pérez Rosales, Vicente. (1958). *Recuerdos del pasado*. Santiago: Editorial Zig Zag.
- Salinas, Cecilia. (1994). *Las mujeres de la colonia, virtud sumisa, amor rebelde*. Santiago: Lom Ediciones.
- Valencia Avaria, Luis. (1980). *El pensamiento de O'Higgins, el buen genio de América*. Santiago: Editorial Universitaria.
- . (1974). *El pensamiento de O'Higgins*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Vicuña Mackenna, Benjamín. (1976). *Vida del Capitán General don Bernardo O'Higgins*. Santiago: Editorial del Pacífico.
- Zapiola, José. (1974). *Recuerdos de treinta años*. Buenos Aires: Editorial Francisco de Aguirre.

Índice

Uno	9
Dos	27
Tres	47
Cuatro	61
Cinco	83
Seis	99
Siete	123
Ocho	147
Nueve	179
Diez	197
Once	213
Doce	239
Trece	269
Catorce	295
Al final	311
Agradecimientos	317
Bibliografía consultada	319

